Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:

CARLOS DE VELASCO

AÑO VIII

TOMO XXIV. SEPTIEMBRE, 1920 NUM. 93.

SUMARIO

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

O'REILLY, 11.

LA HABANA

CUBA

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de La Habana.

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1º de enero de 1913.

Premiada con Medalla de Oro en la Exposición Internacional de San Francisco, 1915.

FUNDADORES:

Carlos de Velasco (Director).

Julio Villoldo (Administrador).

Mario Guiral Moreno. Max. Henríquez Ureña.

José S. de Sola. († el 6 febrero 1916). Ricardo Sarabasa.

Leopoldo F. de Sola.

Dirección y Administración: O'Reilly, 11. Deptos. 208-10.

TELEFONO M-2724

Jefe del Departamento de Propaganda y Anuncios: ELISEO BERTRÁN.—*O'Reilly, 11, Departamentos 208-10, La Habana.*

CONDICIONES

CUBA CONTEMPORÁNEA ve la luz pública el día 1º de cada mes, en números de 96 a 136 páginas. Al año forma tres magníficos tomos de más de 350 páginas cada uno.

Esta revista cuenta con la colaboración de renombrados escritores de Cuba y del resto de América, en todos los órdenes. La responsabilidad de las opiniones emitidas en los trabajos aquí publicados será siempre de los firmantes de los mismos.

Ningún original será devuelto; y para dar cuenta de los libros recién publicados es menester que se reciban dos ejemplares.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION (FRANQUEO INCLUIDO):

En Cuba, el año: $ 4.00 oro cubano o de los EE. UU.

En el extranjero: $ 5.00 oro de los EE. UU.

Número corriente, $ 0.40, y atrasado $0.50 en igual moneda.

Cada colección de años anteriores: $8.00 en Cuba y $10.00 en el extranjero.

De venta en las principales librerías.

Toda la correspondencia y el canje, al Director: calle de O'Reilly, 11.—O Apartado 1909.—La Habana, Cuba.

Imp. "El Siglo XX" de la Soc. Edit. Cuba Contemporánea, Teniente Rey, 27. La Habana.

CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
CARLOS DE VELASCO

AÑO VIII

TOMO XXIV
(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1920)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
O'REILLY, 11.
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Julio Villoldo.
Mario Guiral Moreno.
José S. de Sola.
(† 6 febrero 1916.)
Max Henríquez Ureña.
Ricardo Sarabasa.
Leopoldo F. de Sola.

DESDE 1919:

Dulce Mª. Borrero de Luján
Alfonso Hernández Catá.
Luis Rodríguez-Émbil.
José Antonio Ramos.
Francisco G. del Valle.
Bernardo G. Barros.
Enrique Gay Calbó.
Juan C. Zamora.
Ernesto Dihigo.

Cuba Contemporánea

AÑO VIII

Tomo XXIV. La Habana, septiembre 1920. Núm. 93

RAMÓN PINTÓ

Sres. deudos de Pintó; Sr. Presidente; Señoras y Señores:



N el ambiente protector de este recinto, en donde no puede llegar a perturbarnos el impuro destejer de las pasiones, vengo a evocar, cumpliendo modestamente mi turno, una gran figura de nuestra historia, por algunos discutida y acaso por ello más grande, que ofrendó el hilo precioso de su vida en aras de nuestra santa causa, yendo a engrosar así el libro, bien nutrido por cierto, de nuestro martirologio.

Su personalidad, no tan brillante como la de otros héroes, tiene, sin embargo, toda la grandeza de la más alta idea a que puede un ser humano aplicar todos los resortes maravillosos de la acción y toda la fuerza incontrastable del pensamiento.

Nació Ramón Pintó y López entre los años de 1802 a 1803, en la opulenta ciudad de Barcelona, de padres, si no ricos, de posición bastante desahogada y acreedores a la estimación de sus conciudadanos por su honrada y asidua dedicación a la industria y al comercio. Pasó su juventud en la corte madrileña, y allí, protegido del duque de Aragón, favorito de esa corte, fué educado en un Seminario de Patronato Real, donde se le inclinó, aun no bien formado su carácter, a seguir la carrera eclesiástica.

Allí no desaprovecha su tiempo, que reparte entre el monótono

repetir de un breviario y las cansadas lecciones de teología y cánones, en el aprendizaje de idiomas, dejando vagar su espíritu en las inefables armonías de la música.

Apenas contando diez y nueve años de edad abandona su carrera sacerdotal, a que no se avenían sus ideas un tanto inquietas y propicias a más altos destinos, y es entonces cuando corre, desde el convento, a las filas de los milicianos del impetuoso Riego, en las que se distingue tanto por su valor cuanto por su ardiente y nunca decaído entusiasmo hacia la causa de la libertad y la justicia.

Esto sucedía en el año de 1820. Tres más tarde, la Santa Alianza, aquella liga cuya finalidad no era otra que ahogar todo movimiento liberal en el mundo, impidiendo la propagación de las ideas revolucionarias del 93, organiza en Francia un numeroso ejército destinado a derrocar la triunfante revolución española del año veinte y a colocar de nuevo, sobre el carcomido trono de esa nación, a aquel monarca déspota e incurable de incapacidad que se llamó Fernando VII.

Pintó, que se ha batido en Trocadero, último baluarte de los insurgentes, de donde sale con vida en unión de cuatro compañeros más, únicos supervivientes de aquella derrota, ve todas sus esperanzas defraudadas, todos sus ensueños de libertad desvanecidos, y previendo su persecución por los reaccionarios, decide plantar su tienda en esta Isla, para la que embarca en Cádiz en los comienzos del año de 1824.

Ya, desde esta fecha, nos pertenece por entero: es sangre de nuestra sangre y carne de nuestra carne. Aquí van a desarrollarse en beneficio nuestro, y hasta ofrecer su vida, todo el caudal preclaro de su talento y todo el venero inagotable y riquísimo de su actividad y energía.

Poseedor, en verdad, de una actividad extraordinaria y de una fuerza de iniciativa poderosa (cualidades reconocidas por sus propios enemigos) pensad qué no hubiera podido realizar, de qué no hubiera podido ser capaz este hombre que puso tan útiles virtudes al servicio de los más nobles y levantados ideales!

A poco de su arribada en esta tierra logra captarse la confianza de un personaje de tanto arraigo social como el Barón de Kessel, de quien fué apoderado general y de sus hijos ayo y maestro.

En este círculo, primero casi familiar, que después se va

extendiendo lentamente, conquista día a día sólido prestigio por su honradez y rectitud de principios y por su vasta cultura.

Sus relaciones en menos de diez años se ensanchan considerablemente. Cultiva tanto la amistad de los cubanos más encastillados en sus títulos de nobleza, cuanto la de aquellos que militaban en el tristemente célebre partido español intransigente y obtuso, aunque la de éstos siempre con una íntima e instintiva prevención. Y se aproxima, con más sincero afecto que a otro cualquiera, al círculo bien reducido de intelectuales y patriotas cubanos, que formaban un grupo aparte con sus inmensos sacrificios a cuestas, y en los que vino a encontrar, sin duda alguna, el verdadero centro de sus afecciones.

A fines del año 1833, por mediación de su protector el Barón de Kessel, obtiene Pintó el nombramiento de Contador del Crédito Público. Mas el conde de Villanueva, hombre si entendido en los negocios muy mediocre en otros extremos, desaprobó tal nombramiento, no porque no quería tener entre sus subordinados a un genio tan levantisco y bullicioso como el del ex fraile, como es tradicional que dijo, sino más bien porque en talento le superaba y en este punto era difícil que cediera el vanidoso Intendente.

Después de fracasado su intento, se le ve durante algunos años dedicado con incansable tenacidad al agenciamiento de negocios, en los que al cabo, por su asiduidad y perseverancia, obtiene, tras rudo batallar, el triunfo consiguiente, procurándose una envidiable posición económica.

Sus rápidos éxitos en este campo dieron pábulo a las más injustas versiones. Y toco este punto, porque sé que aún hay labios que murmuran, con cierta ignorante buena fe, aquellas versiones calumniosas sin haberse parado a investigar por sí mismos su origen insidioso y pérfido.

Es falso, de todo punto falso, que Pintó fomentara su fortuna con la eficaz ayuda del Capitán General don José Gutiérrez de la Concha, que llevaba en ésto, según se dijo, su buena participación. El citado Capitán General tomó posesión de su primer mando en noviembre de 1850, y ya en esa fecha no sólo Pintó era un hombre acaudalado y "gotoso", como afirma en una de sus cartas, sino que también gozaba de merecido prestigio inte-

lectual; tanto, que en 1847 figura como Secretario del Liceo de la Habana y en los subsiguientes como Consiliario del mismo.

Pero si estos antecedentes no fueren bastantes y su honradez probada en cien trances, sirvan estos otros que el mismo General Concha nos proporciona en una carta que dirige a Pintó desde Madrid con fecha 10 de agosto de 1852, es decir, casi cuatro meses después de haber cesado en su primera gobernación en esta Isla:

> ...Cuando a pesar de haber podido apreciar las rectas intenciones de usted y su talento—dice—nada he podido hacer en su favor durante mi mando, tengo un motivo más para agradecerle el interés que ha tomado en todo lo que a mí toca; y puede usted estar seguro que nada me sería más agradable que se me presentase una ocasión de ocuparme en su obsequio o en el de su familia.

Estos conceptos tienen por sí solos, perdonadme el tecnicismo jurídico, un valor probatorio más que suficiente, si en cuenta se tiene el carácter íntimo de la carta y el poco discreto del General, tan dado a soltar prendas, como dice un historiador español.

Fué durante ese primer mando de Concha cuando se estableció entre éste y Pintó una corriente de mutuas simpatías.

Reputado como uno de los hombres de más influencia cerca del Capitán General, no se aprovechó en su interés personal; muy contrariamente, halló oportunidad en ello para poner en práctica sus aspiraciones de mejoramiento público, promoviendo a ese fin numerosos proyectos. Por ninguno de ellos recibió subvenciones ni favor de alguna clase, sino la acogida que sin prevención favorable ni contraria podía entonces darse a esa clase de proyectos (1).

Uno fué el de levantar un teatro en esta ciudad, que no llegó a construirse nunca porque aunque la Comisión Informadora emitió su informe, el expediente siguió su curso y ya terminado pasó a la resolución del ilustrado gobierno de S. M., y ahí sufrió la suerte de todos sus congéneres.

Si en este punto no logró ver cumplidas muchas veces sus aspiraciones, cúpole sin embargo la dicha de darles satisfacción amplia en cuanto a la propagación de la cultura. En efecto, uno

(1) Véanse las *Memorias* de Concha. 1853.

de sus grandes amores, de sus más intensos cuidados y desvelos, fué el sostenimiento del Liceo de La Habana, sociedad la más digna que poseyeron en ese tiempo los cubanos, cuyas sesiones facultativas y enseñanzas benéficas dieron tanto auge a esta ciudad (2).

Allí se congregaban las personas más distinguidas, social e intelectualmente, de esta Isla, y eran sus socios y colaboradores patriotas tan insignes como José Morales Lemus, Miguel de Aldama y Carlos del Castillo; hombres de letras como Antonio Bachiller y Morales, José Silverio Jorrín y Blas de San Millán; novelistas y escritores como José Antonio Echeverría y Ramón Piña; poetas como el exquisito Rafael María de Mendive y otros; artistas tan distinguidos y notables como Desvernine, Aristi, Espadero y Edelmann.

De esta sociedad fué Ramón Pintó, durante el año de 1853, el más activo y entusiasta de los directores. En ella muchas veces formó parte de los Jurados en certámenes y concursos, y más de una dejó oir su amplia y bien timbrada voz en alguna que otra velada.

Sin embargo, con tantas y tan diversas disposiciones naturales, nunca quiso cultivar su propio huerto, cuando no fuera en una campaña de equilibrada y benéfica enseñanza.

Y buena prueba de que poseía no comunes dotes personales, dan, entre otras, sus Cartas a Severo Franco, ocultas bajo el expresivo seudónimo de Vetusto Claro, que publicó en el *Diario de la Marina* con pocas interrupciones, semanalmente, en el largo período de casi dos años.

Importan esas cartas no sólo por la agradable pretensión literaria con que están escritas, sino también porque revelan, con todo el interés de la autobiografía más intensa, que bajo la recia musculatura de su autor, bajo aquella su aparente frialdad e inflexibilidad de carácter, tenían su asiento los más tiernos y delicados sentimientos. Sentimientos que acaso fueron los mejores guías en sus juicios y los que dieron a éstos el buen gusto que

(2) En 10 de enero de 1848 publicó Pintó el folleto siguiente: *Proyecto para proporcionar recursos con que levantar un Liçeo por medio de una empresa mutua.* Habana, Imp. del Gobierno, 1848. 23 p. Fué, asimismo, uno de los socios fundadores de la Empresa del *Diario de la Marina.*

repartió a manos llenas, para que de él se aprovechasen los no pocos barbilindos y engomados críticos de aquella época, a quienes dió, al par que excelentes lecciones de arte musical, otras no menos provechosas de urbanidad y de decencia.

Como dato curioso, permitidme leer estos versos con que se comienza una interminable letanía, dirigidos a Vetusto Claro por un tal Justo Risueño, que vieron la luz en el mismo *Diario de la Marina:*

Señor don Vetusto Claro
Mas que claro, puro y limpio,
Danzante en letras de molde,
Curador del drama lírico;

Ahuyentador impertérrito
De zánganos y mosquitos,
Propagador del buen gusto,
Honra y prez del periodismo...

Los versos son bastante malos ciertamente, y es de sospechar con qué risueña complacencia los leería Pintó, mas si los he citado ha sido por su espontaneidad no exenta de un juicio bien exacto, que era, a la postre, el mismo en que abundaban los cubanos más ilustrados de aquella época, que cultivaron, siquiera fuese pasajeramente, la amistad del ilustre catalán.

II

Todos los esfuerzos de Pintó, de los cuales debemos hacer memoria en justicia de su nombre, por mejorar nuestra situación intelectual y moral, palidecen ante el recuerdo triste, pero glorioso, cruel pero fecundo, de su muerte.

¿Cómo hubiera sido posible que un hombre de su temple se mantuviera frío e impasible ante las vejaciones del coloniaje, que no hizo otra cosa, con cierta firmeza de principios, que entregar prisioneros a las cárceles y a los patíbulos vidas, según frases del más grande de nuestros actuales oradores?

¿Qué importaba alguna concesión o más bien intento de ella? ¿Qué la buena voluntad o el hidalgo y generoso espíritu de alguno

que otro Capitán General, si tras aquélla venían leyes más duras, y tras éstos arribaban los más notables incapaces y los más desenfrenados déspotas?

Nada de esto podía escapar al talento reflexivo de Pintó, ni dejar de ejercer las más hondas influencias en su carácter naturalmente liberal y humanitario. Así, veremos cómo fueron desarrollándose en él, gradualmente, sus ideas separatistas.

Mas, dispensadme si para explicar convenientemente éstas, en una ojeada retrospectiva, tome, casi desde sus comienzos, el hilo de una época que representa en nuestra historia una sorda preparación, una lucha titánica, desesperada a veces, más reconcentrada otras, por nuestra independencia, y, al cabo, manantial donde pudieron recoger los revolucionarios del 68 y del 95 muy dolorosas pero necesarias experiencias.

Aparecen en nuestra tierra los ideales de independencia, ya exteriorizados en forma de abierta y material rebelión contra la Madre Patria, en los primeros años del siglo diez y nueve, por causas más que suficientemente conocidas para que en ellas me detenga mucho tiempo.

Nació primero ese ideal y fué amamantado al calor de la corriente revolucionaria democrática del mismo siglo, que, amordazada a veces y perseguida siempre, volvía a surgir de nuevo en otro punto con fuerzas de retoño y esplendideces de aurora.

Pudo la Santa Alianza reprimir en Europa todo conato de revolución democrática, pero a despecho suyo vencía, arrolladora, en las posesiones españolas de Suramérica, donde el genio sin igual de Bolívar arrancaba de cuajo el despotismo con la cálida propaganda de su verbo y el acero triunfador de su espada.

A la sombra del entusiasmo despertado por ese grande hombre surgieron dispersa y secretamente numerosas sociedades, agrupaciones y logias masónicas que organizaron con evidente deficiencia y casi nula previsión política la desgraciada conspiración de los Rayos y Soles de Bolívar, fracasada ruidosamente, resuelta en deportaciones y rigurosas penas impuestas a los conspiradores, y que trajo, como secuela, aquella famosa Comisión Militar, la misma que juzgaría a Ramón Pintó treinta años más tarde, y la Real Orden de 17 de mayo de 1825, que otorgaba omnímodas facultades a los Capitanes Generales. Real Orden que no vino a ser, des-

pués de todo, sino un reconocimiento y una aceptación, por parte del Gobierno español, de las iniquidades que aquí, muchas veces sin conocimiento de él, se realizaban.

Fallida esta conspiración, organizan los cubanos emigrados en México y otros puntos de la América Central juntas revolucionarias encargadas de promover la independencia de Cuba y Puerto Rico. Mas, fracasado el Congreso de Panamá y vueltos de la tierra colombiana, decepcionados, aquellos patriotas que se acercaron a Bolívar para recabar su apoyo a la independencia de Cuba, todo brote posterior de sublevación fué ahogado en sus comienzos por la mano férrea del despotismo, que siempre tuvo algún indigno delator en su ayuda.

¡Cuántos esfuerzos y cuántos sacrificios desde la muerte de Frasquito Agüero y Bernabé Sánchez hasta el fusilamiento de Plácido!

Como dijo el Conde de Pozos Dulces en su famoso artículo dirigido a los periodistas de La Habana (3), Dios enloquece a los que quiere perder.

En efecto, nunca la tiranía tuvo más alta expresión que en ese momento, y como para exacerbar los odios y acrecentar nuestro amor patrio, suceden a la represión de las conspiraciones, entre un ciento de medidas arbitrarias, el destierro de Saco y la torpe expulsión de los diputados cubanos.

Y ved ahí, decía el Conde de Pozos Dulces en aquel escrito inmortal, por qué el niño desde que empieza a balbucear arroja palabras de denuesto contra el opresor y por qué la doncella palpita de odios antes que de amores, y por qué el viejo y el mozo se conjuran y levantan fondos y se preparan para el día solemne de la lucha contra el tirano!

Muerta toda esperanza de alcanzar por su propio esfuerzo la ansiada liberación, surge la idea anexionista, no como un fin, sino como un medio, no como un ideal, sino como un cálculo, para obtener aquélla.

Esta nueva idea presenta dos momentos que es menester deslindar convenientemente. El uno está determinado por las ex-

(3) Inserto en el Apéndice X de la obra de Vidal Morales y Morales *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana.*

pediciones de Narciso López, y el otro por la llamada conspiración de Pintó.

Aunque constituída desde 1847 en Nueva York una Junta Revolucionaria que pretendía marchar de acuerdo con otras establecidas en esta Isla, entre ellas la que celebraba sus reuniones en esta ciudad en el Palacio de Aldama, faltóles unidad en sus puntos de vista y armonía en sus decisiones.

En ese estado se encargó Narciso López de la ardua empresa, frustrada en su primer intento por el descalabro de Manicaragua, y contando además con la oposición del Gobierno norteamericano, con miras entonces persistentes de comprar a España nuestra Isla.

No obstante la proclama del Presidente Taylor, de agosto de 1849, y el débil y desigual apoyo de las juntas de emigrados cubanos, que no tenían mucha confianza, por otra parte, en la eficacia de aquellos movimientos, organiza López, burlando la vigilancia de las autoridades norteamericanas, su primera expedición, de la que regresa un tanto decepcionado. Pero tenaz y decidido, sin otro ideal que la emancipación que le atraía con fuerza irresistible, vuelve con nuevos bríos (y más enérgica oposición del Presidente Filmore) a intentar su segunda expedición, que le costó la vida.

Narciso López fué más un guerrero que un organizador; dominábale el entusiasmo y se dejaba guiar por él más que por la reflexión serena y desapasionada sobre los acontecimientos.

Sin embargo, ya en su postrera expedición, y a raíz de los levantamientos de Agüero y Armenteros, expresóse en frases que denotaban, ya que no desaliento, sí la duda en la eficacia de sus esfuerzos. Pero había jurado morir por aquella idea y pensó, sin equivocarse ahora, que su muerte no cambiaría los destinos de Cuba y que era un deber y un ejemplo morir heroica y gloriosamente por ella.

A más de la oposición declarada del Gobierno norteamericano a esas expediciones, que consideraba como violaciones a la neutralidad, porque entonces así a sus intereses convenía, faltóles a los revolucionarios apoyo en el interior de la Isla, unidad en la organización, un mucho de previsión en la política internacional y sobre todo recursos económicos.

III

El 24 de marzo de 1850 envía Ramón Pintó al *Diario de la Marina* su vigésimaquinta carta escrita a bordo del *Infanta Isabel*, y en ella dice:

Embarco para Charleston y si éste no me probase por estar rodeado de lagunas pantanosas, saldré en breve para Nueva York y de allí pasaré a Méjico.

Aquí se interrumpe su colaboración en el diario expresado, hasta el 7 de abril del propio año, en que aparece la última carta que hemos hallado y que dirige desde Charleston.

¿Estaría en esa fecha Pintó en relación con los emigrados revolucionarios esparcidos por el Sur de los Estados Unidos y residentes la mayor parte de ellos en Nueva York?

Aunque sospecho que fuera por algo más que por motivos de salud o en viaje de veraneo por lo que hizo aquél, no he podido francamente hasta el presente confirmar esas sospechas que han de tener, desde luego, su fundamento.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que ya desde mucho antes de tomar posesión por segunda vez del gobierno de esta Isla el General Concha, había fructificado en Pintó la idea separatista.

Desde que llegó a esta Isla y echaron raíces sus afectos, abrazó sin vacilación alguna la causa de los cubanos, y durante mucho tiempo pretendió, con entera buena fe, la unión entre éstos y los peninsulares como base la más segura para conseguir la independencia.

Pensó, como el ilustre Saco, que la Metrópoli podría otorgar concesiones cada vez más nutridas de buenos deseos, y que así por medio de éstas, lenta y gradualmente, sin precipitación ni lucha, casi inconscientemente, se alcanzaría aquélla.

¡Pero cuántos debieron ser sus desengaños y cuán iútiles sus esfuerzos! Al cabo comprendió que serían baldíos éstos, y todo su batallar constante, cuando vió suceder al astuto y corrompido Vives, esa "fiera marina" de Tacón, como le llama Saco en una de sus cartas, y a este último el terrible O'Donnell!

Llegóse a convencer de que en este suelo no existían más

partidos políticos que el de los Señores y el de los Siervos. Y él, que hubiera podido gozar pacífica y apaciblemente de la vida, con todos los atractivos que ésta le brindaba de riquezas y honores, de consideraciones y respetos, les vuelve la espalda en un gesto de sublime renuncia y de magnífica abnegación a sus principios, y lo brinda todo, todo lo que podía brindar: sus influencias, su inteligencia, su hacienda y hasta su vida, en defensa de aquellos siervos tan amados y de aquel ideal tan querido.

Ya para él, desde esa hora, no hay más que un interés, el cual se sobrepondrá a todos los demás intereses: arrojar al gobierno español de esta Isla.

A poco de la ejecución de Facciolo y del fracaso de la conspiración de Vuelta Abajo, que produjo cientos de destierros y deportaciones y que vino a ser un combustible más en la ya caldeada atmósfera, próxima a encenderse, se constituye definitivamente en 19 de octubre de 1852, en los Estados Unidos, la Junta Revolucionaria Cubana más poderosa y mejor organizada que hasta entonces funcionó allí. Componíanla, bien lo sabemos, el austero Betancourt Cisneros; el honrado y tenaz Valiente; el entusiasta Elías Hernández y el ardiente patriota Goicouría, de quien ya hizo desde esta misma tribuna magnífica semblanza uno de los miembros más distinguidos de nuestra Sección.

Su programa está compendiado en este párrafo del manifiesto (4) que vió la luz en la misma fecha de su constitución, y que así dice:

...La Junta será el centro de todos los cubanos; ella no se arroga autoridad alguna. En la imposibilidad de constituirse en la Isla, levanta aquí el estandarte de la libertad de nuestra patria, a cuyo derredor aguarda que acudan presurosos nuestros hermanos y todos los que simpatizan con la causa de la libertad de un pueblo cuya situación queda descrita. Los medios de ejecución que adopte serán grandes, eficaces, de resultados seguros para la previsión humana, y sus actos no tendrán más trascendencia que la de la lucha que se empeñe entre los esfuerzos encontrados del Gobierno español y su colonia. Y cuando veamos lograda la independencia de nuestro país natal, resignaremos nuestro encargo y habremos concluído nuestra misión aquí para elevarla a su último término, presentando ante la primera convención nacional de Cuba la cuenta de todos nuestros trabajos.

---

(4) Lo insertó igualmente Vidal Morales en el Apéndice XI de su citada obra.

Por la triste experiencia de los reveses sufridos, bien frescos en la memoria, comprenden estos hombres abnegados que sin recursos económicos poderosos y sin una organización revolucionaria extensa en toda la Isla, que responda en el momento decisivo a la ayuda exterior, serán inútiles y perdidos sus afanes y sus trabajos.

Era necesario encontrar un hombre que reuniera, a un talento privilegiado y una perseverancia calculadora, una virtud reconocida y extensas relaciones en la Isla. No perdieron mucho tiempo en encontrar ese hombre. El mismo fué hacia ellos a imponerles de sus propósitos y sus ideas, que eran los mismos. Ese hombre fué Ramón Pintó, que había venido a ocupar el cargo de Presidente de la Junta Revolucionaria de La Habana a la muerte de aquel egregio patriota, honra de nuestro foro, que se llamó Anacleto Bermúdez.

Su primer cuidado fué levantar el espíritu y dar nuevo aliento a las juntas revolucionarias del interior de la Isla, que habrían de marchar de acuerdo con la de esta ciudad.

Con el sagaz espíritu de observación que lo distinguía y su gran golpe de vista pronto a penetrar escrutadoramente en sus semejantes y apreciarlos en lo que valían o podían ser útiles, los fué distribuyendo y asignando a cada cual su participación en la gran obra, comunicándoles todo el entusiasmo y toda la fe suficientes.

Tuvo que luchar con denuedo contra los tímidos, a los que infundió valor en el arranque; imponer con sólidas razones reflexión y moderación a los muy exaltados, y supo explotar el descontento de los insatisfechos, o convencer a los sedientos de oro de que perderían éste de no seguirle, y aun halló tiempo para redactar una proclama, discutir en una junta y emitir un informe.

Para levantar fondos fueron hipotecadas fincas, creadas láminas negociables, y se inventaron otros medios habilidosos y seguros, todos los cuales inspiraron la mayor confianza. Pero sobre todo logró Pintó convencer al entonces Director de la Caja de Ahorros (5), quien, como dice un escritor, superó las esperanzas.

La mayor parte de estos fondos iban a parar a manos de los

---

(5) El patriota don Carlos del Castillo.

miembros de la Junta establecida en el Norte, para activar la expedición que se preparaba a las órdenes de Quitman.

Increíble parece que una trama tan vasta, que tenía ramificaciones en toda la Isla y una organización tan amplia y minuciosa, se llevase con el mayor sigilo sin que dejase al descubierto el más pequeño hilo por donde se trasparentase.

Vino a favorecer de modo indirecto este movimiento el hecho de ser nombrado Gobernador de la Isla don Juan de la Pezuela, noble y digno General a quien dos ideas preocuparon casi exclusivamente desde que tomó posesión del mando: la represión del tráfico negrero y las disposiciones decretadas respecto del Registro de esclavos.

Estas medidas, claro está, despertaron en el partido peninsular la consiguiente alarma, pues vió en ellas el quebranto de sus fortunas amasadas a costa de ese infame tráfico.

Este descontento supo explotarlo Pintó hábilmente, logrando atraerse el apoyo material de ese partido peninsular, que poco satisfecho de la tendencia general de la administración, poco confiado en los recursos de la Metrópoli, deslumbrado por el poder de la nación norteamericana y alarmado asimismo por las consecuencias posibles de la guerra de Oriente, que distraía tanto por entonces las fuerzas y la vitalidad de Inglaterra y Francia, se mostró dispuesto a escuchar las sugestiones anexionistas en nombre de los intereses comerciales y se acostumbró a mirar la separación de la Madre Patria como un hecho imposible de resistir, como un acontecimiento, en definitiva, más útil que perjudicial para ellos mismos (6).

Todo estaba madurado y dispuesto para la expedición. Los emigrados de la Junta, y entre ellos especialmente Goicouría, siempre inquieto y receloso, apremiaban al General Quitman (7); pero éste, atento al resultado de las conferencias de Ostende y Aix-la-Chapelle, que celebrábanse no obstante lo acordado en la famosa convención tripartita, sólo despertó de su letargo cuando a fines de 1854 resultó patente el fracaso de esas conferencias y, por

---

(6) Véanse las citadas memorias de Concha. 1853.

(7) Su conducta en este asunto nunca ha podido ser justificada. Es un punto interesante de estudio.

ende, el intento del Gobierno norteamericano de comprar a España la isla de Cuba.

Ya en esa fecha fracasado el Gobierno norteamericano en sus propósitos diplomáticos, pareció impartir su apoyo a la expedición proyectada. Pero todo aquel edificio, que representaba el desgaste de muchas energías y la madura reflexión y el trabajo de muchas inteligencias, vino al suelo como un castillo de naipes.

Enterado Concha de la conspiración, bien porque recibiera las noticias del Gabinete de Washington, como suponen unos, o porque el arresto de los expedicionarios de Baracoa, Strampes y Félix, despertando sus sospechas, lo condujera al descubrimiento, si no de todo el plan, sí de un hilo principal del mismo, buscóse como dócil instrumento a un hombre que impuesto de los planes insurgentes se prestó a denunciar en toda regla a Ramón Pintó y a un numeroso grupo de cubanos.

El 6 de febrero de 1855 fué detenido Pintó, y el mismo día, en su presencia, saqueada su casa por los esbirros del Gobierno.

La excitación general que produjo esa medida, a la que siguió la declaración del estado de sitio en todo el territorio y la formación precipitada de batallones de voluntarios, no tenía precedentes.

En la tertulia, en la calle, en todas partes, no se hablaba de otra cosa. Y nada despertaba más el interés de las conversaciones, desde las más íntimas hasta las más públicas, embozadas a veces, otras sostenidas en plena luz y sin reticencias, que la extraña conducta de los subordinados de Concha, que por su mandato asaltaron la casa de Pintó arrancando a éste o a su familia, por viva fuerza o con amenazas, cartas íntimas y otros papeles que se dijo perjudicaban al General grandemente.

Qué contenían esas cartas, casi me atrevo a asegurar que no lo averiguaremos nunca; porque si perjudicaban a Concha en la medida que se ha supuesto, es lógico pensar que una vez en su poder las destruiría, quizá en presencia de los mismos esbirros encargados de la indigna misión, persuadiendo a éstos de que con ello su magnánimo corazón evitaba el derramar la sangre de muchos conspiradores.

No es para un trabajo de esta índole apuntar siquiera todos los aspectos tan distintos y encontrados de aquel ruidoso proceso, y además no tengo el derecho de agotar la paciencia, que ya su-

pongo bastante quebrantada, de los que me han escuchado con una amabilidad que agradezco (8).

Bástenos recordar que, rápidamente concluída la causa (por más que Concha se obstinara en demostrar al Gobierno de S. M. más tarde lo contrario), resultó de ella, no obstante la ausencia de toda prueba patente de culpabilidad contra los reos, y de la defensa memorable y heroica del defensor Camba, la pena de muerte para el conspirador ilustre y la inmediata a sus compañeros Cadalso y Pinelo.

Ya condenado a muerte, poco antes de emprender el corto trecho que lo separaba del patíbulo, se pretendió, despertando en él el instinto más ciego e irresistible que mueve al hombre, el de conservación, arrancarle infames confesiones a cambio de la vida. Pero su voluntad era más poderosa que su vida. Quiso morir tan digno y honrado como había vivido; y entonces, sin vacilación, sin conflicto interno y acaso dibujándose en sus labios enérgicos una suave sonrisa de desdén, deja su cuerpo a los verdugos, y a esta tierra, su patria verdadera, el timbre glorioso e imperecedero de su nombre.

ENRIQUE LARRONDO.

Este trabajo, inédito hasta hoy, es una conferencia que su autor leyó en el Ateneo de La Habana no hace mucho tiempo, y fué una de las más aplaudidas de la serie que la Sección de Ciencias Históricas de dicha Casa dedicó a honrar la memoria de figuras nacionales. CUBA CONTEMPORÁNEA da a su distinguido autor, joven abogado de brillante porvenir, las más expresivas gracias por la primicia que le permite ofrecer a sus lectores.

---

(8) Quiero recordar aquí que esta conferencia no ha tenido por objeto estudiar la Conspiración llamada de Pintó, que requeriría por sí sola un trabajo de cierta extensión y en lo cual nos ocuparemos quizás algún día, sino más bien bosquejar en pocas líneas la figura del conspirador ilustre.

ASPECTOS DEL BERGSONISMO (*)

I

REVISTEN no poco de singular y curioso ciertos aspectos muy llamativos del pensamiento filosófico de estos últimos tiempos. Frente a un radical concepto de intelectuación que parece abarcar y abarca formas aparentemente antitéticas como idealismos y positivismos, es decir, lo más peculiar y propio de la inmensa mayoría de las corrientes filosóficas de actualidad; frente a cierto principio de *continuidad,* a cierto monismo que tiene su raíz en una lógica de carácter estático o poco menos, se yergue un *neo espiritualismo,* un sentido radical de lo *discontinuo,* que tiene en Boutroux, en W. James, en Croce, en Eucken, y, sobre todo en Bergson, sus más altas figuras representativas. Frente a formas lógicas de puro abolengo conceptual, *especial,* proclama con ahinco la legitimidad de la intuición *pura,* de una lógica propia, personal, inconfundible, de carácter *sensible,* radicada en las realidades íntimamente personales que se suceden continuamente en nosotros y que tienen su misterioso manadero, en la mayoría de los casos, en las profundidades abismales de nuestro ser subconsciente...

En la marcha ondulante del pensamiento filosófico al través del tiempo, quizás y sin quizás sea esta flamante orientación mera postura, punto de parada de relativa estabilidad, destinado a esfumarse tan pronto surja una nueva interpretación más amplia y satisfactoria de la vida universal. Hay momentos en que creemos tener firmemente asida la *verdad,* lo que desde un concepto de

(*) De su libro en preparación, *Días sin sol,* nos da esta bella primicia nuestro distinguido corresponsal en la República Dominicana, F. García Godoy.

lógica estática suponemos la verdad; pero bien pronto vemos que detrás de esa *verdad* relativa quedan aun por explorar zonas inmensas de pavorosos misterios. Toda concepción filosófica, en su perenne valor hipostático, representa y representará sólo una creación integrada por puntos de vista de muy hondo y peculiar subjetivismo. Tal apreciación resalta con vigor en el bergsonismo. El momento en que apareció era propicio para tales dilataciones espirituales. Fatigadas de la sequedad de un *cienticismo* que iba paso a paso convirtiéndose en una especie de flamante escolástica determinista en absoluto, mecanicista, que pretendía encerrar toda investigación en un concepto de exagerada limitación mental, rastreaban ciertas almas terrenos de apropiada certidumbre en que calmar un tanto sus acerbas y permanentes inquietudes. Sabios de altura, Poincaré, Le Roy, otros, con un en veces exagerado criterio de apreciación crítica, sostenían que la ciencia tenía fronteras intraspasables en la relatividad de todo conocimiento; que esa ciencia no era ni podía ser otra cosa sino una serie de verdades *nuestras,* provisionales, como productos al fin del espíritu humano variable y contingente; mero *lenguaje convencional* para, dentro de la incesante movilidad y sucesión de las cosas, llevar a cabo una especie de acuerdo para la más acertada interpretación de esas mismas cosas que tanto preocupan nuestra atención reflexiva.

La principal condición de la filosofía bergsoniana consiste, a mi ver, en dar una respuesta, transitoria sin duda, a las torturantes inquietudes de muchos espíritus que, ante ciertos razonamientos de orden científico elevados a la categoría de dogmatismos de permanente valor, veían amenazadas de muerte las creencias que hasta entonces les habían servido de eficaz consuelo en las vicisitudes y desencantos del tráfago cotidiano. Muy pocos son, sin duda, los que se reclinan en la almohada de la duda plácidamente resignados a vivir convencidos de nuestra imposibilidad de aclarar el misterio que nos circunda, de satisfacer el anhelo perpetuamente inasequible de conocer lo que pensamos acerca del origen y la finalidad de las cosas. Por exigencias de temperamento, de una sensibilidad refinada, muchos no se contentan con idealismos más o menos vagos y nebulosos. Para poder vivir satisfechos, necesitan certidumbres suprasensibles, algo que se les presente a

toda hora como luminoso e inconfundible derrotero muy por encima de lo vario y contingente privativo de la existencia humana. Creen que este triste mundo nuestro es sólo una visión integrada por apariencias detrás de las que se oculta algo que es o debe ser el divino manadero de que procede cuanto hiere nuestros ojos y se alberga en el fondo de nuestra conciencia. Acaso tales creencias sean, para muchos, supervivencias de la edad teológica, formas ancestrales, cosas añejas de hondo arraigo en la conciencia; y, para otros, la mayoría, necesidades espirituales que brotan de algo muy personal e íntimo; pero, sea como fuere, tales misticismos, siendo, como son, de indiscutible sinceridad en el mayor número deben, en todo tiempo, ser acreedores a nuestro respeto y simpatía. Después de todo *creer,* tener fe en alguna cosa, así esa creencia sea harto discutible, así esa cosa pueda ponerse en tela de juicio, es mil veces preferible a conversar a solas con la duda o a encerrarse en un concepto rotundamente negativo, estéril por completo y propenso a sensibles extravíos del sentimiento y aun de la misma inteligencia.

De ahí, de esas dolorosas inquietudes, de esos desgarramientos íntimos de un sinnúmero de almas heridas en sus más caras esperanzas de vida ulterior, el éxito más o menos pasajero de la nueva metafísica bergsoniana. No puede ser más curioso el espectáculo de ver desfilar ante su cátedra gentes procedentes de las más diferentes colectividades sociales, algunas de opuestos campos religiosos. Quizás la moda haya contribuído a este éxito resonante, llevando a escuchar la palabra suave, persuasiva, pictórica del profesor insigne, a muchas damas elegantes, mundanas, incapaces tal vez o sin tal vez, en su gran mayoría, de penetrar con verdadero espíritu de comprensión en el dédalo de sutilezas dialécticas del pensamiento discursivo de Bergson; pero, indudablemente, descontados de éxitos de ayer puede decirse, tales o cuales accidentes de efemeridad palpable, adviértese en el fondo de todo esto, sin que quepa el menor átomo de duda, un movimiento, ya algo decaído, de adhesión espiritual a cosas que flotaban esparcidas en el ambiente de actualidad, esperando tan sólo el cerebro que las cohesionase y condensase en una construcción ideológica de firme y seria consistencia dialéctica. Bergson fué,

sin duda, el llamado a dar color de realidad a esas cosas de íntima urdimbre anímica.

II

Porque estamos en presencia de una nueva metafísica. No es ni puede ser otra cosa la doctrina del célebre autor de *La evolución creadora.* Estos últimos tiempos sólo han tenido para mí dos grandes metafísicos: Hegel y Bergson. Muchos creyeron que con la portentosa construcción hegeliana se había cerrado definitivamente el ciclo de una metafísica de raíz acentuadamente subjetiva. Hegel dió durante mucho tiempo pasto abundante a tales envejecidas especulaciones mentales. Bergson ha venido a demostrar, una vez más, la infinita fertilidad del pensamiento humano para cosas de sutiles abstracciones mentales. Entre el *werden* hegeliano y el *devenir* real de Bergson hay sin duda grandísimas divergencias de fondo y de forma; pero resalta en ambos, en esencia, la pretensión de construir el mundo desde puntos de vista radicalmente subjetivos. El intelectualismo, en su forma cartesiana principalmente, predominaba con indiscutible señorío en el mundo de la especulación filosófica. Una construcción de raíz matemática, mecanicista, determinista, parecía imponerse a lo fenoménico que cae bajo el dominio sensorial, es decir, a todo lo que es o puede ser objeto de nuestro conocimiento. La vida humana, contingente, compleja no puede interpretarse sino poniendo a contribución esa misma existencia. Un mundo de razón es, en último análisis, un mundo de conceptos. Y éstos, representación última de lo puramente racional, no pueden, en ningún caso, englobar la totalidad de factores psíquicos que integran o deben integrar una concepción espiritual del ser humano en plena actividad cotidiana.

Lo fundamental en esa sistematización racional, conceptual, matemática, descansa en la idea de cantidad, parte y evaluciona con ella; construimos el mundo dentro de un determinismo integrado por leyes naturales inflexibles que rigen sin contingencia posible desde el átomo hasta el hombre. La cantidad, base de toda especulación matemática, bien aquilatada, evidencia un valor conceptual, de lógica *espacial.* Tales cosas, *verdades* innegables

hasta cierto punto, no dan ni pueden dar una visión integral del universo en toda su desbordante complejidad. Con todo eso, carece de sólido fundamento el cargo de que Bergson menosprecia la ciencia. Muy al contrario. Lo que hay es que para él la ciencia, el conocimiento exacto de las cosas basado en la observación y la experiencia, se desenvuelve dentro de un orden de relaciones que tienen un límite preciso. La ciencia domina la materia, los hechos, la materia que se resuelve en cantidad y en extensión, la materia inerte, lo que cae bajo el dominio preciso de los sentidos; pero de ahí no puede ni debe pasar, ahí tiene forzosamente que detenerse.

Según él, su metafísica no puede ni quiere ser dogmática, encerrada en una intraspasable limitación de líneas intelectuales; aspira a desenvolverse en una situación variable y cambiante de perspectivas inmensas, de horizontes infinitos. De ahí una imprecisión y una vaguedad que se disfrazan a cada paso de sutilidades dialécticas en no escasa parte sofísticas o cosa parecida. La inteligencia, que arranca del comienzo del mundo, que surge allí donde éste principia su evolución, resulta por esa permanente adaptación a la realidad circunstante impotente para aclarar el pavoroso abismo que en vano tratamos de conocer por entero. Para él, cierto monismo de hondas repercusiones en la mentalidad moderna carece de legítimo fundamento. Mediante una sutilísima y en veces obscura apreciación, la materia asume su génesis como forma representativa (materia y memoria) en nuestra misma memoria. En su libro central (evolución creadora) reaparece, bien significada, la vieja y menospreciada distinción de espíritu y materia. El pone ante nuestros ojos ese dualismo en una forma que aparentemente parece no repugnar a añejos dogmatismos religiosos. La materia es y será objeto de la ciencia; ésta tiene su origen y su fundamento en nuestra inteligencia discursiva y tal procedencia le impone fronteras de cierta forzosa limitación. El espíritu científico no puede llevar más allá de esas fronteras su ansia de verdad, de cosas demostrables, de algo suprasensible de más o menos positiva certeza.

Ese espacio le pertenece exclusivamente a nuestra vida interior. En esta el principio de causalidad, la concatenación de causa y efecto, imprescindible en el mundo de lo material, puede

no ser y no es, en muchos casos, de absoluta necesidad. En ese espacio, los hechos, aun repitiéndose, tienen auténtica novedad, son enteramente nuevos. El yo especial, convencional, social, exterior, el yo que nos distingue y particulariza, no es el yo íntimo, *profundo,* que tiene una lógica propia, personal, inconfundible, *sensible,* sin nexos de ningún género con determinadas categorías mentales o conceptuales. Cuantas veces la ciencia invade el campo de nuestra vida interior, de nuestra existencia íntima, la desnaturaliza y falsea, pues parte para ello de un concepto de realidad física, fisiológica, que se desenvuelve en un proceso de acciones de rigurosos determinismos. Ravaisson afirma: "El materialismo se imagina llegar por medio de la simplificación analítica de lo accidental a lo *esencial,* y todo lo reduce así a las condiciones más elementales de la existencia física que constituyen el *mínimum* de la realidad". Para Bergson y demás neo-espiritualistas, en nuestros estados de conciencia predominan con subyugante imperio discontinuidades espirituales de naturaleza incoercible o poco menos. De las profundidades de nuestro *yo profundo* se esparcen irradiaciones fulgurantes, las *creaciones* de verdadera médula estática. Se ha dicho ya que la exploración metódica de lo subconsciente será la tarea de la psicología del porvenir. Tal por lo menos parecía pensarlo W. James.

III

Toda esta metafísica, toda la especulación bergsoniana se mueve alrededor de la *intuición* como principio fundamental y sintético de conocimiento. Estamos, pues, si bien se mira, en pleno misticismo, un misticismo no pura y exclusivamente intuitivo sino en el que, por aquí o por allá, penetran efluvios de procedencia científica. El autor de los *Datos inmediatos de la conciencia* es un verdadero sabio, muy conocedor de las ciencias matemáticas. La intuición, en este gran pensador, no es "la aprehensión inmediata de un objeto"; no es, como asevera él mismo, "una contemplación pasiva del espíritu por el mismo yo", especie de estado semejante al ensueño en que tomamos por realidades positivas puras alucinaciones de nuestro mundo interno. Lo que falta a la inteligencia,

lo que se advierte de ambigüedad en el análisis científico, el instinto, la intuición, fuerzas íntimas e incontrastables de nuestra conciencia, lo completan en un sentido de *totalidad* de muy poderosa coherencia sintética. La conciencia no es ni puede ser un *epifenómeno* como lo sostiene cierto materialismo fisiológico, sino el centro donde, sucesivamente, con ritmo variable e íntimo, opera y se manifiesta con relativa intensidad la proyección de lo subconsciente o, hablando en lenguaje bergsoniano, del *yo profundo* que tiene su origen en las profundidades más obscuras de nuestro ser. Ese *yo* sólo se exterioriza en los momentos en que, desprendidos de toda atracción exterior, vivimos en el mundo de la creación artística, de la poesía, de las cosas espirituales que parecen ponernos en íntima conexión con lo infinito.

En esa manera de interpretar la vida interior, toda facultad orgánica, fisiológica, la red de nuestros nervios, no es base en ningún caso, no es *sustancia* que determina las cosas virtual y dinámicamente, sino mero medio, necesario, para que éstas florezcan oportuna y lozanamente. La intuición no cabe ni puede caber en el mundo de la existencia exterior; es, según Bergson, fuerza que obra directa e inmediatamente en las capas más hondas de nuestro *yo profundo;* tiene poder *revelador* por excelencia; nos descubre momentáneamente lo que la radical impotencia de nuestras facultades intelectuales nos priva de conocer. De un golpe, sintéticamente, nos presenta una realidad a que en vano pretenderíamos llegar con nuestros medios y procedimientos de percepción lógica. Un estado de evidencia personal, es para muchas almas enfervorizadas por el ensueño místico, de valor esencialmente comunicativo. Por ese medio se ponen en íntimo contacto almas de cierta afinidad sensible. Esa intuición asume un genuino carácter de calidad; Bergson la disocia del mundo de la cantidad y la extensión *mensurables* características de la ciencia, y la reviste de valor cualitativo, personal e inconfundible.

Entendida a la manera bergsoniana, la intuición, establecida en el orden de la cualidad, de pura metafísica, indudablemente, viene a ser algo así como una fuerza orgánica capaz de responder inmediata y sintéticamente a las formidables interrogaciones que hace continuamente nuestro espíritu razonador al misterio que parece rodearnos por todas partes. Especie de fuerza íntima, per-

sonal, esa intuición ejercitada en sentido adivinatorio puede fracasar en muchas ocasiones. Fracasa casi siempre a mi ver. Puede ser que se llegue por medio de ella al conocimiento o a lo que el que interroga cree el conocimiento; pero siempre, en una personalidad distinta, surgirá la duda de si tal conocimiento corresponde sólo a una especie de verdad indemostrable, y, por consiguiente, nula para producir determinados efectos en la existencia social. Si tratándose de la experiencia misma, dice el gran Emilio Boutroux, "esta sólo nos hace conocer las relaciones exteriores de las cosas, sus ligámenes constantes, pero no *necesarios,* y si dado el caso de que ciertas síntesis implicadas en la experiencia fueren *necesarias,* el espíritu no podría dar de ello testimonio", ¿cómo dar fe a una revelación intuitiva que sólo puede ser, y lo es indudablemente en muchos casos, producto de ilusiones y visiones de estados de conciencia vagos e imprecisos?

Aun tomada en un sentido material, la inteligencia ha creado la ciencia, y de esa ciencia se deriva un orden creciente de realidades, cuanto ha cumplido el espíritu en la vía de sucesivos y peculiares desenvolvimientos. Sin la ciencia, sin esa ciencia producto de la inteligencia, ¿cuál sería el estado actual del conglomerado humano?; esa facultad intuitiva tan preconizada por Bergson, operando en el sentido que él indica, hubiera podido realizar algo idéntico o semejante? Hay que confesar que si la ciencia, aplicada a ensanchar nuestro dominio sobre la naturaleza, ha llevado a cabo en todos los órdenes, en lo material como en lo intelectual, un adelanto de benéfica y perdurable trascendencia humana, no ha sido lo mismo en lo que cae principalmente en el dominio de una ética que radica y radicará siempre en lo más íntimo de nuestra sensibilidad, allí donde lo intuitivo tiene su principal asiento. En el proceso secular de la humanidad, lo estamos viendo actualmente, el ser sensible, el ser moral, ha quedado muy atrás del ser pensante, del ser reflexivo...

Si la ciencia, en su estado actual, no basta, no puede bastar a dar una síntesis satisfactoria de la vida universal, paréceme que muchísimo menos podría la intuición alcanzar tal cosa. Leyendo con atención a Bergson, siguiendo con la posible fidelidad y comprensión el hilo de su pensamiento, veo en él más que otra cosa el vuelo de un cerebro en que la inteligencia discursiva, esa misma

inteligencia que él achica o rebaja, ocupa el primer lugar en sus procedimientos mentales. Acaso *su* intuición, en gran parte, no sea sino la *misma* inteligencia depurada de hábitos mentales, sin ciertas modalidades escolásticas o de una lógica conceptual que se impone por su actuación secular en el pensamiento reflexivo. Quizás no haya en realidad más que proyección intelectual, procedimientos de valor intelectual muy depurado en el profundo y original análisis de Bergson de la idea del tiempo. Frente a la asociación de ideas, fenómeno psicológico de altísima importancia, se especializa uno en la actualidad enteramente contrario: la disociación de las mismas ideas. En la de tiempo ve Bergson dos antitéticas o contrarias: el tiempo *mensurable,* de la cantidad, unilateral, desenvolviéndose en línea recta, el tiempo divisible, y la *duración.* Esta es naturalmente de carácter intuitivo, forma puede decirse el *sustratum* de nuestra vida interior. Es propia y peculiar de nuestro *yo profundo.* El tiempo exterior no es igual al que se *vive* en las profundidades de nuestro ser íntimo. La *duración* real es cualitativa, objeto de pura intuición. Sus instantes, heterogéneos, se enlazan, naturalmente, pero sin sujeción rigurosa al determinismo que rige ciertas causas de las realidades del mundo externo.

IV

Si es innegable que el bergsonismo parece tener cierta originalidad en uno que otro de sus más llamativos aspectos, en cambio, en lo que toca a lo sustancial de su doctrina, en su tesis cosmológica, en el papel secundario a que tiende a recluir la inteligencia, sólo puede aceptársele como a tantos sistemas o concepciones anteriores, a título de una pasajera explicación, de una hipótesis sólo satisfactoria para un determinado número de seres refractarios sentimentalmente al determinismo que parece regir toda la actividad eficiente del dinamismo de la vida universal. Hay que remontar la corriente del pensamiento filosófico, río arriba, muy arriba, para encontrarle ciertos nexos con muy pronunciadas ideas de la escuela de Alejandría. Plotino, como Bergson, en la investigación de lo trascendental coloca la inteligencia en un lugar muy secundario. Y la historia prueba elocuentemente que cuantas ve-

ces en la evolución del ser pensante se ha pretendido menospreciar la razón, la más alta facultad del organismo mental sólo se ha conseguido abrir de par en par las puertas a visiones desmesuradas y a quimeras alucinantes, a vaguedades e imprecisiones, a morbosidades de sensibilidad traducidas en manifestaciones de un misticismo muy personal que no ha dejado ciertamente huella de perdurable luminosidad en la historia del perfeccionamiento de la especie humana.

Pero hace hasta cierto punto simpático el bergsonismo el valor dinámico que vincula opuesto a una concepción estática de la vida. Entre la manera de Bergson interpretar la existencia siempre en perpetuo flujo y reflujo y la vida de acción que norma en cierto sentido el pragmatismo de W. James, existen relaciones muy íntimas, de carácter acentuadamente humano. Rechazo, sin vacilar, el intelectualismo dogmático convertido o poco menos en una flamante escolástica, como desapruebo por completo toda investigación que se consagre de modo exclusivo a buscar intuitivamente la verdad en las profundidades abismales de nuestro ser sensible. Depuradas ambas, inteligencia e intuición, de exageraciones y puntos de vista de un radicalismo dogmático, se me figura sólo posible aprehender la *verdad* en la forma fragmentaria y provisional que ésta puede permitirlo, empleándose ambas facultades básicas, la intelectual y la sensible, ya actuando separadas sin posibles y vanos antagonismos, ya enlazadas armoniosamente en una aspiración luminosa de alcanzar, si ésto fuere posible, lo que se esconde o parece esconderse detrás del mundo fenoménico en que hasta ahora ha tenido que detenerse nuestro espíritu, herido de irremediable impotencia en sus perennes tanteos y en sus sucesivas y vanas exploraciones suprasensibles...

FED. GARCÍA GODOY.

La Vega, Rep. Dominicana, 1920.

EN POS DE LA FELICIDAD

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

Original de Mario Guiral Moreno.

PERSONAJES

Aurora..................................
Fernando..................................
Guillermo..................................
Nicanor..................................
Mercedes..................................
Enriqueta..................................
Ramona..................................

La acción en la Habana. Epoca actual. Todos los personajes son latinoamericanos, excepto la sirvienta, que es española. Trajes: los de la época.

Nota explicativa de las relaciones existentes entre los personajes de la obra para la más fácil comprensión de su argumento.

PERSONAJES

Aurora (Esposa de).......................
Fernando..................................
Guillermo (Amigo íntimo y condiscípulo de)
Nicanor (Hermano de)...................
Mercedes (Cuñada de)...................
Enriqueta..................................
Ramona (Sirvienta).......................

ACTO UNICO

Salón de recibo de la casa de Fernando y Aurora, lujosamente amueblado. Hacia el lado izquierdo, sobre una mesa pequeña se halla un aparato de teléfono automático, de los llamados "de pie". La acción comienza siendo el mediodía.

ESCENA I.

Al levantarse el telón Fernando está sentado delante de una mesa, en la cual se hallan colocados un microscopio y numerosas placas de cristal que Fernando observa primeramente a simple vista y luego, una a una, con la lente del microscopio. Aurora está sentada frente al sitio que ocupa Fernando, mientras hojea un cuaderno de figurines.

AURORA. ¡Qué triste vida la mía! Cada día que transcurre me siento, Fernando, menos querida por ti y más apartada del mundo. Es cierto que nada me falta; que me permites gastar libremente, sin limitación; que puedo salir sola a todas partes y a todas horas; pero, en cambio, echo de menos tus palabras de afecto, tus caricias, apenas prodigadas desde que te entregaste en cuerpo y alma a ese maldito microscopio.

FERNANDO. *(Apartando la vista del instrumento y dirigiéndose a Aurora).*—¡Pero mujer! ¡Cuando querrás convencerte de que el amor y la ciencia no están divorciados, aunque a veces parezca que están reñidos! ¿No comprendes que todos mis afanes por alcanzar la finalidad que persigo desde hace doce años es para disfrutar de una gloria, de una celebridad que tanto a mí como a ti ha de darnos honor y provecho?

AURORA. ¡Gloria y celebridad! Tu constante estribillo...

FERNANDO. ¡Cómo que estoy completamente seguro de que habré de conquistarlos algún día! ¡Qué honra para ti cuando la historia consigne tu nombre, unido al mío, como el de la esposa de un gran benefactor de la humanidad! Porque, óyelo bien: si yo consigo,

según espero, hacer que el nacimiento de los nuevos vástagos no sea obra del azar o de la suerte, como hasta ahora lo ha sido, sino producto de la voluntad o del deseo manifiesto de los padres, ese día las campanas se echarán a vuelo en todas partes y mi nombre será conocido y bendecido en el mundo entero.

AURORA. ¡Por Dios, Fernando! Me da pena oirte decir esas cosas. En doce años de estudios y experimentos no has podido descubrir otra cosa que...

FERNANDO. *(Interrumpiendo).*—Silencio, mujer; silencio, que puede divulgarse el secreto. ¡Oh! ¡Qué gusto para los padres el poder decir: "Quiero un varón", y que nazca un varón; "quiero una hembra", y que nazca una hembra!... ¡Soberbio! ¡Magnífico!

AURORA. No te hagas ilusiones, Fernando. Tus experiencias y tus "cultivos", como tú los llamas, no tendrán éxito nunca; pero si llegaran a alcanzarlo ¡qué pronto se acabaría el mundo, o por lo menos la especie humana!

FERNANDO. ¿Acabarse la especie humana? ¡Qué disparate!

AURORA. Sí, hijo mío, sí. Convéncete de que entonces solo iban a decir los casados: "No queremos ni hembras ni varones; queremos estar solos para vivir libres y tranquilos sin los cuidados y preocupaciones que dan los hijos".

FERNANDO. No sigas, no sigas diciendo tonterías. Es imposible que nosotros nos pongamos de acuerdo e inútil seguir discutiendo. Hazme el favor de callarte...

AURORA. Eso es; cortas por lo sano para no tener que oir las reflexiones que yo te hago por tu bien y por el mío, pues haz de saber que cada día estoy más quejosa y descontenta de ver que estoy casada y vivo como si estuviera viuda; que estoy casada y no tengo marido...

FERNANDO. ¿Que no tienes marido? ¡Que no tienes marido!

AURORA. Como si no lo tuviera.

FERNANDO. Pero... ¿te atreves a decir que yo no soy un marido?

AURORA. *(Con decisión).*—Sí, Fernando; me atrevo a decirlo.

Ya es hora de que conozcas todos mis pensamientos y de que escuches cuanto deseo comunicarte desde hace algunos meses; quizás desde hace algunos años. El silencio me está matando y deseo hablar, quiero hablar contigo...

FERNANDO. *(Incómodo)*. Si te empeñas en mortificarme con tus majaderías, cojo el microscopio y me encierro en mi gabinete, para estar allí tranquilo y que nadie me moleste.

AURORA. Sería inútil en esta ocasión, porque estoy resuelta a seguirte y a obligarte, por una vez siquiera, a que me prestes la atención que yo merezco y que tú dedicas toda, entera, a ese odioso aparato, causante único de que estemos distanciados el uno del otro, a pesar de vivir bajo el mismo techo.

FERNANDO. ¡Por Dios, Aurora! Es un colmo tener celos de un instrumento tan inofensivo como éste.

AURORA. No; no es celo precisamente lo que siento por él. Es mala voluntad, antipatía, odio, rabia, desprecio... ¡Ah! Si a mi me hubieran dicho, cuando estaba soltera, que habría de casarme con un hombre que estaría constantemente metido en la casa con la vista fija en la lente de un microscopio y soñando con la celebridad, en vez de soñar con otras cosas... hubiera preferido profesar, ser monja y encerrarme en un convento.

FERNANDO. Bueno; bueno, mujercita mía. *(Dulcificando la voz)*. Vamos a cuentas: ¿qué cosas son las que echas de menos a mi lado? ¿No tienes buena casa, buena mesa y criados; trajes y sombreros, libertad absoluta para lucirlos y el dinero que necesitas para todos tus gustos? ¿Será que yo te estorbo, o que mi permanencia en la casa te molesta?...

AURORA. No es eso, Fernando. No son las cosas como tú las ves o aparentas mirarlas. Mi vida es de una monotonía desesperante, insoportable. ¿De qué me sirve tener trajes, sombreros y joyas si no puedo exhibirlos? Es cierto que me permites salir sola

de mañana y tarde a tiendas y visitas; pero de noche jamás ponemos un pie en la calle. ¿Cuántos años hace que no vamos al teatro, ni a bailes, recepciones y fiestas? ¿De qué nos sirve tener una casa lujosamente puesta, si nadie apenas la visita? Dos o tres amigas nada más y ahora, desde hace pocos días, ese joven, recomendado a ti por mi tío Segismundo y a quien has recibido con tanta frialdad que no tardará en alejarse de acá, como se han alejado de ti todos tus amigos...

FERNANDO. *(Interrumpiendo)*.—Lo cual es una gran ventaja, aunque tú no lo reconozcas. Así se vive mejor y más tranquilo.

AURORA. Nadie pensaría que quien dice eso es una persona joven, como tú. Yo nunca me conformaré con esta vida de forzoso aislamiento.

FERNANDO. Porque, como mujer que eres, apenas conoces lo que el mundo tiene de inmundo y la sociedad de suciedad.

AURORA. Es extraño que se muestre tan melindroso quien no se asquea de andar con esas cosas que tienes guardadas, como si fueran oro en polvo, en la estufa de tu gabinete, cuyo mal olor no me deja dormir algunas noches.

FERNANDO. ¡Ah! Porque son de un alto valor científico. En cambio, la vida mundana, por la cual suspiras, es una constante mortificación y una esclavitud insufrible. *(Se pone de pie y habla mientras da cortos paseos de un lado a otro de la sala)*. Hacer visitas de cumplido; recibirlas cuando son menos deseadas y más importunas; ir a matrimonios (ceremonias que sólo para los novios tienen aliciente); asistir a entierros para contemplar rostros angustiados y compungidos; verse envuelto en una malla de intrigas, chismes, habladurías, calumnias y murmuraciones; ser el blanco de todas las miradas y el punto de atracción de muchas envidias... Todo esto, que a

tí por lo visto te seduce y entusiasma, a mí, francamente, me repugna y me revienta!

AURORA. Eres a la verdad incorregible. No hay quien te haga cambiar de ideas. ¿Porqué no serás como Alberto, el esposo de Mercedes, que, a pesar de tener tantos negocios y preocupaciones, la lleva al teatro y a visitas? ¡Oh! ¡qué feliz se sentirá Mercedes teniendo un marido elegante, sociable y, sobre todo, complaciente!

FERNANDO. ¡Hola! ¡Hola! ¿Con que esas tenemos? ¿Es decir que envidias a una mujer cuyo esposo jamás se encuentra en su casa, en vez de preferir a uno como yo, que jamás pone un pie en la calle? ¡Oh! Las mujeres son incomprensibles para los hombres.

AURORA. Y los hombres para las mujeres.

FERNANDO. Así y todo nos buscan.

AURORA. Y ustedes no pueden vivir sin nosotras.

FERNANDO. Doblemos de una vez la hoja, porque esta discusión va a degenerar en disputa.

AURORA. Sí, cambiemos de tema, porque ninguno de los dos llegará a convencer al otro.

ESCENA II.

Dichos y RAMONA.

RAMONA. *(Vestida con uniforme de sirvienta y delantal entra por la puerta del foro).*—La señora Mercedes me ha preguntado si usted *(dirigiéndose a Aurora)* se hallaba en casa y le he dicho que sí, sin recordar que usted me había advertido que no estaba para nadie. Ha sido una equivocación que ya no tiene remedio...

AURORA. Has hecho bien por casualidad: para Mercedes siempre estoy en casa; dile que pase.

FERNANDO. *(Se dirige precipitadamente a la mesa donde se halla el microscopio; toma el instrumento en una*

mano y las placas en otra, yendo con ellos hacia su cuarto de estudios, mientras pronuncia las siguientes frases, dirigiéndose a Ramona). Aguarda, aguarda un momento, que esa mujer habla mucho y me va a hacer perder un tiempo precioso con su charla. *(Aparte, a Aurora).* Me voy a trabajar en mi gabinete para ver cómo andan esos cultivos. Hoy es el gran día, el de la prueba decisiva. El triunfo se aproxima... no me cabe duda...

(Fernando entra en su gabinete por la segunda puerta lateral, a la derecha. Ramona sale por la del foro).

AURORA. *(Aparte, reflexivamente).*—¡Pobre Fernando! A veces me figuro que está algo trastornado y me da lástima; otras veces, en cambio, ¡lo estrangularía!...

ESCENA III.

Dichos y MERCEDES.

MERCEDES. *(Desde la puerta de entrada).*—¿Se puede pasar?

AURORA. Adelante.

MERCEDES. *(Quitándose el sombrero y tomando asiento en un sillón al mismo tiempo que Aurora).* De seguro que no esperarías mi visita tan temprano. Comprendo que es una hora algo importuna; pero, amiga mía, las mujeres que no podemos salir solas a la calle porque nuestros maridos nos lo prohiben tenemos que aprovechar las ocasiones en que se nos presenta una compañía. Mi hermano Nicanor me ha traído hasta la puerta y Enriqueta, mi cuñada, ha quedado en venir a buscarme dentro de una hora.

AURORA. ¡Qué capricho el de algunos hombres! No dejarte salir sola, a tí que para nada te hace falta compañía...

MERCEDES. Es la única cosa en que Alberto no me complace. ¡Huy! ¡Y lo exigente que es por ese lado! No solamente me prohibe salir sola, sino que cuando

voy a la calle acompañada tengo que decirle antes adonde voy y por donde voy.

AURORA. Celos infundados;... preocupaciones... y majaderías.

MERCEDES. Pero...... ¿estás enferma? Te encuentro algo desfigurada. Algún dolor de cabeza...

AURORA. No; afortunadamente nada me duele. Es que...

MERCEDES. *(Interrumpiendo).* Alguna contrariedad con los criados, seguramente. ¡Oh! ¡cómo está la servidumbre! Ha de llegar el día en que tengamos que prescindir de ellos y hacer nosotras los quehaceres domésticos con nuestras propias manos. Me atrevería a afirmar que el "chauffer", o el portero o el cocinero se ha ido de la casa sin motivo ni pretexto...

AURORA. No, no es eso. Por ahora tenemos completo el servicio. Estoy disgustada...

MERCEDES. *(Interrumpiendo otra vez).*—¡Ah, sí! ¡Ya caigo! De seguro que la modista te ha echado a perder algún vestido... No sería extraño. Todas las costureras están insufribles con sus exigencias y sus informalidades. ¿Puedes creer que la mía no me ha entregado aún el vestido que le encargué para asistir a la boda de Enriqueta; es decir, para el día en que ella pensaba casarse con aquel militar que la dejó plantada una semana antes del matrimonio?

AURORA. No, Mercedes; no es nada de eso que tú te figuras. Son otras cosas... simplezas que carecen de importancia, pero que producen disgustos y mortificaciones.

MERCEDES. ¡Por Dios, Aurora! Una mujer como tú, tan dichosa y feliz; que nada le falta y todo lo tiene, no debe contrariarse por unas pequeñeces... *(Pequeña pausa).* ¡Ah! ¡Si yo tuviera un marido como el tuyo! Créeme que entonces no tendría nada que desear en este mundo.

AURORA. *(Algo sorprendida).* ¿Será posible que sientas envidia por mí, con un esposo tan bueno y cariñoso como el que tienes?

MERCEDES. Envidia precisamente, no; pero ¡me gustaría tanto que Alberto estuviera siempre a mi lado, sin separarse de mí en ningún momento!, como te sucede a tí con Fernando, según dice la gente y tú misma me has contado.

AURORA. Sí, es cierto que eso tiene algunas ventajas...

MERCEDES. ¿Que si las tiene? ¡Y muy grandes! Sobre todo cuando los esposos se quieren tanto como Alberto y yo, y como tú y Fernando.

AURORA. Sin embargo;... Si yo te dijera que preferiría lo contrario...

MERCEDES. Pues... no te creería. Pensaría, y con razón, que hablabas en broma.

AURORA. ¿Y si te lo dijera en serio?

MERCEDES. Entonces, en vez de ponerme a discutir contigo te propondría una prueba concluyente: que cambiáramos nuestros respectivos esposos por un corto tiempo: por un mes o una semana...

AURORA. *(Sonriendo).* Estás loca, Mercedes. No puedes negar que siempre eres la misma, porque se te ocurren algunas cosas...

MERCEDES. Bueno; conste que ahora he sido yo la que ha hablado en broma, porque bien sé que tú no cederías a tu Fernando ni por un día y yo voluntariamente no me separaría de Alberto ni por una hora.

AURORA. ¡Bien se merece Alberto tu cariño! ¡Es tan bueno!

MERCEDES. ¡Pobrecillo! Se está acabando la vida con el trabajo que tiene. Está metido en tantos negocios que yo no me explico cómo puede resistir la vida que lleva: se levanta muy temprano, y a la calle; viene a almorzar sin hora fija, muchas veces al mediodía, casi de tarde; sale precipitadamente otra vez y regresa ya de noche para bañarse a la carrera y comer también de prisa; sin contar con que muchos días tiene que quedarse, de precisión, a almorzar o comer fuera de casa para tratar de asuntos difíciles y de negocios de importancia...

AURORA. *(Interrumpiendo).* ¿Y de noche?

MERCEDES. Pues de noche... casi siempre tiene que asistir a alguna junta o sesión, porque al infeliz, como es tan complaciente, lo han hecho miembro de la Directiva en todas las sociedades y empresas a que pertenece. Y, como si todo esto fuera poco, la maldita política está acabando con su salud y su dinero.

AURORA. Eso sí debieras evitarlo; es un consejo que te doy por el bien de los dos.

MERCEDES. Yo todo lo paso y lo acepto, menos esas reuniones y asambleas que casi nunca se acaban el mismo día que empiezan.

AURORA. ¿Cómo es posible?

MERCEDES. Porque principian casi siempre de nueve a diez de la noche y terminan al día siguiente por la madrugada. Esas juntas tan largas son capaces de matar a cualquiera que no tenga la resistencia de Alberto. ¡El pobre! ¡Si tú vieras cómo llega a media noche, ojeroso y pálido, con el rostro desencajado, casi sin fuerzas, teniendo que reanudar el trabajo a la mañana siguiente, después de dormir unas pocas horas!

AURORA. Y, sin embargo, no puedes quejarte porque, a pesar de tantas ocupaciones como tiene, Alberto te saca a la calle y, aunque no con frecuencia, suele llevarte a paseos, recepciones y fiestas. En cambio, mi marido no quiere salir ni para cortarse el pelo. Todos los meses ha de venir el peluquero a la casa para "arreglarlo", como si se tratara de un inválido; y cuando necesita ropa interior tengo que ir yo a las tiendas con los moldes o las medidas para habilitarlo de nuevo.

MERCEDES. ¡Qué gracia! Es original...

AURORA. *(Sarcásticamente)*. ¡Graciosísimo! ¡Originalísimo y, sobre todo, divertidísimo el papel que hago yo en las camiserías comprándole calzoncillos a un hombre que no está enfermo y que no es tampoco ningún viejo para tener esos caprichos! Además, yo

soy una mujer joven y no puedo resignarme a esta vida, triste, amarga, aburrida... De esto me quejo...

MERCEDES. Comprendo que, en parte, no te falta la razón; pero debes pensar que, a trueque de esas pequeñas contrariedades, tienes una ventaja de la cual muy pocas mujeres disfrutan: la de tener a tu marido siempre en la casa, a tu lado, para hablarle, para consultarle... en una palabra: para endulzar a cada instante los sinsabores de la vida con esos inexplicables goces del trato conyugal...

AURORA. ¡Qué romántica estás hoy! Se conoce que el exceso de amor produce el mismo resultado que su total ausencia. ¡Misterios de esta humana naturaleza que nadie ha sabido estudiar a fondo!

MERCEDES. *(Con viveza).* ¡Muy bien dicho y muy cierto! Pero, volviendo a lo que estábamos hablando, ¿te parece poca felicidad para una mujer la de poder estar completamente segura de la fidelidad de su esposo? Pues oye: de esa dicha sólo pueden disfrutar las que, como tú, no se han separado de su marido ni un sólo instante desde que se casaron.

AURORA. Es una fidelidad comprobada, aunque nada meritoria... Para Fernando no existen las mujeres: es un ser completamente indiferente.

MERCEDES. ¡Quien pudiera decir lo mismo! ¡Cuánto no daría yo por poder vivir de nuestras rentas para que Alberto no tuviera que salir nunca a la calle! El es muy bueno... cariñoso... lo considero un marido ejemplar; pero te confieso que me asaltan unas dudas...

AURORA. Pues yo, por el contrario, daría una buena parte de nuestra fortuna por que Fernando fuera un hombre... como todos los hombres... y que le gustaran las mujeres... sí, no te asombres: todas las mujeres... con tal de gustarle yo. Es cuestión de criterios y de palabras: tú haces consistir la felicidad en la fidelidad de tu marido y yo, en cambio, quisiera tener una mayor dosis de felicidad dentro de

la casa aunque fuera de ella la fidelidad anduviera algo escasa... Es cuestión de temperamentos.

ESCENA IV.

Dichos y RAMONA.

RAMONA. *(Entrando por la puerta del foro).*—El señor que estuvo aquí antes de ayer pregunta por el caballero. Me ha dado esta tarjeta.

AURORA. *(Tomándola en las manos y leyéndola).* ¡Ah, sí! Guillermo de Alcázar, el recomendado de mi tío Segismundo. Dile que puede pasar. *(Aparte).* ¡Dios mío! ¡Qué compromiso y qué pena tan grande! De seguro que Fernando no querrá recibir su visita y tendré yo que mentir una vez más para disculparlo.

(Ramona se ausenta por el foro).

MERCEDES. ¿Quién es ese Guillermo?

AURORA. Un joven muy inteligente, culto y agradable en su trato. A mí me resulta en extremo simpático. Me alegro de que le conozcas.

ESCENA V.

Dichos y GUILLERMO.

GUILLERMO. *(Desde el umbral de la puerta de entrada).*—Con el permiso de ustedes...

AURORA. Adelante, caballero.

GUILLERMO. Muy buenas tardes.

AURORA. Mira, Mercedes: tengo el gusto de presentarte a nuestro amigo el señor Guillermo de Alcázar... *(Aparte, a Guillermo).* La señora de Ribois...

GUILLERMO. *(Con sorpresa).*—¿La señora de Ribois? ¿Es usted acaso Mercedes Feliú, la hermana de Nicanor?

MERCEDES. Ciertamente... ¿Me conoce usted? Yo, a la verdad, no recuerdo...

GUILLERMO. Con efecto, es imposible que usted me reconozca, a pesar de que ambos nos conocimos de nombre hace algunos años y, sin embargo, todo tiene su explicación: Yo fuí compañero de estudios, en la Universidad, de su hermano Nicanor; éramos amigos íntimos, camaradas fraternales, compañeros inseparables; nos queríamos entrañablemente; los dos constituíamos una sola persona; puede decirse que mútuamente nos completábamos, quizás porque nuestros caracteres eran diametralmente opuestos. El siempre me hablaba con gran cariño de su hermana Mercedes, o sea de usted, y hasta solía leerme sus cartas; las que entonces le escribía desde Madrid, según creo recordar.

MERCEDES. No; desde Sevilla, donde viví algunos meses recién casada con Alberto.

GUILLERMO. A mí me hacían mucha gracia sus consejos y hasta me permití mandarle un recado en cierta ocasión: "Dile a Mercedes de parte mía, le dicté una vez mientras él escribía una carta, que por el próximo correo te envíe menos consejos y algunos pesos más para pasar las Navidades". Ignoro si él cumplió el encargo y si usted recuerda este detalle; pero ya ahora se explicará usted porqué la conocí yo apenas escuché su nombre.

AURORA. Pero ¿porqué no nos sentamos? Así hablaremos con mayor comodidad. *(Mercedes y Guillermo aceptan la invitación, tomando asientos, lo mismo que Aurora).*

MERCEDES. Ya recuerdo, sí. Nicanor lo nombraba a usted mucho en sus cartas; siempre me hablaba de Guillermo, de su amigo Guillermo y hasta me contaba algunas cosas... que me hicieron pensar en que su amistad podría perjudicarlo. Permítame ahora esta franqueza...

GUILLERMO. Temor infundado, tratándose de Nicanor. A su hermano *(dirigiéndose a Mercedes)* no hay quien lo

fuerza; aparte de que yo nunca traté de pervertirlo. Usted no hace bien en pensar tan mal de mí.

MERCEDES. *(Apenada).* No, yo nunca pensé mal de usted; pero como los estudiantes son algo locos y tan amigos de divertirse...

GUILLERMO. Eso sí no se lo niego. Mi carácter ha sido, es y será siempre alegre, dispuesto a aprovechar en todo momento la parte buena de la vida; y, creyendo hacer un gran bien, he tratado por todos los medios posibles de inculcar mis ideas y mi modo de ser a cuantos he tenido a mi alrededor. Pero con Nicanor jamás pude conseguirlo.

AURORA. *(Aparte).* Con Fernando tampoco lograría nada. Yo estoy convencida de que los hombres de mucha ciencia tienen petrificado el tímpano de los oidos.

MERCEDES. Nicanor tiene, como usted sabe, la monomanía del estudio. Se ha propuesto ser sabio; le ha dado por la astronomía y solo piensa en los astros, en sus satélites, en los cometas y en los eclipses.

GUILLERMO. ¡Magnífica tontería!... ¡Cómo si todo eso, que para mí es completamente inútil, pudiera compensar a un hombre de los goces y placeres de que se priva mientras tiene la vista fija tras el objetivo de un telescopio.

AURORA. O de un microscopio...

GUILLERMO. Para el caso es igual. Yo siempre se lo decía y repetía a Nicanor: el hombre que se entrega por completo a una ciencia, cualquiera que ella sea, y se olvida de que hay mujeres en el mundo es un perfecto imbécil, aunque la humanidad lo considere un sabio.

AURORA. *(Entusiasmada).* Yo también pienso lo mismo: usted y yo estamos de perfecto acuerdo.

GUILLERMO. *(Dirigiéndose a Mercedes).* Su hermano y yo, a pesar de querernos tanto y estar siempre unidos, teníamos caracteres incompatibles. El era circunspecto, formal, estudioso hasta la exageración; no iba a bailes y diversiones por el temor de quedarse dor-

mido a la siguiente mañana y llegar tarde a las primeras clases.

MERCEDES. Y usted... ¿hacía lo mismo?

GUILLERMO. Exactamente lo mismo, pero al revés. Yo no iba muchos días a las últimas clases por el temor de llegar tarde a las fiestas. Sin embargo, al final de los cursos Nicanor solía sacar notas de "Aprovechado" o "Aprobado" en todas las asignaturas, a pesar de su magnífica preparación, y yo, sabiendo muchísimo menos que él, con un poco de palabrería en los exámenes orales y unas copias bien hechas en los ejercicios escritos, obtenía siempre notas de "Sobresaliente". Si usted les pregunta a los profesores de la Universidad por Nicanor y por mí, le dirán con seguridad que yo fuí un gran estudiante y que él fué sencillamente un discípulo muy estudioso. Ese es el mundo: espejo de falsas apariencias que casi nunca concuerdan con las realidades.

MERCEDES. Y usted ¿no se ha casado?

GUILLERMO. No, amiga mía. Aún no me he decidido a hacer la felicidad de ninguna mujer, a pesar de que muchas de ellas han tratado de hacer la desgracia mía.

AURORA. Tengo bien observado que casi todos los hombres cuando llegan a cierta edad estando solteros dicen poco más o menos lo mismo...

GUILLERMO. En el caso mío hay alguna diferencia: Yo no me he casado hasta ahora porque no he encontrado todavía una mujer que me guste, que me satisfaga por completo... *(Recalcando intencionadamente las últimas palabras).*

MERCEDES. Demasiado exigente es usted, por lo visto.

GUILLERMO. Es que tengo el paladar muy delicado. Además, voy a hablarles con franqueza: a mí siempre me ha gustado el amor "a priori" y "a posteriori"; el intermedio, o sea el del matrimonio, no me ha seducido hasta la fecha.

AURORA. Me he quedado sin entender una sola palabra.

GUILLERMO. Pues, muy sencillo: "A priori" significa "antes",

con anterioridad al matrimonio; y "a posteriori" quiere decir "después", con posterioridad al matrimonio... de otro. No sé si me habré explicado bien...

MERCEDES. *(Algo ruborizada).* Sí, demasiado bien.

GUILLERMO. A mí los viajes me han dado un caudal de experiencia tan grande que, no sabiendo qué hacer con él, lo he empleado en beneficio de los demás...

AURORA. *(Interrumpiendo)*... y en provecho suyo también, seguramente.

GUILLERMO. Es natural, después de todo.

MERCEDES. Y decía usted...

GUILLERMO. Que llevo ya arreglados con mis recetas más de cincuenta matrimonios malavenidos y que otros tantos se han disuelto por mi intervención. Recuerdo que una prima mía hubo de consultarme cierta vez sobre su caso, que era bastante difícil. Figúrense ustedes que el marido, apenas se unió a ella en matrimonio, le dió... ¿Por qué creen ustedes?

AURORA. No adivino.

MERCEDES. ¿Por los negocios?

GUILLERMO. Nada de eso: por dedicarse en cuerpo y alma a estudiar las enfermedades de los cerdos. Desde los primeros claros del día dejaba sola a su mujer, que era muy guapa, por cierto, y se marchaba a una pequeña posesión campestre para examinar en todas sus fases la crianza de puercos; sustituyó la alcoba conyugal con el corral y el chiquero, sin darse cuenta de que una mujer joven y bella sin el constante amor de su marido se halla siempre en grave peligro, porque tarde o temprano llega a comprender lo injusto de su sacrificio y huye lejos de aquél.

MERCEDES. Y ¿qué hizo esa pobre muchacha?

GUILLERMO. Mi prima acabó por cansarse de estar al lado de un hombre de ciencia, de mucha ciencia, pero con muy poco conocimiento de la vida; que es precisamente lo que más se necesita para triunfar en ella.

AURORA. Y usted dice que aconsejó a su prima...

GUILLERMO. Sin vacilación alguna: la aconsejé que se fugara.

MERCEDES. ¡Qué barbaridad!

AURORA. ¡Qué horror!

GUILLERMO. Nada de eso: ¡qué conocimiento de la realidad! La prueba está en los resultados que produjo la prescripción facultativa de mi mundología, que es la ciencia más necesaria en estos tiempos: a los pocos días después de recibir el consejo mi prima halló su felicidad en forma de un Capitán de Fragata con el cual tiene hoy cinco pequeñuelos que son verdaderos encantos.

MERCEDES. Yo nunca me sometería a su consulta, porque es usted partidario de tratamientos demasiado radicales.

GUILLERMO. En casos como este que la he referido son los únicos que dan buen resultado. La mujer que se casa con un presunto sabio y no tiene un esposo efectivo en toda la extensión de la palabra es una verdadera tonta, una estúpida si no pone a su infelicidad el adecuado remedio.

AURORA. *(Levantándose de su asiento, muy contrariada).* Pero ese remedio no puede aplicarse siempre, porque la mujer que es honrada lo rechazará de plano.

GUILLERMO. Cuando un enfermo se consulta con un médico, tiene que someterse "ipso facto" al tratamiento indicado, y si no cumple al pie de la letra la prescripción facultativa, pierde el derecho de quejarse; aparte de que una mujer deja de ser honrada, en el sentido en que usted lo dice, desde el instante en que es infiel a su esposo con el pensamiento, y la mujer casada a quien su marido le niega o escatima el amor y el cariño que debe prodigarla a manos llenas suele pecar mentalmente con casi todos los hombres.

AURORA. Es usted un hombre temible y peligroso por sus teorías.

GUILLERMO. No lo crea usted, Aurora. Yo soy un ser completamente inofensivo... *(aparte)* para las mujeres que no son de mi agrado.

MERCEDES. Bueno, pues ahora soy yo quien deseo consultarle el caso de una amiga mía, que muchas veces me ha pedido consejo.

GUILLERMO. Con muchísimo gusto; aunque es muy difícil diagnosticar sin conocer al enfermo, o a la enferma.

MERCEDES. ¿Cómo podría lograrse de un marido, acostumbrado a estar fuera de casa la mayor parte del día y de la noche, que permaneciera más tiempo en el hogar, al lado de su mujer, que lo quiere con idolatría?

GUILLERMO. Según como sea la mujer. Por eso le decía hace un instante que no era fácil recetar por correspondencia.

MERCEDES. Suponga usted el caso más favorable: que la esposa es joven, bella y atractiva...

GUILLERMO. En ese supuesto el caso sería extremadamente grave y de muy difícil curación sin la intervención quirúrgica. Yo no vacilaría en aconsejar a su amiga que cortara por lo sano.

MERCEDES. ¿En qué forma?

GUILLERMO. Mediante la extirpación del marido.

MERCEDES. ¡Qué hombre, Dios mío! ¡Qué hombre para desbaratar los matrimonios!

GUILLERMO. No es mía la culpa de que ocurran esos casos tan graves para los cuales no existe otro remedio. Mi gran experiencia en esta clase de enfermedades me ha demostrado que cuando un hombre está en su casa menos tiempo del absolutamente indispensable para que haya felicidad conyugal completa y recíproca es señal de que aquél se entretiene en la calle con ciertos "pasatiempos" de los cuales difícilmente se prescinde por las buenas...

MERCEDES. *(Dando señales de contrariedad y preocupación).*— Es usted muy cruel, Guillermo, al juzgar el caso de mi amiga... Su marido la quiere demasiado para hacer lo que usted injustamente supone.

GUILLERMO. Eso mismo me decía una dama madrileña cuyo esposo, un modelo según ella, no paraba un minuto

en su casa porque los negocios y la política se lo impedían.

AURORA. (*Intrigada*).—¿Y no era cierto?

GUILLERMO. No, señora: los negocios no eran más que un pretexto para estar siempre en la calle y poder asistir de noche a los "cabarets", donde lo veía yo muy a menudo en compañía de ciertas "damas" demasiado alegres...

MERCEDES. (*Interrumpiendo*).—¡Qué infame!

GUILLERMO. Y no era eso lo peor, sino que frecuentemente, simulando la necesidad de almorzar o comer con clientes y hombres de negocios, se pasaba días enteros al lado de una señora casada, que vivía a cinco cuadras de su casa, y cuyo esposo acostumbraba irse de cacería casi todas las semanas.

AURORA. ¡Qué hipócrita!

MERCEDES. Y su pobre mujer ¿no sospechaba nada?

GUILLERMO. ¡Qué había de sospechar, si el muy tuno tenía tomadas todas las avenidas!

MERCEDES. (*Con énfasis*).—Eso es imposible. No crea usted que a las mujeres se nos engaña tan fácilmente.

GUILLERMO. (*Despectivamente*). ¡Bah! Con unas cuantas precauciones... nada es más sencillo. El marido a quien me refiero, como hombre listo que era, le negaba a su mujer no solamente el permiso de salir sola a la calle sino que, fingiendo unos celos que no sentía, obligábala a informarlo previamente de los lugares a donde y por donde pensaba ir cuando salía acompañada. La pobre mujer consideraba esta exigencia como una prueba de cariño...

MERCEDES. Seguramente... ¿Porqué otro motivo había de hacerlo?

GUILLERMO. Pues para estar prevenido y evitar encuentros desagradables.

(*Mercedes se levanta del asiento, nerviosa y agitada, y dirigiéndose a la puerta del foro mira hacia el lado izquierdo dando señales de impaciencia*).

MERCEDES. A lo que parece, Enriqueta se ha olvidado de que

debía venir a buscarme. Hace más de media hora que debería estar aquí y no acaba de llegar.

AURORA. No te apures, mujer. ¿A qué tanta prisa por irte?

MERCEDES. Es que quiero llegar a casa lo antes posible. Tengo muchas cosas que arreglar...

GUILLERMO. Con el permiso de ustedes también yo me retiro. *(Levantándose de su asiento).* Vine a hablar con su esposo *(dirigiéndose a Aurora)* y se ha pasado el rato distraidamente, sin darme ocasión a preguntar siquiera por su salud.

AURORA. Dispénselo usted; pero el pobre aún no está bien. Sigue lo mismo.

MERCEDES. ¡Cómo! ¿Está enfermo Fernando y nada me habías dicho!

AURORA. Sí, no es cosa de cuidado; pero desde el día en que estuvo aquí Guillermo por primera vez, hace unas dos semanas, tiene constantemente el dolor de los riñones.

GUILLERMO. *(Sorprendido).*—¿También en los riñones? El me había dicho que su padecimiento era del hígado.

AURORA. *(Turbada).*—Ciertamente, pero cuando él se enferma le duele todo. Su salud está bastante quebrantada.

GUILLERMO. En ese caso no debo molestarlo de nuevo con mis visitas. *(Estas últimas palabras las dice intencionadamente, fijando la vista en Aurora para conocer el efecto que en ella producen).*

AURORA. *(En tono suave, afectuoso).*—Usted puede venir cuantas veces lo desee. Su visitas nunca son molestas para Fernando ni para mí.

GUILLERMO. Es usted muy amable... Le prometo volver. *(Dirigiéndose a Mercedes).*—¿Dónde podría encontrar ahora a Nicanor, para darle un fuerte abrazo?

MERCEDES. *(Pensativa).*—Si no está en la Universidad, lo hallará usted con toda seguridad en el Observatorio astronómico. Llámelo por teléfono.

GUILLERMO. No, prefiero darle la sorpresa. *(Despidiéndose).* Señora, a los pies de usted. Reconózcame como un servidor. Y usted, Aurora, *(bajando la voz para que*

Mercedes no lo oiga) reconózcame como su Médico... su consultor... o su consejero... Como usted prefiera. Hasta otro día. *(Se va por el foro).*

ESCENA VI.

AURORA Y MERCEDES.

MERCEDES. *(Refiriéndose a Guillermo).* Este hombre con sus teorías y sus cuentos me está haciendo pensar en muchas cosas... Sus palabras, cáusticas y reticentes, son puñales envenenados que se clavan en el pecho.

AURORA. A mí me sucede con él otro tanto, aunque en sentido contrario. Cuando lo escucho me siento en tal forma sugestionada, subyugada por sus frases que no hallo argumentos para rebatir los suyos.

MERCEDES. Tiene un conocimiento de la vida que le permite atormentarnos mientras él se ríe de nosotras. ¡Cómo que somos tan ignorantes!...

AURORA. *(Asintiendo).*—Y tan idiotas que no hacemos más que disparates. El caso mío con Fernando lo ha pintado con tal maestría que me está haciendo pensar en la solución...

MERCEDES. *(Impaciente).*—Yo no puedo esperar más. Me voy sola, aunque a Alberto le disguste. Ya es hora de que se vaya habituando a concederme ciertas libertades.

AURORA. *(Entusiasmada).*—Haces perfectamente bien. Yo en tu caso procedería del mismo modo.

MERCEDES. Hasta otro día. Por teléfono te contaré cómo recibe Alberto esta primera prueba de rebeldía.

AURORA. Adiós, queridísima. Yo, por mi parte, voy a ver como traigo a colación en cuanto hable con Fernando el cuento de aquel que se dedicó a estudiar las enfermedades de los cerdos...

MERCEDES. ¡Por Dios, Aurora! No vayas a cometer una locura;

mira que los consejos de ese hombre son muy peligrosos...

AURORA. No temas; puedes estarte tranquila.

(Se va Mercedes por el foro).

ESCENA VII.

AURORA sola.

AURORA. *(Reflexivamente).*—A pesar de lo que le he dicho a Mercedes no me siento muy segura de mi misma. Guillermo con su carácter alegre, su conocimiento del mundo, su visión clarísima de cómo nace, perdura o se extingue el amor y su trato agradabilísimo está haciendo vacilar muchas de mis antiguas opiniones... Es el reverso de Fernando... Si yo llegara a convencerme de que la ciencia y el amor se repelen y son incompatibles, me parece que al fin caería del lado del amor y que Fernando habría de quedarse con su ciencia...

(Entra en su habitación, contigua al gabinete de Fernando, por la primera puerta lateral a la derecha).

ESCENA VIII.

RAMONA y después AURORA.

(El timbre del teléfono automático suena con sus intermitencias uniformes y Ramona la sirvienta acude a la llamada, entrando por la puerta del foro. Después de descolgar el receptor sostiene la siguiente conversación).

RAMONA. Oigo... ¿qué número desea?

............................*(Pausa).*

—Sí, el mismo.

............................*(Pausa).*

—No, señora; es la criada la que está en el aparato.

............................*(Pausa).*

—La señora está recogida en su habitación y no sé si podrá venir. ¿Quiere darme algún recado para ella?

............................(*Pausa*).

—Ah! ¿Es la señorita Enriqueta? Sí, es Ramona la que habla.

............................(*Pausa*).

—La señora Mercedes estuvo en casa, pero se marchó hace un rato.

............................(*Pausa*).

—¿Que con quién salió? Con nadie; se fué sola.

............................(*Pausa*).

—¡Cómo ¿Que no es posible? ¡Ya lo creo! Yo misma la he visto salir sola. A no ser que alguien la esperara en la calle...

............................(*Pausa*).

—Oigo... oigo... Está bien, señorita. Adiós!

(Cuelga el receptor y coloca en orden los muebles que están fuera de su sitio).

—Yo no sé si habré hecho bien en decir la verdad; pero a mí no me gusta andar con mentiras... Por eso sufro cuando la señora me obliga a decir que ha salido estando ella en casa... ¡Bueno! Yo no hago más que obedecer y, aún así, muchas veces la descubro...

(Aurora sale de su habitación en traje de calle, con sombrero puesto).

AURORA. Oye, Ramona, ¿quién llamó por el teléfono?

RAMONA. La señorita Enriqueta para preguntar por la señora Mercedes. Cuando le dije que se había marchado ya no quería creerme.

AURORA. ¿Le explicaste bien que se había ido sola?

RAMONA. Sí, señora; pero no quería creerlo.

AURORA. *(Aparte)*.—Me alegro mucho de que lo sepa Enriqueta para que se lo diga a Alberto.

RAMONA. ¿La señora se marcha?

AURORA. Sí; voy a hacer unas compras, pero no demoraré mucho. Si viene alguna amiga, dile que me espere.

RAMONA. ¿Y si viene un caballero?

AURORA. Ninguno ha de venir. Tú bien sabes que en esta casa no visita ningún hombre.

RAMONA. *(Con fingida timidez).*—Solamente el caballero Guillermo...

AURORA. Es cierto; no me acordaba. Pero él no ha de volver hoy; y si vuelve... dile también que me espere. ¡Hasta luego!

ESCENA IX.

RAMONA y después GUILLERMO.

RAMONA. Pues señor... esta casa es un misterio. Seis meses hace que sirvo a la señora y todavía no he podido averiguar lo que hace en ese cuarto el caballero Fernando. No quiere que entre en él, ni que se lo limpie; lo único que sé es que hay allí una peste! Y el caballero siempre metido en ese cuarto, mirando con el anteojo unos vidrios... A mi me parece que está algo trastornado...

(Guillermo entra sigilosamente por la puerta del foro y al llegar cerca de Ramona le dirige la palabra, asustándola).

GUILLERMO. ¿Está usted sola?

RAMONA. *(Sorprendida y nerviosa).*—¡Dios mío! ¡Qué susto me he llevado! ¿Por dónde entró usted, señorito Guillermo?

GUILLERMO. Por donde entra todo el mundo: por la puerta de la calle.

RAMONA. ¿Tiene usted llavín?

GUILLERMO. ¡Qué he de tener! Es que la encontré abierta.

RAMONA. Entonces ha sido la señora quien se olvidó de cerrarla.

GUILLERMO. Sí; fué ella. La he visto salir y quise aprovechar la ocasión de hablar a solas con usted. Si contesta con claridad a todas mis preguntas le prometo una

buena recompensa: dinero... prenda... lo que usted quiera.

RAMONA. Yo siempre digo la verdad; pero a mi no me gusta hablar mucho. Ahora, si usted quiere saber algo...

GUILLERMO. Sí; quiero saber si el caballero y la señora se quieren mucho; si se llevan bien, si él es complaciente con ella y, sobre todo, si existe entre los dos esa unión, esa... compenetración que casi siempre hay entre un marido y su mujer. Conque ya está enterada de lo que deseo averiguar. Cuénteme todo lo que sepa.

RAMONA. Señorito, lo que pasa en esta casa yo no lo sé bien; todavía no acabo de conocer al caballero y creo que a la señora le pasa lo mismo. El siempre está encerrado en ese gabinete y en medio año que llevo de servicio no lo he visto salir nunca a la calle.

GUILLERMO. Será porque está muy enfermo.

RAMONA. ¡Qué ha de estar!... A no ser que lo haya enfermado del estómago el mal olor que hay en su cuarto, en su biblioteca y en dondequiera que pone esos vidrios... Yo de buena gana se los botaría todos.

GUILLERMO. Y la señora, ¿qué dice? ¿Nunca le ha reñido ni le ha dicho nada que indique contrariedad o disgusto?

RAMONA. ¡Vaya si le dice! Hoy mismo, sin ir más lejos, poco antes de que usted llegara la otra vez, tuvieron una... y bien gorda! Yo desde el comedor oí a la señora cuando le decía al caballero que ella no tenía marido...

GUILLERMO. *(Con alborozo).*—¿Eso le dijo?

RAMONA. Sí señor, y otras muchas cosas que ahora no recuerdo.

GUILLERMO. *(Aparte).*—No necesito saber más. Aurora será mía dentro de muy corto tiempo. Ella me ha cautivado con su hermosura, me ha interesado por su desgracia, por su situación especialísima respecto de Fernando; yo le he sido simpático desde que nos co-

nocimos... El terreno está bien abonado y no será necesario un gran esfuerzo.

RAMONA. *(Con insinuación y malicia).*—De lo demás que usted quería saber... nada he podido averiguar, pero me lo supongo... *(sonriéndose).*

GUILLERMO. Te has ganado la propina. Toma este billete para que te compres lo que más desees.

RAMONA. Muchas gracias, caballero; pero conste que yo le he contado lo que sabía por complacer a usted; no por dinero.

GUILLERMO. Sí, sí; ya lo sé. ¡Pues no faltaba más! *(Con ironía).*

ESCENA X.

Dichos y ENRIQUETA.

(Suena el timbre de llamada y Ramona va a abrir la puerta, regresando con Enriqueta, quien llega visiblemente contrariada).

ENRIQUETA. (A Ramona). Pero ¿cómo ha podido irse Mercedes sin esperar a que yo viniera a buscarla?

(Al darse cuenta de la presencia de Guillermo, que está aparentemente distraído, lo saluda con una inclinación de cabeza).

GUILLERMO. *(Correspondiendo al saludo).*—A los pies de usted, señorita. Permítame que la brinde un asiento, a pesar de no ser ésta mi casa.

ENRIQUETA. Mil gracias, no se moleste. Tendré que marcharme enseguida después de hablar un momento con Aurora.

RAMONA. La señora ha salido, pero me dijo que no había de tardar. Espérela usted, que estoy segura volverá pronto.

GUILLERMO. Si yo estorbo... dígamelo con franqueza para ausentarme.

ENRIQUETA. De ningún modo; después de todo creo que no estamos nosotros solos, porque Fernando ha de hallarse en casa con toda seguridad.

RAMONA. Sí señorita, voy a avisarle que están ustedes aquí.

GUILLERMO. *(Con energía).*—No... no... no lo llame usted; de ninguna manera. ¿Para qué hemos de molestarlo, distrayéndolo de sus trabajos?

RAMONA. Está bien, caballero; si usted no quiere... *(Se retira).*

ESCENA XI.

Dichos, menos RAMONA.

(Enriqueta y Guillermo se sientan frente a frente y algo distantes el uno del otro).

GUILLERMO. *(Después de una breve pausa).*—Creería no equivocarme al pensar que es usted la señorita Enriqueta Ribois.

ENRIQUETA. La misma, sí señor...

GUILLERMO. ¿Hermana de Alberto, cuñada de Mercedes Feliú y concuñada de Nicanor?

ENRIQUETA. *(Con admiración).*—Efectivamente; pero estoy sorprendida, porque no acierto a explicarme...

GUILLERMO. Le extraña ¿no es cierto? que yo esté tan bien enterado de quien es la gentil y bella joven con la cual tengo el gusto de departir en estos instantes...

ENRIQUETA. ¿Porqué habría de negarlo? Así es. En cambio, yo no sé todavía con quien tengo el gusto de hablar.

GUILLERMO. Pues lo sabrá usted enseguida, porque voy a hacerle mi presentación, ya que nadie ha tenido la oportunidad de darnos a conocer mutuamente.

ENRIQUETA. *(Aparte).*—Se conoce que es un hombre de mundo, muy culto y bien educado. ¿Será soltero o casado?

GUILLERMO. Yo soy Guillermo de Alcázar, amigo íntimo y compañero de estudios durante toda la carrera de Nicanor; y por su cuñada Mercedes me he enterado de esos detalles que han sido para usted motivo de sorpresa.

ENRIQUETA. Sí, ya me explico; pero antes hubiera pensado que se trataba de un adivino o de un policía secreto.

GUILLERMO. En cuestiones amorosas me atrevería a asegurar que lo soy. De modo que si alguna vez necesita usted de mis servicios...

ENRIQUETA. Muchas gracias. Conmigo fracasaría y no quiero que vaya usted a perder por culpa mía su reputación. Mi corazón es impenetrable.

GUILLERMO. Hasta ahora lo habrá sido; pero quizás no lo sea de aquí en adelante. Todo es posible...

ENRIQUETA. *(Tratando de mudar el tema de la conversación).*—¡Cómo tarda Aurora! Me parece que tendré que irme sin haber hablado con ella. ¿Usted también espera su llegada?

GUILLERMO. *(Algo turbado, tratando de hallar un pretexto para justificar su presencia en la casa).*—No señorita, yo pensaba retirarme cuando usted llegó, obligándome inconscientemente a prolongar mi estancia aquí al solo objeto de deleitarme la vista contemplándola.

ENRIQUETA. *(Halagada en extremo por el elogio).*—Oh! Es usted amabilísimo...

GUILLERMO. Yo vine nada más que por el deseo de encontrar a Nicanor para abrazarlo. Me dijeron que estaba acá y resultó equivocada la noticia.

ENRIQUETA. Nicanor no sale a ninguna parte. Solamente al Observatorio; no le gusta la vida social y está siempre retraído de todo. ¡Con decirle que, a pesar de haber cumplido ya treinta y dos años, todavía no le hemos conocido una novia!

GUILLERMO. Pues si yo me decido a prolongar mi permanencia aquí por quince días más, me atrevería a asegurarle que antes de irme yo la tendrá. Haré todo lo posible por lograrlo y lo conseguiré, si usted me ayuda un poquito; nada más que un poquito...

ENRIQUETA. ¿Yo? No me gusta arriesgarme en empresas difíciles. Usted fracasará en su propósito, créame. Nicanor no ha nacido para ser hombre casado.

GUILLERMO. Usted no tiene experiencia, Enriqueta. Por cada mujer que viene al mundo nace también un hombre predestinado a ser su compañero: si muchas veces no

se encuentran y se aproximan es porque ninguno de los dos ha hecho nada de su parte por lograrlo. En estos casos es necesaria la intervención de una tercera persona que los empuje; y a Nicanor lo he de empujar yo. Ya verá usted como cae...

ESCENA XII.

Dichos y NICANOR.

(Suena el timbre de llamada y Ramona abre la puerta para que entre Nicanor).

NICANOR. *(Abrazando a Guillermo).*—¡Qué gusto tan grande experimento al volverte a ver después de tantos años! Apenas supe por Mercedes que estabas aquí traté de venir a darte un fuerte abrazo.

GUILLERMO. Y yo, por mi parte, he tenido el mismo deseo e igual propósito desde esta mañana; pero quería darte la sorpresa apareciéndome sin previo aviso.

NICANOR. *(Aparte, a Enriqueta).*—Procura llegar a casa lo antes posible para que trates de calmar a Mercedes. Ella y Alberto han tenido un disgusto serio. Ya te explicaré.

GUILLERMO. ¿Secretos para mí... para tu confidente de otros días? ¡Cómo cambian los tiempos... y los hombres!

NICANOR. *(Apenado.)*—Asuntos de familia... Cosas desagradables que suelen producirse cuando nadie las espera.

GUILLERMO. Yo las esperaba... ¿A que se trata de un disgusto entre tu hermana Mercedes y su marido por haber salido ella sola a la calle sin su permiso?

ENRIQUETA. *(Sorprendida).*—¡Este hombre es adivino; no es posible ocultarle nada! *(Aparte).*

NICANOR. Sí; esa ha sido la causa determinante, pero, por desgracia, es mucho más grave aún lo ocurrido.

ENRIQUETA. ¡Qué pena para mí que tengo toda la culpa por no

haber llegado a tiempo de acompañar a Mercedes! Pero también Alberto es demasiado exigente!...

NICANOR. *(Moviendo la cabeza en sentido negativo).*—No, Enriqueta; lo que ha pasado es algo muy distinto de lo que tú te imaginas: Mercedes al ir sola, a pie, por cierta calle no muy céntrica ha sorprendido a Alberto yendo en un automóvil con una mujer de dudosa conducta cuyo cuello oprimía él con el brazo derecho mientras que con el izquierdo la estrechaba ligeramente contra su cuerpo. Cuando Alberto llegó a casa, ignorante de haber sido visto por Mercedes, se produjo una escena violentísima en la cual tuve yo que intervenir. Han hablado de separación, de divorcio... ¡Un verdadero cataclismo!

ENRIQUETA. *(Visiblemente afectada).*—¡Por Dios, Nicanor! Acompáñame a casa para ver si puedo hacer algo en obsequio de Alberto y de Mercedes. *(Aparte, a Guillermo).* El volverá en seguida; pero déjelo usted que vaya conmigo. Yo no me atrevo a llegar sola a mi casa... ¡Qué desgracia! ¡Y pensar que he tenido yo la culpa!

GUILLERMO. Sí, Nicanor; complace a Enriqueta acompañándola a tu casa. *(Aparte, a Enriqueta).* Y usted tranquilícese; no se aflija. Piense en que la culpa de lo ocurrido no la tiene nadie más que su hermano por no haber tenido la precaución de poner los tapacetes del automóvil. *(Aparte).* Eso es lo primero que yo hago siempre, a pesar de ser un hombre soltero.

NICANOR. Hasta dentro de un rato, que volveré. Te ruego, Guillermo, que aproveches mi ausencia para buscarle una solución decorosa a este inesperado conflicto. *(Aparte).* Vamos Enriqueta, no llores...

(Se van por el foro Enriqueta y Nicanor).

GUILLERMO. ¡Pobre muchacha! ¡Si ella supiera que he sido yo quien prendió la mecha que ha hecho explotar ese cartucho!

ESCENA XIII.

GUILLERMO y AURORA.

(Aurora llega de la calle algo agitada, sorprendiéndose de encontrar a Guillermo).

AURORA. ¡Cómo! ¿Usted otra vez aquí?

GUILLERMO. He venido por segunda vez a su casa en busca de Nicanor. Me dijeron que se hallaba acá y, con efecto, llegué, pregunté... y no lo encontré; pero al fin llegó, me abrazó y se marchó... Apenas hemos podido cambiar unas cuantas palabras porque ¡el pobre está medio atontado a causa del disgusto de Mercedes con su marido!

AURORA. ¡Ya usted lo averiguó!

GUILLERMO. Yo no lo he averiguado; lo he sabido, como acostumbro enterarme de todas las cosas: por referencias.

AURORA. El disgusto ha sido muy grande, según acaba de contarme Nicanor, a quien encontré en la calle con la infeliz de Enriqueta, que está desolada... ¡Y todo por culpa de usted!

GUILLERMO. *(Aparentando sorprenderse).*—¡Por culpa mía!

AURORA. Si señor; usted ha sido el que con sus cuentos dió lugar a que Mercedes recelara de la conducta de Alberto y a que se decidiera a desobedecerle, yendo sola por esas calles sin que él lo supiera previamente.

GUILLERMO. ¿De modo que, a juicio de usted, yo tengo la culpa de las liviandades de ese esposo archiocupadísimo!

AURORA. De eso precisamente, no; pero de que su mujer lo haya descubierto, sí. Y yo también tengo mi parte de responsabilidad, porque cuando Mercedes me dijo que saldría sola a la calle aunque su marido se disgustara la dije que hacía muy bien, y ahora creo que ha hecho muy mal.

GUILLERMO. ¿De manera que yo debo reconocerme como el causante principal del suceso? ¡Tiene gracia! *(Ba-*

jando la voz). Todavía voy a resultar el culpable de que usted no sea nada feliz al lado de su marido...

AURORA. *(En tono de protesta).*—Guillermo, usted se equivoca.

GUILLERMO. ¿Equivocarme yo? ¡No! ¡Conozco demasiado el corazón femenino para creer que una mujer joven, hermosa, sugestiva, con mil encantos atesorados dentro de una envoltura corporal casi perfecta y un temperamento tiernamente apasionado, como el suyo, pueda ser la esposa feliz de un hombre como Fernando!

AURORA. Pero... ¿alguien le ha dicho?...

GUILLERMO. No ha sido necesario: lo he comprendido desde la segunda o tercera vez que vine a esta casa. Sería inútil que usted tratara de ocultarlo.

AURORA. *(Vacilante).*—Fernando es bueno... me quiere...

GUILLERMO. *(Interrumpiendo).*—¡Bien se le conoce! El hombre que como él niega a su mujer después de casado el amor prometido antes del matrimonio es porque no la quiere; lo que quiere es tener a su lado un ama de llaves para el cuidado de la casa; una mujer de confianza para el cuidado de su persona y una compañera de cuarto para que lo cure en los casos en que su salud se quebrante... Y una mujer como usted, Aurora, no puede resignarse a desempeñar por toda la vida el papel de sirvienta o de enfermera.

AURORA. ¡Guillermo! Es usted muy poco compasivo al presentarme en toda su desnudez el cuadro doloroso de mi existencia, de mi gran infortunio...

GUILLERMO. No, amiga mía; lo que pretendo es hacerla comprender la inutilidad de su sacrificio. ¿Porqué resignarse con una suerte tan poco grata sin intentar trocarla por una vida feliz?

AURORA. Es ya demasiado tarde para lograrlo.

GUILLERMO. No, Aurora: nunca es tarde para ir en pos de la felicidad. El medio, en el caso de usted, es suma-

mente fácil, sencillo. Usted lo tiene en sus manos... *(Se aproxima a Aurora cuyas manos aprisiona entre las suyas).*

AURORA. *(Emocionada).*—Ya hoy es imposible, Guillermo.

GUILLERMO. Imposible... porque usted lo quiere; porque usted prefiere ser la mujer desdeñada de Fernando a ser la compañera amada de un hombre que está dispuesto a hacerla todo lo dichosa que usted se merece.

(Ramona entreabre una de las ventanas del fondo y asoma por ella la cabeza, sin ser vista).

RAMONA. *(Aparte).*—¡Atiza! ¡El señorito Guillermo cogiéndole las manos a la señora! Ahora comprendo porqué quería él saber tantas cosas... ¡Y el caballero Fernando en su cuarto mirando los vidrios que son varones y los que son hembras! *(Cierra la ventana y se va).*

AURORA. *(Moviendo ligeramente la cabeza y con la vista baja).*—¡Todo es cuestión de oportunidad en la vida! Si lo hubiera conocido a usted hace algunos años, antes de casarme con Fernando, tal vez hubiera hecho yo su felicidad y usted la mía; pero ahora... ya es tarde, Guillermo; es imposible...

GUILLERMO. *(Suplicante).*—¿Porqué ha de considerar usted imposible lo que yo veo como cosa fácil?

AURORA. Porque yo no puedo abandonar mi casa, dejar a mi marido, romper con la sociedad, con el mundo, con todo lo que me rodea...

GUILLERMO. Sin embargo, yo en su caso no vacilaría, resuelto a no sacrificar la felicidad de mi vida ante tan vanos escrúpulos: abandonar una casa donde se desempeña un papel poco airoso; dejar a un hombre que no cumple sus deberes como esposo; decirle a la sociedad que ella no tiene el derecho de imponer a nadie la abnegación de renunciar a la juventud y al amor, lo que equivale a renunciar a la vida... ¿Hay en todo esto algo delictuoso o censurable?

AURORA. Podría intentarse una separación por las leyes; pe-

dirse el divorcio... Todo sería preferible a la violencia y al escándalo.

GUILLERMO. Pero resultaría completamente inútil, porque perdería usted de seguro la demanda, después de aguardar el fallo durante dos años a lo menos: nuestras leyes no estiman como causa suficiente para llegar a la disolución del vínculo matrimonial el desvío de un hombre que, siendo apto físicamente para cumplir sus deberes conyugales y guardando absoluta fidelidad a su legítima consorte, prefiere sin embargo el amor a la ciencia en vez de cultivar la ciencia del amor.

AURORA. Según eso, no podría yo intentar por los medios legales ningún recurso?

GUILLERMO. *(Moviendo la cabeza en sentido negativo).*—No hay más solución, Aurora, que la que yo le ofrezco. Una sola palabra que usted pronuncie será suficiente para que dentro de pocas horas salgamos los dos de esta casa, cuyo recuerdo estará siempre unido al de su infelicidad.

(Aurora mueve ligeramente la cabeza en señal de asentimiento y ambos se estrechan las manos).

AURORA. *(Después de breve pausa).*—Me siento desfallecida... no sé lo que será de mí... *(Aparte, mirando al cielo).* ¡Dios mío, dame fuerzas para resistir y no me abandones!

GUILLERMO. Es preciso que me vaya para ir preparándolo todo. Volveré lo antes posible para hablar con Nicanor; si él llega antes que yo, dígale que tuve necesidad de marcharme, o que me espere: lo que usted quiera; *(rectificándose)* lo que *tú* quieras, Aurora.

(Se despide afectuosamente y se va por la puerta del foro).

AURORA. *(Yendo hacia su habitación).*—Cinco años de sacrificios y sufrimientos inútiles; soportando los desdenes de Fernando; silenciando mis penas; cubriendo con una falsa apariencia de felicidad la triste realidad de mi desgracia... Todo ha sido infruc-

tuoso y estéril. ¡Porqué será esta vida una serie inacabable de acerbos dolores y penas infinitas?... *(Entra en su habitación).*

ESCENA XIV.

NICANOR, MERCEDES, AURORA y RAMONA.

(Nicanor y Mercedes llegan por la puerta del foro junto con Ramona, que les ha abierto la puerta de la calle).

MERCEDES. *(A Ramona).*—¿Está en casa la señora?

RAMONA. Se halla en su cuarto. Voy a avisarle.

NICANOR. El caballero a quien dejé aquí ¿se ha marchado?

RAMONA. ¿Cuál de los dos? Porque ahora hay en esta casa dos caballeros...

NICANOR. *(Sin darse cuenta de la advertencia).*—Pregunto por el caballero Guillermo.

RAMONA. Pues no sé donde estará: yo no le he visto salir... Pregúntele a la señora.

AURORA. *(Saliendo del cuarto).*—Oí las voces de ustedes, reconociéndolas en seguida.

MERCEDES. Aurora, necesito hablar contigo reservadamente; quiero consultarte, pedirte consejo.

AURORA. Estoy a tu disposición, como siempre; pero será mejor que vayamos a mi gabinete de costura, distante del comedor, para que nada puedan oir los sirvientes.

(Mercedes y Aurora se van, entrando por la primera puerta lateral del lado izquierdo).

NICANOR. *(Aparte).*—Guillermo quedó conmigo en esperarme aquí y por lo visto se ha marchado. Si pudiera comunicarme con él por el teléfono del hotel donde reside... Voy a intentarlo.

(Nicanor se dirige a la mesa donde se halla el aparato y, sentándose delante de ella, revisa la guía de teléfonos, impaciente por hallar el número que

desea. Entretanto suena el timbre del gabinete de Fernando acudiendo Ramona a la llamada).

RAMONA. *(Al cruzar por el salón dirigiéndose hacia el gabinete).*—¿Qué querrá conmigo el caballero Fernando? Hacía lo menos quince días que no oía sonar el tiembre. *(Entra en el gabinete).*

(Nicanor intenta comunicarse por el teléfono, sin conseguirlo. Llama repetidas veces inútilmente y al no obtener respuesta da señales de contrariedad).

NICANOR. Maldito aparato! Parece estar descompuesto, porque el timbre no funciona.

RAMONA. *(Saliendo de la habitación a la cual había entrado antes).*—Algo raro va a suceder en el mundo; no me cabe duda. El caballero Fernando, que siempre tiene tal mal humor, está hoy hecho unas Pascuas. La alegría le retoza en el cuerpo. Me ha llamado para decirme: "Oye, muchacha, ¿qué quieres tener el día que te cases? ¿Varones o hembras?". "Lo que Dios quiera", le respondí. ¿Qué más da una cosa que otra?

NICANOR. *(Al darse cuenta de la presencia de Ramona).*—Oiga, joven: ¿Usted le dijo al caballero Fernando que yo estaba aquí?

RAMONA. Sí señor, y me ha contestado que en seguida saldría a recibirle. ¡Oh! Eso es para él una distinción que tiene con muy pocas personas.

NICANOR. Conmigo siempre la ha tenido...

RAMONA. Pues será con usted, porque lo que es con otros... Al señorito Guillermo, que ha venido ya como siete veces, no lo recibió más que el primer día y hasta creo que lo trató de mala manera, según le oí decir a la señora.

NICANOR. Rarezas de su carácter...

RAMONA. No señor, no; aquel día fué porque el señorito Guillermo llegó en los momentos en que acababa de rompérsele al caballero uno de esos vidrios que él quiere tanto. ¡Si usted lo hubiera oído!... Daba risa de verdad, señorito. "¡He perdido un varón!

¡He perdido un varón!", gritaba en su escritorio, tirándose de los cabellos. Cualquiera que lo oía creía que se le había muerto un hijo...

(Al darse cuenta de que Fernando llega, Ramona se retira).

ESCENA XV.

NICANOR, FERNANDO y después GUILLERMO.

FERNANDO. ¿Qué dice de nuevo mi buen amigo Nicanor? Tiempo hacía que no nos visitaba.

NICANOR. Ciertamente, pero no por falta de deseos. Hoy los asuntos de familia me han traído por aquí.

FERNANDO. ¿Hay acaso alguna novedad?

NICANOR. Lo ocurrido entre Mercedes y Alberto. Ya Aurora le habrá contado...

FERNANDO. Nada absolutamente. Aurora y yo no hemos tenido tiempo de hablar hoy apenas.

NICANOR. Pues figúrese usted que Alberto ha sido sorprendido por Mercedes en flagrante delito de infidelidad y, como es natural, ardió Troya! Ahí está Mercedes pidiéndole consejos a Aurora.

FERNANDO. *(Con indiferencia).*—Eso no tiene importancia; ni siquiera vale la pena de que se le preste mucha atención.

NICANOR. Luego, usted piensa que...

FERNANDO. "A rey muerto, rey puesto", y nada más. Si se tratara de un fracaso de la ciencia o de la muerte prematura de un sabio, de un investigador... ¡ya sería otra cosa! Pero lo demás es lo de menos; ya se lo dije y se lo repito: eso no tiene ninguna importancia.

(Guillermo aparece en este instante por la puerta del foro, contrariándose al ver a Fernando).

GUILLERMO. ¡Vaya una sorpresa! No creía encontrarlo a usted aquí *(dirigiéndose a Fernando)*, porque me dijo su esposa que continuaba enfermo del hígado.

FERNANDO. Sí... sí; estuve algo bilioso.

GUILLERMO. Y también me dijo Aurora que su mal se había complicado con un fuerte dolor en los riñones...

FERNANDO. Sí, en los riñones. *(Aparte)*. ¡Pero, señor! ¿Porqué dirá mi mujer tantas mentiras?

NICANOR. Pues no parece que usted sufra de nada, porque su semblante es magnífico; tiene buen color y en apariencia respira salud por todos sus poros.

FERNANDO. Se engaña usted, Nicanor: lo que respira es alegría... Estoy a punto de recoger el fruto de doce años de trabajos, experiencias e investigaciones. ¡Al fin he visto realizado el ideal de mi vida! Conque ya verán ustedes si tengo motivos o no para sentirme satisfecho.

GUILLERMO. No cabe duda de que cada individuo tiene un ideal en la vida. Para usted el ideal, el gusto supremo es andar con placas y cultivos y gérmenes y microbios... En cambio, para mí el ideal es encontrar una mujer linda, hermosa y simpática, inteligente, dulce, tierna, cariñosa y buena para unirme a ella por el resto de mis días, liquidando de una vez un pasado borrascoso de fáciles conquistas y peligrosas aventuras. *(Dirigiéndose a Nicanor en sentido irónico)*. Supongo que a tí te ocurrirá otro tanto ¿no es cierto?

NICANOR. Yo nada tengo que liquidar con el pasado porque hasta ahora no he contraído ninguna deuda de amor. Sólo he pensado en mis estudios y en vivir tranquilo, lo más alejado posible del mundanal ruido...

FERNANDO. Nicanor y yo estamos de completo acuerdo en nuestra manera de pensar. Es más: no concibo como haya quienes piensen de distinta manera.

GUILLERMO. Afortunadamente, creo que estamos en mayoría los que opinamos de diferente modo.

FERNANDO. Y ¿dice usted que afortunadamente?...

GUILLERMO. Pues es claro: si todos los hombres que actualmente viven en la Tierra pensaran y obraran como ustedes

dos, dentro de muy pocos años la especie humana se habría extinguido por completo...

NICANOR. ¿Y qué? Nuestro planeta seguiría dando vueltas en derredor del Sol, aunque desaparecieran todos sus habitantes, porque las leyes del cosmos son inmutables.

GUILLERMO. *(Incómodo).*—Mira, Nicanor. Me da pena oirte hablar en esos términos. Es preciso que te saques de la cabeza el humo que tienes en ella y que vayas pensando en casarte; en tener un hogar y una familia; en saber algo más de lo que hasta ahora has aprendido y que apenas te sirve para nada.

FERNANDO. Vamos por partes, que ahora me toca hablar a mí: si todos los hombres hubieran pensado como usted desde que el mundo existe, todavía andaríamos con taparrabos, en estado primitivo como los salvajes.

GUILLERMO. Lo cual no tendría para mí ninguna desventaja. De todos modos, eso quiere decir que una mitad de la humanidad lucha y trabaja con ahinco en beneficio de todos para que la otra mitad pueda gozar y divertirse. Por esta razón nunca me he ocupado yo en trabajar para los demás, pues siempre he creído que el mundo es un ingrato al dejar sin recompensa los sacrificios que realizan sus benefactores.

NICANOR. ¿Y la gloria? ¿No es ella, por sí sola, bastante recompensa?

FERNANDO. ¿Y la consagración de un nombre? ¿Y su perpetuación en mármoles y bronces? ¿Le parece a usted poco todo ésto?

GUILLERMO. Demasiado poco, porque son honores póstumos de los cuales ni siquiera puede enterarse el sabio difunto. Yo prefiero las recompensas en vida. *(Dirigiéndose a Nicanor).* Tú, ni siquiera tienes un nombre que se preste a ser reverenciado: ¿quién ha visto un sabio que se llame Nicanor?

NICANOR. Tú te equivocas, Guillermo: yo no tengo tal pretensión de sabiduría. Es que yo no sirvo más que para el estudio y el trabajo.

GUILLERMO. ¿Tú has probado otras cosas más... agradables? ¿No? Pues guarda silencio y no discutas. *(Imperativamente).* Tú debes casarte con Enriqueta y casarte pronto. Yo te lo aconsejo...

NICANOR. *(Sorprendido).*—¡Casarme yo con Enriqueta! ¿Estás en tu juicio, Guillermo?

GUILLERMO. Precisamente porque lo estoy no acierto a explicarme cómo has podido vivir varios años al lado de una mujer tan atrayente y sugestiva como ella, sin haber tratado de hacerla tu esposa.

NICANOR. La razón es muy sencilla: porque, conociendo sus méritos y cualidades, nunca me he atrevido...

GUILLERMO. Entonces me atreveré yo por tí, si fuere necesario. En tus mismas palabras demuestras que en asuntos amorosos eres un ignorante perfecto. ¿De qué te valdrá ser una lumbrera en otras cosas menos positivas?

FERNANDO. Ustedes van a dispensarme; pero tengo necesidad de ir a examinar mis cultivos. Están a punto de revelarse y no es cosa de arriesgar el éxito por un descuido.

NICANOR. Está usted dispensado, Fernando.

GUILLERMO. Y por mi parte también. Váyase, sin pena, a examinar su "incubadora" mientras Nicanor y yo seguimos discutiendo.

(Fernando entra en su gabinete).

NICANOR. ¡Ah! ¡Si Enriqueta llegara a quererme, conformándose con mis escasos merecimientos para pretenderla! Pero no: yo estoy seguro de que eso es imposible.

GUILLERMO. Y yo me atrevería a afirmar lo contrario: Enriqueta y tu se profesan mutuas simpatías—lo adivino—; se gustan y se quieren... La timidez de tu carácter ha sido, no lo dudes, el único escollo que ha existido para que ustedes no se hayan entendido hasta ahora...

NICANOR. Si eso fuera cierto, Guillermo, me sentiría feliz. ¿Porqué he de negarte que siempre he vivido enamorado de Enriqueta, sin haber tenido nunca el valor de demostrárselo?

GUILLERMO. Eso debe convencerte de que el amor es la ciencia más difícil que se conoce; su aprendizaje no está en los libros, sino en la experiencia. Yo puedo hablarte así porque conozco muy bien esa asignatura; la única donde he logrado alcanzar con justicia "Sobresaliente" y "Premio extraordinario"...

NICANOR. Eres el mismo Guillermo de la época de estudiante. Veo que los años no han cambiado su carácter, tu manera de ser ni tus teorías.

(Fernando sale de su gabinete dando muestras de gran alegría).

FERNANDO. *(Frotándose las manos).*—¡No falta más que una! ¡Sólo una para tener comprobada la infalibilidad de mi descubrimiento!

NICANOR. Pero ¿de qué se trata? Yo no sé nada...

FERNANDO. Pues verá usted: de las doce placas, seis hembras y seis varones, cuyos cultivos he venido observando durante nueve meses consecutivos, las seis hembras han dejado ver, al través del microscopio, las peculiaridades inconfundibles de su sexo; y de las otras seis, que eran varones, con excepción de una que se rompió hace varios días, cuatro han revelado ya con claridad las manifestaciones del sexo masculino. Ahora sólo falta una para poder cantar victoria completa.

NICANOR. *(Aparte).*—No he entendido una jota. Me he quedado completamente en ayunas.

GUILLERMO. De modo que...

FERNANDO. ...si la placa que falta por revelarse, cosa que espero sucederá antes de media hora, demuestra que su cultivo también corresponde a un varón, de ahora en lo adelante los hombres casados tendrán hijos del sexo que prefieran, varones o hembras, a su voluntad.

GUILLERMO. *(Aparte).*—Este hombre está completamente loco. ¡No hay duda!

FERNANDO. *(A Nicanor).*—Yo le daré a usted un frasco de mi

elixir por si llega a casarse, según le aconseja Guillermo.

NICANOR. ¡Oh! Muchas gracias... Se lo agredeceré infinito.

FERNANDO. Y ustedes, ¿ya terminaron la discusión que tenían?

GUILLERMO. Con un éxito grande de mi parte, porque creo haber convencido a Nicanor de la bondad de mis teorías.

FERNANDO. *(Interrumpiendo).*—Que son bien extravagantes por cierto.

GUILLERMO. Pero que en la práctica dan excelentes resultados. Ahora, precisamente, me considero al final de la carrera, pues estoy a punto de doctorarme; de obtener el título de maestro en cuestiones amorosas.

NICANOR. *(En sentido de chanza).*—Y ¿ya tienes elegida la tesis?

GUILLERMO. Pienso realizar una arriesgada proeza: la conquista y sustracción de una hermosa mujer, casada por equivocación con un imbécil *(mirando fijamente a Fernando)* que no ha sabido comprenderla y la ha hecho desgraciada, creyéndola él feliz.

FERNANDO. ¿Será posible, Guillermo?

GUILLERMO. Sí, esta hazaña, que espero realizar muy pronto, constituirá mi ejercicio de grado en la cienca del amor...

ESCENA XVI.

Dichos, AURORA Y MERCEDES.

(Aurora y Mercedes salen del gabinete de costura y Fernando saluda amablemente a Mercedes).

MERCEDES. Vámonos, Nicanor. Ya he hablado extensamente con Aurora y ella piensa lo mismo que yo: la solución que se impone, aunque dolorosa, es inevitable. Alberto y yo tendremos que separarnos.

FERNANDO. Sin embargo, lo ocurrido, a mi juicio, no entraña esa extraordinaria gravedad que ustedes quieren dar al suceso. ¿No opina usted lo mismo, Nicanor?

NICANOR. En este asunto difiero de su parecer, amigo Fernando: yo creo que cuando una mujer deja de querer a su marido por culpa de éste debe separarse de él lo antes posible.

GUILLERMO. Soy de la misma opinión. *(Enfáticamente)*. Cuando la felicidad huye de una casa, lo mejor que hacen sus moradores es huir de ella también. Mercedes, como Aurora y como todas las mujeres, tiene el derecho de ser dichosa en la vida y si un hombre la hace desgraciada, nadie podrá censurarla si lo abandona para ir en pos de la felicidad.

MERCEDES. Me voy algo más confortada de lo que estaba cuando vine. No tengo palabras con que dar gracias a todos por sus consejos... En estos casos es cuando puede apreciarse lo mucho que vale el tener tan buenos amigos. ¡Adiós!

(Nicanor y Mercedes se despiden afectuosamente marchándose por la puerta del foro).

FERNANDO. Yo también me voy a mi gabinete para ver si por fin obtengo la última prueba, la que yo juzgo decisiva...

(Se ausenta, entrando en su gabinete).

ESCENA XVII.

GUILLERMO, AURORA y después FERNANDO.

GUILLERMO. También para nosotros ha llegado el momento decisivo. *(Acercándose a Aurora)*. Todo está ya arreglado a fin de que podamos embarcarnos en el vapor que dentro de pocas horas saldrá para Nueva Orleans. No hay tiempo que perder, Aurora: es preciso que salgamos de esta casa en seguida.

AURORA. *(Después de una breve pausa)*.—Las fuerzas me faltan y me encuentro sin valor para realizar el más grande de todos los sacrificios: el que empañaría mi conciencia por el tiempo que me reste de vida...

GUILLERMO. *(Absorto).*—Francamente, no acierto a explicarme el sentido de sus palabras. Para comprenderlo tendría que pensar en algo inconcebible... en que usted se halla arrepentida...

AURORA. Sí, Guillermo; arrepentida de realizar una acción que hubiera contribuído a hacerme aún más desgraciada de lo que he sido hasta ahora.

GUILLERMO. ¡Aurora! Piense en que la felicidad pasa una sola vez por nuestro lado durante toda la vida; quien rehusa su compañía pacta voluntaria y definitivamente con el infortunio.

AURORA. No, amigo mío; la felicidad pasa por el lado de algunas personas muchas veces durante su vida y por eso resultan afortunadas; en cambio, por el lado de otras no cruza nunca durante toda la existencia y esos son los seres desgraciados: yo pertenezco al número de estos últimos...

GUILLERMO. *(Aparte, reflexivamente).*—Este golpe, que es el primero y el más inesperado de los desengaños recibidos, representa una nueva enseñanza de lo que es capaz en una mujer el espíritu de abnegación y sacrificio...

AURORA. Piense usted de mí lo que quiera;... comprendo que he procedido con ligereza, aturdida por ciertas reflexiones suyas que me hicieron conocer en toda su magnitud la injusticia de mi triste situación; pero he pensado mucho sobre lo que iba a hacer, he consultado con mi corazón, impresionado al escuchar la voz de la conciencia que le gritaba "¡traidor, no abandones a Fernando!"... y aquí me tiene usted arrepentida. No puedo negarlo....

GUILLERMO. Su volubilidad me martiriza, Aurora. Acabe de resolver su situación y la mía, desechando esos escrúpulos que la atormentan y hacen vacilar en los instantes en que la voluntad debe mantenerse firme. *(Suplicante).* Yo se lo ruego, se lo suplico...

AURORA. Sería inútil toda insistencia de su parte: mi resolución es inquebrantable. Prefiero mi desgracia ac-

tual, con la conciencia tranquila, a una dudosa felicidad, como la que usted me ofrece, amargada por crueles remordimientos...

(Se oye un ruido en el gabinete de Fernando y la voz de éste, que se acerca).

GUILLERMO. ...Si no hay esperanzas de un nuevo arrepentimiento, según usted asegura, no he de ser yo quien insista.

AURORA. ¡Silencio, por Dios, que Fernando llega!

GUILLERMO. Eso quiere decir que me vaya; que me retire.... ¿no es eso?

(Aurora baja la cabeza y fija la mirada en el suelo, no pudiendo ocultar su emoción).

Está bien; me iré para siempre llevándome el recuerdo imborrable de la única mujer por cuya felicidad me he sentido yo dispuesto a sacrificar la mía... ¡Adiós!

AURORA. *(Afligida).*—Adiós, Guillermo... ¡Perdóneme y compadézcame!

(Guillermo, después de mirar a Aurora con ira y despecho, se marcha precipitadamente).

FERNANDO. *(Alborozado, desde la puerta de su gabinete, levantando los brazos en señal de júbilo).* ¡Eureka! ¡Eureka! Ahora puedo exclamar como Arquímedes, al encontrar lo que durante tantos años he venido persiguiendo. ¡Ya soy feliz, completamente feliz!

(Entra de nuevo en su escritorio, cerrando la puerta que antes había abierto).

(El telón comienza a descender lentamente).

AURORA. *(Repitiendo muy despacio la última exclamación de Fernando).*—"¡Ya soy feliz, completamente feliz!"... ¡Dichoso él que puede pronunciar esas palabras! ¿Podrán salir de mis labios algún día? Sí; ¡es demasiado grande mi sacrificio para que quede sin ninguna recompensa!...

FIN

CARTAS DESDE LAS TRINCHERAS (*)

POR

EUGENIO MANUEL LEMERCIER

PRÓLOGO DE ANDRÉ CHÉVRILLON.

TRADUCCIÓN Y EPÍLOGO DE LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL.

> Vosotros no sabéis cuál es la enseñanza dada por el que cae. Yo sí la sé.
>
> *(Carta de 15 octubre 1914.)*

PROLOGO DE LA EDICION FRANCESA

Las cartas en este volumen contenidas son de un joven pintor que estuvo en el frente, desde septiembre de 1914 hasta los comienzos de abril de 1915, época en la cual desapareció, en un combate en los Argones. Habrá que hablar del autor en presente o en pasado? Lo ignoramos: desde el día en que les llegó la última postal manchada de barro, anunciando el ataque en el cual había él de desaparecer, ¡qué silencio opresor para las personas

---

(*) Nuestro muy estimado compañero Luis Rodríguez-Embil, Cónsul General de la República en Rotterdam, Holanda, y redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, ha hecho expresamente para nuestra revista esta cuidadosa traducción del admirable libro de Eugenio Manuel Lemercier titulado *Lettres d'un soldat*. Comenzamos a publicarla en este número, y no vacilamos en recomendar la atenta lectura de estas páginas, una parte de las cuales fué publicada en francés en la *Revue de Paris*, números del 1º y 15 de agosto de 1915. Es la primera versión castellana completa que se hace de esta bella obra prologada por el ilustre escritor André Chévrillon, hoy miembro de la Academia Francesa, y a la cual ha puesto un epílogo nuestro admirado camarada Rodríguez-Embil.

que no habían vivido, durante ocho meses, sino de sus cartas casi cotidianas! Mas ¿de cuántas madres, de cuántas mujeres es hoy tal angustia la suerte común?

En medio al "atelier" y a todas las imágenes en las que el joven diera forma a sus sueños y visiones de artista, he visto yo, piadosamente colocadas en fila, sobre una mesa, todas las hojas de esta correspondencia. Presencia silenciosa... Yo no sabía entonces qué alma se había transcrito entera allí, para volver así al hogar: un alma forjada, estoy seguro ahora, para extenderse muy más allá del reducido círculo inmediato, e irradiar sobre los hombres a lo lejos.

El alma de un completo artista, mas de un poeta también, bajo las timideces del joven que, a los trece años, abandonó la escuela por el "atelier", y aprendió, solo, a traducir lo que le conmovía, en acentos que apreciará el lector. Ternura del corazón, ferviente admiración de la naturaleza, mística inteligencia de sus modos cambiantes y su lenguaje eterno: todo aquello de que los alemanes, pretensos herederos de Goethe y de Beethoven, se imaginan poseer el privilegio, y que percibimos y nos conmueve en estas líneas escritas por un joven francés para aquellos a quienes más amaba, y para él mismo.

Y lo que más acaso nos conmueve es que, en el modo espiritual tan grave y religioso, que se traduce aquí, reconocemos rasgos que nos impresionaron ya en más de una correspondencia del frente de batalla. En las semanas, en los meses infinitos de invierno, pasados en el lodo o el hielo de las trincheras, a la vista diaria de la muerte, al pensamiento de la muerte que se adelanta tal vez, en el instante mismo, para cerrarles para siempre los ojos, parece que nuestros hijos se hayan puesto a mirar las cosas eternas con ojos más profundos y sensibles, como si cada uno de ellos, en la plenitud de la fuerza y de la juventud, pensase que las contemplaba por la vez postrera:

Et le monde allait donc mourir
Avec mes yeux, miroir du monde!...

Solemne emoción del hombre que acaba de pasar una larga noche en vela, en un puesto avanzado, y que, tras de la gris y tácita llanura del norte donde se oculta el invisible enemigo, ve

el rojo sol subir una vez más por cima de este mundo. "Oh, sol magnífico! quisiera verte aún...", escribía, en la propia noche de su entrada en Francia, un joven soldado sileciano que cayó en los campos del Marne, y cuyo diario ha sido publicado. Súbitamente surge esta misteriosa efusión, en mitad de metódicas anotaciones alemanas acerca de la bebida y la comida, las etapas, el dolor en los pies, y el número de pueblos incendiados. ¡En cuántas cartas francesas hemos hallado esta intuición profunda! Es la misma, en todos los grados de la expresión: en tal agricultor de Sena y Marne que yo podría nombrar, y que, por primera vez en su vida quizá, se interesa en los fuegos del Poniente, en tal burgués parisiense, que no parecía poder hablar, hasta entonces, sino en términos de escepticismo e ironía, y en este artista que la traduce con ritmos que conmueven, y la prolonga hasta la alta idea a la cual se suspende toda la filosofía de los estoicos. A través de tantas diferencias, en todos: el maestro de escuela alemán, el campesino, el burgués y el pintor franceses, un mismo fondo común surge a la superficie: y es el efímero viviente que, en el presentimiento de la eterna noche, ve exaltarse el sentido y la hermosura del mundo. Oh, milagro de las cosas! divina paz de la llanura, de los árboles, de las colinas lejanas—y cómo se oye el silencio infinito! O bien, es la inmensidad nocturna donde nada resta a no ser reflejos y fulgores. Abajo, brasas lejanas de incendios; en lo alto, las estrellas, sus faces inmutables, su palpitar, su número y todo el orden augusto del universo. Un instante, y de nuevo serán el crepitar de las ametralladoras, los clamores del ataque, el trueno de los explosivos; de nuevo el matar y el morir. Qué contraste entre el furor humano y la serenidad eterna! Más o menos oscuramente, durante un breve minuto, entre las simples cosas del cielo y de la tierra, cuya pausada vida se deja percibir, y el que contempla, establécese, restablécese una honda relación. ¿Siente entonces el hombre que todo eso es él mismo, que su pequeña vida y la del árbol, allá en la lontananza, que tiembla en el alba y parece hacerle señas, se coligan y enlazan en el flujo de la eterna vida?

*
* *

Para el artista de que aquí se trata, tales intuiciones y visiones constituyeron la embriaguez de aquellos largos meses pasados dentro de las trincheras. Bajo la libertad del cielo, en contacto con la tierra, ante el peligro y la visión cotidiana de la muerte, parecióle que de golpe se ensanchaba la vida extrañamente. "De nuestra estancia al aire libre hemos sacado una libertad de conceptos, una amplitud de gesto y de pensar que harán que los supervivientes encuentren horribles las ciudades." Y la muerte hacíase asimismo más hermosa y sencilla: muerte de soldados cuyas formas miraba él como eran reabsorbidas, silenciosa, maternalmente por la Naturaleza, y poco a poco confundidas con la tierra nodriza. Vivía, un día tras otro, en la sensación de "lo eterno". Ciertamente que seguía siendo sensible a todo horror, y capaz de toda piedad—y ya se verá como cumplía con su deber—pero "padeciendo de modo igual", se refugiaba "en el consuelo superior". "Es preciso", escribe a las que le aman, y a las que se aplica (con cuánta solicitud constante!) a preparar a lo peor, "es absolutamente preciso llegar a un punto en que ninguna catástrofe pueda hacer de nuestra vida algo truncado, interrumpido, falto de harmonía. Conténtate con la magnífica seguridad de que, hasta ahora, he elevado mi alma a una altura donde los acontecimientos no tienen poder sobre ella." Esa altura, es la región donde más allá de las diferencias de dogmas y cultos, todas las grandes intuiciones religiosas van a reunirse, donde, desvanecida la ilusión, el ser dice: no *a todas las afirmaciones y pretensiones del yo para darse a lo que "es en realidad". "Nuestros dolores vienen de que nuestra pequeña paciencia está orientada del lado de nuestros apetitos, aunque sean los más nobles... No te detengas a considerar la personalidad de los que quedan, de los que se van; eso no es pesado sino en la balanza humana. Y hay que distinguir en nosotros la enorme cantidad de lo que es mejor que humano." En el fondo, la muerte es impotente por cuanto ilusiona ella también y "nada se pierde nunca". Así este joven francés, que, por otra parte, no ha olvidado el lenguaje cristiano, halla en medio a los espantos de la guerra todo el estoicismo de Marco Aurelio—la virtud "que no es", dice éste, ni la paciencia, ni la confianza demasiado grande, sino cierta fe en el orden de las cosas, cierto poder de decir de cada prueba que "está bien así". Y más allá*

del estoicismo, lo que presiente él y alcanza es el antiguo y sublime pensamiento de la India que niega las apariencias y las diferencias y que, mostrando al hombre su persona separada y luego todo el Universo, enséñale a decir de la una: "yo no soy esto", y del otro: "eso soy yo". Conmovedor encuentro: al través de todas las distancias de razas y siglos, la meditación de este soldado francés, ante el enemigo que al día siguiente atacará, continúa el extraño éxtasis en que se absorbía el guerrero del "Bhagavad Gita" colocado entre los dos ejércitos que iban a entrechocarse. También él ve la turbulencia humana como un sueño que quisiera velarnos la vista del orden superior y de la divina unidad. El también ha puesto fe "en aquello que no conoce ni el nacimiento ni la muerte", en lo que es "no nacido, indestructible, en lo que no es matado cuando este cuerpo es matado". Y es la eterna vida cuyo movimiento se propaga, el mismo al través de todas las formas que suscita, aspirando en cada una de ellas a ascender hacia más luz, más paz y más conciencia. Y este fin domina la ley de cada ser pensante, que es el don de sí propio por el bien total y definitivo; y de ahí el grave contento, a la idea del sacrificio eficaz, de los que mueren por la causa de la vida (1). "Dile a M.... que si la suerte arrebata a los mejores, no es injusto: los que sobreviven serán por ello mejorados. Vosotros no sabéis cuál es la enseñanza conferida por aquel que cae... Yo sí la sé". Y más completo aún el sacrificio, cuando dar la vida, cuando renunciar a sí mismo, es renunciar a lo que más que a sí mismo se amaba, y a lo que se hubiera querido servir toda la vida. "Banderas del arte, de la ciencia", que un muchacho adoraba y había

(1) Para cuantos posean algún conocimiento de la honda y sublime filosofía oriental a que en estos párrafos se alude, será superflua la observación—mas no para los que ignoren del todo aquella filosofía—de que la palabra *vida,* que aquí se emplea, *no puede* querer significar en su íntimo sentido la vida corpórea, tal como nosotros la percibimos—ni tampoco la de lo que llamamos *la humanidad,* y *la Naturaleza.* Para la más alta y sabia filosofía de Oriente, *toda* vida sensible y fenomenal es, en último análisis, un doloroso error. La vida *real,* impenetrable para nuestros sentidos como para nuestro intelecto, al menos en su actual estado, no lo es para la intuición directa, que, desarrollada por el esfuerzo, el amor, la compasión, la fe, la acción desinteresada, es capaz de mostrarnos, fuera de todo dogma estrecho y vano y más allá de toda posible duda, la esencia de nuestro propio ser, y su destino. Tal presentimiento o intuición constituye, como nos lo muestran, una vez más, algunas de las más bellas cartas de este libro, la fuente de la más espontánea heroicidad, del más gozoso, *lógico* y voluntario sacrificio.—*(N. del Traductor.)*

empezado—con qué estremecimiento de fe y orgullo!—a llevar a su vez. Aprenda el hombre a caer sin pesar! "Bástele saber que alguien seguirá llevando la bandera!"

La sencilla, la común obediencia al deber presente, es asimismo la conclusión práctica de la más alta sabiduría hindú una vez que ha desgarrado el velo de la ilusión. No replegarse en la soledad y la inmovilidad porque se la haya reconocido, combatir con los propios hermanos, en el propio lugar y con el propio rango, con los ojos abiertos, sin esperanza de gloria ni provecho, y sencillamente porque tal es la ley, he ahí el mandato que da el dios al guerrero Arpina, cuando éste duda de si debe apartarse de lo absoluto por la humana pesadilla de la batalla. "La ley de cada ser es cumplir la función que le prescribe su forma propia. Que cada uno acepte la acción, puesto que cada uno forma parte de esta naturaleza cuyos modos le obligan a la acción!" Sencillamente, que Arpina blanda su arco con los demás kshettryas! El joven francés no había dudado un instante. Pero, cual en sus cartas se verá, en pleno horror de la carnicería, como en los pacientes y fastidiosos menesteres de la mina o la trinchera, sabía conservar sus ojos "fijos en lo eterno".

No quisiera insistir en este paralelo. Apenas, por algunos extractos del Ramayana, había él entrevisto el más augusto pensamiento del Asia antigua. Mas, bajo matices del todo modernos con formas tan precisas y ritmos tan franceses, el alma que se revela en estas cartas presenta, como la de Amiel, la de Michelet, Tolstoï y Shelley, analogías profundas con el tierno y místico genio de la India. Extraña afinidad que se afirma, no sólo en el sentimiento, y en la necesidad profunda, que tiene de lo universal y lo absoluto, sino en su intuitiva simpatía hacia todo lo que es vida, en sus impulsos de amor hacia la grande alma materna y todas las formas particulares de ella. "Amor", tal es la palabra que más a menudo resuena en esta correspondencia. Amor a las campiñas, a la llanura donde la mañana y la tarde pasan como emociones sobre un rostro, amor a los árboles cuyo gesto es casi humano,—a tal árbol, viril y paciente bajo sus heridas "y que parece un soldado,"—amor a las lindas bestezuelas de los campos que, en el silencio del amanecer, vienen a jugar al borde de la trinchera,—amor a todas las cosas de la tierra y del cielo: de

ese cielo tan sensible, de esta tierra francesa tan clara y sobriamente dibujada, amor sobre todo a los que él ve padecer y luchar pacientemente, al lado suyo, a esos graves campesinos de Champaña que, luego de haber dado a todos sus hijos, callan, secan sus lágrimas y continúan la ocupación atávica del campo o de la viña; a esos camaradas en quienes miseria alguna "desanima la broma o la canción": "buena gente a quienes bien molestaría mi hermosa túnica de artista para cumplir, como cumplen, con su deber"; a todos esos sencillos, que son Francia, con los cuales es bueno confundirse. Amor hacia todos los vivientes (siéntese bien que él no puede odiar ni aun al enemigo, carne humana también pegada a esta tierra y que padece de igual suerte). Y luego, amor hacia los muertos, a quienes va a contemplar, y cuya impasible hermosura, cargada de silencio y de enigma, se revela en largos minutos a su mirada honda.

A causa de esta atención a los significados interiores, espirituales de las cosas, este pintor nos aparece en sus cartas sobre todo como un poeta—un poeta religioso, que percibe en el mundo la esencia y todas las modalidades inefables.—Un músico también que, en la trinchera, vive con Beethoven, Handel, Schumann, Berlioz, cuyos ritmos e ideas lleva él en sí, y a quien vienen a embriagar "las más bellas sinfonías, a toda orquesta". Intimas riquezas, secretas potencias de consuelo y goce que pueden, en las horas más sombrías, en la noche y el lodo de las largas guardias del invierno, venir a hablarle al alma tan de cerca, o bien, de golpe, llevársela tan lejos y tan alto. Schumann, Beethoven: entre esos inmortales espíritus que no sabían sino cantar para todos los hombres, y los sombríos pedantes, los feroces protagonistas del germanismo, que lograron transformar a un pueblo en maquinaria de combate, ¿hay algo de común? Por ventura no hemos hecho nuestros a esos genios, a fuerza de comprenderlos y penetrarlos? No son ellos acaso nuestros amigos? No nos acompañan ellos en todas las benditas soledades en las cuales nuestro yo verdadero vuelve a ponerse a vivir, y nuestra fuente interior a correr?

Al mayor de todos ellos evoca un grupo de soldados franceses, tres días antes de la batalla que prevéese y en la que varios desaparecerán. Hállase el grupo en el fondo de una casamata sub-

terránea. "En la oscuridad completa, aguardamos la noche para salir. Pero he aquí que mis camaradas suboficiales y yo, hemos hecho revivir en esta oscuridad el estremecimiento de las nueve sinfonías de Beethoven! No sé qué vibraciones nos animaban."

Ese canto casi sagrado, esas vibraciones heroicas en momento tal, ¡qué mentís a las sempiternas teorías alemanas acerca de los límites de la sensibilidad francesa! Y ¿cuál poeta de otra raza ha mirado la Naturaleza con mirada más fraternal, con una resonancia más profunda en el corazón, que aquel cuyo ser íntimo se traduce aquí?

* * *

Estas cartas, escritas y enviadas día por día, desde la trinchera o desde el lugar de pasajero descanso, forman, no obstante, una serie progresiva, como un poema o un canto. Una vida profunda se desenvuelve en ellas: la de un alma a la cual sentimos, en la monotonía de las extraordinarias circunstancias en las cuales, muy a menudo, todo acontecimiento se halla ausente, elevarse por cima de los modos comunes, sobrepasarse a sí misma y envolverse a medida que se aproximan las supremas pruebas (febrero-abril) en paz y serenidad. Precisa seguir este progreso espiritual dirigido por una voluntad constante. Ninguna historia más conmovedora de vida interior. Todo el esfuerzo está en "adaptarse", y se adivina, bajo la calma y la sencillez ordinarias de los términos, que este esfuerzo es a veces terrible. Trátase de un artista y un poeta que se ha desarrollado en sentido inverso del hombre de acción. Toda su cultura, sus disciplinas especiales han tenido por efecto el afinar aún más una extremada sensibilidad nativa. Por necesidad y por regla, ha tendido éste hacia la soledad y la contemplación. No existiendo, bien lo siente él y lo sabe, sino para ser un reflejo determinado del mundo, por instinto se ha esforzado siempre en mantener y hacer perfectas en sí mismo la pureza y la curva original del espejo, el cual tiende a deformarse y enturbiarse para él bajo las influencias de la multitud. Y ahora se trata de vivir contra su propia ley, y no porque la necesidad lo imponga, sino por un acto de voluntad verdadera. Ese yo que se ha conservado tan celosamente, fuera del mundo y frente al mundo,

trátase ahora de darlo, de arrojarlo, sin pesar en lo más espeso del combate humano, trátase de no vivir, noche y día, sino en la atmósfera de la tropa, codeándose con ella noche y día, plegándose a menesteres mecánicos para los fines espantosos de la guerra. Y de tal existencia, que él hubiese juzgado antaño, desde sus antiguos puntos de vista, como una esclavitud es preciso admitir que la única salida pueda ser, a breve término, la muerte. Es preciso habituarse a no ver ya en la propia vida anterior, la que iluminaban sus visiones y esperanzas de artista, la que respondía embriagada a todos los ritmos y palpitaciones de la vida universal, otra cosa que un sueño, un sueño desvanecido para no volver a aparecer.

He ahí lo que él llama "adaptarse", y ¡cuán a menudo surge el vocablo en su correspondencia! Es que ese vocablo designa para él el deber, deber cuya dificultad se mide por toda la distancia existente entre lo presente y lo pasado, entre la tendencia nativa de un alma y el esfuerzo que quiere ella imponerse. "En plena producción—confiesa—en el instante en que la vida érale una perpetua floración, un ser joven es arrancado, arrojado sobre un suelo árido donde le falta todo cuanto era su elemento ordinario. Pues bien, desde el instante en que, tras del primer desgarramiento, la vida no le ha abandonado, empéñase en alimentarse de los jugos indigentes de su nuevo terreno. El esfuerzo exige una concentración de energía que no deja lugar ni a los recuerdos ni a las esperanzas. Llego a ella, salvo en momentos de rebelión prontamente reprimidos en los cuales surgen, como si no los hubiese yo olvidado, los pensamientos, los actos de mi vida pasada. Me es preciso entonces emplear toda mi fuerza, para ahogar mis recuerdos desgarradores en la aceptación de lo presente."

Una fuerza constante es para ello preciso. Porque adaptarse, para él, no es transformarse en lo profundo cediendo a las influencias del medio ambiente nuevo; es, por un acto continuo de energía vital, transformar en el sentido de la propia persona la sustancia extraída de aquel medio; es hallar en éste de qué alimentarse y persistir, sin embargo, en la propia tendencia. Es renunciar a todo y conservar lo esencial por cuanto se permanece siendo fiel a sí mismo, fiel al ideal concebido, y capaz, no tan sólo de vivir sino de torturar a florecer, de participar siempre en aquel movimiento general de la vida que se traduce en la Naturaleza

por incesantes floraciones, en los hombres por impulsos de amor, arte y poesía. A tal fin, no hay más que continuar siendo sensible, bajo las amenazas y en medio a las agitaciones de la guerra, a toda apariencia de belleza. La belleza, para este religioso poeta, es lo divino que, más o menos luminosamente, viene a transparentarse en las cosas; de ahí la fuerza que le viene de contemplarla y que le eleva poco a poco por encima de los accidentes del ser individual. Para recibir por entero esta influencia, y suprimir en sí toda inquietud, le es necesario decir adiós al pasado y a lo porvenir, no lamentar nada ni desear nada, no vivir ya sino "en el minuto presente", que está siempre cargado de ella. "Acepto todo el destino, pues le he tomado toda la dicha que oculta en el pliegue de cada momento." En este estado de sencillez, que es casi el estado de gracia, entra en comunión con la viviente realidad del mundo. "Bebamos y comamos de todo lo que es eterno, pues mañana moriremos a todo lo que es humano."

Esta liberación del alma no se obtiene en seguida. Las primeras de estas cartas son muy hermosas, mas lo que ellas enseñan, casi todas las de nuestros soldados nos lo enseñan también. El dice a los suyos el impulso que anima a los hombres, la fusión de éstos en una sola idea ferviente, el imperioso deber, su resolución de "llevar en sí una conciencia recta mientras sus pies puedan conducirle". Ya, con todo, vese que trata de mantener la dirección de su ser íntimo contra las influencias y excitaciones de la muchedumbre. Y lo logra. Conservándose, aislándose "lo más que puede" en medio a los demás, comprueba que permanece intacto desde el punto de vista intelectual. Pero se halla entre las paredes de un cuartel, o bien escribe en las estaciones, durante las etapas de un interminable viaje en ferrocarril (cuarenta hombres por vagón). Para comenzar a conocerle verdaderamente, aguardad a que, habiendo llegado a la zona de guerra, y después a las primeras líneas, en las largas horas de guardia y vigilia, haya vuelto a ponerse en contacto con la tierra. En cuanto ha respirado el espacio, su instinto se despierta: el instinto de "extraer belleza", y—ante la sombra en que el porvenir se hunde—"de extraer lo más posible, y lo más pronto posible". "He recogido flores en el fango, guardadlas en recuerdo mío"—dirá en un día de sombrío presentimiento. Rasgo significativo: en la monotonía de los

días de trincheras, cuando el peligro suprime toda charla y todo comadreo, es cuando encuentra él mayor cantidad de esas mágicas flores. Entonces, en el silencio en que caen los hombres, vuelta la serenidad, puede libremente "dejar vibrar su alma" y de seguida percíbese la sonoridad característica de ella. Esta alma, al comienzo, no nos había sino repetido las notas de valor y de fraternidad que subían de nuestros ejércitos; hela aquí, en plena guerra, frente a frente de las cosas eternas, y de súbito, es como una cuerda rozada y de la cual percibiésemos por primera vez el timbre original y la sensibilidad infinita. Mas tales notas no son fortuitas ni salteadas; muy en breve reúnense en una música, cada vez más precisa, llena, cargada de conmovedor sentido, a medida que, por un ejercicio cotidiano, aprende él a abstraerse mejor de las más opresoras circunstancias. Un yo del todo impersonal parece entonces desprenderse del yo particular que pena y sufre, para mirar con desinterés las cosas, para percibir este yo mismo, en su lugar en el orden general, onda efímera en el flujo que una razón misteriosa dirige. Extraña facultad de desdoblamiento y ensueño! Llega a ejercerse esta facultad en la batalla misma, donde la bravura y actividad del soldado le valen las felicitaciones de su jefe. Metido en la hornada donde su carne puede quedar fundida, no cesa de mirar, y al siguiente día, puede escribir: "Pues era una cosa interesante!" Y agrega: "Lo que yo había conservado de individual, era cierta sensibilidad óptica que me hacía registrar determinados aspectos decorativos cuya fuerza dramática se componía espontaneamente de modo tan "artístico" como cualquier combinación humana". "Pero en lo ordinario de tales minutos, no he abandonado nunca la intención de ver cómo es la cosa". Entonces se revela a él la significación de la violencia. A esta tierna naturaleza meditativa, la violencia da horror. Por eso, tal vez su espíritu ha tratado de dar con el "porqué" de ella. Por la violencia, un orden imperfecto y provisional queda roto, y las cosas que se estratificaban tornan a ponerse en movimiento. La vida continúa, y un orden nuevo se hace posible. Aceptación también aquí, sumisión a la razón del universo, confianza en lo que se realiza, tal es la conclusión a que llega esta alma siempre.

Son, esos, momentos de observación propiamente dicha, de pensamiento puro, por los cuales no pasan las canciones del ar-

tista y el poeta. No es raro tal estado en él, pero es cuando se trata, como en este caso, del mundo, y de los acontecimientos humanos. Nace aquél de un espectáculo de guerra, de un rasgo de costumbres, de una lectura, de un recuerdo de arte o de historia (a menudo es la Biblia lo que evoca, o en mitad del barullo mayor, hermosos mitos plásticos de Grecia). Admiramos esta serena energía de un espíritu que ha sabido volver a proseguir su vida de espíritu puro. Es ello muy hermoso, mas no es único: la grande actividad intelectual no es rara en Francia: otros soldados nuestros han filosofado bajo los obuses. Lo que parece colocar aparte estas cartas, en lo que en ellas se traduce de mucho más orgánico y profundo que el pensamiento: es el sentimiento, es lo infinito y lo indefinido de los matices de éste, su concordancia con los aspectos del paisaje, esta potencia, por último, de poesía que participa de la facultad musical pues que procede del mismo fondo primitivo e inconsciente del ser y tiende también, por sí misma, a todas las inflexiones del ritmo y el canto. He nombrado ya a Schelly en correlación con este poeta. Y la unión shelleyana con lo más íntimo, con lo más inefable de la naturaleza, es lo que nos revela una tal como ésta: "Día anónimo y sin rostro, pero en el cual comienza a surgir honda y misteriosamente la Primavera. Aire cálido en el alargarse de los días; blandura súbita como un espasmo de la Naturaleza." Y aun llega a pronunciar con ocasión de este efluvio, de esta súbita dulcedumbre, una de las más frecuentes palabras del léxico de Shelley: "desfallecimiento". En el fondo, y a semejanza del gran poeta inglés a quien no parece haber conocido, lo que pide él a la hermosura de las cosas es el olvido de sí en el estado lírico, la indecible y bienaventurada sensación en la que el ser se funde en el objeto contemplado. Lo que para él importa, en el curso de aquellas semanas, lo que después recuerda, lo que quisiera no perder jamás, son los minutos culminantes en los cuales conoció el olvido de sí, porque experimentó lo inefable. El más sencillo objeto natural es capaz de darle minutos semejantes. Por ejemplo, en esta repentina intuición "Yo no gustaba como antes la bendición de Dios cuando de golpe un árbol hermoso, hermoso me habló al corazón, y comprendí que un instante de esa contemplación era la vida entera". Y más continua, más vibrante a las veces la emoción, como cuando el arco

desarrolla hasta el fin un largo tema extático, en un violín sensible. "Qué voluptuosidad este vibrar constante en el seno de la Naturaleza! Anoche, este mismo horizonte que yo había visto despertarse, lo vi bañarse en una luz rosada, después la luna llena se alzó en un cielo tierno sobre el cual como encajes se destacaban árboles de coral y azafrán." Y alcanza casi el éxtasis en verdad, en aquella asombrosa noche de Navidad cuyo recuerdo conservarán todos aquellos que entonces estaban en el frente, solemne noche, toda azul, llena de astros y música, y en la que el orden y la divina unidad del Universo parecieron venir a revelarse a los ojos humanos, a los ojos de los hombres por un instante despertados del sueño de odio y sangre y que a lo largo de ambas líneas enemigas pusiéronse a cantar. "Himnos, himnos por todas partes"...

Mas en febrero, carnicerías cuyo creciente horror son bastantes a sugerir algunas anotaciones precisas. Las narraciones entonces se aceleran; siéntese como pasan por ellas los ritmos y los rápidos impulsos de la acción, la imperiosa precipitación del deber, el joven sargento tiene hombres a su cargo y hace frente a menesteres exactos y terribles. Pero siempre, al través del tumulto de la matanza y del apresuramiento del servicio, percíbense súbitos y singulares instantes de ensueño y de piedad; y luego, a la noche, ¡qué infinita tranquilidad entre los muertos! En esta época, las anotaciones del paisaje desaparecen; la descripción se hace familiar, técnica, o bien el pensar abandona la tierra. Una vez, hacia el final, una vez sola, una vuelta sobre sí mismo, una breve y honda queja, al pensamiento de sus antiguas esperanzas, de su obra abandonada de artista, y de la inmensidad del sacrificio. "Qué larga es esta guerra para gentes que tenían una tarea innegable que cumplir! Por qué soy yo sacrificado así, cuando otros, que no valen lo que yo, son conservados? Y sin embargo, yo tenía algo bueno que hacer en la tierra!" Desgarrador suspiro que nos conmueve más aún que las manifestaciones superiores de esta alma, porque la angustia hasta entonces ahogada hace irrupción de pronto,—y toda la humana debilidad, la nuestra, viene a confesarse en la víspera de una pasión, al igual que en el divino ejemplo. En ocasiones una duda, la vista persistente de la muerte, la fatiga, las largas desolaciones de la lluvia y del lodo detienen en

él el movimiento de la vida y el impulso espiritual del deseo. Era él la joven planta de que él mismo hablara, que crecía, aspirando al perfume y brillo de su propia flor, segura de Dios, porque no sentía sino a Dios viviendo y laborando en ella. Pero súbitamente presiente el hielo, la amenaza de las fuerzas indiferentes. ¿Si el Universo estuviese vacío, si en lo infinito de este mundo externo, por bajo de la espléndida ilusión, no hubiese nada, nada sino insensible fatalidad? Y si el sacrificio también fuese ilusorio? "Llego a los días sombríos en que la nada parece el fin de todo, cuando todo en mi existencia me ha certificado la plenitud del Universo." Y se dirige la pregunta ansiosa: "Es siquiera cierto que el esfuerzo moral produzca frutos?" Es como si su Dios le abandonase. Pero este obscurecimiento de su luz pasa pronto. Torna a hallar las puras regiones tranquilas que no abandona sino por el deber y el combate, aquellas hacia las cuales tendía cuando escribía: "Yo quisiera que al pensar en mí evocaseis a aquellas gentes que lo habían abandonado todo, a quienes sus próximos parientes no conocían ya sino en recuerdo, y de las cuales decían "tenemos un hermano que, hace ya muchos años, se retiró del mundo". De lo extraño de la serenidad de estas alturas, y de hasta qué punto se hallaba su contemplación desasida de él mismo, y de los objetos humanos, dos ligeros rasgos permiten juzgar: Una noche, en un campo de batalla "sembrado de restos de hombres" y, más lejos, de fulgores de incendios, bajo el cielo radiante de estrellas, ha encontrado para acostarse una excavación desde la cual sus ojos siguen el andar de la luna en creciente, y acechan la mañana. A veces estalla un obús, cúbrenle fragmentos de tierra, y luego vuelve a caer el silencio sobre la tierra helada. "Caro he pagado, pero he tenido instantes de la soledad que está llena de Dios." Y una tarde, errando después de cinco días de horror ("no tenemos oficiales ya, todos han muerto como bravos"), encuéntrase de golpe ante el cuerpo extendido de un amigo. "Cadáver, blanco y magnífico bajo la luna... "Me repuse cerca de él..." En la inmovilidad de las cosas, al lado de aquel muerto, ha encontrado la quietud; no siente nada ya sino paz y belleza.

*
* *

Estas cartas deben permanecer anónimas, por lo menos mientras pueda guardarse la esperanza de que reaparezca el desaparecido. Es bastante saber que proceden de un francés que aceptó con amor y fe su parte del esfuerzo y del riesgo comunes y se sintió feliz de hacer desaparecer su persona en el dolor y la abnegación de todos. Por una gracia con que él no contaba cuando abandonó su pura soledad de artista por los sudores, servidumbres y convivencias de la tropa, ha producido aquí sin duda lo mejor de sí mismo, y podemos preguntarnos si en el curso regular de una vida cumplida de artista, le hubiese sido nunca dado el expresarse con esta plenitud. Para los que le aman, tiene esta idea algo que los ayuda a aceptarlo todo. El alma de él está aquí, más esencial y bella acaso de como la conocieron nunca ellos. También en el curso de una guerra escribió sus pensamientos Marco Aurelio. Probablemente, para que toda la nobleza humana se manifieste precisa lo peor; asombra entonces lo que el alma humana puede hallar en sí para oponerlo al dolor y la muerte. Así se revelaron tantos de nuestros hijos en los días de la prueba, y tal fué, para ella misma como para el mundo, la maravilla de esta Francia que no sabía aún todo lo que era. He ahí por donde tantas de estas páginas conmueven de manera tan fuerte. El que las escribió se había acordado a un modo colectivo. Bajo las más místicas variaciones aportadas por su persona propia, encontramos el sublime pensar que, más o menos expresado, nos enviaban del frente nuestros hijos y nuestros hermanos, la alta música que asciende todavía de toda la Francia combatiente. En todos aquellos compañeros reunidos para el gran deber, bien había reconocido él mismo lo que en sí descubría de profundo y mejor, y he ahí por qué habla siempre de ellos—sobre todo de los más humildes—con tanto amor y tal respeto. Lejos de los cuidados y ambiciones corrientes, lo que una vida tal, tan ruda y precaria en medio a las cosas eternas les aporta a todos, es, juntamente con "una amplitud ignorada del ademán y el pensamiento", "la serenidad de la conciencia y la frescura de una sensibilidad que se harmoniza con todos los momentos de la Naturaleza". No hacen ellos otra cosa que reflejarla. Porque se han dado y se han olvidado de sí, todo se ha simplificado para ellos maravillosamente. Vuelven a

hallar las transparencias de alma y las claridades de la infancia" "Pasamos días de niños... Somos niños..."

Este rejuvenecerse del corazón, bajo la amenaza despreciada de la muerte, esta inocencia en el cumplimiento cotidiano del deber heroico, es un estado que participa de la santidad.

ANDRÉ CHÉVRILLON.

CARTAS DESDE LAS TRINCHERAS

6 de agosto de 1914.

Muy querida Mamá:

He aquí mis primeros días de vida guerrera, bien movidos; pero la fatiga que experimento es muy diferente de la que preveía.

Me hallo en una gran tensión nerviosa a consecuencia de la falta de sueño y ejercicio. Llevo una vida de burócrata. Formo parte de lo que se llama el *dépôt,* es decir la fracción sedentaria que asegura el funcionamiento de los servicios, los cuales no deben ser interrumpidos, ni aun durante la ausencia de las tropas. Esta fracción está destinada a colmar más tarde los vacíos que puedan producirse en la línea de combate.

De lo que sentimos la falta, es de saber lo que ocurre. C.... T... es una ciudad donde no se reciben ya periódicos.

13 de agosto.

Estamos sin noticias, y así estaremos durante varios días, pues la censura es de las más rigurosas.

Aquí la vida es tranquila. El tiempo es magnífico y todo respira calma y confianza. Pensamos en los que combaten con este calor, y este pensamiento hace que encontremos aun demasiado hermosa nuestra situación. El espíritu de los reservistas es excelente.

Domingo, 16 de agosto.

Hoy, paseos a lo largo del Marne. Tiempo encantador después de un poco de lluvia.

Intermedio bien agradable en estos tiempos perturbados. Seguimos sin noticias, como ustedes, y felizmente poseemos una fuerte provisión de paciencia. He sentido un ligero placer en saborear el paisaje a pesar de la invasión roja y azul. Por otra parte estas buenas gentes rojas y azules (1) daban la mejor impresión moral. Nuestros depósitos van a sufrir fuertes contribuciones en hombres y las aceptan con tranquilidad.

19 de agosto (De un cuaderno de notas).

La monotonía de la vida militar me adormece un poco, pero no me quejo.

Los tipos, a nueve años de distancia (*), vuelven a aparecer, algo atenuados, mejorados, nivelados y sobre todo orientados hacia el gran pensamiento que las noticias del Este mantienen presente ante el espíritu.

La camaradería corriente cede el puesto a una solidaridad más digna y a un meritorio esfuerzo de adaptación. Una de las ventajas de nuestra situación es que puede jugarse a los soldados con la certeza de no malgastar en ello el tiempo. Este conjunto de ocupaciones pueriles y poco penosas que representan, todas, una utilidad y un resultado inmediatos, trae la calma al ánimo y adormece los nervios. Y luego, también el gran dique que mantiene a todos estos hombres es un profundo y vago sentimiento de fraternidad que vuelve todos los corazones hacia aquellos que se están batiendo. Cada uno siente que la ligera molestia que él padece, no es sino un tributo bien débil con el gasto espantoso de todas las energías y todas las abnegaciones lanzadas hacia la frontera.

---

(1) Colores del ejército francés al comienzo de la guerra, que desaparecieron, como en todos los demás ejércitos, para ser reemplazados por el *kaki* o el gris.

(*) El autor cuenta, sin duda, desde la fecha de su servicio militar durante la paz.

25 de agosto.

Esta carta precederá en poco tiempo nuestra partida. El choque terrible requiere nuestra presencia al lado de los que luchan ya. Os dejo, a Abuelita y a ti, con la esperanza de volveros a ver y la certidumbre de que aprobaréis que yo haga todo lo que me aparece como mi deber.

Nada hay que sea desesperado, y sobre todo, nada ha quebrantado la noción del papel que nos toca jugar.

Diles a todos los que me quieren un poco que pienso en ellos. No tengo tiempo de escribirle a nadie. Mi salud es completa.

...Después de un cambio como éste, puede decirse que nuestra vida precedente ha muerto. Pongamos, pues, querida Mamá todo nuestro valor en adaptarnos a una existencia enteramente diferente, tú y yo, cualquiera que sea la duración que ella haya de tener.

Estáte bien persuadida de que no buscaré nada que comprometa nuestra dicha, pero me esforzaré en satisfacer mi conciencia y la tuya. Hasta ahora no tengo nada que reprocharme, y pienso perseverar.

25 de agosto (segunda carta).

Segunda carta para decirte que, en vez de nosotros, es el regimiento de Pedro el que sale. He tenido la alegría de ver a Pedro pasar ante mí, estando yo de guardia en la ciudad. Lo acompañé un centenar de metros, y después nos dijimos adiós. Tuve la impresión de que nos volveremos a ver.

La hora es de las más graves; el país no morirá, pero su liberación será realizada al precio de esfuerzos espantosos.

El regimiento de Pedro salió cubierto de flores y cantando. Fué un profundo consuelo para los dos el habernos encontrado juntos hasta el final.

Es hermoso de parte de Andrés (1) el haber salvado a su camarada de ahogarse. Son desconocidas las reservas de heroísmo que hay en Francia y en la juventud intelectual de París.

(1) El subteniente André Cadoux, muerto gloriosamente ante el enemigo el 13 de abril de 1915.

En cuanto a nuestras pérdidas, te diré que divisiones enteras han sido aniquiladas. A algunos regimientos no les queda ni un oficial.

En lo que a mis sentimientos se refiere, mi primer carta te dirá quizás mejor lo que estimo mi deber. Sabe que sería vergonzoso pensar por un instante en conservarse uno cuando la raza demanda el sacrificio. Mi única tarea consiste en llevar conmigo una conciencia recta, tan lejos como mis pies puedan llevarla.

26 de agosto.

Queridísima Mamá:

Me he sentido feliz leyendo un bello artículo de Mauricio Barrés, *El águila y el ruiseñor,* que corresponde, punto por punto, a lo que yo siento. Los depósitos contienen restos, pero también muchos elementos de energía entre los cuales no me atrevo todavía a contarme, pero con los cuales pronto pienso salir. El comandante me había dispensado de cargar la mochila, pero la cargo para acostumbrarme y la soporto bien.

La única seguridad que puedo darte concierne a mi estado moral y físico, que es excelente. La verdadera muerte sería vivir en un país vencido, sobre todo para mí, y donde el arte quedaría aniquilado.

Me aislo lo más que puedo, y estoy verdaderamente intacto desde el punto de vista intelectual. Por otra parte la atmósfera de la sala de cuartel es muy superior a la de los tiempos ordinarios: lo molesto es que las constantes mudanzas y permutas nos zarandean de vivienda en vivienda, y la confianza naciente se detiene ante desconocidos sin cesar renovados.

30 de agosto.

...Mamaíta mía: Cierto es que si ayer no salimos, no es ello, sin embargo, sino una cuestión de horas. No te diré nada de lo que ya te he dicho, contento tan sólo de que tú me apruebes, como yo estaba seguro de que me aprobarías.

...A medida que el momento se acerca, todas las flaquezas desaparecen. En la marcha durísima de ayer, uno nada más

flaqueó, uno que estaba realmente enfermo. Francia saldrá de este mal paso.

No puedo sino repetirte una vez más lo preparado que estoy a toda eventualidad, y que nada puede abolir nuestros veintisiete años de ventura. Estoy resuelto a no considerarme como una víctima designada, y considero la alegría del regreso, pero estoy pronto a ir hasta el límite de mis fuerzas. Si supieras la vergüenza que me daría el sentir que hubiera podido hacer algo más de lo que haga!

En medio de todas estas tristezas vivimos horas magníficas en que las cosas que nos eran más extrañas toman una significación augusta.

4 de septiembre, a las 6.
(en camino, en el tren).

Llevo cuarenta horas de un viaje extremadamente molesto, pero más pintoresco aun que molesto. El gran problema es el sueño y no es cómoda la solución cuando son cuarenta personas las que se hallan en un vagón de ganado.

A cada instante se detiene el tren, y encontramos a los desdichados evacuados. Después a los heridos: hermoso espectáculo de patriotismo. El ejército inglés. La artillería.

Nada sabemos, pues no recibimos ya periódicos y no podemos fiarnos de los rumores que corren entre las poblaciones enloquecidas.

Tiempo espléndido.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFIA (*)

Plan de una campaña sanitaria contra el paludismo en la República de Cuba. Presentado en el concurso de premios "Suárez Bruno" de la Academia de Ciencias de La Habana, obteniendo accésit, en 19 de mayo de 1920, por el Dr. Julio F. Arteaga. Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1920. 4º, 72 p.

Aboga el Dr. Arteaga en este opúsculo por el empleo de todos los métodos conocidos para destruir en Cuba las plagas de mosquitos que extienden considerablemente las fiebres palúdicas. Todos los medios a la vez, pide el autor de este plan: desecación de pantanos, petrolización, drenaje o zanjeo, uso de peces larvicidas, etc., que eliminen a los temibles enemigos del hombre.

Epistolario. [Rubén Darío]. Con un estudio preliminar de Ventura García Calderón. [París, 1920]. 8º, 80 p.

La Biblioteca Latino-Americana que dirige en París el distinguido escritor uruguayo Hugo D. Barbagelata, ha publicado recientemente un epistolario de Rubén Darío, compilación de las cartas enviadas por el poeta a sus amigos Miguel de Unamuno, Julio Piquet, Gómez Carrillo y Alberto Ghiraldo. Pocas son esas cartas para saborear toda la belleza que epistolarmente debió derrochar el gran artista entre tantos amigos como tuvo en la América y en Europa. Pero algo se encuentra en ellas, y muy interesante, de los afectos y de las luchas y tristezas

---

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

que sufrió Darío al través de la vida; algo de sus concepciones y de sus proyectos.

El escritor, a veces, en su correspondencia, expone ideas y programas de sus futuras obras, de las que jamás son trasladadas al papel. Tal parece ser el sino de los que vinieron al mundo con la tranquilidad como fuerza dinámica que los convierte en peregrinos, en viajeros incansables. Acaso Rubén Darío se llevó al enmudecer mucha labor pensada, que anuncia vagamente en algunas de sus epístolas. Aunque Ventura García Calderón cree que murió cuando, tal vez por su modorra, iba a callar definitivamente, es probable que algún libro más de los que en sus cartas mencionó habría salido de aquella imaginación prodigiosa.

EL LOCO. Sus parábolas y poemas. Por Kahlil Gibran... Traducción de R. Brenes Mesén. García Monge y Cía., Editores. San José de Costa Rica, A. C. 1920. 8º, 72 p.

Extraño y gran poeta es Gibran, apologista de ese hombre libre y raro que es el loco. Brenes Mesén, en el prólogo, da noticias de este escritor árabe, que ha sido comparado con Rabindranath Tagore.

En *El Loco* presenta Gibran aspectos nuevos de la vida, concepciones notables del universo y de los hombres. Sabe encontrar la ironía y el contraste en los actos humanos y en los acontecimientos, y da una exacta sensación de las cosas que le impresionan.

Gustavo Gutiérrez. A LIGA DAS NAÇÕES. Traducção de Antonio de Lemos. 1920. Libraría Civilizaçao, Editora. Rua das Oliveiras, 75. Porto. 8º, 50 p.

En los números de septiembre, octubre y noviembre, de 1919, fueron publicadas en CUBA CONTEMPORÁNEA las primicias del libro del Dr. Gustavo Gutiérrez titulado *La Liga de las Naciones,* que pronto aparecerá. Esos capítulos merecieron los honores de la traducción al portugués, que hizo el notable escritor Antonio de Lemos. Fueron publicados primero en la *Tribuna Escolar* y ahora en un folleto, del que han sido enviados a esta redacción algunos ejemplares encuadernados.

El joven profesor de nuestra Universidad merece esa demostración de aprecio intelectual que le ha hecho el escritor portugués. Su libro próximo ha de justificar plenamente ese homenaje, por la gran copia de datos y de consideraciones que figuran en él acerca de la Liga de Naciones y de su evolución al través de los siglos.

Armando Leyva. LAS HORAS SILENCIOSAS. (Cuentos y crónicas). Santiago de Cuba. Empresa editorial "El Sol". S. A. 1920. 4º, 208 p.

En la melancólica evocación de los recuerdos que el hombre mira al detenerse un instante en la senda, que ve cubiertos por el sudario de los años; en las rememoraciones de cosas y almas idas es Armando Leyva un maestro. La novela que inicia este volumen, *La enemiga,* tiene todo el encanto de las novelas vividas y recordadas entre las emociones y alegrías del pasado. Las figuras principales, Ketty y María Luisa, se perfilan con vigorosa personalidad. Las escenas son un poco precipitadas, y se desearía que el autor prolongara ciertos estados de ánimo y diera más detalles.

El estilo de Leyva, a pesar del esmero literario y de la belleza y la corrección, es el propio de un hombre de las selvas. La bravía pujanza de las tierras orientales vive en estas gratas páginas de ensoñación y de recuerdo.

Forman el libro, además de *La enemiga,* cuentos y crónicas tomados de la colaboración constante de Leyva en el *Diario de Cuba.* De los cuentos, algunos son deliciosos poemas: *La última bañista, Sobre el mar, Como las golondrinas, Página de una novela rota, Los ojos de los muertos, Los muertos vuelven, Las voces de los muertos.* Hay crónicas bellísimas: *Cartas de amor, Cansera, Se lee lentamente, El libro viejo, La puerta.*

Horacio Maldonado. LA OFRENDA DE ENEAS. Montevideo. Imprenta «El Siglo Ilustrado». 938-Calle San José-938. 1919. 8º, 268 p.

Leyendo *La ofrenda de Eneas* se conoce un poco de la evolución espiritual del Uruguay, porque Maldonado, periodista y pensador, patriota y apóstol, ha puesto en las páginas de su libro mucho de la inquietud intelectual, de la curiosidad saludable y de las ansias de renovación que caracterizan a la patria del magno exaltador de Proteo. Sobre la perspectiva inmensa del alma dirige su vista Maldonado, y encuentra ideas, fundamentos y emociones, que forman el fuerte conjunto de esta ofrenda, "viaje de un alma observadora por entre las almas y las cosas que le han llamado la atención".

Luis Aníbal Sánchez. PALABRAS CON FLORDELINA. Quito. Imprenta "Mejía". MCMXX. 8º, 84 p.

Cuentos y sensaciones ingenuas, dichas de alma a alma, son estas *Palabras a Flordelina,* pequeña camarada de cuento. Son los homenajes que los diez y ocho años del autor hacen a una dulce hermana espi-

ritual. Volver a ser niño y expresar propiamente infantilidades, se puede lograr cuando se ama y se está muy cerca de los lindes de la adolescencia, o cuando se tiene alma de poeta. En honor de Flordelina, Aníbal Sánchez ha retornado a las bellezas luminosas del jardín encantado de la infancia.

Gustavo Sánchez Galarraga. MOTIVOS SENTIMENTALES. Poesías. Ilustraciones de Rogelio Dalmau. La Habana. 1919. 4º, 144 p.

Otro libro del poeta, que ha emprendido con gran amor la publicación de sus obras. Son más motivos sentimentales, porque los otros volúmenes, con otros títulos, contienen lo que éste: trozos de la sinfonía que en el alma lleva el autor de *La fuente matinal.*

No es monocorde el poeta, pero su verso tiene siempre una sensación de melancolía, una suave tristeza que lo hace suyo, personal. Tanto en *Salutación,* como en el *Cuento infantil,* o en *Frente al paisaje,* predomina ese tono de dolor resignado. En *El poema de mí mismo,* está perfectamente retratada la inquietud espiritual de este triunfador. Allí se encuentra todo el anhelo del que no quiere "vivir la Vida con una forma sola", del que quiere dispersar en las cosas el corazón hambriento, y darse en plenitudes de ofrenda. Poeta subjetivo, Sánchez Galarraga va regando sus flores y sus ternuras en su poesía sentimental y bella.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, agosto, 1920.

NOTAS EDITORIALES

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

—"Sí; voy a morir a Camagüey." Así nos dijo, dos días antes de dejar La Habana no hace mucho, la insigne mujer que, nacida el 7 de enero de 1842, ha muerto en su ciudad natal el 7 del pasado mes de agosto, a los setenta y ocho años de edad. El Director de CUBA CONTEMPORÁNEA había ido a despedirse de ella, de la excelente amiga e infatigable trabajadora a quien desde la conmemoración del centenario de la Avellaneda estaba estrechamente ligado por vínculos afectivos, y a quien ya desde antes admiraba por su entereza de carácter, quería por su bondad inextinguible y estimaba por su noble y constante dedicación a las letras. ¡Pobre amiga! Deja en nuestro corazón el grato perfume de su amistad, y en nuestra memoria el recuerdo de múltiples delicadezas y atenciones que nos hicieron amarla cada día más.

Su obra literaria quiso ella recogerla en limitadísima edición que no llegó a cien ejemplares, distribuída en seis elegantes volúmenes, donde están no sólo sus bellas poesías, sus lindas fábulas y sencillos cuentos, sino sus ingenuas cartas de viaje, sus estudios, impresiones y emociones de todo orden, en una prosa fácil y elegante, atractiva y llena de amor a Cuba, por la cual sufrió persecuciones y cuyo porvenir le interesaba mucho más que a otros que no la sirven como ella la sirvió, enalteciéndola y desinteresadamente, sino que se elevan sobre sus despojos y le cobran un interés usurario...

Ultimamente, el empeño al cual dedicó todas sus energías aquella ejemplar mujer fué la edición de las *Obras de la Avellaneda,* en cumplimiento de una ley del Congreso Cubano y en conmemoración del primer centenario del nacimiento de la gran poetisa comprovinciana suya. Ella presidió el Comité del cual

fué secretario el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA, y de la labor rendida no sólo queda el recuerdo de las fiestas con que fué celebrado aquel acontecimiento, sino esa edición de las obras de la inmortal autora de *Baltasar,* en seis volúmenes que no hace aun dos meses acaban de ser repartidos gratuitamente y en la medida que permitieron los recursos puestos a la disposición de aquel Comité.

Aurelia Castillo de González fué laureada por más de uno de sus trabajos literarios—una buena biografía de la Avellaneda, entre otros—, y desde la fundación de la Academia Nacional de Artes y Letras perteneció a ella, con justos títulos y en merecida recompensa por su constante dedicación a las letras. Colaboró en cuanto periódico de algún valor se ha publicado en Cuba desde hace más de medio siglo, y esta Revista pierde con ella a uno de sus más valiosos y estimados colaboradores.

Nos había entregado para su publicación en CUBA CONTEMPORÁNEA, donde verá la luz como postrer homenaje a la suave y amable memoria de la amiga y compañera desaparecida, un curioso y notable *Ramillete poético* que para ella compiló en su mocedad el Dr. Enrique José Varona, su pariente y amigo de toda predilección. Está compuesto con más de cien sonetos clásicos y eruditas notas del compilador, quien consultado por ella antes de entregarnos el valioso original—todo él de letra del doctor Varona—, dió su equiescencia para publicarlo.

Mucho quisiéramos decir aquí de la obra y de los méritos de aquella mujer como no hay muchas; pero fuera de que ya el Club Femenino de Cuba rindió a su memoria un homenaje merecido, y de que la Academia Nacional de Artes y Letras prepara en su honor una sesión solemne, sólo puede ahora CUBA CONTEMPORÁNEA dejar en estos párrafos el testimonio de su hondo pesar por la muerte de una colaboradora tan estimada como Aurelia Castillo de González; deplorar, con Cuba entera, la desaparición de la ilustre dama y excelente escritora, y compartir con la distinguida familia de la extinta, en la cual figuran tan buenos amigos como los doctores Varona y Gonzalo y Martín Aróstegui y del Castillo, el dolor que en todas partes ha producido la muerte de aquella singular mujer cuya belleza moral era tan grande como lo fué su belleza física.

"CUBA CONTEMPORANEA" EN EL EXTRANJERO

No solamente por cuanto ha de halagar a sus autores, sino porque siempre sirve de estímulo a quienes escriben para el público, anotamos con satisfacción el hecho de que no pocos artículos publicados últimamente en CUBA CONTEMPORÁNEA han sido comentados más o menos in extenso, reproducidos o traducidos por importantes publicaciones extranjeras, como *The American Review of Reviews* y *The Nation*, de Nueva York, que comentaron los trabajos de nuestro estimado colaborador chileno Sr. Félix Nieto del Río acerca de la debatida cuestión de Tacna y Arica y respecto a una confederación sudamericana, y asimismo el del Embajador de Chile en Washington, Exmo. Sr. Bertrán Mathieu, sobre la neutralidad de su país y la guerra europea. El importante estudio de nuestro también estimado colaborador Dr. Gustavo Gutiérrez acerca de la Liga de las Naciones, fué traducido al portugués, publicado primero en el periódico *Tribuna Escolar* y luego en un folleto que el traductor, el distinguido publicista lusitano D. Antonio de Lemos, dedicó a nuestro querido amigo y Ministro en Lisboa, Sr. Luis Rodolfo Miranda. La última crónica de política internacional europea escrita por el Dr. Juan C. Zamora, redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, en la parte referente al "católico hispano imperio" con que sueña el doctor argentino D. Francisco V. Silva, ha sido extensamente comentada por *La veu de Catalunya,* de Barcelona. El interesante estudio del Dr. Antonio Iraizoz, Director del diario *La Noche,* acerca de las ideas pedagógicas de Martí, lo ha traducido en su totalidad el Dr. Peter H. Goldsmith y lo ha publicado en inglés en la revista *Inter-América,* que dirige en Nueva York; comentando y reproduciendo también partes de él la revista *Estudio,* de Barcelona. *La Lectura,* de Madrid, asimismo ha reproducido y comentado el importante trabajo del Dr. José Agustín Martínez, titulado *La época revolucionaria.* La ya citada revista *Inter-América* ha vertido también al inglés no pocas de las sabrosas reflexiones que el Dr. Enrique José Varona viene publicando aquí bajo el título de *Con el eslabón.* Y la *Revista Chilena,* de Santiago de Chile, en su número de octubre de 1919, extractó gran parte del valioso estudio de nuestro

redactor Mario Guiral Moreno acerca de *La dictadura del proletariado;* etc., etc.

Cuba Contemporánea felicita a los autores mencionados y da las más expresivas gracias a esas publicaciones por la atención que han prestado a dichos trabajos.

LA PENA DE MUERTE EN RUSIA

Mientras aquí, en Cuba, los representantes de un morboso y dañino sentimentalismo siguen abogando por la abolición de la pena de muerte (precisamente cuando nuestro pueblo, por desgracia, de lo que más necesitado está es de que sean aplicadas con todo rigor las penalidades establecidas en las leyes vigentes en la República), en Rusia, en la Rusia de esos *soviets* tan mal entendidos como casi desconocidos en su funcionamiento y composición, se acaba de restablecer la pena de muerte en el ejército rojo. Así lo dice un despacho de Roma a la Agencia Radio, que traducimos de *Le Temps,* de París, del 23 de julio último:

> La prensa socialista alemana publica el texto de un decreto del consejo militar de los *Soviets* rusos, que arroja singular luz sobre la disciplina de los ejércitos rojos. En presencia de muy numerosos casos de desobediencia, el gobierno comunista se ha decidido a restablecer la pena de muerte en el frente de los ejércitos que luchan contra Polonia. La deserción, en no importa qué forma, será en lo adelante castigada con la muerte inmediata. Las personas que nieguen obediencia, destruyan sus armas o vendan sus efectos militares, sufrirán la misma pena. En fin, la propaganda *defaitista* es un delito que entrañará inmediatamente la condena de fusilamiento. Al objeto de hacer más fácilmente ejecutables sus ordenanzas sobre la disciplina en los ejércitos, el consejo militar ruso ha decidido crear comisiones especiales que acompañen a los ejércitos y vigilen la disciplina de las tropas.
>
> Este decreto, firmado por Trotzki, está redactado en términos enérgicos, que no dejan ninguna duda acerca de la voluntad de mantener un orden perfecto y una disciplina férrea entre las clases de los ejércitos rusos.

No comentamos. ¿Para qué? Señalamos el síntoma a los adversarios de la última pena... y a los sovietófilos que en Cuba dan vivas inconscientes al comunismo rojo.

UNA NUEVA BIBLIOTECA AMERICANA

Nuestro estimado amigo y compañero el señor Hugo D. Barbagelata, distinguido escritor uruguayo residente en París, ha inaugurado hace poco una biblioteca americana que de seguro será de gran importancia, pues se propone recoger en ella la mejor producción de los escritores de nuestra América. Los dos volúmenes hasta ahora publicados son de positivo interés y de muy amena lectura, sobre todo el titulado *Rodó y sus críticos*, donde aparecen varios excelentes trabajos acerca de la obra de aquel insigne y malogrado escritor uruguayo, debidos a la pluma de distintos autores americanos. Entre ellos figura la bella conferencia con que nuestro inolvidable compañero y amigo Jesús Castellanos inauguró la Sociedad de Conferencias de La Habana, y el admirable estudio que el Dr. Max Henríquez Ureña, redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, publicó en esta revista.

El otro volumen, constituído por algunas cartas de Rubén Darío a varios de sus amigos, es también interesante, pero de menor importancia que el citado anteriormente. Lleva a su frente unas expresivas páginas del exquisito Ventura García Calderón.

CUBA CONTEMPORÁNEA felicita muy efusivamente al señor Barbagelata por este nuevo y levantado empeño cultural, y espera que su iniciativa tenga en toda la América latina la buena y calurosa acogida que merece.

EL VIAJE A EUROPA DE NUESTRO REDACTOR DIHIGO

En el número de junio despedíamos afectuosamente a nuestro redactor el Dr. Juan Clemente Zamora, que embarcó en mayo hacia Europa; y en los últimos días de julio dábamos igual cariñoso adiós al Dr. Ernesto Dihigo, también redactor de CUBA CONTEMPORÁNEA, que se dirigió asimismo a tierras europeas y piensa llegar hasta Grecia.

La ausencia de estos dos estimados compañeros, que tienen respectivamente a su cargo las secciones de política internacional americana y europea, priva por cierto tiempo a los lectores de

nuestra revista de esas importantes páginas tan competentemente escritas por ellos, aunque los dos tienen el propósito de enviárnoslas desde allá; pero las solicitaciones de aquel medio son tantas y han de estar ambos tan ocupados con el admirable y variadísimo mundo artístico que se abre ante sus ojos, que no nos hacemos ilusiones respecto de aquel propósito... también hecho por nosotros cuando no hace mucho visitamos el viejo mundo.

Que el viaje del Dr. Dihigo sea para él pródigo en venturas y en goces espirituales, y que logre su acariciado deseo de llegar hasta el Partenón.

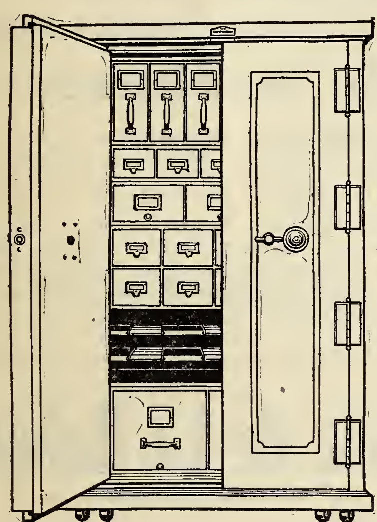
"DERECHO MINERO CUBANO"

Este es el título de una importantísima obra cuyo primer tomo acaba de aparecer, escrita por el Sr. José Isaac del Corral, ingeniero de minas bien reputado, y editada por la *Sociedad Editorial Cuba Contemporánea.* Es obra de utilidad pública, necesaria a los abogados, propietarios de minas e interesados en negocios mineros en Cuba. Constituye un gran volumen de más de 600 páginas, y su precio es de cinco pesos oro. El segundo tomo está ya en prensa y su aparición no se hará esperar.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

¿Puede Vd. Justificar su Pérdida?

Después del fuego será difícil justificar que su edificio y existencias estaban asegurados si no puede presentar sus inventarios de existencias anteriores al día del incendio. Esto quiere decir que antes que nada debe Vd. proteger su Póliza de Seguro en



THE SAFE-CABINET

junto con todos los demás documentos de valor que son necesarios para continuar su negocio.

La Caja de Seguridad SAFE-CABINET es la protección más segura contra incendio que hay para sus documntos.

No espere hasta después del fuego, entonces será demasiado tarde. Compre su SAFE-CABINET hoy mismo.

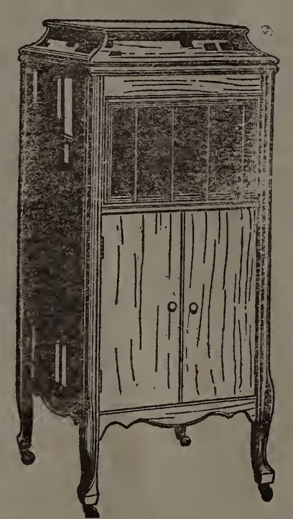
Pase a verlas que con muchísimo gusto se las enseñaremos.



La Mejor Música

a Todas Horas

Usted puede obtener la mejor colección de discos, impresos por los artistas más famosos del mundo, con sólo visitar una de nuestras dos casas y ver nuestras existencias. Y cuando estas selecciones musicales se tocan en una



GRAFONOLA COLUMBIA

se obtiene una reproducción clara e insuperable no adquirida por ninguna otra Grafonola. Esto es debido a que las más modernas invenciones son aplicadas en la fabricación de la "Grafonola Columbia". La caja musical científicamente construida produce los sonidos con suma melodía, claridad y tono elevado. Hay otros detlles en la "Grafonola Columbia" que la hacen el instrumento ideal de todo hogar. Pase a verlas.



FRANK ROBINS Co.

· HABANA ·

Dos Casas

Obispo y Habana. Teatro Nacional.

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:

CARLOS DE VELASCO

AÑO VIII

TOMO XXIV. **OCTUBRE, 1920** NUM. 94.

SUMARIO

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
O'REILLY, 11.
LA HABANA
CUBA

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de La Habana.

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

Fundada el 1º de enero de 1913.

Premiada con Medalla de Oro en la Exposición Internacional de San Francisco, 1915.

FUNDADORES:

Carlos de Velasco (Director).

Julio Villoldo (Administrador).

Mario Guiral Moreno. Max. Henríquez Ureña.

José S. de Sola. († el 6 febrero 1916). Ricardo Sarabasa.

Leopoldo F. de Sola.

Dirección y Administración: O'Reilly, 11. Deptos. 208-10.

TELEFONO M-2724

Jefe del Departamento de Propaganda y Anuncios: Eliseo Bertrán.—*O'Reilly, 11, Departamentos 208-10, La Habana.*

CONDICIONES

Cuba Contemporánea ve la luz pública el día 1º de cada mes, en números de 96 a 136 páginas. Al año forma tres magníficos tomos de más de 350 páginas cada uno.

Esta revista cuenta con la colaboración de renombrados escritores de Cuba y del resto de América, en todos los órdenes. La responsabilidad de as opiniones emitidas en los trabajos aquí publicados será siempre de los firmantes de los mismos.

Ningún original será devuelto; y para dar cuenta de los libros recién publicados es menester que se reciban dos ejemplares.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION (FRANQUEO INCLUIDO):

En Cuba, el año: $ 4.00 oro cubano o de los EE. UU.

En el extranjero: $ 5.00 oro de los EE. UU.

Número corriente, $ 0.40, y atrasado $0.50 en igual moneda.

Cada colección de años anteriores: $8.00 en Cuba y $10.00 en el extranjero.

De venta en las principales librerías.

ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES

Toda la correspondencia y el canje, al Director: calle de O'Reilly, 11.—O Apartado 1909.—La Habana, Cuba.

Imp. "El Siglo XX" de la Soc. Edit. Cuba Contemporánea, Teniente Rey, 27. La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO VIII

Tomo XXIV. La Habana, octubre 1920. Núm. 94

CON EL ESLABON

Quinto apéndice

ALEBRANCHE daba un puntapié a su perro, y decía, encogiéndose de hombros: "Eso no siente."

Filósofo empedernido, alma de cántaro: el que no sentía eras tú.

*

Filosofar es rectificar. Ir depurando las ideas; lo que en el fondo equivale a transformarlas. No somos veletas, pero no permanecemos fijos. Discurrimos.

*

—Hobbes no creía en los espectros, y tenía miedo a los espectros.

—Pero ¿cree Vd. en esa paparrucha?

—Yo, no. Quien cree en ella a pies juntillas es Leibniz, que le descubre hasta la razón suficiente.

*

—Lo que no está en mi pensamiento, no está en ninguna parte.

—Para ti.

—Desde luego, y para ti, y para cada cual.

—No veo a donde vas a parar.

—A que lo externo es para cada uno la proyección de lo que tiene dentro.

*

Ante los males incontables del mundo, el corazón empedernido del creyente se abroquela detrás de la providencia, que es el gran burladero: "Dios sabe lo que hace; si él, que todo lo puede, no lo remedia..."

*

Fray Víctor Hugo nos enseña que los poetas tienen también cura de almas. Curanderos en latín, curanderos en romance, y tan desmedrada la pobre almita!

*

Afirma una vieja sentencia que la palabra es el espejo del pensamiento. ¿Cóncavo o convexo?

*

Nueve años quería el buen Horacio que se guardase lo escrito antes de darlo a luz. Muy despacio vivían los súbditos de Augusto. Hoy hasta las veinticuatro horas de Lope parecen demasiado. Concebir, escribir, publicar, leer y olvidar, todo de un tirón.

*

Dices que te hablo para hacerte ver lo que tengo en la mente. Es decir, que te abro la puerta para que me mires por dentro. Pero hay dos pequeñas condiciones, dos futilezas: Que yo quiera que tú me veas, y que me vea yo antes con suficiente claridad. Ni siempre me propongo comunicar mi verdadero pensamiento; ni siempre acierto a leérmelo a mí mismo.

*

La fiera de las fieras: el hombre. Posee la palabra, lo más incierto, oscuro y tornadizo entre sus invenciones. Y del sentido

que le atribuye, de un signo ortográfico puesto aquí o allí, ha tomado pretexto para atenacear, dilacerar, emparedar, colgar, empalar, quemar o pasar a cuchillo a millares y millares de sus semejantes.

*

Locke fué *l'enfant terrible* de los metafísicos. Me produce el efecto de un rapaz desinflando a alfilerazos lindos globillos de colores.

*

Dracón, el fabuloso, el mitológico, el quimérico Dracón! Cuidado, cuidado, amigo Torquemada; que hay muchísimos Dracones en potencia. Y no pocos en acto.

*

Buena gente, los viejos inquisidores. Llenos de celo y caridad. Torturaban el cuerpo y hasta lo chamuscaban, pero a fin de purificar el alma, que enviaban al empíreo limpia como una patena. No como los novísimos, que trituran el cuerpo, y no creen en el alma.

*

El hombre no aprende. Después que Locke, con paciencia de benedictino, demolió las torres de palabras de los escolásticos y sus sucesores, trituró los escombros y los aventó, ¿no han levantado hasta las nubes las suyas los hegelianos, los krausistas y sus émulos?

*

Creo haber rematado la metafísica, y renace más vivaz. Prueba de que es inmortal. No. Lo inmortal es la secta de los devanadores de quimeras. El hombre es racional en grado mínimo, e imaginativo en grado máximo.

*

La naturaleza, para quien la contempla sin prejuicios, presenta la imagen misma del caos. En la tierra, en las aguas, en el aire

reinan la anarquía y la destrucción. El fuerte sacrifica al débil, cuando los débiles no se juntan por millares y sacrifican al fuerte. Y todo esto se llama las sabias leyes de la naturaleza.

*

Si el hombre no fuera tan miope y tan obtuso de inteligencia, habría que tenerlo por un monstruo, cuando se le ve seguir indiferente entre tantos horrores en la sociedad y en torno de ella.

*

Cuando veáis a cuatro o cinco estadistas en torno de una mesa, alambicando frases con la punta de sus plumas, temblad. Porque de ese alambique salen la Santa Alianza o el tratado de San Estéfano, o el de Versalles.

*

Para disfrazar su crueldad nativa, el hombre la cubre con la capa pluvial de la hipocresía.

*

Cuán mal hemos entendido la rectificación de los valores sociales de que nos hablaba el filósofo poeta. No se trata del gobierno de los mejores, salgan de donde salieren. Eso huele a rancio. Se trata de que gobiernen los representantes de la masa, buenos o malos, mejores o peores. ¿Nos gusta? ¿nos disgusta? Es igual. Nuestro título de mejores, papel mojado. Nuestra corona de intelectuales, oropel, sólo oropel.

*

"Si quieres paz, prepárate para la guerra." Esta insigne paparrucha no proviene de falta de psicología, sino de sobra de hipocresía. El que anda con un garrote, se siente más inclinado a dar de garrotazos; y cuando se llevaba espada al cinto, había cuchilladas en cada esquina.

*

El entendimiento humano es débil, es flaco, de cortísimo alcance. El entendimiento humano es poderoso, robusto, de radio

infinito. ¿Y cómo lo sabemos? Puedo comparar mi entendimiento con el de mi vecino, absolutamente nada más. El mío es enclenque, el suyo se tiene firme sobre su base. ¡Lo que saben los ángeles! Eso lo sabrán los ángeles. ¡Lo que ignoran los chorlitos! Eso podrán medirlo los chorlitos. Cuando los ángeles inventen su psicología y los chorlitos su geometría.

*

—Pero ¿niegas la psicología animal?

—La psicología animal es *mi* psicología recortada, para que ajuste al modelo. Queda más abajo de la psicología infantil; ¡y es cuanto hay que rebajar!

*

Las artes poéticas, desde la de Horacio hasta la de Verlaine, quieren ser recetas para condimentar la poesía. Dadme la perdiz, dadme el cabrito, que la salsa es lo de menos.

*

Casi todo nuestro conocimiento se reduce a repetidos actos de fe. Es decir, a confesiones de ignorancia.

*

—Pero la fe no es del orden del conocimiento, sino del orden del sentimiento.

—Ya, ya. Pero no se trata de sentir, sino de saber.

*

Nizolius, modenense, de mediados del siglo diez y seis, llevándose de calle a los escolásticos, llamó a Santo Tomás, al halcón de Aquino, tuerto entre ciegos. Por suerte los tomistas modernos, grandes oculistas, le han puesto al santo un ojo de cristal, al que sólo le falta ver.

*

Irlanda, la verde Erin, es un infierno. Pero el gobierno inglés está gozando de las delicias del paraíso de Mahoma. O más prosaicamente, está procurando quedarse en Constantinopla.

*

Cuando un carmelita suelta las sandalias, cuando un trapense cava su tumba, me encojo de hombros. Cuando un San Vicente viste al desnudo o mulle su lecho al enfermo, me inclino enternecido. Nada me importa lo que crees, sino lo que haces.

*

No se necesita creer en la humanidad divina o en la divinidad humana de Jesús, para ser humano.

*

La más poderosa de las divinidades sociales, poderosa y falaz como toda deidad: la opinión.

*

Creo andar con la cara descubierta. Ilusión. Llevo siempre la máscara que la opinión me plantifica.

*

Hipócrita, hipócrita, con qué olfato tan sutil husmeas el vientecillo favorable en el concepto del mundo.

*

La aduana. Red barredera que arrasa con toda sardinita y deja escapar al grueso pargo de plateada escama.

*

Iba por la calle y llevaba la acera un señor, todo vestido de blanco. Venía de vuelta encontrada un rapaz, todo embadurnado de negro. Ropa, manos y cara. El de lo blanco se hizo a un lado precipitadamente, y le cedió el paso. El temor del hollín borró la diferencia de edad y el derecho de la acera. No es el único caso, ni será la única vez.

*

Con razón recelaban los antiguos del hombre *de un libro*. Esto, traducido a buen romance, significa: desconfía de quien vive sobre un fondo de ideas escasas; ése tiene su molde hecho y en él quiere

vaciar, apretar y encajar la diversidad infinita de las cosas y el mundo sin fronteras de la fantasía.

*

Pon freno a la lengua. Consejo o mandato de siervos a siervos.

*

En la religión social el primer artículo reza: disimula.

*

La obra más maravillosa de nuestros gobiernos es la de camuflagear los sucesos, en esta época de gran publicidad. Antes se hablaba de las mentiras de la gaceta; pero ¿qué podían algunas hojas de periódico, cuando se leía poco, al lado de lo que puede un cablegrama, ahora que se lee enormemente?

*

Hay hombres de pensamiento tan maleable, que se le puede dar cualquier forma; y los hay de pensamiento tan friable, que no se le puede dar forma alguna.

*

¡Mal año para los volatineros! No hay acróbata como el pensamiento humano. Hasta en el campo de las ciencias ¡qué saltos! ¡qué trenzados! ¡qué volteretas!

*

"Esta criatura no dice palabra de verdad", exclama la señora, llena de noble indignación por las mentiras de su criada.

Pero ¿quién le da ejemplo todo el santo día? La lección no asciende, desciende. Como todas las lecciones.

*

Hemos levantado el edificio social sobre una base inquebrantable. El egoísmo forma el cimiento, y la mentira el cemento.

*

Si el entendimiento macizo y el razonar contundente de Locke no hubieran servido sino para triturar y lanzar del camino tanto término enrevesado y tanta pedantería como habían acarreado los lógicos y otros sutilizadores y disputadores *ejusdem furfuris,* merecería siempre el sesudo inglés que se le tuviera por el gran rodillo del campo filosófico.

*

La vieja sabiduría aconseja a los cuerdos que guarden alguna vez su cordura en el bolsillo. Lo malo es que, cada vez que la volvamos a sacar, se cae algo al suelo; y tanto va el cántaro al agua...

*

El consentimiento general. ¡Gran criterio! Descubre Juan una telaraña bañada por el sol, y exclama: ¡Qué portento! Ved una redecilla de oro, de diamante hilado. Cuarenta Juanes prorrumpen en coro: Redecilla de oro, de diamante hilado. Y la redecilla sigue siendo una telaraña.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

La Habana, 1920.

VERSOS SELECTOS

LA TARDE

He bebido del chorro cándido de la fuente .
Traigo los labios frescos y la cara mojada.
Mi boca hoy tiene, amado, la estupenda dulzura
De una rosa jugosa, nueva y recién cortada.

El cielo ostenta una limpidez de diamante.
Estoy ebria de tarde, de viento y primavera.
¿No sientes en mis trenzas olor a musgo, amante?
¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?

Elástica de gozo como un gamo he corrido
Por todos los ceñudos senderos de la sierra,
Y el galgo cazador que es mi guía, rendido,
Se ha acostado a mis pies, largo a largo, en la tierra.

¡Ah, qué inmensa fatiga me derriba a la grama
Y abate en tus rodillas mi cabeza morena.
Mientras que de una iglesia campesina y lejana
Nos viene un lento y grave llamado de novena.

LA CORTESANA AGUA

El agua tiene un alma melancólica y suave
Que en el lecho arenoso de las ondas solloza,
Atrae, llama, subyuga. ¡Dios sabe si la nave
Que naufraga, en sus brazos de misterio, reposa.

El agua tiene labios. El agua canta y besa
Y tiene el atractivo fatal de sus sirenas.
¡Ay, tristes de los tristes que inclinen la cabeza
Hacia el extraño encanto de las aguas serenas.

Las ondas son serpientes de letal hipnotismo.
Con su suave lenguaje de rumor y murmullo
Invitan para el sueño en su lecho de abismo.

¡Canto de cortesanas cuyo mágico arrullo
Pone en los corazones el deseo fatal
De dormir, sobre el fondo del líquido cristal!

CANSANCIO

¡Oh, este eterno anhelar!
¡Oh, esta eterna inquietud!
¡Cómo a veces te sueño
Sueño del ataúd!

Hasta el cuerpo me duele
De soñar y soñar.
Muerte, anúlame. Hoy tengo
Un ansia de reposar...

A mis plantas se anuda
La fatiga del día.
Una greña, en mi frente,
Finge un ala sombría.

Esta noche la tierra
Es un imán tenaz
¡Oh, tenderse en el polvo!
¡Oh, ser polvo y no más!

¡Oh, ser polvo y dejarse
Por el viento llevar,

A los cuatro horizontes,
A la selva y al mar.

¡Oh, ser polvo, ser tierra,
Disgregarse, volver
A la nada, que ignora
La fatiga de ser.

Hoy me pesa la carne, hoy el alma me pesa.
Hoy me curva el cansancio de soñar y soñar.
Hoy soy gajo doblado hacia el suelo por una
Necesidad inmensa, loca, de reposar.

IMPLACABLE HIEDRA

La áspera y amarga corteza de la hiedra
Es por siempre el amante de la estatua de piedra.
Rudo amante celoso, absorbente y sombrío,
Que la roba a la brisa, a la luz y al rocío.

Amor de un Cuasimodo tenaz y voluptuoso
Que jamás se saciara de su abrazo monstruoso.
¡Posesión infinita cual de un amante ciego
Sordo a las inflexiones angustiadas del ruego!

¿Qué sensación recorre la epidermis de piedra
Ante esa inacabable caricia de la hiedra?
¿Qué siente, en lo más hondo, la estatua condenada
A pasión eterna, implacable y callada?

¡Yo no sé qué tremenda ansiedad de asesino
En todos esos ojos de mármol, adivino!

*

Silba esta noche el viento
Con un jadear de perro fatigado.

Me lo imagino un galgo agudo y negro
Saltando sin cesar entre los árboles.

Mi alma se agazapa
Como una araña torva.
En mi boca, en mis ojos,
En la punta afilada de mis dedos.

Para marearte con sus magnetismos
Y obligarte a olvidar por esta noche,
El lugar de mi alcoba donde se halla
La puerta que se abre hacia el camino,

El viento imita ahora el silbo extraño
De los encantadores de serpientes.

SUPREMA OFRENDA

¿Tienes sed, amante? Morderé una vena,
De estas que me azulan el puño como una
Ramazón de luna,
Y una copa llena
De vino tendrás.
Y en la copa plena
Tu sed calmarás.
Y yo he de azuzarte:
—Bebe, amante, bebe,
Pues vaso como éste ya nunca hallarás.

Bebe, bebe, bebe... Y he de quedar blanca,
Como mármol limpio, como yeso nuevo,
Mientras a tus labios traspaso esta viva
Corriente ardorosa que en las venas llevo.

Y tan blanca, tan blanca seré,
Que acaso, embriagado, después me dirás:
—¡Agua del camino que apagó mi sed:
En qué fría piedra contenida estás!

LA CITA

Me he ceñido toda con un manto negro.
Estoy toda pálida, la mirada extática,
Y en los ojos tengo partida una estrella.
¡Dos triángulos rojos en mi faz hiératica!

Ya ves que no luzco siquiera una joya,
Ni un lazo rosado, ni un ramo de dalias.
Y hasta me he quitado las hebillas ricas
De las correhuelas de mis dos sandalias.

Mas soy esta noche, sin oros ni sedas,
Esbelta y morena como un lirio vivo.
Y estoy toda ungida de esencias de nardos.
Y soy toda suave bajo el manto esquivo.

Y en mi boca pálida florece ya el trémulo
Clavel de mi beso que aguarda tu boca.
Y a mis manos largas se enrosca el deseo
Como una invisible serpentina loca.

¡Descíñeme, amante! ¡Descíñeme, amante!
Bajo tu mirada surgiré como una
Estatua vibrante sobre un plinto negro
Hasta el que se arrastra como un can, la luna.

LA ESTRELLA

En el agua la estrella se refleja
Como una lentejuela de oro vivo,
O un lunar imprevisto en el motivo
Gris y redondo de la charca añeja.

Admiradas, absortas en la duda
De qué será lo que en el pozo brilla,

Las ranas están quietas a la orilla
En una adoración paciente y muda.

Y el pastor loco que con astros sueña
Hunde en el agua la imprudente mano.
Quiere sacar la estrella del pantano
Y en la imposible salvación se empeña.

¡Cloc, cloc!—gimen las ranas desoladas.
Roto el reflejo, desgarrado el astro,
Ya no queda en la charca sino un rastro
De hebras de luz sutiles y doradas.

Y yo, que asisto a la lección y llevo
En mi charca interior la dulce estrella
De una ilusión que se retrata en ella,
A ansiar la realidad ya no me atrevo.

Y como hipnotizada por el loco
Afán de no ver roto mi tesoro,
Hago guardia tenaz al astro de oro,
Lo miro fijo, pero no lo toco.

LA ESTATUA

Soy campana rota,
Nardo sin olor,
Fuente que ha perdido
Su vivo rumor.

Sólo espinas largas
Mis rosales dan.
Soy de un trigo negro
Que hace amargo el pan

¿Para qué me quieres
Si no tengo aromas?
¿Para qué me quieres
Si sequé mis pomas?

El estambre de oro
Que mi vida dió,
En un polvo oscuro
Ya se diluyó.

Anda, di a la Muerte
Que aguardando estoy.
Anda, di a la Muerte
Que de bronce soy.

Que ya mis pupilas
No saben llorar,
Que los labios míos
No pueden besar.

Anda, que el rey Midas
Pasó por aquí,
Y en estatua de oro
Transformada fuí.

Vete, no murmures
Más esa palabra
Que en mi encanto puede
Ser de abracadabra.

No me digas nada,
No lamentes más,
Si la estatua siente
Te arrepentirás.

FUSION

Mi alma en torno a tu alma se ha hecho un nudo
Apretado y sombrío.
Cada vuelta del lazo sobrehumano
Se hace raíz, para afianzarse hondo,
Y es un abrazo inacabable y largo

Que ni la muerte romperá. ¿No sientes
Cómo me nutro de tu misma sombra?
Mi raíz se ha trenzado a tus raíces,
Y cuando quieras desatar el nudo,
¡Sentirás que te duele en carne viva
Y que en mi herida brota sangre tuya!

¡Y con tus manos curarás la llaga
Y ceñirás más apretado el nudo!

LAS PARVAS

Una parva es un lecho que Amor aroma y mulle,
Y el sol, como un amigo cómplice, entibia y dora,
Tan pronto hace de nido donde un jilguero bulle,
Como es cama mullida de cansada pastora.

La adoran los zagales. Las parvas campesinas
Se prestan a inocentes placeres rusticanos.
O son como opulentas y agrestes celestinas
Erguidas en la alfombra musgosa de los llanos.

Dafnis y Cloe buscan su sombra protectora.
Juega como cordero la pequeña pastora
Rodando entre la paja que le dora las greñas.

Y, cómplices de amantes en las nocturnas citas,
Se aroman de ese vago perfume a margaritas
Que llevan en las alas las auras abrileñas.

SALVAJE

Bebo del agua limpia y clara del arroyo
Y vago por los campos teniendo por apoyo
Un gajo de algarrobo liso, fuerte y pulido,
Que en sus ramas sostuvo la dulzura de un nido.

Así paso los días, morena y descuidada,
Sobre la suave alfombra de la grama aromada,
Comiendo de la carne jugosa de las fresas
O en busca de fragantes racimos de frambuesas.

Mi cuerpo está impregnado del aroma ardoroso
De los pastos maduros. Mi cabello sombroso
Esparce, al destrenzarlo, olor a sol y a heno,
A salvia, a yerbabuena y a flores de centeno.

¡Soy libre, sana, alegre, juvenil y morena
Cual si fuera la diosa del trigo y de la avena!
¡Soy casta como Diana
Y huelo a hierba clara nacida en la mañana!

CAMINO DE LA CITA

Es alegre el camino bajo las ramas
Flexibles y doradas de las retamas,
De tal modo floridas que es el sendero,
Para los verdes prados, un pebetero.

Las glotonas abejas viven de fiesta
Bajo la joya viva de la floresta.
¿Qué buen mago en el valle pulió el tesoro
De estas tan opulentas retamas de oro?

Traigo las trenzas llenas de la fragante
Lluvia de las corolas. Cuando mi amante
Pose en ellas los labios llevará en ellos

El perfume a retama de mis cabellos,
Como un alma aromosa, radiante y loca,
Que el sabor de la cita pondrá en su boca.

TE DOY MI ALMA...

Te doy mi alma desnuda,
Como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Desnuda con el puro impudor
De un fruto, de una estrella o una flor;

De todas esas cosas que tienen la infinita
Serenidad de Eva antes de ser maldita.

De todas esas cosas,
Frutos, astros y rosas,

Que no sienten vergüenza del sexo sin celajes
Y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.

¡Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
Que tuviera una intensa blancura de azucena!

Desnuda, y toda abierta de par en par
Por el ansia de amar!

EL FUERTE LAZO

Crecí
Para ti.
Tálame. Mi acacia
Implora a tus manos su golpe de gracia.

Florí
Para ti.
Córtame. Mi lirio
Al nacer dudaba ser flor o ser cirio.

Fluí
Para ti.
Bébeme. El cristal
Envidia lo claro de mi manantial.

Alas dí
Por tí.
Cázame. Falena,
Rodeo tu llama de impaciencia llena.

Por tí sufriré.
¡Bendito sea el daño que tu amor me dé!
¡Bendita sea el hacha, bendita la red,
Y loadas sean tijeras y sed!

Sangre del costado
Manaré, mi amado.
¿Qué broche más bello, qué joya más grata,
Que por ti una llaga color escarlata?

En vez de abalorios para mis cabellos
Siete espinas largas hundiré entre ellos.
Y en vez de zarcillos pondré en mis orejas,
Como dos rubíes dos ascuas bermejas.

Me verás reir
Viéndome sufrir.

Y tú llorarás
Y entonces... ¡más mío que nunca serás!

JUANA DE IBARBOUROU.

Montevideo, Uruguay.

Creemos que fué CUBA CONTEMPORÁNEA la primera publicación que aquí dió a conocer a la poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou, insertando en su número de diciembre de 1919 dos admirables composiciones suyas tituladas *Rebelde* y *La hora*. Los comentarios entusiásticos que ambas despertaron entre nuestra gente de letras, como dondequiera que han aparecido versos de la joven autora, ya célebre, del reciente libro *Las lenguas de diamante*, nos movieron a obtener noticias más concretas de ella. Y tenemos hoy la fortuna de brindar a los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA una exquisita selección de versos de la insigne cantora, cuyas preciosas rimas la colocan, sin disputa, entre los más altos poetas de América, no sólo por la robustez, soltura y majestad de la versificación, sino por la belleza, el brío, el fuego de una inspiración que fluye incontenible, límpida y brillante, como deslumbradora catarata de armonías.

JOHAN BOJER (*)

STE novelista noruego, cuyas obras va a conocer por primera vez el público de lengua española, es un digno representante intelectual de la pequeña y gloriosa nación que ha dado al mundo dramaturgos como Ibsen y Bjornson, músicos como Svendsen y Grieg.

Su vida ofrece el interés de un relato novelesco.

Sobre la costa Oeste de Noruega—dice un biógrafo de Bojer—, erizada de arrecifes y altas montañas, y algunas veces de ventisqueros que descienden hasta el mar, existe una ancha depresión, un país que no es de llanuras, pero sí de escarpamientos menos bruscos, y que se llama el Troendelagen. Más allá empiezan las regiones donde abetos y pinos son retorcidos y pequeños, hasta en los lugares más abrigados. Antes de llegar a la aridez del extremo Norte de Noruega, el país de Troendelagen, por su situación especial, puede permitir durante un verano corto la expansión de una Naturaleza todavía riente.

La ciudad que es la capital de esta comarca noruega se llama Trondhjem, y en ella nació Johan Bojer en 1872.

*

Su madre fué una criada que, para seguir trabajando en la ciudad, tuvo que separarse del pequeño, enviándolo al campo. Y entre gente rústica, pasando de una granja a otra, vivió el futuro novelista hasta los diez y ocho años.

La población de Noruega es poco densa. Las granjas están

(*) Prólogo al volumen *El poder de la mentira,* de la excelente colección titulada *La Novela Literaria,* dirigida por el gran novelista Blasco Ibáñez y publicada por la Editorial Prometeo, de Valencia, España.

dispersadas y las distancias entre ellas son enormes. Los muchachos no pueden asistir todos los días a la escuela, pues esto representa un viaje de varias leguas. El pequeño Bojer iba en busca del maestro una vez cada dos semanas, cargado con un saco de provisiones, que contenía el alimento para tres días. Su avidez por la instrucción tuvo que contentarse con esto. Luego, al regresar a su granja, leía todos los impresos que caían en sus manos; pero eran pocos, y además necesitaba cuidar las bestias en los establos, vigilar los rebaños, recoger leña.

En verano—dice Le Chesnais al relatar la infancia del novelista—, los campesinos del Troendelagen envían a pacer sus vacas a la montaña incultivable. Los muchachos son los encargados de guardarlas y de convertir la leche en queso. Es una vida la suya poco activa, una intimidad continua con escasos compañeros. Ningún transeunte; sólo algún raro cazador. De la granja lejana vienen muy de tarde en tarde para renovar la vituallas de los pastores. Pasan días y días sin que haya en torno de ellos otros accidentes que los movimientos de las nubes y los cambios de color del cielo.

En invierno es poco el trabajo en las granjas, y los jóvenes se contratan con frecuencia para una expedición de pesca en los fiords y a veces para una navegación más lejana que llega hasta las islas de Lofoten. Resulta un duro oficio el de pescador en estas aguas casi glaciales. Los expedicionarios se mantienen unidos a todas horas, codo con codo, pero esto no parece desatar sus lenguas.

Johan Bojer ha conocido esta vida campesina en todas sus variedades, vida austera por la severidad de la Naturaleza, y sin embargo, extremadamente libre, porque los niños y los mozos son abandonados a sus propios recursos. Ha ayudado a los *husmaend,* pobres gentes que arriendan un pedazo de mala tierra dependiente de una propiedad grande, y han trabajado para cultivadores casi ricos. Con los que le trataron bien, cuando era simple jornalero, mantiene buenas relaciones ahora que es un hombre célebre, y algunas veces ha vuelto a vivir en sus granjas, después de veinticinco años de ausencia. El novelista gusta de visitarles y de contemplar otra vez sus campos, reanudando como simple aficionado los trabajos agrícolas de su juventud. Además, le divierte mucho que los encopetados personajes de la comarca que desean saludar a un hombre célebre vengan a visitarle ceremoniosamente en la rústica vivienda.

A los diez y ocho años sentó plaza de soldado. No sentía una vocación militar muy determinada, pero sí un gran deseo de instruirse. Su educación era rudimentaria, carecía de medios

para seguir sus estudios; en Trondhjem está la escuela de sub-oficiales del ejército noruego, y Bojer vistió el uniforme para tener libros y maestros. A los pocos meses su inteligencia atrajo la atención del director de la escuela, hasta el punto de encargar éste a los profesores que le diesen lecciones particulares. Pero apenas terminado su período de enganche, Bojer volvió a la vida civil.

Algo pulido por esta educación—dice el citado biógrafo—, pero más consciente que antes de la insuficiencia del bagaje de sus conocimientos, ¿qué camino podía seguir?... Un tímido hubiera continuado en el ejército. Bojer tomó los empleos que se presentaron y cambió de profesión con frecuencia. Vaciló mucho, pero buscando siempre algo mejor. Durante dos o tres años ejerció los más diversos oficios, viajante de comercio, dependiente de tienda de comestibles, comisionista de máquinas de coser pagadas a plazos. Fué una existencia la suya movida y aventurera. Si alguna vez le ocurrió en la tienda de comestibles dejar abierta la espita del tonel de petróleo, debió considerar esta negligencia como una broma graciosa para el dueño. Pero al mismo tiempo que ejercía tan diversos oficios, su deseo de instruirse le hizo leer mucho, aprendiendo con tenacidad las principales lenguas extranjeras.

Los recuerdos de este período en que fué dependiente de tienda de comestibles y comisionista vagabundo se reflejan en su graciosa novela *El camaleón,* una verdadera joya de la literatura picaresca, que parece de un autor español o italiano.

A los veintidós años empezó a escribir. Su primera obra fué un drama en un acto, titulado *Una madre,* que se representó en un teatro de provincia. El público aceptó con aplauso esta obra sobria, que únicamente tenía cuatro escenas, y estaba compuesta sin declamaciones, con intenso vigor.

En 1895 hizo representar otro drama en cuatro actos y publicó una novela de costumbres rurales, con el título *Helga. (Cuadro del Troendelagen).* Toda esta producción resulta extraordinaria en un joven de veintitrés años, que cinco años antes sólo sabía leer y escribir torpemente.

Bojer, después de estos pequeños éxitos, creyó, con el entusiasmo de la juventud, que todo le sería fácil, y quiso realizar su deseo de ver mundo y especialmente de conocer París.

Hay que tener en cuenta el carácter de los noruegos, que no vacilan nunca ante un viaje, su prontitud para cambiar de sitio, extendiéndose tranquilamente por toda la tierra.

A mí me ha llamado muchas veces la atención, en diversos lugares del planeta, la facilidad con que se esparce el pequeño pueblo noruego. Su población es escasa, pero se mueve más que otras naciones de muchos millones de habitantes. El noruego nace marino y viajero. Raro es el puerto en que no se encuentra uno de sus buques de vela descargando tablones y bacalao. En ninguna ciudad comercial, por pequeña que sea, lo mismo en Europa que en las dos riberas del continente americano o en las islas de Oceanía, dejaréis de encontrar noruegos establecidos que comercian y noruegos de paso que ejercen el primer oficio que se les ofrece, mientras llega la oportunidad de embarcarse para un puerto que está al otro lado de la tierra. Además, el pueblo noruego, si se tiene en cuenta su densidad, ha dado a la ciencia geográfica más exploradores que ningún otro país.

Este ardor viajero de los noruegos jóvenes, paseantes del mundo, que acaban por volver a su tierra, se encuentra en algunas de las novelas de Bojer. Uno de sus personajes, millonario retirado de los negocios, que vive en un castillo escandinavo, entre bosques septentrionales, húmedos y profundos, ha empezado a hacer su fortuna en Barcelona.

*

Con la exigua cantidad de dinero que le proporcionaron las representaciones de *Una madre* y la venta de su novela, Bojer emprendió tranquilamente el camino de París. Antes de que se hubiesen agotado las primeras impresiones de su vida en la gran capital, se vió obligado a partir. Había gastado hasta el último céntimo.

En París se encontró con otro noruego, también escritor y vagabundo, el poeta Sigbjœjern Obstfelder, que regresaba de los Estados Unidos, donde había vivido alquilándose como bracero en las granjas o llevando una existencia igual a la de los *cow-boys*. Ambos pusieron en común su miseria, y emprendieron a pie el camino de París a Amberes. Tenían la esperanza de encontrar en este puerto algún buque noruego que los repatriase de limosna.

Los dos camaradas se entendían perfectamente, a pesar de que sus caracteres no podían ser más diversos. Obstfelder, soñador, incapaz de adaptarse a la vida, se asombraba de todo, como si hubiese caído de otro planeta. Bojer, al contrario, lleno de ardor y confianza, se divertía con todo, sin asombrarse de nada, y seguía adelante, cantando y forjándose proyectos.

Desembarcó en su patria como un miserable; pero sin detenerse en las ciudades, fué en busca de sus amigos los cultivadores del Troendelagen y les pidió que lo instalasen en un *chalet* aislado de la montaña para poder escribir la nueva novela que llevaba en su cabeza. Mientras escribía, vivió de su caza y de su pesca, ocupaciones que le distraían del solitario trabajo. Sus rústicos admiradores le ayudaban de vez en cuando con un avituallamiento complementario.

Al finalizar el verano, su novela estaba terminada. Había que llevarla a Cristianía para ofrecerla a un editor de la capital. El joven escritor, después de su viaje a París, menospreciaba los escenarios y las librerías provinciales. Para poder tomar el tren tuvo que pedir prestado a sus amigos. Este socorro fué tan exiguo, que durante el viaje se vió obligado a solicitar nuevos préstamos. Al fin llegó a Cristianía, se presentó al editor, y tuvo la buena suerte de que leyese su manuscrito inmediatamente. La novela fué aceptada y pagada, y Bojer, luego de reembolsar a sus amigos, tuvo con que vivir algún tiempo.

Este libro, titulado *Un cortejo popular,* fué su primer éxito literario (1896). La edición se agotó en poco tiempo, y los más notables críticos de Noruega le saludaron como autor de grandes esperanzas, alabando su riqueza de observación, su estilo libre, franco y atrevido, su vigor intelectual y su talento para describir la realidad cotidiana sin artificiosos aderezos.

Este éxito rápido y pocas veces visto en Noruega lo debió Bojer a algo más que a los indiscutibles méritos literarios reconocidos por la crítica. De todos modos lo hubiese alcanzado, pero con más lentitud, necesitando, como los otros autores, varios volúmenes para atraer la atención del público. Lo que en *Un cortejo popular* sedujo a la gran masa de lectores y les hizo buscar con pasión el libro fué la originalidad de su argumento, completamente nuevo en la literatura del país; su carácter político. En

realidad, la novela no toca en nada a la política, pero sí a la forma de la vida política noruega. Los propietarios cultivadores son la clase de Noruega que tiene más influencia en las elecciones, y se dejan absorber de tal modo por la propaganda y las exigencias de sus partidos, que olvidan muchas veces los intereses propios, causando la desgracia de sus familias y hasta de los grupos por cuya felicidad creen trabajar. Esta novela planteó el problema de la oposición que existe entre el interés particular y el interés general. La moraleja del autor fué ésta: "Empieza por hacer bien tu propio trabajo, y después ocúpate de los demás". Esta solución individualista y egoísta fué del gusto del público.

El tema no había quedado agotado en *Un cortejo popular*, cuya acción se desarrolla en un ambiente campesino, y Bojer volvió a tratarlo, dándole más amplitud, hasta llevarlo a la capital en su nuevo libro *La eterna guerra.* Esta novela apareció en 1899. Su autor hizo el retrato exacto de muchos personajes de Cristianía que tres años antes no habría podido ver de cerca, demostrando una asombrosa facilidad de observación y una gran maestría para aprovechar los estudios hechos en un mundo completamente nuevo para él. Pero este libro casi resultó fatal para el porvenir del joven novelista. Todos los críticos de ideas liberales le atacaron rudamente por razones políticas, y lo que es peor: la mayor parte del público le volvió la espalda. Como había hecho sus estudios y observaciones en los partidos de la izquierda (los únicos que él podía conocer), le consideraron como un enemigo de la democracia que se complacía en abultar sus defectos.

Bojer comprendió el error que había cometido involuntariamente por exceso de observación literaria y falta de tacto. Lleno de confianza, siguió su camino. ¿Cómo podía faltarle la confianza a un escritor de veintisiete años que había llegado ya a crearse una situación en el mundo literario y siete años antes todavía estaba adquiriendo una instrucción elemental en la escuela de suboficiales de Trondhjem?

El novelista se casó. Su esposa, Ellen Lange, simple estudianta al efectuar su matrimonio y luego licenciada en Ciencias, es hija de un coronel y hermana de Cristián Lange, personaje parlamentario.

La existencia del joven matrimonio fué extremadamente mo-

desta en los primeros años. Bojer estaba como desorientado, y hasta 1902 no produjo ninguna obra importante. Para sostener su pobre hogar trabajó un poco como periodista y escribió varios cuentos de diversa factura y variada inspiración. Fueron cuentos filosóficos unas veces, y otras, anécdotas reales; pero en todos sus relatos los tipos son curiosos y están descritos con gran relieve, afirmándose la claridad de visión y el penetrante análisis del novelista. También produjo algunas novelas cortas, graciosas, regocijadas, en las que la invención fantástica va unida al buen humor.

Un éxito enorme fuera de su país afirmó su celebridad. En 1902, los teatros más importantes de Alemania representaron su drama en cuatro actos *Teodora.* Es el drama de la mujer instruída y libre que desea seguir plenamente su doble existencia intelectual y sentimental, como sabia profesora y como madre y amante. Inútil es decir que en este vano empeño la mujer intelectual y amorosa acaba por caer vencida.

Los pueblos del Norte se preocupan particularmente del feminismo. Noruega es el país donde la mujer ha ido más lejos en sus aspiraciones. No hay más que acordarse de algunas heroínas de Ibsen. Y también en esta obra, Bojer parecía colocarse contra las tendencias más avanzadas del público noruego.

Pero, como dice Le Chesnais, "había llegado para él la hora de no temer a nadie". La consagración en el extranjero, tan importante en un pequeño país como Noruega, le colocaba por encima de los apasionamientos de la crítica.

A partir de 1902, produjo sus obras más esparcidas en el mundo, sus mejores novelas: *Maternidad, El poder de la mentira, Bajo el cielo vacío, Las noches claras.* Estas obras, apenas publicadas fueron traducidas al francés, al alemán y al italiano. Algunas han sido vertidas también al inglés, holandés y ruso. Todas ellas van a ser conocidas ahora por el público de nuestro idioma gracias a *La Novela Literaria.*

*

Yo leí por primera vez las obras de Johan Bojer a causa de un paralelismo literario establecido por algunos periódicos de París. Atrajo mi curiosidad el ver mi nombre unido al del no-

velista noruego en varios artículos de la crítica francesa. Tal vez porque somos dos novelistas nacidos en los países más opuestos y distantes de Europa, los críticos se proporcionaban una satisfacción rara estableciendo un parentesco literario entre ambos. Las novelas del campo noruego, del helado Troendelagen, les hicieron recordar las novelas de la asoleada huerta de Valencia, *La barraca* y *Cañas y barro,* mayores en edad.

Busqué las obras de Bojer, y quedé sorprendido desde las primeras páginas. El parentesco no era tan ilusorio como yo me imaginaba. Los personajes eran otros: pensaban y se movían de distinto modo que los míos; tenían otra sangre; las costumbres eran más reposadas, más frías... ¡Pero el modo de relatar cálido y apasionado! ¡la manera de describir personas y paisajes!... La condición de noruego de Johan Bojer hace que el lector tema encontrarse con un novelista de pensamiento profundo, pero tardo y difuso en la expresión; con un autor escandinavo original y nebuloso; con un inventor de símbolos intrincados que se prestan a diversas interpretaciones; con una especie de Ibsen. Y el público se siente agradablemente sorprendido al descubrir un Maupassant del Norte, apasionado, ágil de pensamiento, con una claridad latina, observando y escribiendo como podría hacerlo un francés, un italiano o un español. Este hijo de las costas noruegas más septentrionales podía ser igualmente de las riberas del Mediterráneo. Hasta en su libro *Las noches claras,* novela poética y realista a la vez, que tiene como eje un símbolo, este símbolo resulta "meridional", de contornos claros y fijos.

El poder de la mentira es una obra humana, profundamente humana. Su acción tiene por escenario a Noruega, pero lo mismo podría desarrollarse en todos los países del resto del mundo. La mayor parte de los humanos se han visto más o menos en una situación semejante.

Lanzamos una mentira por distracción, por ligereza, porque la consideramos sin importancia y estamos seguros de que no hará daño a nadie; la gente la acoge, la repite, la agranda, y un día, repentinamente, nos vemos envueltos en ella. Nos falta valor para desdecirnos, grandeza de alma para confesar nuestra falta, agigantada por el público, y seguimos adelante, prisioneros de nuestra villanía, sosteniendo por orgullo nuestra falsedad, y hasta somos

malos y cometemos grandes delitos morales para que la mentira triunfe y no aparecer como embusteros.

El final de la obra es de una ironía profunda. El vigor de Bojer, novelista masculino, da un relieve inolvidable a la glorificación pública del mentiroso triunfante, aclamado por sus convecinos como la representación de la seriedad, de la veracidad, de todas las virtudes del hombre justo. Y en su fondo, este protagonista no es malo. Es simplemente un egoísta... un hombre como casi todos los hombres.

*

El matrimonio marcó para Bojer el final de los años de aprendizaje y de bohemia, la regularidad de su existencia. Viajó mucho, ejercitándose directamente en el uso de los idiomas, poniéndose en contacto con los escritores y artistas de cada país. Vivió algún tiempo en Italia; luego residió en París cuatro años; a continuación pasó en Londres una corta temporada. Su última residencia en el extranjero fué en Berlín, donde estuvo todo un invierno. Alemania es el país que mejor ha acogido sus obras y que le ha dado más dinero. Sus novelas traducidas han alcanzado grandes tiradas; sus dramas han pasado por todos los escenarios alemanes. Pero Bojer no parece amar la vida germánica.

Después de estos viajes de estudio, el novelista se ha establecido definitivamente en su patria.

Primeramente vivió en Gjœvik, a orillas del lago Mjœsen; luego en plena montaña, en Harpefoss, donde la soledad es grande. Ahora reside en los alrededores de Cristianía, teniendo a su alcance las ventajas de la capital, pero rodeado de la paz rumorosa del campo.

El joven rústico que apenas visitó la escuela, que tuvo que hacerse soldado para instruirse y pasó por las más aventureras profesiones, es hoy un autor universal, que vive rodeado de libros y de admiradores. También es un motivo de orgullo para su culto país, que ha dado al mundo en poco tiempo tantos artistas célebres.

*

Las novelas de Bojer son muy conocidas gracias a las diversas traducciones. No ocurre lo mismo con su teatro, que sólo es popular en Alemania. Uno de sus críticos afirma que Bojer posee un temperamento de autor dramático superior a su talento de novelista. Lo cierto es que entre novela y novela vuelve regularmente a escribir para el teatro, como impulsado por una tendencia irresistible.

Además de *Una madre* y *Teodora,* obras que ya hemos mencionado, escribió *San Olaf,* drama de historia legendaria, con numerosos personajes y cambios de escena.

Luego de haber escrito *El poder de la mentira,* sintió tal vez la necesidad de crear personajes menos vulgares y egoístas, de exaltar el carácter humano en lo que tiene de más firme y sublime, y produjo una tragedia, *Bruto.* No es Bruto matador de César el personaje de Bojer, sino Lucio Bruto, fundador de la República romana, el cual, al enterarse de que su hijo conspira en favor de Tarquino, lo condena a muerte. Esta obra, que aparece como algo inesperado entre la producción artística de Bojer, resulta, según los críticos, la más vigorosa de su teatro y de una factura verdaderamente magistral. Bruto está representado en ella como el republicano absoluto que cree ciegamente en el advenimiento de la Justicia y del Derecho.

Para él, la Justicia y la República no son vanas figuras alegóricas: deben estar vivientes en lo más profundo de cada hombre, deben dirigir nuestras acciones, confundiéndose con el sentimiento del deber y de la responsabilidad. Ya que ha hecho la revolución, ya que es Cónsul, su deber y su responsabilidad resultan aún más pesados, pues debe dar ejemplo. Ejercerá su cargo sin adular al pueblo y sin ceder a sus debilidades de hombre. Será el intérprete impasible de las sentencias de la Justicia ciega.

Hay cierta analogía entre el Bruto creado por Bojer, y Brand, el personaje de Ibsen.

La obra dramática que siguió a ésta fué *Los ojos del amor,* cuento teatral.

La joven Ovidia, contenta de vivir y ser hermosa, amable y amada, esparce la alegría instintivamente en torno de ella. De pronto, queda desfigurada por un incendio; y a partir de esta desgracia, evita a las

gentes, se esconde, interpreta como burlas ocultas todas las palabras que llegan a sus oídos, y acaba por ser dura, de mal carácter, difundiendo la tristeza alrededor de su persona y siendo ella la primera en sufrir las consecuencias. Un día, encuentra a uno de sus antiguos enamorados, que pidió inútilmente su mano, partiendo después a la guerra. A consecuencia de una herida ha quedado ciego, y es el único para quien Ovidia continúa siendo la hermosa joven de antes. Ella evita al principio encontrarse con él, pero al convencerse de que ignora lo ocurrido, le habla con una libertad que no se permitió antaño con los otros pretendientes. Le describe el paisaje tal como él se lo imagina y lo desea, y una intimidad se establece entre los dos. Poco a poco, Ovidia vuelve a ser amable y dulce, y de un modo menos ingenuo, más consciente, esparce otra vez la felicidad en torno de ella.

El teatro de Johan Bojer consta además de *María Walewska,* estudio psicológico de la famosa querida polaca de Napoleón I; una adaptación a la escena, que obtuvo mucho éxito, de su novela *El poder de la mentira,* y un curioso drama social sobre las rivalidades en el mundo de la industria y del capitalismo.

Teodora, Los ojos del amor y *El poder de la mentira* son las tres obras dramáticas que han obtenido mayor número de representaciones, especialmente en Alemania.

*

Cuando estalló la guerra en 1914, la conducta de Johan Bojer fué extraordinaria por su nobleza y su independencia, si se la compara con la de ciertos escritores de otros países.

Alemania es la primera nación que reconoció su talento; los teatros alemanes han representado sus dramas; los libreros alemanes han vendido con profusión sus libros; y el público germánico es el que le ha dado más dinero.

Además, la influencia de Alemania era enorme en los países escandinavos al iniciarse la guerra. Todos los intelectuales noruegos estaban sugestionados por los intelectuales de Berlín.

Y a pesar de todo esto, la primera voz que sonó en defensa de la República francesa, anatematizando las atrocidades alemanas, fué la de Johan Bojer. Igual al Lucio Bruto de su tragedia, sólo vió la Verdad, sólo pesó en su alma la Justicia. Olvidó sus intereses particulares, sus conveniencias egoístas, ante el orgullo y el atropello germánico, que iban a sumir a la humanidad durante

cuatro años en la más sangrienta de las pesadillas. Los crímenes de la invasión de Bélgica y del Norte de Francia le hicieron protestar con energía, dedicando desde entonces su pluma y su persona a la propaganda antigermánica.

Este autor dramático aplaudido en Berlín, este novelista tan leído por las damas alemanas, fué a Francia en septiembre de 1915, visitó el frente de la guerra, vió de cerca las cosas, y volvió a su país para continuar con más energía aún su apostolado.

Johan Bojer ha dado ochenta conferencias en diversas ciudades noruegas y publicado centenares de artículos contra los peligros de la soberbia alemana. Además, ha fundado una revista, *Atlantic,* en la que sostiene la necesidad de una Liga de todos los pueblos ribereños del Atlántico, desde Noruega a España y Portugal, para hacer frente a la influencia de los Imperios centrales.

La noble conducta de Bojer contrasta con la de otros escritores que, en el curso de la reciente guerra, se mostraron partidarios de Alemania, que desconoce su existencia, y enemigos rabiosos de Francia, simplemente porque París no ha hecho hasta ahora caso de sus obras.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

IMPRESIONES DE UN VIAJE A EUROPA (*)

HACIA FRANCIA

De Nueva York al Havre



LA antevíspera del embarque, al obtener por fin los billetes de pasaje, me dijeron en las oficinas de la Compañía Transatlántica Francesa en Nueva York que el *Rochambeau* zarpaba el 6 de septiembre a las doce del día, y que debíamos estar a bordo por lo menos dos horas antes. El 6, a las nueve de la mañana, mi esposa y yo dejábamos el hotel que en la calle 72, entre Columbus Avenue y Broadway, nos había hospedado durante el mes de nuestra estancia en la gigantesca ciudad, y a las nueve y media estábamos en el muelle que al final de la calle 15, Oeste, posee la citada Compañía.

Era necesario ocuparse primero del equipaje, parte del cual estaba allí desde la víspera; y una vez transportado por los elevadores al piso superior de aquel embarcadero enorme, entre la afluencia de viajeros citados para la misma hora y la nube de quienes iban a despedirlos, yo, impaciente al ver que ninguno de aquéllos embarcaba, ni se daban prisa los otros en volver a la ciudad, me dirigí hacia una reja en cuya puerta, guardándola,

---

(*) Con este título, que no es el que llevará un libro que está preparando, el Director de CUBA CONTEMPORÁNEA empieza en este número a dar a conocer sus verídicas impresiones del recorrido que hizo por Francia, España, Italia y Suiza, desde septiembre de 1919 hasta febrero de 1920, y según el itinerario que siguió; dejando para ese libro la publicación de la primera parte, o sea del viaje de La Habana a Nueva York y su estancia de un mes en la gran ciudad norteamericana, que considera de menor interés para los lectores de esta Revista.

estaba de pie un hombre corpulento vestido de kaki. Le pregunté si no podíamos ir aún al barco, visible entonces a unos cien pasos junto al espigón; y aquel hombre se limitó a contestarme lenta y tranquilamente:

—*Until two o'clock, Sir.*

¡Hasta las dos de la tarde no podíamos embarcar, eran ya casi las once y estábamos en espera desde las nueve y media! Dí las gracias al cortés, impasible y lacónico empleado y volví hacia donde a poca distancia había quedado mi esposa, que, no pudiendo ya tenerse en pie, se sentaba sobre una de nuestras maletas e imitaba—menos en lo de llorar sin consuelo—a una joven pelirroja y bien vestida que cerca de ella había hecho lo mismo y sollozaba como quien abandona para siempre a seres muy queridos o sufre un inaguantable dolor físico.

¿Qué hacer mientras tanto? Dejamos el equipaje al cuidado de un mocetón empleado de la Compañía (el mismo que se hizo cargo de él desde nuestra llegada al muelle), y salimos en busca de un almuerzo que nos permitiera esperar aquellas tres horas. Al acercarnos a los elevadores tuvimos la grata sorpresa de encontrar a nuestros amigos Sebastián Gelabert y su hijo *Chacho*, compañeros de viaje desde La Habana en el vapor *México* y en Nueva York, que habían ido a despedirnos. Se nos olvidó el almuerzo, y fuimos entonces a la gran sala de espera, lujosa y confortable. Allí la charla criolla nos compensó el vacío de nuestros estómagos; y entre tal recuerdo que hacía Gelabert de sus viajes por Europa, y entre los atisbos curiosos y comentarios alegres de su hijo, transcurrió veloz el tiempo. Cuando vinimos a ver, ya muchos empezaban a abandonar el salón. Hicimos nosotros lo mismo, seguidos de aquellos buenos amigos—¡los únicos presentes en esos momentos!— que no nos abandonaron sino después de traspuesta la reja guardada por aquel inmutable empleado revisor de los billetes de pasaje, y no sin haber antes convertido algunos dólares en francos, para las indispensables propinas a bordo.

Examinaron nuestro pasaporte, devolviéronmelo sellado, saludamos de lejos y por última vez a los Gelabert, descendimos por una suave rampa tendida del muelle a un costado del buque, y pocos instantes después estábamos ya en el *Rochambeau*, donde

inmediatamente un camarero nos condujo a nuestro camarote para que viéramos si ahí se hallaba todo el equipaje que debía ir en él, y me pidió el número del de bodega para cerciorarse de si no faltaba. Volvió a poco, aseguróme haberlo visto, y acto continuo fuimos a presenciar el embarque de las demás personas que iban con nosotros a compartir las horas alegres o tristes de aquella larga travesía.

Más de un millar de pasajeros, mujeres, hombres y niños de todas edades y vestimentas, entraron en aquel barco; y a ninguno conocía yo. Al dar las tres de la tarde, la sirena lo estremeció todo con su estridente ruído; uno de los puentes por donde pasaban los viajeros fué quitado, y en ese momento vi llegar por el otro, a punto ya de desaparecer también, a un hombre de cuidada y rubia barba. Daba el brazo a una dama y a una jovencita. ¡Con qué alegría dije a mi mujer: conozco a ese señor! ¡Es el Dr. Rouma! Casi corriendo fuí hasta él; pero desapareció en la balumba de los que entraban y salían en aquellos últimos minutos...

¿Y si no fuera él?—pensaba yo. ¡Nadie, nadie conocido a bordo, y ocho o nueve días de travesía! En esos instantes no recordaba la facilidad que en los barcos se tiene para trabar conocimiento con el resto del pasaje, y mi idea fija era que, entre aquella muchedumbre, probablemente sólo mi mujer y yo hablábamos español, y que mi poco inglés y mi no muy seguro francés iban a sufrir una ruda prueba.

Reflexionaba así, cuando veo aparecer de nuevo la poblada y apostólica barba. Voy hacia ella, reconozco a su portador, y digo con mi fuerte voz mientras me quito el sombrero y presento la diestra en un ademán incontenible:

—¡Dr. Rouma! ¡Cuánto gusto!... ¿Va usted aquí?

—Sí, señor; pero... ¿dónde le he visto yo a usted antes? Le conozco, y no recuerdo... Excuse mi falta de memoria en este momento.

—¿Cómo? ¡De La Habana... Velasco!

—¡Ah, sí, sí! ¿El director de CUBA CONTEMPORÁNEA, no es eso? ¡Encantado! ¿Y cómo usted por aquí? Pero, perdone... Le presento a mi señora y a su hija *Luchita,* mi entenada. ¿Viene usted solo, o le acompaña alguno de sus amigos de la revista?

—Señora... señorita... Voy con mi esposa a Francia, y luego, si puedo, a Bélgica, Inglaterra, España, Italia y Suiza. Hace un mes que estamos en Nueva York.

—¡Bello viaje! Nosotros hemos pasado quince días en esta ciudad, y ahora vamos a mi patria, a Bélgica, donde están mis padres que no conocen aún a mi mujer. Boliviana ella y chilena *Lucha.* Regreso luego a Cuba.

Mi esposa se había acercado al grupo que formábamos sobre cubierta, entre el ir y venir apresurado de los demás viajeros, e hice a mi vez la presentación.

—Haremos un buen viaje, dijo la señora del Dr. Georges Rouma al estrechar la mano de mi mujer. Y agregaron casi a coro ellos tres:

—Tenemos vivo placer en encontrar tan excelente compañía.

—Crean ustedes que no es menor el nuestro, pues aparte del grato conocimiento y de poder conversar en español, muchos deseos tenía yo de hacerlo nuevamente con el Doctor acerca de diversas materias que sólo de modo somero tocamos cuando con su visita honró nuestra redacción. Mas... ¿tienen ustedes ya sus sillas de cubierta?

—Todavía no. Las pondremos todas juntas. Hagamos una *piña,* como se dice en Cuba.

—Eso es. ¡Magnífico!

Y en seguida, mientras con gran lentitud iba el *Rochambeau* separándose y alejándose del espigón 57 y el ruido ensordecedor de la sirena casi no dejaba entender lo que decíamos, estábamos todos, tan pronto en pie como sentados, contemplando el maravilloso espectáculo de la salida del puerto de Nueva York en aquella espléndida y fresca tarde del sábado 6 de septiembre de 1919, mientras los muelles de la Transatlántica Francesa y los de la Línea Cunard bullían de gentes que saludaban gritando *good bye!* y agitaban incesantemente pañuelos, sombreros y banderitas multicolores...

*

De un lado el litoral de la isla de Manhattan, con su masa enorme de elevadísimos edificios y la torre del Woolworth sobre todos; y del otro Jersey City a través del Hudson. Luego la es-

tatua de la Libertad, el gran estuario donde se unen aquel río y el del Este, centenares de barcos luciendo al aire las banderas de todos los pueblos; más lejos, estrechándose ya, el amplio y bello canal bordeado de lindos chalets, grandes árboles y mullido césped, confundiendo bajo la magia del sol los diversos matices del rojo y del verde con el azul del cielo y del agua; luego, el campaneo de las cercanas boyas; y más allá, ensanchándose, la inmensidad del mar...

Fuimos a popa. Alejábase la embarcación del práctico. Nueva York había desaparecido. Volvimos a proa, y en esos momentos otro buque francés de la misma línea que el nuestro, el *Chicago,* repleto de pasajeros que saludaron a los del *Rochambeau* con gritos de alegría, pasaba junto a nosotros en demanda del puerto. Poco después lo perdíamos de vista, y sólo escuchamos entonces el murmullo de las conversaciones del resto de los compañeros de viaje; el suave rumor del agua, hendida por la proa, batiendo en los costados del barco, y el sordo jadear de éste, ya en pleno Atlántico...

*

La luz del día empezaba a extinguirse; la semiobscuridad del crepúsculo iba envolviéndonos lentamente. Consulté mi reloj: marcaba las cinco y media. De pronto recordé a Cuba y a los míos: mi madre, los demás de mi familia, la tumba que guarda los restos de mi padre; mis amigos y compañeros, mis luchas, disgustos y satisfacciones en La Habana cada vez más distante... Y aquel enjambre de encontrados pensamientos puso en mis ojos un velo que humedeció mis párpados hasta obligarme a cerrarlos blandamente, para entreabrirlos a poco y vislumbrar allá lejos, algo confusa, entre el muriente resplandor de la tarde y las vacilantes luces que a bordo luchaban ya con la sombra, la gloriosa bandera de Francia ondeando en la popa del buque; la linda bandera que tiene colores iguales a la de mi tierra, dando los suyos al viento y haciéndome sentir, con un estremecimiento de todo mi ser, que comenzaba a realizarse el tantas veces y por tantos años acariciado sueño de ir a la nación considerada por mí siempre como una segunda patria: la patria inmortal del inmortal Víctor Hugo,

cuyos hermosos versos de *La oración por todos* vinieron entonces a mi memoria, no sé porqué, con una limpidez indecible:

...Ya es la hora;
de la conciencia y del pensar profundo
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va a colgar su pabellón.

A BORDO.

Al sonar la campana que a las siete y media de la noche llamaba a comer a los viajeros inscriptos en el segundo servicio —que es siempre el más cómodo por la hora y el mejor por la concurrencia—, ocupamos nuestros sitios en una mesa del centro del comedor del *Rochambeau* mi esposa y yo. El Dr. Rouma y su familia estaban en una lateral, apartados de nosotros, pues no habían podido encontrar puestos en la nuestra por estar ya separados los ocho restantes. Sentábanse en éstos, a mi derecha, una señora como de cincuenta años, que luego supe iba a reunirse con su hijo, de quien no tenía noticias directas desde antes de terminar la guerra, durante la cual combatió en "el frente"; a la izquierda de mi mujer, inmediata a mí, un señor de calvicie total, grueso y taciturno; al lado de éste, un vivaracho y joven capitán francés condecorado con la Legión de Honor y la Cruz de Guerra (perteneciente a la Compañía de Jesús, según me informé después), sonrosado, de nariz aguileña y gafas de oro tras las cuales su mirada parecía más penetrante; fronteros a él, dos sacerdotes calvos y de suaves maneras: el uno blanco, barbitaheño, de ojos azules brillantes a través de los cristales de sus espejuelos, y moreno el otro, barbinegro y de obscuros ojos; al lado de éste, una joven pareja norteamericana—gente de teatro al parecer—y su alegre y simpático hijo pequeño. Con tan heterogénea compañía hicimos nuestra primera comida en aquel transatlántico, donde a las horas de almorzar y de comer no tuvimos otra en todo el viaje.

Terminado aquel primer yantar, apenas interrumpido por alguna que otra frase de cortesía encubridora de comunes y mudas interrogaciones íntimas, subimos a cubierta en unión de la familia

Rouma. Charlamos poco, porque cada cual quedaba frecuentemente a solas con su pensamiento. Las mujeres hablaron de París (la señora de Rouma y su hija habían estado ya varias veces); el Doctor y yo recordábamos hombres y cosas de Cuba, cambiando ideas sobre la misión que nuestro Gobierno le había confiado, como antes el de Bolivia, respecto a determinados planes educativos; y a las once de la noche, deseosos de descansar de las fatigas y emociones del día, cada cual marchó a su camarote a dormir. Yo lo hice como un bendito.

A la mañana siguiente nuestro camarero nos trajo un regular desayuno, según instrucciones que yo le había dado; nos levantamos y salimos a la recién lavada cubierta. El cielo era gris y el sol se dejaba ver a intervalos; pero el mar estaba tranquilo. Nada de particular ocurrió durante el almuerzo, ni al mediodía, excepto un simulacro de abandono del barco en caso de peligro: todos los pasajeros comparecimos sobre cubierta a la hora prefijada, la mayor parte con salvavidas puestos. Mas, poco antes de las cinco de la tarde mis ojos percibieron cierta nublazón a que no estaban acostumbrados; noté que el buque entraba como en un nube lechosa y húmeda, que los contornos de personas y cosas se desdibujaban, y que todas las luces fueron encendidas casi inmediatamente.

¡La niebla!, pensé. Al instante me hizo estremecer el ronquido de la sirena, que no cesó ya de lanzar su monótono y entristecedor aviso cada tres minutos, hasta el otro día al caer la noche. No era posible estar sobre cubierta, porque aquella pegajosa humedad empapaba las ropas, hacía gotear las mantas protectoras y calaba hasta los huesos. No se veía a la distancia de tres metros: todo era nebuloso. Corríamos el más grande de los peligros del mar: la niebla, que amortigua los ruidos, impide ver las luces, hace acortar la marcha de los barcos y pone en todos los ánimos el temor de un choque imprevisto, inevitable y terrible.

—¡Son los mares del Norte, mi amigo!, decíame el Dr. Rouma. En los de Cuba no se conoce esta viscosidad desagradable.

Aquella noche el comedor era conmovido a cada instante por las vibraciones de la sirena; después, pocos paseantes sobre cubierta para hacer la digestión; algunos pasajeros se refugiaron en la sala de reuniones, otros en sus camarotes, otros en el fumadero,

que a la vez era café; y yo, luego de una vuelta por éste y de chapurrear un poco de francés con el médico de a bordo, M. De Combes—un meridional corpulento, de grandes gestos, grandes ojos y grandes bigotes—, quien, más que leer, declamaba en una mesa junto a otra persona varias poesías pegadas o copiadas en un cuaderno, fuí también a acostarme y a procurar dormir. ¡Vano empeño! Logré sólo dormitar, porque me despertaba con frecuencia el isócrono silbido del vapor avisando a la inmensidad y recordando a los viajeros el peligro envuelto en aquella impenetrable nube.

Al fin empezaron los ruidos indicadores de que llegaba la mañana. Me levanté, y ¡oh decepción! La bruma continuaba, y continuó todo el día, Al atardecer, ¡con qué suspiro de satisfacción, libre o ahogado, acogió cada pasajero nuestra salida de la niebla y el cese del constante bufido del escape de vapor del *Rochambeau!*

La alegría reinó esa noche en el comedor. El capitán jesuíta estuvo locuaz con todos; mi mujer mascullaba su inglés con la norteamericana y su hijo; mi vecina entabló conmigo conversación en francés, no sin rogarle yo que excusara mis posibles dislates; el reverendo moreno y barbudo daba palique a su compañero de profesión y al joven estadounidense... Sólo el vecino de mi mujer permanecía callado, inclinándose constantemente hacia su plato y engullendo sin decir palabra.

Al salir del comedor, el sacerdote moreno se me acercó saludando y diciendo en bastante buen español:

—¿Va usted a Francia, señor Velasco?

Sorprendido al oirle, y sobre todo al oir mi apellido en sus labios, le contesté con cierto ademán de asombro que él comprendió en seguida:

—Sí, señor... Yo creía que usted no hablaba español.

—Hace unos treinta y siete años que no pronuncio palabra en este idioma; y, sin embargo, casi es el mío. ¿No lo hago mal, verdad? El inglés y el francés, entre otras, son las lenguas en que me expreso desde hace mucho tiempo. Mi familia vivió en España, de donde salí joven aún. Estoy establecido en el Canadá.

—Y ¿cómo sabe usted mi nombre?

—Porque lo he leído en la tarjeta puesta en su silla de

cubierta, y porque me era preciso dirigirme a usted para rogarle, en nombre del Capitán y en el mío, que acepte ser juez en una apuesta ideada por ese divertido jesuíta. A propósito: ahí viene.. ¿Acepta usted?

—Pero... ¿de qué se trata?

—El señor capitán Jousse... Monsieur de Velasco...

—...*Très heureux... Excusez-moi... Parlez-vous français?*

—Un poco, le contesté en su idioma. Y, dirigiéndome al cura barbado, añadí:

—¿Qué apuesta es esa? Usted me hará el favor de servirnos de intérprete, porque mucho temo no hacerme entender bien.

—Se trata de lo siguiente, dijo el capitán Jousse en francés, dirigiéndose a mí. ¿Se ha fijado usted en ese señor que se sienta al lado de la señora de usted, y que no habla, ni ríe, ni se le nota otro movimiento que el de sus manos y mandíbulas? Pues bien...

—Pues bien, interrumpió el otro interlocutor. Al señor capitán se le ha ocurrido apostar conmigo una botella de buen vino, que yo pagaré si gana y él pagará si pierde, a que mañana en el almuerzo hará primero sonreir, después reir y luego hablar a ese vecino mudo y ensimismado. Dice que no es caritativo dejar así a un semejante.

—*Parfaitement!*, exclamó riendo el Capitán, en cuya inteligente mirada se comprendía que adivinaba las palabras.

—Aceptado, añadí riendo a mi vez de la ocurrencia de aquellos dos hombres cuyo ministerio no parecía compadecerse con tan mundana treta.

—Pues hasta mañana. Muchas gracias, dijo el cura canadiense estrechándome la mano.

—*A demain, monsieur, et merci beaucoup,* repitió el jesuíta en uniforme militar tendiéndome su diestra.

Y separáronse ambos de mí, cogidos del brazo, mientras iba yo a contar a los de mi grupo el suceso y la nueva de que uno de los dos reverendos barbados hablaba español. Reimos todos con la ocurrencia, y nos acostamos pensando en la diversión próxima.

Al llegar el día 9 con el desayuno a nuestro camarote, el camarero nos advirtió que debíamos abrigarnos antes de salir, pues estábamos a la altura de Terranova y el tiempo había cambiado un poco. Nos metimos en ropa de lana, y al llegar a la cubierta

el fresco se dejaba sentir a pesar de todo. La mañana era espléndida: el cielo, límpidamente azul, sin una nubecilla; confundiéndose a lo lejos con la línea del horizonte, hacia babor, una blanca vela brillaba al sol, que ya bastante alto hacía fulgurar la rizada superficie del océano, también intensa y diversamente azul en algunos puntos por la proximidad del Gran Banco de Terranova. El frío seco, en aumento, movía de un lado a otro del buque a casi todos los pasajeros.

Aproveché aquella radiosa mañana para recorrer y observar el barco, bastante cómodo, sobrio de adornos, grande (unos 170 metros de largo), con poca obra muerta, ancho y bueno para no marearse, pues apenas si se mueve. Hacinados a proa y al parecer contentos—a juzgar por sus cantos y juegos—veía yo abajo el hormigueo de una parte de los 1,216 pasajeros de tercera clase que volvían a sus países o iban en busca de fortuna a otras tierras, mientras en los puentes superiores pululábamos 409 de cámara. Sin contar la tripulación, 1,625 vidas transportaba el *Rochambeau* en ese viaje.

Y... ganó el capitán Jousse la apuesta. ¿De qué medios se valió para hacer sonreir primero, reir después y luego hablar al mudo vecino suyo? Lo ignoro aún. Al sentarnos esa mañana a la mesa, los compañeros de la nuestra sabían el secreto. Nadie hablaba. Sonreíamos al mirarnos unos a otros. De pronto el jesuíta se inclina hacia nuestro hombre, le pide la sal y, al pasársela éste, le habla rápidamente. La esfinge sonríe... Había ganado la primera parte el legionario de Jesús, que miró con aire de triunfo primero a mí, como juez en la apuesta, y luego a su contrincante. Este sonreía también. A poco, nueva inclinación del hermano de Loyola hacia el hombre misterioso; y entonces, al escuchar lo que casi al oído le decía el tenaz tentador, rompió en una risa franca y dijo luego tímidamente algunas palabras un tanto confusas, que fueron preludio de una explicación de su actitud. Parece que hubo de perder en la guerra europea cuanto poesía, se dirigió a América en busca de mejor suerte, y a su patria regresaba derrotado y triste...

Llegó la tarde. Una lindísima puesta de sol me trajo el recuerdo de otra, no menos bella, que admiré a bordo del buque-escula cubano *Patria,* en febrero de 1915, al doblar el cabo Maisí

en viaje de Key West a Manzanillo. ¡Qué suavidad y belleza de matices cambiantes los del mar y el cielo, al unirse allá en el confín, donde el violeta y el rosa, el anaranjado y el azul, el blanco y el gris entremezclábanse fugazmente, hasta mucho después de oculto el sol, mientras el firmamento iba poblándose de miriadas de estrellas cuya temblorosa luz esparcía vago resplandor sobre las aguas!

Obligó el frío esa noche al pasaje a recogerse temprano, y en la madrugada del 10 habíamos ya dejado atrás el Gran Banco de Terranova.

La discutible monotonía de la vida de a bordo fué hasta entonces interrumpida no sólo por la charla y la observación, sino por las noticias que de los Estados Unidos nos llegaban por la telegrafía sin hilos: el regreso a Nueva York del general Pershing al frente de las tropas norteamericanas que comandó en Europa, el desfile interminable por la Quinta Avenida y el recibimiento indescriptible de toda la nación—entre otras fijadas todas las mañanas a las once en el gran espejo a la entrada del comedor. Pero del 10 en adelante, navegando ya entre los dos mundos, cesaron los mensajes; y el interés general se concentró en los cambios de un avisador lumínico donde, no lejos del mapa en que minúsculas banderas francesas marcaban cada veinticuatro horas la distancia recorrida, se anunciaba de vez en vez que el *Rochambeau* sostenía comunicación inalámbrica con buques nunca divisados. La línea que decía "con América", no se iluminaba ya; y mientras todos esperábamos ansiosamente ver brillar la otra, la que decía "con Europa", iba hacia Marconi el homenaje mental de quienes en esos instantes comprendíamos mejor que nunca cuánto debe la humanidad agradecer el descubrimiento y utilización del invisible nexo aéreo entre la tierra y el mar, no sólo porque aminora la sensación de aislamiento en medio del océano, sino porque ha hecho menos frecuentes y numerosas las pérdidas de vidas y de barcos.

El 14, casi todas las viajeras amanecieron haciendo a centenares pequeños lazos de cinta con los colores franceses.

—¿De qué se trata?, preguntamos mi esposa y yo a la señorita Luisa Lemus, la entenada del Dr. Rouma.

—De que la señora de usted ha de ayudarme a hacer ésto.

Es para una tómbola que se celebrará hoy a beneficio de los fondos de dos instituciones francesas dignas de protección: "Secours National" y "Oeuvres de Mer".

—Con muchísimo gusto, replicó mi mujer poniendo en seguida manos a la obra. Yo pregunté:

—¿Se hace siempre con tan noble objeto alguna colecta en cada travesía de estos vapores?

—Siempre, señor, desde que la guerra terminó y el intercambio comercial se ha reanudado,—me dijo en trabajoso español el doctor De Combes, que a la sazón pasaba junto a mí.

—¡Hermosa y patriótica idea!, exclamé.

—¿Quiere usted hacerme el favor de venir a leer algo del *Quijote* al capitán Jousse, que desea escuchar una buena pronunciación española? Llevo aquí (el Doctor señalaba su cuaderno) un recorte; pero lo estropearé si leo.

—Vamos; tendré gran placer.

Y a poco leía yo, pronunciando bien las ces y las zetas, un trozo del viejo libro ante los amplios gestos admirativos de aquel simpático médico meridional y la mirada expresiva del inquieto y jovial jesuíta. Terminé; dióme el Doctor las gracias con efusión, desapareció, y el Capitán y yo nos sentamos a hablar de literatura, de la retozona viveza del carácter francés, de la guerra, de las trincheras y del daño que, a su juicio, habían hecho a los defensores de ellas obras como *Le Feu,* de Barbusse; al paso que las páginas de Psichari, creyente y nieto de Renán, constituían para él lo mejor escrito acerca de la guerra por un testigo del heroísmo galo.

Comprendí que mi amable interlocutor, a pesar de sus arreos militares, de su grado y de sus condecoraciones, no había cambiado sino el hábito externo al dejar temporalmente los religiosos, y desvié la conversación preguntándole cuándo había él marchado a la guerra.

—Casi al estallar—me contestó—, como muchos clérigos franceses. Mi grado y *esto* (señalaba a su pecho) los he ganado bien. Regreso a Francia después de algunos meses pasados en la interesantísima e importante América, y volveré a mi congregación.

Pensé en seguida en los curas que hay en mi patria—extranjeros casi todos mal avenidos con el país, explotándolo y torciendo

en sus planteles de enseñanza el rumbo y las tendencias de la escuela pública nacional—, incapaces de defenderla como aquel gallardo joven había hecho sencilla y espontáneamente al pelear por la suya; y en mi fuero interno comparé su apuesta figura, sus maneras elegantes, su despierta inteligencia y su sagaz mundanismo, con la desmedrada y sucia catadura de la inmensa mayoría de los frailes que hormiguean hoy en Cuba como en los mejores tiempos coloniales, su zafia conducta, su mediocre o nulo entendimiento y su falta de roce social. ¡Qué inmensurable diferencia!

Aquella mañana del domingo 14 debía él dirigir la palabra a los concurrentes a los oficios de su credo. Me invitó a oirle; prometí asistir; nos separamos; enlacé conversación con el Dr. Rouma a propósito de mis reflexiones... y olvidé la promesa. Por algunos oyentes supe después que el jesuíta habló, vestido de militar y con sobria elocuencia, del heroísmo del soldado francés en Verdún y del pueblo francés en todas partes, de los deberes de cada ciudadano para con su patria y del concepto de ésta, conmoviendo a su auditorio hasta el punto de hacer brotar las lágrimas de muchos ojos, y especialmente de los de la señora mi vecina en la mesa de comer, que sin duda recordaba a su hijo amado mientras el miliciano narraba episodios de la colosal tragedia en que fué actor.

Al atardecer efectuóse la tómbola, que produjo unos tres mil francos. Según la costumbre, fueron entregados al capitán del barco para hacerlos llegar al Ministerio de Marina. Por la noche lucía el comedor engalanado con las banderas de varios países, la española inclusive, menos la de Cuba, pueblo aliado. Lo hice notar a alguno de los organizadores, y se me aseguró que no era olvido, sino falta de nuestra enseña nacional a bordo, donde había sido buscada con empeño para ponerla junto a las demás. Lo deploré al oir la explicación, pero un sentimiento indefinible me impidió participar de la alegría general, redoblada al saberse que cuantos quisieran podían ya dirigir aerogramas a tierra. La proximidad de ésta se anunciaba no sólo por la presencia fugaz de algunas luces de otros buques, y aun por el saludo con que la sirena del nuestro correspondió al de uno de gran porte divisado al pasar casi rozándonos—lo cual hizo levantarse a todos los co-

mensales para verlo—, sino por el vaivén indicador de que empezábamos a entrar en el famoso Canal de la Mancha.

No pasó del vaivén, afortunadamente; aunque varios pasajeros sintieron ya en aquel punto los efectos del legendario mareo. Las conversaciones fueron esa noche animadísimas; el baile que siguió a la comida estuvo muy concurrido, amenizando los intermedios con lánguidas canciones de su país la señora Westerguard, nuestra compañera norteamericana de mesa; y al fin nos retiramos a descansar, más tarde que otras veces, con la esperanza de ver a la mañana siguiente las deseadas costas de Francia.

Dormí mal; mejor dicho: apenas pude conciliar el sueño. El incidente de la bandera, el cantarino chis-chis de los aparatos de la telegrafía sin hilos funcionando sin descanso, y el anhelo de ver pronto la tierra francesa, todo contribuía a mantener en tensión mis vibrantes nervios, obedientes siempre, o casi siempre, a la voluntad de dominar mis impresiones; y la mañana del 15 me sorprendió en esa pugna entre el espíritu inquieto, despierto, y la materia fatigada que pedía reposo.

Muy temprano salí sobre cubierta. Ya me habían precedido no pocas personas. Un teniente del ejército francés, cuyo nombre no recuerdo, de gran melena que hacía indiscutible el calificativo de *poilu,* se acercó a hablarme de mi amigo Pedro Henríquez Ureña, de quien fué compañero o alumno en la universidad norteamericana de Minnesota; mientras la pelirroja *miss* llorosa en el muelle de Nueva York, ahora comunicativa, en bastante buen castellano charlaba con mi mujer de sus viajes por España, y dispersos grupos acá y allá cambiaban catalejos de mano en mano.

El mar era de color verdoso y el cielo grisáceo. A lo lejos la niebla y algunos chubascos ocultaban los contornos de tierra, entrevistos a ratos por algún claro que el pálido sol, naciente casi, hacía en las nubes bajas y plomizas. Gracias a uno de esos claros pudimos vislumbrar en la brumosa lejanía, a medida que el barco avanzaba por aquellas aguas cada vez más agitadas, las islas de Guernesey y Jersey, célebres por las obras que allí escribió Víctor Hugo en sus diez y nueve años de destierro, durante el cual, según él mismo dice en su *Correspondencia,* se desposó

con el mar, el huracán, una inmensa y arenosa playa, la tristeza y todas las estrellas de la noche...

Sonó la campana llamando al almuerzo. En el comedor, casi desierto, mi vecina de mesa, con el ansia de llegar para ver a su hijo, inquiría ingenuamente si ya estaba el práctico a bordo. Con el afán de mirar tierra, cada pasajero despachaba pronto y subía de nuevo a la cubierta, donde en la parte de estribor nos apretujábamos todos y el bullicio era general.

Desapareció la isla de Aurigny. La bruma, menos densa ya, dejábanos avistar con relativa claridad pueblecillos junto a la costa o en las faldas de las montañas, y distinguir gran número de embarcaciones de vapor y de vela, de todos tamaños y apariencias, navegando en la misma dirección que la nuestra o en sentido inverso. Pasamos el cabo Hague; vimos el faro de Cherburgo; quedó atrás la punta de Barfleur... ¡Francia, Francia al fin, y la llegada al puerto de destino, El Havre!

Después de contemplar largo tiempo aquel espectáculo nuevo para mí, al caer la tarde me aparté de la borda con mi mujer, que como yo y todos los demás participaba del natural regocijo, y quise compartirlo de algún modo con mi madre, tan lejana en substancia y tan cerca en mi espíritu agitado por una emoción inefable. Me senté en una de las sillas abandonadas sobre cubierta, y, utilizando como pupitre el brazo del mueble, escribí a la ausente esto que copio de esa carta guardada por ella:

"En estos momentos estamos entrando en puerto (inexacto, pues la marea baja no permitió al *Rochambeau* entrar sino después de las doce de esa noche), y le escribo para que sepa que hemos hecho una travesía espléndida, sin que ni mi mujer ni yo nos hayamos mareado... Mañana por la mañana tomamos el tren para París... ¡Con cuánta alegría veo la tierra francesa, que tanto he soñado visitar! ¡Y con qué ansia espero llegar a la gran capital del mundo civilizado!—La travesía ha durado nueve días justos, sin el menor contratiempo; pero con un frío de mil demonios. Todo el mundo con lanas, abrigos y pieles; y nosotros, por supuesto... Ya viene el barco que recoge la correspondencia para ganar tiempo"...

Del Havre a París.

Desde el ventanillo de mi camarote observé, a la incierta y pálida luz de una gran luna llena que tan pronto se ocultaba como envolvía en rara claridad personas, casas, calles y barcos, todas las cuidadosas evoluciones que entre infinidad de faroles rojos y verdes hizo el *Rochambeau* hasta quedar fondeado junto a su muelle del Havre a las tres de la mañana del 16. Entonces me acosté para levantarme a las seis, hora en que debíamos estar listos, según se nos previno.

Y desde las siete hasta después de las ocho, mal desayunados, a pie firme y con sofocante calor producido por la aglomeración de pasajeros en uno de los pasillos del buque, donde formábamos extensa y compacta columna en espera del lento examen de los pasaportes, aguardamos impacientemente nuestro turno para llenar esta formalidad engorrosa, salir de aquel atolladero y vernos del todo libres. Pudimos, por fin, llegar a la sala de reunión. Allí revisaron nuestros papeles dos graves funcionarios civiles asistidos de otro, en uniforme militar, cuyos largos y poblados bigotes rubios trajeron a mi memoria, con una sonrisa, el recuerdo de los que en cierto teatro habanero luce postizos el inevitable actor a quien encargan de hacer, ridiculizándolo, el papel de gallego que apenas recién llegado a Cuba sienta plaza de policía; y quedamos listos para desembarcar al devolverme el funcionario de luengos mostachos mi pasaporte, acompañado de un billete para el de la Aduana y otro para el de Sanidad Marítima, diciéndome al propio tiempo cortésmente:

—*Merci, monsieur. Vous pouvez vous en aller.*

¡Gracias, señor; podeis iros!—querían decir aquellas palabras en mi lengua. Inmediatamente nos dirigimos hacia la puerta de salida, en la cual recogieron los inspectores de Aduana y Sanidad los billetes que acabábamos de recibir, y por una cómoda pasadera ganamos el muelle contiguo en menos de un minuto. Eran las ocho y media.

Caía una llovizna fina, imperceptible casi. Un inmenso hacinamiento de barcos, una intrincada selva de mástiles y cordajes fué lo primero que vi al poner la planta en tierra de Francia y

dar la espalda al muelle para mirar el puerto. Las gaviotas, a millares, volaban o sobrenadaban. La blanquecina luz, como tamizada, de aquella mañana sin sol, desvanecía los colores en el ambiente húmedo, quitando brillantez al conjunto. Del *Rochambeau* salía, sonriente, el capitán Jousse. El Dr. Rouma y su familia habían ya desembarcado y nos aguardaban a pocos pasos, en la puerta de la Aduana. Buscaron mis ojos al Cónsul de Cuba, amigo mío a quien varios días antes de salir de Nueva York escribí anunciándole mi partida y la fecha probable del arribo al Havre; mas en vano. Recién trasladado de Marsella, creíale yo en su nuevo puesto; pero sin tomar posesión obtuvo licencia y estaba en viaje hacia Cuba, según supe cuando regresé y me dijo en La Habana que aquí había recibido mis letras.

Como todo mi equipaje fué en Nueva York registrado directamente para París, la propia compañía de vapores cuidaba de transportarlo, en el mismo tren que a nosotros, hasta la aduana parisiense donde debía ser inspeccionado. Los empleados de la del Havre se limitaron a revisar ligerísimamente un maletín de mano que yo portaba, y por una amplia escalera de hierro descendimos en busca del tren especial que aguarda siempre la llegada de los barcos de la Transatlántica para llevar al pasaje inmediatamente a su destino. A pocos pasos dimos con la interminable fila de vagones, y en un cómodo compartimiento para cinco personas quedamos instalados con la familia del Dr. Rouma.

Dejamos allí a las señoras, y él y yo salimos a mezclarnos a aquella baraúnda de viajeros y equipajes que iban hacia distintos puntos del Continente. En los espaciosos muelles, abajo y arriba, todo era trajín y animación. ¡Modane, Marsella, Lyon, París!... cien nombres más, gritados por cien bocas a la vez, formaban una indescriptible algarabía con el rodar de carretillas, el apresuramiento de viajeros y cargadores, las voces de los empleados y el incesante ir y venir de todo aquel gentío, entre el cual, moviendo lentamente de un lado a otro bultos de todas clases, llamaron en seguida mi atención numerosos hombres tocados con feces de vivo color rojo, vestidos con sucios trajes iguales, y en cuyas expresivas caras morenas, de un moreno cetrino, resaltaban grandes ojos negros de sombrío mirar. Eran turcos prisioneros de guerra... Oímos un agudo silbido: la locomotora pitaba, con estridencia dis-

tinta a las de América, anunciando la partida. Corrimos al tren, y al subir a nuestro vagón se nos acercaron varios muchachos pidiendo lastimeramente *sous*. Les entregamos algunos centavos, y el tren partió.

Cuando salimos del andén, algo de la ciudad fué presentándose a nuestra vista: calles anchas y al parecer no muy limpias, con grandes filas de árboles algunas; silenciosas y desiertas casi todas a aquella hora, diez de la mañana. Edificios de cuatro y cinco pisos, con techos obscuros o rojos y negruzcas chimeneas humeantes, que a medida que el tren avanzaba veíamos como escalonados en las suaves pendientes de las alturas aledañas; después, el campo, el célebre campo de Francia, tan justamente admirado.

Atravesábamos la Normandía. Todos los matices del verde, bajo el sol que tibiamente comenzaba a calentar, extendíanse a nuestros ojos. Ni un solo palmo de terreno sin cultivar en cuanto abarcaba la mirada: desde las mismas paralelas del ferrocarril, junto a ellas, hasta el confín del horizonte a uno y otro lado de la vía, los campos labrados y sembrados cuidadosa y simétricamente. A trechos, aquella gran sinfonía en verde era cortada por la mancha más obscura de un bosque, por rectas líneas de airosos chopos verdinegros, por grupos de manzanos cargados de fruto, por la blanca cinta de una sombreada carretera, por tardos hatos de pintados bovinos, por lentas espirales de humo de hogares invisibles, por el azulino perfil de lejanos montes destacándose en la serenidad del ambiente, y por la tranquila y ondulante linfa del Sena, a la vista de cuyas márgenes frescas y bajas corre el tren casi todo el trayecto.

Pasó un sirviente del vagón-comedor repartiendo números para las dos series del servicio de almuerzo. Escogimos la segunda. Al cabo de una hora nos tocó el turno. Recorrimos varios vagones hasta llegar al lujoso dispuesto como comedor; y mientras hacíamos los honores a un buen almuerzo rociado con buen vino, un puente, otro; un túnel, otro y otro... ¡Rouen!

Las bellas torres de la catedral de Rouen descuellan sobre la histórica ciudad en cuya plaza del Mercado Viejo, en 1431, la infalible Iglesia católica, apostólica y romana quemó por hereje a la hoy por la propia Iglesia venerada Santa Juana de Arco. Sonreí al recordar esto, porque recientemente había yo traducido

del portugués un libro en el cual Eça de Queiroz, con su admirable e inimitable estilo, describe a grandes rasgos lo ocurrido a la famosa Doncella de Orleans.

Partimos de Rouen media hora después. En todos los desviaderos, y fuera de todas las estaciones, veíamos siempre vagones y más vagones de ferrocarril con letreros en alemán. Formaban parte del material de transporte que los alemanes fueron obligados a entregar a Francia al estipularse las condiciones del armisticio precursor de la precaria paz europea. Y allí estaban, a centenares y a la intemperie, aquellos carros pequeños e inmóviles, muchos de los cuales tal vez llevaron a la derrota y a la muerte miles y miles de soldados sostenedores de la más grande ambición. *Sic transit gloria mundi.*

Los pueblos y caseríos eran cada vez más numerosos y cuidados. Notábase que en el campo no se quería prescindir de las comodidades de la gran ciudad hacia la cual corríamos sin detenernos. La sucesión de pintorescas *villas* recordaba el rápido desfile de paisajes, casas y jardines en alguna bella cinta cinematográfica... ¡Asnières!

—¡Estamos cerca! Por aquí veremos en seguida las torres de Montmatre—decía la señorita Lemus mirando por la ventanilla.

De pronto la claridad fué menos viva, el tren acortó la marcha, y el Dr. Rouma, asomado a la puerta del compartimiento con una de sus maletas en la mano, gritaba:

—*Porteur, porteur!*—y dirigiéndose a mí añadía:

—La estación de Saint-Lazare. ¡Ya estamos en París!

Se detuvo el convoy. En aquel momento no había nadie que llevase las dos maletas del Dr. Rouma, quien se vió precisado a andar con ellas algún trecho por el angosto andén de aquella estación obscura, ennegrecida por el humo, y de un aspecto completamente distinto al de las claras, limpísimas y enormes que en Nueva York se denominan Pennsylvania y Grand Central.

La primera impresión parisiense no era agradable; pero yo caminaba, caminaba... Las dos de la tarde. Un empleado de consumos hizo con tiza una marca en mi maletín de mano, al par que yo contestaba negativamente su pregunta ritualesca; traspusimos una reja, pasada la cual esperaba ver a alguien que nos recibiera, entre los varios amigos a quienes escribí desde Nueva

York anunciándoles el viaje. ¡Nadie! Mi mujer y yo seguimos caminando, hasta que al fin creciente rumor que de fuera venía llegó a mis oídos, una más viva claridad hirió mis ojos, y de súbito me hallé frente a una ancha puerta por la cual otros también salían de la estación y entraban en Cosmópolis...

CARLOS DE VELASCO.

CARTAS DESDE LAS TRINCHERAS (*)

POR

EUGENIO MANUEL LEMERCIER

PRÓLOGO DE ANDRÉ CHÉVRILLON.

TRADUCCIÓN Y EPÍLOGO DE LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL.

(Continúa)

Sábado 5 de septiembre (al cabo de 60 horas en un vagón de ganado: cuarenta hombres por vagón).

En el mismo día hemos pasado a orillas del Sena por frente al bosque de Fontainebleau y a orillas del Loire. Ví el castillo de Blois y el de Amboise. Por desgracia la noche nos impidió ver más.

Decirte las dulces emociones evocadas por esas magníficas orillas del Loire!

Os bombardean esos espantosos aeroplanos? Pienso en vosotros en estas circunstancias, y sobre todo en la pobre Abuelita que realmente no tenía necesidad de ver esto. En fin, tengamos esperanza!

Por los heridos evacuados nos enteramos de que, en los primeros días de agosto, se cometieron faltas en el alto mando, y de que fueron castigadas sin piedad. A la hora actual, nos toca repararlas.

(*) Véase el núm. 93, sept. 1920, de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Las tropas inglesas llegan en masa. Hemos cruzado numerosos trenes repletos de ellas.

En fin, esta guerra no habrá sido el paseo militar que muchos creían y que yo no creía; pero habrá removido lo bueno de toda la humanidad. No os hablo de los magníficos espectáculos que no se refieren a la guerra, pero nada quedará perdido.

5 de septiembre de 1914, primera etapa.
Sesenta horas de jaula sin poder extenderse.

Siempre el contacto del hierro y la trepidación, pero después de la noche horrible viene por tres veces la gloria del amanecer, y toda fatiga desaparece!

Hemos atravesado en todos sentidos los campos franceses, desde la serenidad un poco ingrata, pero tan elocuente de la Champagne, hasta la rica y robusta placidez bretona. De paso, hemos cruzado a lo largo del Loire de riberas sonoras y nobles, y ahora...

Oh, hermoso país mío, corazón del mundo donde reposa lo que hay de divino en la tierra, ¿qué monstruo se encarniza en ti? Criatura cuya hermosura era una ofensa...

Antes yo quería a Francia con amor sincero, aunque un poco *dilettante;* la quería como artista orgulloso de vivir en la más bella tierra, pero en resumidas cuentas la quería algo así al modo como un cuadro pudiera amar su marco. Ha sido preciso este horror para hacerme sentir todo lo que hay de filial y profundo en los lazos que me unen a mi patria...

7 de septiembre.
(De un cuaderno de notas).

...Estamos embarcados en la aventura, sin ninguna sensación dominante, a no ser tal vez una aceptación, bastante hermosa, de la fatalidad. Pero el espectáculo mantiene despierta la sensibilidad. Vemos sobre todo evacuados. Pobre gente! verdaderos desarraigados o más bien, hojas muertas en el temporal, pequeñas almas en grandes circunstancias.

Trenes enteros de vagones de ganado que apenas si han cam-

biado de empleo. Trenes donde se amontona la desolación de estos arrancados del suelo y convertidos, qué pronto! en ganado. La miseria los ha despojado de todo porte humano. Les traemos de comer y de beber y entonces es cuando los descubrimos: el hombre bebe sin acordarse de su mujer ni de sus hijos. La mujer piensa en su hijito, pero también ciertas hembras se toman tiempo sin preocuparse con la prisa de los otros. Entre estos naufragados, uno aborda mi corazón en pleno choque. Una abuela de ochenta y siete años, sacudida, zarandeada en medio de todos estos empujones, se ve sucesivamente izada y descendida de las jaulas rodantes. Tan temblorosa y desamparada la ví, tan perdida...

10 de septiembre.
(De un cuaderno de notas).

Llegamos a una comarca surcada de buenas noticias: se desprende de ellas la impresión, muy clara, de que la suerte de Francia está segura ya. Desde la comunicación oficial que, sucinta y formalmente, nos da la certidumbre de un éxito completo, hasta el tejido de hablillas fantásticas, todo corrobora este presentimiento.

13 de septiembre.
(De un carnet de notas).

He aquí la guerra; aquí llegamos al lugar de horror. Hemos dejado atrás los pueblos de Francia donde la paz dormitaba todavía. Ahora no hay otra cosa que el tumulto. Y he aquí las víctimas directas de la guerra.

Los soldados: sangre, lodo y suciedad. Heridos. Los primeros con quienes nos cruzamos son los menos graves: heridas en un brazo, en una mano. En la mayor parte de ellos se distingue clarísimamente, en medio de la fatiga y del dolor, un verdadero alivio de haberse librado relativamente a poca costa.

Más lejos, hacia las ambulancias, un puñado de muertos: son seis, extendidos sobre dos carretillas. Aplastados y envueltos en harapos, los conducen hacia una fosa abierta al pie de un monte. Unos sacerdotes funcionan más bien que oficiar, militarizados como están. Un poco de paja y agua bendita sobre todo aquello,

y pasamos. Después de todo, esos muertos son aún felices: son muertos cuidados. Qué decir de los que yacen más lejos y que se fueron, después de noches de estertor y abandono!

...De esta tormenta nos quedará una inmensa aspiración a la piedad, la fraternidad y la bondad.

Miércoles 16 de septiembre de 1914.

En la zona de las horrores.

El crepúsculo lloviznoso empalidece el camino, y bruscamente, en el foso,—los muertos! Se han venido arrastrando desde el campo hasta aquí. Algunos han caído, otros han quedado fuera—y apestan ahora. La noche que ha caído nos obliga a hacer un esfuerzo para distinguir su nacionalidad, pero una gran piedad idéntica los envuelve. Una sola palabra para todos:—¡pobre muchacho!—Siempre la noche en estas ignominias; después, de nuevo, la mañana. Se alza el sol sobre caballos hinchados. En un rincón de un bosque, una carnicería congelada. Los muertos yacen convulsos, negros ya de podredumbre y saqueados: no se ven más que sacos abiertos, mochilas desventradas. Nada de lo que fueron las personas subsiste.

Entre los muertos, paisanos cuya presencia se explica por el procedimiento alemán que consiste en hacer marchar a rehenes franceses bajo nuestro fuego.

Si estas notas le llegan a alguien, puedan ellas hacer nacer en un corazón honrado el horror hacia el delito inmundo de los que son responsables de esta guerra. Jamás existirá gloria bastante a cubrir toda esta sangre ni todo este lodo.

24 de septiembre de 1914.

La lluvia en medio de la guerra.

Es un suplicio del cual no puede nadie forjarse una idea. Tres días y tres noches sin poder hacer otra cosa que temblar y gemir, y no obstante, es preciso asegurar el servicio.

Dormir en un foso lleno de agua, no tiene equivalente en el Dante, pero ¡qué decir de despertar para acechar el instante de matar o ser muerto!

Encima, el crepitar de los obuses dominando el silbido del viento. Por instantes, descargas de fusiles. Entonces se acurruca uno en el fango y se deja invadir por la desesperación.

Cuando tuvieron fin estos tormentos, sufrí tal distensión nerviosa que me eché a llorar sin saber por qué. Es esto lo que se llama ocupar las avanzadas después de un combate.

25 de septiembre.

Infierno en el lugar más plácido y agreste. Campos de otoño que el cañón agujerea y desgarra.

27 de septiembre.

Si existen, además de la enseñanza magnífica que saldrá de esta guerra, algunas ventajas inmediatas, aquella a que soy yo más sensible es la contemplación del cielo nocturno. Nunca me aportó tanto consuelo la majestad de la noche, como en este cúmulo de pruebas. Venus, radiante, es para mí una amiga...

Han llegado a hacérseme familiares los aspectos de las constelaciones. Las hay que trazan grandes curvas en el cielo como para rodear el trono de Dios. ¡Qué gloria! y cómo se evoca al pastor caldeo!

Oh, astros! primer alfabeto!...

1º de octubre.

Puedo decirte que desde el punto de vista del espíritu, acabo de vivir días admirables, en el curso de los cuales todo lo que eran vanas preocupaciones fué barrido por un espíritu nuevo.

Si sientes alguna vez un desfallecimiento y te llega una sola de mis cartas, que ella te diga lo edificantes y preciosos que han sido estos tormentos.

1º de octubre.
(De un cuaderno de notas).

...Resulta de esto que nuestro padecer debe ser considerado, en cada uno de sus instantes, como la más maravillosa fuente de emociones y de formación para la conciencia...

Ahora sé hacia cual dominio me conduce mi destino. No es ya hacia la altiva y ficticia región de las especulaciones puras, sino por el camino de todas las pequeñeces cotidianas y allí debo aportar los servicios de una sensibilidad siempre despierta.

Veo hasta qué punto una naturaleza recta se dispensa fácilmente de todo artificio de expresión para obrar y ejercer una influencia saludable. Precioso dato éste que me permitiría, en caso de volver, padecer menos si la suerte no me permitiese pintar más.

9 de octubre.

...Parece que hemos recibido la orden de atacar. Así, pues, no quiero arriesgar esta gran partida sin dirigir antes a ti mi pensamiento en los pocos instantes de tranquilidad que poseemos... Todo concuerda aquí para mantener la paz del corazón: la hermosura de los bosques en los cuales vivimos, la ausencia de complicaciones intelectuales... Es paradójico, como tú dices, pero los momentos más bellos de mi vida moral acaban de transcurrir...

....

Sabe que habrá siempre belleza en la tierra, y que el hombre no tendrá jamás maldad que baste a suprimirla. He recogido de aquélla, bastante para ornar una vida. Haga nuestro destino que tenga yo más tarde que hacer fructificar todo lo que al presente he cosechado. Una cosa hay que nadie será poderoso a arrebatarnos: el tesoro del alma acumulado por nosotros.

12 de octubre.

Hasta aquí, tu amor y la providencia no me abandonan. Seguimos en medio de magníficos bosques devastados, en mitad del más hermoso otoño. La Naturaleza aporta alegrías múltiples que dominan estos horrores. Esperanza profunda y poderosa, sea cual fuere el dolor que nos esté reservado.

14 de octubre.

Sin duda, madre querida, hay renuncias que cuestan grande esfuerzo; pero sabe que ambos poseemos la fuerza de alma necesaria para vivir estas horas difíciles sin jadear de angustia a la idea del regreso que los dos esperamos.

Lo esencial es sentir el valor del momento presente y hacerle dar de sí todo lo que puede tener de bueno, bello y edificante. En cuanto a lo demás, no hay quien pueda prever lo porvenir, y sería una tortura bien inútil y vana el vivir preguntándose lo que podrá llegar a sucedernos. No crees tú que la vida nos ha dispensado dichas bastantes, y que una de las últimas, y la mayor de ellas, ha sido la de poder por fin comulgar juntos y sentir nuestra unión? Hay aquí muchas pobres gentes que no saben dónde se encuentran su mujer y sus hijos, que están aislados de todo desde hace meses. Ya ves que somos privilegiados todavía.

Madre querida, menos que nunca debemos desesperar, pues jamás tendremos más claramente la impresión de que todas estas agitaciones y todos estos delirios humanos no son nada en comparación con la parte de eternidad que cada uno de nosotros lleva en sí, ni la impresión de que todas estas monstruosidades conducirán a un devenir mejor. Esta guerra es una forma de cataclismo que sucede a las antiguas formas de cataclismo de nuestro globo; pero ¿acaso has visto alguna vez que, en medio a todo ello una partícula de alma siquiera haya sido perdida, y que el sentimiento de un orden superior haya resultado por ello disminuído? Nuestros dolores vienen de que nuestra pequeña paciencia humana está orientada hacia el lado de nuestros apetitos, aunque sean los más nobles. Pero en cuanto interroga las cosas para descubrir la harmonía, halla el reposo perfecto del alma. No sabemos si esta violencia y este desorden no encaminan nuestro destino universal hacia el definitivo bien.

Cara mamá, conservando la más firme y la más humana esperanza, te envío, así como a Abuelita querida, mi profundo amor.

Envía igualmente todo mi corazón a nuestros amigos que padecen. Ayúdalos a soportarlo todo: dos cruces son menos pe-

sadas de llevar que una sola. Y confianza, confianza en nuestra alegría eterna.

15 de octubre, a las 7.

He recibido una tarjeta tuya del día 1º. Qué alegría siento al vernos al cabo en comunicación! Bien es cierto que nuestros pensamientos nunca se separaron. Me haces saber la desgracia de Marta, y yo me siento feliz de que tú puedas serle útil. Madre querida, esa es nuestra tarea, la de los dos: ser útiles en el minuto presente, sin contar para nada en el minuto por venir.

Sí, indudablemente, yo, como tú, siento que en la vida tengo una misión. Pero hay que proceder en cada instante como si esa misión se cumpliese inmediatamente. No reservemos rinconcillo alguno de nuestro corazón para nuestras pequeñas esperanzas. Es preciso, absolutamente, llegar a lograr que ninguna catástrofe pueda hacer de nuestra vida algo trunco, interrumpido, falto de harmonía. Esa es la obra más bella, y es la de este momento.

El resto, ese porvenir que no hay para qué interrogar, tú verás, madre querida, lo que él nos reserva de hermoso, bueno y justo. No debemos ejercitar en el vacío ninguna de nuestras facultades, y toda ingratitud vana es un gasto dañino.

Conténtate con la magnífica seguridad de que, hasta el presente, he elevado mi alma a una altura en la cual los acontecimientos no han tenido poder sobre ella, y te prometo que mi esfuerzo será el de prepararla aún lo más que yo pueda.

Dile a M... que no es injusto que la suerte se encarnice con los mejores: los malos que sobreviven serán por ello mejorados. Que acepte el sacrificio a sabiendas de que no es él inútil. Vosotros no sabéis cuál es la enseñanza dada por el que cae. Yo sí lo sé.

Para quien sabe leer en la vida, los acontecimientos actuales han hecho trizas todo hábito del pensamiento, pero ellos dejan entrever mejor que nunca la belleza y el orden eternos.

Repongámonos de la sorpresa causada por aquel desgarramiento, pero adaptémonos en seguida a este nuevo estado de cosas que hace de nosotros seres privilegiados al igual de Sócrates, de

los mártires cristianos y de la gente de la Revolución. Desdeñamos en la vida lo que es tan sólo pasajero para gustar lo que no nos ofrece ella sino raramente: el sentimiento de lo que es eterno.

16 de octubre.

Estamos viviendo unos cuantos días de relativa calma; entre dos tempestades mi Compañía ha merecido un reposo particular, y gozo de octubre plenamente. Me llega tu buena carta de 2 de octubre; estoy ahora lleno de alegría y la paz es profunda...

Continuemos armados de valor, no hablemos siquiera de paciencia. Nada más que la aceptación del momento presente, con todos los tesoros que él nos trae. No hay nada más que eso, y, precisamente, en ese punto único se concentra todo lo que hay de belleza en el mundo. La hay, cara madre, la hay fuera de todo lo que teníamos costumbre de sentir. Pon tu valor y tu amor hacia mí en descubrirla, en hacer a los demás descubrirla también.

Esta nueva belleza no tiene relación con las ideas que expresan las palabras: salud, familia, patria; se la percibe cuando se distingue la parte de eterno que hay en cada cosa. Pero conservemos esta admirable intuición que tenemos de volvernos a ver: ella no pondrá obstáculo ninguno al cumplimiento de lo que es nuestra tarea. Dile a M... cuánto pienso en ella. ¡Ah, su caso no es único! Esta guerra ha destrozado muchas esperanzas; así, pues, cara madre, pongamos nuestra esperanza donde la guerra no puede alcanzarla, en lo más alto de nuestra alma, en lo más hondo de nuestro corazón.

....

17 de octubre, a las 3.

El hecho de escribirte, y de saber que mis cartas te llegan, es para mí un paraíso cotidiano. Acecho las horas en que me es posible entrar en él.

Sí, madre amada, es preciso que sientas reanimados tu valor y tu deseo de vivir; jamás hay que tomar como pretexto de vivir, una sola afección, por loable que ella sea. Ningún accidente debe hacernos dar al olvido nuestra razón de vivir. Sin duda que

podemos preferir tal o cual misión en la vida, pero aceptemos la que se presenta, por sorprendente y corta que pueda ser. Tú sientes, como yo, que nos está reservada una dicha, pero no pensemos en ella. Pensemos en nuestra acción de hoy, y en todos los sacrificios que ella envuelve.

22 de octubre.

...Lo acepto todo del destino, pero le he tomado todo lo que de felicidad oculta él en el pliegue de cada momento.

¡Ah, si los hombres tuviesen una idea de toda la paz que malbaratan y que un minuto puede contener, cuánto menor sería su padecer ante la violencia aparente! Cierto es que existen tormentos extremados, que yo no conozco todavía y que, tal vez, ponen a prueba el alma de una manera que yo no sospecho, pero tiendo todas las fuerzas de mi alma hacia la aceptación de todos los momentos y de todas las pruebas...

Lo que es necesario, es reconocer que el amor y la belleza triunfan de toda violencia. No son unas pocas estaciones de odio y dolo las que suprimirán la belleza inmortal, y de esa belleza tenemos todos un depósito imperecedero.

23 de octubre.

He vuelto a leer el artículo de Barrès, *El águila y el ruiseñor*. Sigue siendo tan hermoso como antes, pero no está ya ni al diapasón siquiera. Ahora nada existe a no ser el presente absoluto; lo demás son como ornamentos que se tienen guardados para días de fiesta, de fiestas lejanas, hipotéticas. Pero, qué más da! Se guardan los ornamentos, preciosamente, en las gavetas. Así hago yo con los tesoros de afecto, con las ambiciones legítimas, con las aspiraciones loables. He recubierto todo, y vivo no gustando sino el instante presente.

Esta mañana, bajo el cielo hermoso, he recordado la música que ayer ejecuté: me sentía plenamente feliz. Perdóname que no viva en una trepidante angustia de volver. Creo que tú apruebas el que yo entregue, a otras manos que las nuestras, nuestras más caras esperanzas.

27 de octubre.

Si, como yo lo espero intensamente, tengo la alegría de volverte a ver, sabrás la manera milagrosa como he sido guiado por la Providencia. No he tenido sino que inclinarme ante una fuerza y una bondad que sobrepasaban todos mis orgullosos conceptos.

Quiero decir que Dios ha estado en mí como yo estoy en Dios y hago resueltos votos por sentir siempre tal comunión.

Se trata, sabes, de sacar provecho de la vida no tal como podemos comprenderla, ni aun cuando sea en nuestros afectos más nobles, sino diciéndonos a nosotros mismos: Comamos y bebamos de todo lo que es eterno, pues, mañana, moriremos a todo lo que es humano. Se llega así a sentir que aumenta en nosotros el amor, al propio tiempo que se renuncia a toda vana y mezquina esperanza.

28 de octubre.

Se acerca el final del tercer mes de esta prueba terrible, cuyas enseñanzas serán vastas y saludables, no sólo para quien sepa comprenderlas, sino para todo el mundo: y es ése el gran consuelo cuando está uno embarcado en este temporal. Que él lo sea también para los que unen sus esperanzas a las de los combatientes.

Tal consuelo reside sobre todo en la sensación sobrehumanamente precisa de que toda la energía divina e inmortal, que actúa en nuestra especie, lejos de debilitarse, resultará por el contrario exaltada y valorizada intensamente después de estas tormentas. Bienaventurados los que han de oir el canto de la paz, como en la sinfonía pastoral, pero bienaventurados ya los que, en mitad del tumulto, lo presienten! Y qué importa, además, que esta magna previsión se realice en ausencia del profeta! Quien la formuló ha hecho ya en este mundo buena cosecha de alegría. Toca a alguno mayor el decir si la misión está cumplida.

28 de octubre, 2ª carta, casi a la misma hora.

Cara madre querida:

Un buen momento aún que pasar en compañía de ti. No po-

dremos decirnos nunca sino la misma cosa, pero tan bella es, que podrían siempre hallarse, para formularla, formas nuevas.

Hoy vivimos bajo un cielo cubierto de grandes nubes frías y apresuradas, como en los paisajistas holandeses...

No oso desear nada, no hay que desear nada, no hay que pensar siquiera en una mejora parcial. Te aseguro que el esfuerzo necesario para resistir es menos penoso que ciertos períodos de producción intensiva por que hemos atravesado. Sólo podemos tender nuestro ser en una especie de resistencia de cada momento a lo que en nosotros es malo, y dejar abierta toda puerta al bien que de fuera nos viene.

...Me alegra el saber que leíste a Tolstoï: también él estuvo en la guerra. Él juzgó la guerra, y aceptó su lección. Si puedes darle una ojeada a *La Guerra y la Paz* tan admirable, hallarás cuadros que reproducen nuestra situación. Lo que te hará comprender Tolstoï es la libertad de contemplación que posee el soldado que desea poseerla.

En cuanto a la molestia que pudiera infligir al alma la ausencia de todo bienestar material, no creas en ella. Llevamos una vida de conejos en el día de la apertura de caza; y a pesar de eso podemos enriquecernos el alma de un modo magnífico.

30 de octubre.

Te escribo en medio de un paisaje espléndido de otoño gris, que el viento castiga. Pero para mí el viento ha carecido siempre de tristeza porque él me trae el alma del terruño que viene de detrás de la colina... La horrible guerra no logra arrancarnos a nuestro dominio intelectual. A pesar de algunos momentos de barullo embrutecedor, vuelve uno, más o menos, a hallarse a sí mismo. Y aun diré que nuestra existencia actual nos da una sensibilidad de desollados capaz de registrar el menor roce. Puede ser que después de este arrancamiento de nuestra epidermis moral se forme una costra que la gente que regrese sea momentáneamente unas bestias. Mas no importa: este estado de crisis del alma no podrá dejar de dar sus frutos.

Ayer estuvimos en un lindo pueblo de orillas del Mosa, cuya gracia aumentaban, por contraste, las ruinas que lo rodeaban.

Allí pude hacer lavar una camisa y, mientras ésta se secaba, estuve charlando con la excelente mujer que la lavó, y que hace frente a la muerte cada día por conservar su hogar. Tiene tres hijos, soldados los tres, y las noticias que de ellos ha recibido son antiguas ya: uno de los hijos pasó, en una marcha, a algunos kilómetros de la madre. Ella lo sabía, y no pudo verle... Otra de estas francesas guarda la casa de su yerno, que tiene seis hijos.

....

Para ti, el deber consiste en la aceptación de todo, y, al mismo tiempo, en la más perfecta confianza en la justicia eterna.

No te detengas a considerar la personalidad de los que quedan, de los que se van: eso no es pesado sino por la balanza humana. Y hay que distinguir en nosotros la enorme cantidad de lo que es mejor que humano.

Cara madre, confianza absoluta. En qué? Los dos lo presentimos.

3 de octubre, a las 10.

...Hasta ahora he poseído una sabiduría de renuncia, pero ahora quiero una sabiduría que acepte todo, orientándose hacia la acción futura. Qué importa que la trampa se abra bajo los pasos del que corre? No alcanzará éste su fin, seguramente; pero ¿es más sabio el que permanece acurrucado, so pretexto de que podría caer?

1º de noviembre, Todos los Santos, a las 8.

Ayer tarde recibí tu tarjeta de 24-25. Mientras que tú mirabas esta luna para nosotros velada, te sentías, muy erradamente, impotente, pero cuánta razón tenías al esperar!

En aquel momento era yo protegido por la Providencia de una suerte que deja todo orgullo confundido.

Al siguiente día, tuvimos la más admirable de las auroras, por encima de la púrpura de los bosques de otoño, en esta comarca donde hice mis bocetos de ha tres años; pero ahora nos hallamos en el lugar en el cual el paisaje se acentúa, se ensancha

y adquiere una majestad patética. Cómo decirte la nobleza que hay en el horizonte! Permanecemos aún en este magnífico lugar, y hoy es el día de Todos los Santos!

En este instante te escribo envuelto en la plata de un sol que se levanta sobre las brumas de los valles; presentimos el campo adormecido a cuarenta leguas a la redonda, y la batalla turba apenas la gravedad religiosa del paisaje.

Quiere mucho a mi cuadro en proyecto. Él es lo que me sigue ligando a mi destino. Si obtengo la gracia de volver, la forma de mi cuadro cambiará, pero su esencia está contenida en el boceto.

Mediodía. Espléndido día de Todos los Santos profanado por la violencia.

Gloria de la luz...

2 de noviembre. Día de Difuntos.

Fiesta espléndida de sol y de alegría en medio a la naturaleza radiante de un paisaje del Mosa. En el corazón la esperanza se comprime, no osando insultar el dolor de aquellos para quienes este día es la etapa primera de un duelo.

Cara mamá bien amada, hace veintiocho años tú estabas en el duelo y la esperanza; hoy, la angustia está llena de esperanza también. No te llegan estas pruebas a la misma edad que tenías entonces, pero, precisamente, toda una vida de aceptación te prepara a la sabiduría suprema.

Qué voluptuosidad esta constante vibración en el seno de la Naturaleza! Ayer, al caer la tarde, vi este mismo horizonte, que hoy hemos visto despertarse, bañarse en una luz rosada; después la luna llena se alzó en un cielo tierno contra el cual se destacaban, como encajes, árboles de coral y de azafrán.

Madre querida, el espantable martirologio de la mejor juventud francesa no puede prolongarse indefinidamente. Es imposible que la *élite* de toda una raza desaparezca.

Hay algo mejor que la guerra como tarea del genio nacional: una impresión íntima me indica una mejora próxima. Que nuestro valor y nuestra unión nos conduzcan hacia ese algo mejor! Es-

peranza, esperanza siempre! Recibí la cara carta de Abuelita y la tarjeta de M. R., buena y afectuosa.

Cara mamá, tenéis vosotros ahí este hermoso sol hoy? Qué noble es el campo y qué buena la Naturaleza! Ella le dice a todo el que la escucha que nada se habrá de perder.

4 de noviembre, a la 1.

No vivo sino en el pensamiento de ti y en la bendición de la Naturaleza. Esta mañana, nuestros jefes nos amenazaron con una marcha de veinte kilómetros, y esta amenaza se cumplió bajo la forma de un paseo encantador en medio del paisaje que tanto amo.

Niebla exquisita, que vemos levantarse de hora en hora, atraída por un sol templado; y a lo lejos, las altas mesetas que dominan un panorama inmenso en el cual todo se dibuja finamente, o bien se sobreentiende entre la bruma...

Hay casucas guarnecidas de árboles desnudos que ofrecen perfiles encantadores. Pienso en los primitivos, en sus paisajes tan sensibles y concienzudos. Qué majestad meticulosa, cuyo primer aspecto impone por su grandeza y cuyo detalle conmueve en lo hondo!

Ya ves, querida madre, cuántas gracias dispensa Dios, que están muy por encima de las miserias aceptadas.

No se trata ya ni siquiera de tener paciencia, pues que el tiempo carece ya para nosotros de medida, pues que no entra ya en cuenta duración alguna calculable. Pero también ¡qué riqueza de emociones en el minuto que a nosotros se ofrece!

He aquí, pues, nuestra vida, de la cual te he escrito que es preciso que ningún acontecimiento haga de ella algo de inacabado, de interrumpido; y esta sabiduría quiero conservar. Pero, al mismo tiempo, quiero aliarla con otra sabiduría que mira hacia lo porvenir, aun cuando lo porvenir sea para nosotros una región prohibida. Si, aceptémoslo todo del presente (y el presente nos trae tantos tesoros!) pero preparemos el porvenir también.

5 de noviembre, a las 8.

Querida madre:

No me ocultes nada de París, de tus cuidados, de tus ocupaciones. Todo lo que tú decidas está bien. En cuanto a mí, mi dicha es justamente esta seguridad que siento al pensar en tu alma en medio de todo esto.

El tiempo sigue siendo exquisito y muy dulce. Hoy, sin abandonar la hermosa región a donde llegamos el 20 de septiembre, hemos vuelto al bosque. Lo amo menos que el campo libre, pero hay en él también cosas muy lindas, y luego, el cielo, ahora que han caído ya las hojas, es tan bello y de una tal ternura!

Escribí a C. Escribiré a su mujer. Aguardo carta tuya. Si tú supieras cuánto más largo es que los demás días, un día sin noticias! Cierto es que tengo tus cartas anteriores, pero en la carta nueva hay un perfume sin el cual no me hallo ya.

6 de noviembre.

Ayer, sin saber por qué, estuve un poco triste: es lo que los militares llaman el *cafard* (1). Es que la víspera me había separado de un cuaderno de notas que había decidido enviarte en un paquete. Los sucesos de anteayer, aunque pacíficos, me habían dado tanto que hacer que no pude ocuparme en ese malhadado envío como hubiese querido. Me vi, pues, compartido entre dos angustias: la primera, la de pensar que tal vez no te llegase ese paquete, y que las notas que él contiene, y que fueron mi vida desde el 1º hasta el 20 de octubre, se hubiesen perdido; la segunda, por el contrario, que el paquete te llegase antes que las cartas explicativas, lo que podría parecerte extraño, pues el envío iba hecho probablemente con otro nombre y en la cubierta de mis notas se leían recomendaciones de que se hicieran llegar éstas a tus manos en caso necesario.

....

Hoy vivimos en el más íntimo y delicado paisaje de Corot.

---

(1) *Cafard*, literalmente *cucaracha*. Término empleado por los soldados franceses para designar un estado de desaliento y tristeza.

Desde la granja en la cual hemos establecido nuestra avanzada, veo, primero, el camino con los lagunatos que dejó la lluvia. Después, troncos de árboles, y luego, tras de un prado, una línea de sauces bordeando un riachuelo juguetón y encantador. Al fondo, unas cuantas casas se envuelven en una bruma ligera y conservan los colores negros delicados que nuestro caro paisajista sentía tan noblemente.

Tal es la paz de esta mañana. Quién creería que, al volver la cabeza, no hay ya nada sino incendio y escombros!...

7 de noviembre, 8 de la mañana.

Acabo de recibir tu tarjeta del 30, anunciándome el envío de un paquete. Qué lindo es eso, y cómo se piensa en nosotros! Todas las dulzuras son muy apreciadas.

Ayer, día delicioso de noviembre. Esta mañana, demasiada niebla para gustar el placer de la Naturaleza. Pero ayer tarde!

Tiempo delicado, refinado, en el cual todo se inscribe, como que se graba en un hielo brumoso. Los arbolillos desnudos, cerca de nuestro cuerpo de guardia, han sido visitados por una tropa de pájaros verdes, con el extremo de las alas blanco, y los machos con la cabeza negra y en ella una mancha también blanca. Decirte lo que era el sólo rumor de su vuelo, en medio de esta paz! Porque es una gracia también, en mitad de este guerrear: en este mundo no puede existir sino una cantidad determinada de maldad; y, estando todo reservado al hombre por el hombre, las bestias lo aprovechan, al menos las bestias de los bosques, nuestras habituales víctimas.

Si vieses la seguridad de los animalillos de los bosques! El otro día, en nuestro abrigo de follaje, seguí las evoluciones de esas bestezuelas. Eran lindas como una estampa japonesa. Y luego, hemos asistido a la emigración de las grullas; el grito de las cuales es conmovedor en el crepúsculo.

....

Qué felicidad el saber que dibujas! Sí, hazlo por los dos. Si supieses las ganas que tengo de pintar todas las emociones que sentimos! Si has leído mis cartas de estos tiempos, sentirás mis privaciones, pero también mis dichas.

9 de noviembre, lunes a las 7.

...Hemos vuelto a la libre extensión que tanto amo. Desgraciadamente no la entrevemos sino al través de ratoneras. Pero, en fin, algo es algo!...

He saboreado todos estos días el encanto del campo que reposa en la dulzura del otoño. Esta paz fué turbada, ayer, por la impresión penetrante de un pueblo incendiado. No es el primero que vemos arder, pero, realmente habíamos ya perdido el hábito.

Nos trasladamos a nuestro puesto de vigilancia; era aún de noche. Desde las alturas que ocupábamos distinguíamos el enorme fulgor; y, cuando surgió el día, el pueblo encantador que se abrigaba en el valle no era más que humo. Todo esto, dentro del nimbo de plata de una mañana gloriosa.

Desde nuestra ratonera, mirábamos el fondo del paisaje, con su calzada de bonitas curvas, su riachuelo bordeado de sauces, su colina: toda esta harmonía para venir a dar al horror de la destrucción.

Los alemanes incendiaron el pueblo por la noche: habían sido desalojados de él después de dos noches de combate furioso: su acción puede interpretarse como una intención de retroceder por ese punto. Este procedimiento de destrucción, generalmente odiado de nuestros soldados, obedece, según creo, a una necesidad estratégica. Cuando un pueblo es destruído, su utilización se hace muy difícil para nuestros servicios de retaguardia. Hemos asistido, pues, durante todo el día, a esta devastación, mientras que, sobre nuestras cabezas, los animaluchos aprovechan la paja donde hemos de dormir.

Nuestra existencia de soldados de infantería se parece un poco a la de los conejos durante el período de la caza. Hemos adquirido, al menos los más miedosos, una tensión perpetua hacia la búsqueda de un hoyo. En cuanto estamos hundidos en él, se nos recomienda no movernos. Estas sabias recomendaciones, por desgracia, no son siempre aplicadas con discernimiento: ayer, por ejemplo, estábamos cuatro en una trinchera avanzada, situada en un lugar magnífico y perfectamente disimulada bajo el follaje. Hubiésemos podido, pues, saborear la alegría del paisaje a no haber sido por el buen muchacho del cabo que temblaba ante la

idea de dejarnos vivir un poco. Felizmente que los artilleros y los ametralladores vinieron a nuestro puesto a hacer un detrozo horrible y a mostrarnos el caso que hay que hacer de las precauciones superfluas.

Fuerte, pues, de este ejemplo pude gozar en toda libertad del paisaje, trágico, ay! y humeante ayer. Toma bien nota, querida madre, de que yo no quiero cometer ninguna imprudencia, pero verdaderamente esta guerra es el triunfo de la suerte, de la Providencia y del Destino.

Hago votos ardientes por merecer la gracia del regreso; pero aparte de ligeros segundos de bien humana impaciencia, puedo decirte que la mayor parte de mi ser se ha dedicado a la aceptación del momento presente.

....

10 de noviembre, a las 11.

Muy querida mamá:

Qué te diré en el día de hoy—monótono en su bruma?—Ocupaciones embrutecedoras, no en sí mismas sino por la compañía insípida. Me repliego sobre mí mismo. Ayer te escribí una larga carta diciéndote, entre otras cosas, lo caras que me son tus cartas! Así, ya ves, al tomar el papel me sentía un poco hastiado, y ahora que estoy contigo, estoy gozoso, y recuerdo en seguida lo que este día me ha traído de feliz.

Esta mañana el Teniente me envió a buscar alambre al puesto del Comandante, situado en un pueblo devastado que tenemos rodeado desde hace seis semanas. Descendí por vergeles llenos de las últimas ciruelas caídas. Algunos soldados, descuidados, las recogían en cestos. Cuadro encantador que nada tenía sino de pastoral y bucólico, a pesar de los pantalones rojos, muy desteñidos, por otra parte, después de tres meses de campaña...

Me siento feliz con el afecto de Ch. R... Es la suya una naturaleza cuyos elementos todos concuerdan con los de la mía. Por eso estoy seguro de que no tomará a mal el que no le escriba, sobre todo si tú le expresas a su mujer toda mi amistad.

El empleo subalterno que me ha sido confiado me hace andar de marcha desde la caída de la tarde hasta las 9, pero después

tengo a veces ocasión de acostarme a dormir en un abrigo o una granja en vez de reintegrarme a las trincheras de noche.

Carezco de las buenas noches de lectura en casa, pero a veces, en la trinchera, cuando S... y yo nos acostamos uno al lado del otro, no podrías creer los espejismos que evocamos y la alegría que nos sugieren los recuerdos removidos. ¡Ah, cómo las ciencias y las curiosidades intelectuales nos transportan a un cielo de leyenda, y qué placer me causan las historias de tal metal, de tal ácido! Para mí las Mil y una Noches están en camino de renovarse. Y luego, al despertar, algunas veces, la gracia de una aurora. Esta es la vida que he llevado desde el 13 o 14 de octubre. Sin demandar nada, me contento con admirar que, en una guerra como ésta, tengamos relativamente mucha tranquilidad.

No puedes imaginarte el consuelo que me produce saber que tú das tu alma a mis asuntos. Qué placer siento al imaginar mis libros interesándote, mis grabados mirados por ti!...

Del 12 de noviembre, a las 3 de la tarde.

...Hoy, hemos hecho una marcha de ejercicio tan agradable como la primera, y con un tiempo de admirable hermosura. Veíamos, en el azur y el rosa del horizonte, la cresta lejana de las colinas de Metz, la inmensa extensión sembrada de pueblos y aldeas, unos envueltos en los rayos de la luz matinal, otros presentidos más bien que vistos.

Llevamos una existencia cuyas grandes líneas helas aquí: tres días permanecemos en las cercanías del enemigo, viviendo en abrigos muy bien construídos y, en cada estancia nuestra, mejorados; después pasamos otros tres días algo a retaguardia, y, por último, otros tres acantonados, en un pueblo cercano, generalmente el mismo. Llegamos así a adquirir hábitos—hábitos pasajeros, pero en fin, estamos un poco en contacto con el elemento civil que, por lo demás, sufre bastante.—Sus lanas son preciosas y victoriosas...

...Buenas almas hallamos. Especialmente la excelente mujer en cuyo techo te escribo y a cuya casa vine ya la otra vez, se desvive por proporcionarnos un poco de lo que recuerda el propio hogar.

Pero, mamá querida, lo que a mí me recuerda el hogar lo llevo en mi corazón. No es comer en platos o sentarse en sillas lo que importa; sino tu cariño que yo siento tan cerca de mí...

14 de noviembre.

Desde las 12, hasta las ocho y media de la noche, hemos estado hostilizados, y con la perspectiva de participar en una acción violenta. Partimos en la noche, y en medio de esta calma de la Naturaleza, mis pensamientos se aclararon un poco, después de los dos días de acantonamiento durante los cuales se materializa uno. Ibamos al refuerzo, a lo desconocido. Aguardamos órdenes en una granja, en la cual dormimos, sobre el suelo, de las once a las cuatro. Después desfilamos por el bosque, y los campos que el día, al través de nubes grises, rojas y violetas, iba iluminando lentamente, del modo más romántico y patético. En plena mañana encantadora supimos que las tropas que nos precedían habían hecho sufrir al enemigo pérdidas enormes, y aun obtenido un ligerísimo avance. Volvimos, pues, a nuestros puestos habituales y heme aquí gustando todavía el esplendor de nuestros campos franceses, tan conmovedores en este noviembre gris, ventolero y apasionado, con manchas de sol sobre horizontes infinitos.

Querida mamá, qué hermosa es esta región vasta y digna, donde todo es noble y proporcionado y los motivos se precisan fríamente! Camino bordeado de árboles que desfilan hacia la frontera, chozas precediendo las brumas al través de las cuales se adivinan los Vosgos alemanes. Esa es la decoración; y he aquí algo mejor que la decoración: hay una melodía de Beethoven, y una pieza de Liszt que se titulan: *Bendición de Dios en la soledad.* Claro está que, la soledad, no la tenemos; pero, si hojeas las poesías de Alberto Samain, darás con un epígrafe de Villiers de l'Isle-Adam: "*Sabe que habrá siempre soledad en la tierra para los que son dignos de ella.*" Soledad de un alma que puede olvidar todo cuanto no vibre como vibra ella...

He recibido dos cartas tuyas, del 6 y del 7. Tal vez recibiré otra esta noche. Sí, no finquemos nuestro valor en no aguardar nuestras cartas recíprocas. Las cartas son nuestra vida, ellas nos permiten comunicarnos nuestras alegrías, nuestras dichas, los re-

cursos de placer que nos aportan los espectáculos del mundo y de estos tiempos.

Si tus ojos van mal, sí es esa una razón mayor; pero a no ser por tu estado de salud, no me prives de tu corazón, que tus cartas me traen.

14 de noviembre, 2ª carta.

Cara madre que amo:

Henos aquí de nuevo en nuestro acantonamiento acostumbrado; y mi corazón está todo él lleno de pensamientos que vuelan hacia ti. No puedo decirte todo lo que pienso a cada instante, deseando compartir contigo las alegrías múltiples que se desgranan en medio de nuestra monótona existencia, como un hilo roto dejaría caer perlas en la arena.

Quisiera poder decir contigo lo hermosa que es esa nube que pasa, cómo la extensión nos impone respeto, y oir la poesía del viento que viene de tras los montes, como en nuestro paseo de Bolonia. Y luego, cuando nos hallamos aquí, tantas ocupaciones prosaicas no me dejan hablarte como siento!

Por eso te he mandado también en un paquete mi cuaderno de notas del 18 de agosto al 20 de octubre (2). Esas notas fueron escritas en momentos en que nuestras mochilas menos cargadas se abrían más fácilmente y en que, en la serenidad de ánimo de los días de trincheras, cuando el peligro suprimía todo charlar, podía yo espontáneamente hacer vibrar mi alma. Después, he descubierto, en escribirte, una alegría mucho más intensa, y amplia, y plena. Para mí este nuevo período ha llegado a ser un paraíso. Pero no amo los acantonamientos, porque la comodidad y la seguridad, que distienden los temperamentos, suscitan un charloteo y un ruido que me hacen padecer.

Tú conoces la necesidad de recogimiento, de soledad que siempre tuve. Por otra parte, tengo amigos excelentes y los oficiales son muy buenos.

En fin, bastan un poco de paciencia, algunos instantes de pensar en ti para que me sienta dichoso. Qué indulgente ha sido esta

---

(2) Una parte del cuaderno ha sido inserta más arriba. (Nota de la edición francesa.)

primera mitad de noviembre! No he sufrido una sola vez del frío. Y cuántas hermosuras! El día de Todos los Santos no fué todo él sino un largo cántico, desde la noche lunar y pura sobre el ámbar oscura de los árboles de otoño, hasta el crepúsculo de una sonoridad tierna. El inmenso ensueño rizado de esta llanura velada insinuándose en las cabañas próximas... Qué himno! Y cuántos días, desde entonces, cantan la gloria de Dios! *Cœli enarrant*... Tal fué lo que aportaron estos tiempos.

15 de noviembre, a las 7.

Ayer, el tiempo movido, admirable de ver desde un acantonamiento donde puede uno abrigarse, me producía aprehensiones para la partida de esta noche, y cuando desperté, había el cielo más puro y brillante que se puede soñar! Qué reconocido me sentí!

Lo que más tememos es eso, la lluvia que atraviesa todo sin que se pueda tener fuego ni abrigo contra ella. El frío no es nada; contra él estamos prevenidos y armados.

...A pesar de todo, cómo he apreciado el espectáculo de esta enorme llanura, a la cual descendimos, azotados por el fuerte viento! El horizonte bajo libertaba el gran cielo gris donde raros asomos lívidos recordaban el azur ausente. La silueta negra y trágica de una colina, luego, árboles esqueléticos. Qué sitio! Aquí sí que puedo pensar en ti, y en mi música amada. Hoy, tengo la atmósfera que hace falta.

...Quisiera precisar la forma que tomará mi convicción de un mejoramiento próximo traído por esta guerra. Estos acontecimientos preparan la eclosión de una vida nueva: la de los Estados Unidos de Europa.

Después del conflicto, los que hayan cumplido plena y filialmente con sus obligaciones hacia su país se hallarán en frente de deberes muy de otro modo graves y de realización al presente imposible. Pero precisamente ahí estará el deber: en proyectar nuestro esfuerzo hacia lo porvenir. Deberán, los que queden, tender sus energías a borrar la huella de contactos hirientes entre naciones. La revolución francesa, a pesar de sus faltas, a pesar de ciertos retrocesos en el orden práctico, de ciertas inferioridades de construcción, no por ello dejó de fijar en el alma humana este

admirable postulado de la unidad nacional. Pues bien, los horrores de la guerra de 1914 conducen a la unidad europea, a la unidad de raza (3). Este nuevo estado no se establecerá sin choques, expoliaciones, litigios, por tiempo indefinido; pero, indudablemente, se ha abierto ahora la puerta que da a ese nuevo horizonte.

16 de noviembre.
A Madame C...

Muy querida señora y excelente amiga:

Cuánto placer y consuelo me produce la carta de Vd., y cómo sostiene mi valor su ardiente amistad!

Lo que me dice Vd. de mi madre es lo que más podía hacerme apegar a la vida. Gracias por su constante y magnífico afecto.

...Qué le diré de mi vida? Al través de las fatigas y vicisitudes, me sostiene la contemplación de la admirable Naturaleza, que, desde hace dos meses, acumula las emociones y la fuerza patética de esta estación apasionada. Uno de mis puestos habituales de servicio se encuentra en las alturas que dominan la inmensa llanura de la Woëvre. Qué belleza! y qué bendición el seguir a toda hora del día y de la noche, de seguir con la vista el abrasarse del follaje, cada día del otoño que pasa! Y cómo la espantosa turbulencia humana no logra perturbar la serenidad majestuosa de la Naturaleza! Cierto es que hay momentos en que el hombre parece sobrepasar cuanto podíamos imaginar de él; pero un alma advertida distingue rápidamente la harmonía que domina y concilia todas las disonancias. No crea Vd. que permanezco insensible a lo desgarrador que hay en los espectáculos de que somos testigos: pueblos aniquilados sobre los cuales se encarniza la artillería; humaredas durante el día, fulgores en la noche; miseria de las poblaciones evacuadas que evacuan los pueblos bajo los obuses. A cada instante se recibe un choque en pleno corazón. Pero por ello precisamente me refugio en este

(3) Obsérvese que esta notabilísima profecía fué expuesta en 1914 mismo, en los primeros meses de la guerra, y cuando nada, al parecer, absolutamente nada la justificaba. Tanto más de admirar es la profunda intuición que ella prueba.—(N. del T.)

consuelo superior, pues, aunque padeciendo de igual modo, no podría, sin esta disciplina del corazón, soportar nuestra situación sin perder el equilibrio indispensable.

17 de noviembre, por la mañana.

Querida madre... Te escribo en la plena dicha de una aurora sobre mi cara aldea. La noche, que nos dejara hundidos en la lluvia, nos ha vuelto a traer un tiempo puro y radioso. Vuelvo a hallar mis horizontes perdidamente lejanos, mis colinas cinceladas, mis valles de líneas harmoniosas. Quién diría, en la altura en que me encuentro, que aquella agreste y pacífica aldea no es en realidad más que un montón de ruinas, que no queda una casa de ella intacta, que desde hace dos meses, nadie puede habitar allí, en el infierno de la artillería?

Mientras te escribo, el sol da contra el campanario que distingo encuadrado en un árbol aun envuelto en la sombra, y cercano a mí, en tanto que a lo lejos, por cima de las últimas colinas, de los últimos sobresaltos del terreno, la llanura comienza a revelar en el oro rosado sus detalles preciosos.

17 de noviembre, a las 11.

Las once. El tiempo espléndido es el gran consuelo para mí. Vivo algo así como un enfermo a quien se envía a una comarca magnífica, pero a quien la cura obliga a ejercer ocupaciones ingratas y fatigosas. En resumidas cuentas, entre Leysin (4) y mi trinchera actual, no hay sino el desarrollo del punto de interrogación. Sigue sin ocurrir nada de nuevo en nuestra compañía desde el 13 de octubre.

La forma actual de guerra es extravagante. Es la de vecinos que están en malas relaciones. Figúrate que hay trincheras que apenas se hallan separadas por 100 metros de las del enemigo, y los combatientes llegan a lanzarse proyectiles con la mano: ya ves que los vecinos llegan a usar de procedimientos violentos.

En cuanto a mí, no tengo vida propia sino es en el momento

(4) Altura suiza.

en que estoy contigo, o en que saboreo el esplendor del paisaje.

En medio de las conversaciones, logro conservar la sensación de soledad que me es necesaria.

18 de noviembre.

Esta mañana, el día nos ha mostrado el campo cubierto de escarcha, una blancura uniforme sobre bosques y colinas. Mi aldehuela tiene el aspecto de hallarse resfriada.

Yo había pasado la mayor parte de la noche en un abrigo calentado, y hubiera podido permanecer en él gracias a la benevolencia de los jefes; pero como soy tonto y tímido, fuí a reunirme con los camaradas desde la una hasta las 4½.

Cosa curiosa, soportamos el frío admirablemente: un vestido magnífico que casi todos poseemos es un saco de harina que puede usarse, según el caso, como pequeño cuello-pelerina o para los pies. En uno y otro caso, es un excelente conservador del calor.

A las 11.

En este instante, tengo en la memoria un airecillo de Haendel, conmovedor. También, un *allegro* de nuestros conciertos a cuatro manos en el órgano: una música gozosa, brillante, desbordante de actividad. Caro Haendel! A menudo me sirve él de consuelo.

Beethoven, me viene a la memoria raras veces; pero su música, cuando en mí se despierta, toca a algo tan fundamental, que es como una mano que fuese apartando velos ante la creación.

Pobres y queridos grandes maestros! Habrá de echárseles en cara como un crimen el que son alemanes? Y Schumann, ¿cómo asociarlo con un bárbaro?

Ayer el campo nuestro evocaba lo que hace diez años me tocabas tú en el piano, del "Oro del Rhin": *"libre extensión sobre la altura"*. Pero la superioridad del espectáculo francés sobre la hermosa música de aquel hombre poco estimable como tal, estaba en el cimiento, la limpidez, la conciencia. Sí, en nuestra extensión francesa no había nada de turbio.

En cuanto a Wagner se refiere, por muy hermosa que su música sea, por muy indiscutible y seductor que sea su genio, yo creo

que el privarnos de oir aquélla suprimiría algo de menos sustancial para el genio francés que si nos privásemos de oir la de los grandes clásicos, compatriotas de Wagner.

....

He de decirte sinceramente que nunca, en los instantes en que la idea del regreso posible viene a mí, nunca me preocupa el asunto de la comodidad, del bienestar. Algo más alto y noble es lo que viene a orientarme hacia esta forma de esperanza. ¿Puedo agregar que es hasta otra cosa que la alegría inmensa de volvernos a ver? Es más bien la esperanza de proseguir nuestro esfuerzo común, nuestra asociación, cuyo objeto es el desarrollo de nuestra alma y su mayor utilización sobre la tierra.

19 de noviembre, por la mañana.

Muy querida mamá:

Hoy fuí despertado al despuntar la aurora, por un cañoneo violento e inusitado a esta hora del día. En aquel momento volvían algunos camaradas, helados por una noche de trinchera. Me levanté para ir a traerles leña, mientras que, en la vertiente opuesta del valle, estallaba un tiroteo muy nutrido. Subí hasta lo más alto que me fué posible, y vi el sol anunciarse en el cielo purísimo.

De pronto, de la loma de enfrente (una de esas colinas que tanto amo), vi que venían clamores, rugidos: *Adelante! Adelante!* Era una carga a la bayoneta. Es la primera a que me haya sido dado asistir. Nada vi; la hora aún sombría y probablemente la disposición del terreno se oponían a ello. Pero lo que oí bastaba a dar la sensación del ataque.

Hasta ahora, no había yo podido imaginar sino la guerra anónima, que requiere una forma de valor muy diferente del valor guerrero tradicionalmente concebido por el hombre civil. Y he aquí que las voces de esta mañana me recuerdan, en medio de mi calma, que hombres jóvenes y sin ningún motivo personal de odio pueden y deben precipitarse sobre gentes que los aguardan para matarlos.

Pero el sol se levantaba sobre la tierra de mi patria. Me iluminaba el valle, y desde mi altura distinguía yo dos pueblos, dos ruinas, una de las cuales había yo visto arder durante tres noches.

Cerca de mí, se alzaban dos cruces de madera blanca... La sangre francesa corre en 1914...

Del 20 de noviembre.

En este instante, por la ventana cerca de la cual te escribo, veo surgir el sol, atravesar la escarcha, y adivino el campo hermoso que tolera en sí tantos horrores. Parece que la carga a la bayoneta que oí ayer produjo numerosas víctimas. Entre otras: estamos sin noticias de dos secciones del regimiento que forma una brigada con nosotros. Mientras que otros cumplían su destino, yo estaba en la cima de la más bella loma (muy expuesta en otros momentos, por lo demás). Veía alzarse el día; me sentía lleno de emoción ante la paz natural, y apreciaba la proporción existente entre la mezquindad de la violencia humana y la majestad ambiente.

Ese período penoso para ti, que se extiende entre el 9 de septiembre y el 13 de octubre, corresponde exactamente para mí a la primera fase de la guerra. El 9 de septiembre llegaba yo y descendía del tren ante la terrible batalla del Marne que se desarrollaba a treinta y cinco kilómetros de distancia. El 12, me incorporaba al regimiento 106; y, desde entonces, comparto la existencia de los combatientes. Y, según te he escrito, el 13 de octubre abandonábamos los magníficos bosques en que la infantería y la artillería enemigas nos causaron muchas bajas, especialmente el 3. Nuestra pequeña comunidad perdió aquel día un corazón de oro, a un muchacho exquisito, que había llegado a ser demasiado bueno para vivir. El 4, un excelente camarada, un ingeniero de la Escuela, fué gravísimamente herido en un brazo; pero, después, las noticias que de él hemos tenido son buenas. Así, pues, hasta el 13, día terrible, vivimos momentos muy duros, tanto más cuanto que el peligro, muy real, era agravado por la impresión de ahogo y de incógnita que nos oprimía en aquellos bosques, admirables en todo otro momento.

Lo importante es no perder de vista la gravedad de cada instante presente. El problema es de una especie enteramente particular. Por una parte, la gracia providencial de una inmunidad completa hasta este día. Por otra, la persistencia íntegra de las

probabilidades de peligro en lo futuro. Y aquí es donde nuestro deseo de bien hacer debe obrar sobre el instante presente. Ninguna interrogación de lo porvenir puede satisfacernos; pero yo creo que todo esfuerzo ejercido sobre lo presente tiene su resultado. Es una lucha heroica la que hay que sostener, mas no contemos únicamente con nosotros mismos; sepamos que existe otra fuerza, y ¡cuánto más poderosa es ella que nuestros humanos medios!

21 de noviembre.

Hoy vida burguesa y casi demasiado cómoda. El frío nos hace permanecer en la casa de la extraordinaria mujer que nos alberga cada vez que volvemos al pueblo tres días de cada nueve.

No te hablaré, pues, del lindo panorama que contemplo desde la ventana en que te escribo, pero puedo hablarte del interior de esta casa que abriga partes de nuestra existencia. Vivimos durante el día en dos habitaciones separadas por una mampara de cristales, y de una a la otra habitación podemos admirar, ya el hermoso fuego y la vasta chimenea, o el magnífico armario y los lechos de bellos colores antiguos. Toda esta vida delicada de dos ancianas (la madre, de 87 años, y la hija) es sacudida por la rudeza, la brutalidad, el buen corazón y la generosidad del soldado. Ellas aceptan abnegadas.

Respecto a Spinoza—cuya alma tú por anticipado posees—creo que puedes inmediatamente saltar a los últimos teoremas. Tendrás, de seguro, la comprensión intuitiva de ellos cuando él habla del reposo del alma. Sí, hay instantes, demasiado raros para nosotros, que somos débiles, pero ellos bastan, y en ellos distinguirás en nosotros, al través de los choques y vaivenes de nuestra pobre humanidad, cierta tendencia a lo permanente, a lo definitivo, y reconocemos el admirable patrimonio de divinidad del cual somos depositarios.

....

Querida madre, qué buen día acabo de pasar en compañía de ti.

Eramos tres: nosotros dos y el lindo paisaje que se distingue desde mi ventana.

El invierno, visto desde aquí, da una imagen apagada y en-

sordecida de las cosas. Dos nubes, brumas más bien, envuelven la cuesta mi vecina sin hacer pesado el dibujo de los árboles que crecen en la cima; el cielo está ligeramente verde. Todo está tamizado. Todo se adormece. Y este es el momento de los ataques nocturnos, de los rugidos de la carga, de las vigilias en las trincheras. Que nuestros votos de cada instante demanden el fin de este estado de cosas. Que sea nuestro deseo el reposo para todos, una satisfacción enorme, una compensación a todo dolor, a todo padecer, a toda separación.

Tu hijo.

Domingo 22 de noviembre, a las 9½.

Desde mi lugar favorito te escribo esta mañana, sin que, desde anoche, haya ocurrido ningún acontecimiento que valga la pena de ser señalado, salvo, quizá, las mil naderías cambiantes del paisaje. Me levanté simultáneamente con el sol, cuya plata inunda ahora el espacio. El frío continúa siendo vivo, pero la coalición de las lanas lo vence en las noches de acantonamiento. He aquí las solas cosas que digo: mañana salimos para nuestras trincheras de segunda línea en mitad de los bosques ahora esqueléticos y monótonos. De nuestros tres emplazamientos es tal vez el que menos amo, pues el cielo está allí desterrado tras de las altas ramas. Es más bien un paisaje para R..., pero vulgar y echado a perder por el género de vida que en él se lleva.

En nuestra región, las hostilidades parecen volver a comenzar con cierta efervescencia. Estamos oyendo un tiroteo violento, cosa extremadamente rara a esta hora en la forma actual de la guerra, que consiste principalmente en ataques nocturnos, mientras que el día está casi reservado a los bombardeos.

Cara madre, pongamos nuestra esperanza en la fuerza de alma que ha de demandar cada hora, cada minuto...

...Sí, experimento un placer al hablarte de mi vida, que es hermosa en muchos puntos. A menudo, de noche, al encontrarme en la ruta a donde mi empleo subalterno me conduce y que recorro solo, me siento plenamente feliz de comulgar con esta noble naturaleza, con este cielo de tan armoniosos dibujos de estrellas,

con las curvas tan amplias y graciosas de estas colinas; y aun cuando en tal instante, el riesgo está siempre presente, pienso que, no sólo tu valor, tu sentimiento, de lo eterno, sino también tu amor hacia mí, me aprobarán si no me aplico constantemente al interrogatorio del enigma.

Así en mi vida actual hay algunos puntos culminantes de sensaciones que escapan a toda relación de duración, de persistencia. Tales son, por ejemplo, un hermoso follaje, una aurora, un paisaje delicado, una luna conmovedora. Cosas son estas todas, lo efímero y a la vez lo perenne de las cuales aislan el corazón humano y lo sustraen a todas las preocupaciones que,. en estos tiempos, nos conducirían o bien a una inquietud desesperada, o a un materialismo abyecto, o a un optimismo, que yo quiero reemplazar por una esperanza altísima que nos es común, y que no reposa en los hechos humanos.

Toda mi ternura y mi afección constante a abuelita; a vos valor, serenidad, aceptación total, sin renunciar por ello a nada.

23 de noviembre.

Querida mamá:

Henos aquí llegados a nuestros abrigos de segunda línea. Nos alojamos en cabañas de tierra donde el fuego nos ahuma tanto como nos calienta. El tiempo, que durante la noche se había cubierto, nos ha dado una linda mañana de rosa y de azur. Por desgracia los bosques me hablan menos que los maravillosos espacios de nuestras primeras líneas. De todos modos, todo aquí es hermoso.

El día de ayer consistió para mí en la dicha de escribirte; entré en la iglesia del pueblo sin sentirme impulsado a ello por ninguna sensibilidad novelera ni deseo de reconfortarme exteriormente. Mi concepto de la armonía divina no tenía necesidad de apoyarse en ningún formalismo, en ningún simbolismo popular.

Después tuve la gran felicidad de acompañar un vehículo por la campiña circundante. Ah, qué maravilloso paisaje, de color gustoso siempre en rosas y azules atenuados por la bruma! Toda esta delicadeza luminosa y suntuosa hallaba punto de apoyo en el vigor de las manchas que forman las personas diseminadas en la

extensión. Mi paisaje, habitualmente primitivo en su precisión, adquiría una sutileza de matices, una riqueza de variaciones esencialmente modernas.

Un momento evoqué nuestros alrededores de París, tan intelectuales, con sus infinitas notaciones y sus registros apagados. Pero aquí hay más candor y mayor franqueza. Aquí todo era simplemente rosado y azul, apoyado todo sobre un hermoso suelo gris.

El camarada que conducía el vehículo, encontrando difícil el caballo, me confió una vara para activar a éste; debía de parecer yo en el paisaje un juguete mecánico.

Pasamos por delante de uno de esos Calvarios que guardan las aldeas del Mosa, algunos árboles en torno de una cruz.

24 de noviembre, a las 3½ de la tarde,
de regreso de una marcha.

Acabo de recibir una carta del 16 y una tarjeta, y otra cara carta del 18. Las dos últimas, me hacen saber que llegó mi envío. Qué feliz me hace el saberlo! Hubo un momento en que me pregunté si había hecho bien en enviarte estas impresiones; pero entre nosotros la vida no ha sido nunca ni podrá ser jamás otra cosa que una perpetua investigación en la región de las verdades eternas, que una atención ferviente a lo que cada espectáculo terrestre presenta de aquellas verdades. Así, pues, no lamento el haberte enviado esas ligeras notas.

Los padecimientos más vivos para mí han sido los de los días de lluvia, en septiembre. A todos han dejado ellos, por otra parte, un cruel recuerdo. Dormíamos enlazados, rostro contra rostro, cruzadas las manos en mitad de un diluvio de agua y lodo. Nunca pudiera haberse imaginado nadie nuestra desesperanza.

Para colmo, después de aquellas horas espantosas, se nos anuncia que el enemigo dirige hacia nosotros sus ametralladoras, y que tendremos que atacarle. En eso vinieron a reemplazarnos. La reacción fué fuerte.

En cuanto a mis versos sin concluir, *"Sol tan pálido..."*, etc. se refiere a los días 11, 12 y 13 de octubre y, de modo general, al período de batalla en los bosques que duró para nuestro re-

gimiento desde el 22 de septiembre hasta el 13 de octubre. Ciertas auroras sobre las víctimas me impresionaron.

Desde entonces nada he escrito, a no ser una plegaria que te envié hace cinco o seis días. La compuse yendo por el camino que había de recorrer.

25 de noviembre, de mañana.

...Ayer, durante la marcha, viví en medio de un cuadro de nuestros amados primitivos. A la salida del bosque, descendiendo a lo largo de un camino, teníamos cerca de nosotros una vasta granja-castillo, empenachada con un bosquecillo de árboles desplumados, cerca de una laguna helada.

Luego, en la perspectiva de techumbre que empleaban tan hábilmente mis caros pintores con su aire ingenuo, una senda, desarrollando sus sinuosidades, sus rampas y subidas, ligaba entre sí malezas, árboles aislados; todo esto preciso, fino, grabado, y sin embargo, enternecido. Un puentecillo pasaba por encima de un riachuelo, un hombre a caballo pasaba por junto al puentecillo, meticulosamente perfilado, y luego un pequeño vehículo: equilibrio delicado de valores, discretos y, con todo, sostenidos; y todo ante un horizonte de nobles bosques. El tiempo gris, que suprimía la *féerie* de matices del todo moderna del domingo pasado, me traía a esa consciencia incisiva que conmueve en un Breughel y los otros maestros cuyos nombres olvido ahora. Tal, también, la profusión ordenada y límpida de los fondos de Alberto Durero.

26 de noviembre.

Queridísima madre: No llegué a terminar mi carta de ayer. Hemos estado muy ocupados. Hoy es de noche aún. Desde mi guarida, en la primera línea, a donde acabo de llegar, te envío mi profundo amor y la expresión de la gran felicidad que experimento. Siento que mi obra se va formando en mí. Si la Providencia no me concede el darla a luz, ¿qué importa? Tengo firme esperanza, pero sobre todo confianza en la justicia eterna, por mucha sorpresa que ella cause a la humana idea que de ella nos forjamos.

28 de noviembre.

El puesto que ocupamos nos conduce a 45 metros del enemigo. El aspecto de los trabajos de aproximación es curioso y hasta llega a ser pintoresco, a causa de un carácter de aspereza reforzado por lo gris del tiempo.

Cuando después de haber burlado durante la noche la vigilancia del enemigo, nuestras tropas, que vienen del valle, llegan a la cuesta cuyas faldas nos protegen contra el fuego de la infantería, encuentran abrigos cavados en el flanco de la cuesta, y donde las fracciones que no están de guardia pueden encontrar sueño, y el calor de un hogar improvisado. Más tarde, en el lugar donde, precisamente, el paisaje llega a ser magnífico de libertad, extensión y luz, comienza el surco sinuoso que se llama corredor de comunicación, y en el cual se hunde uno. Así disimulado, llega uno a la trinchera; y es verdaderamente un cuadro guerrero, severo y no desprovisto de grandeza el de este alto pasillo techado de cielo gris y cuyas paredes de tierra cubre la nieve reciente. Aquí se colocan las últimas unidades de infantería, generalmente de escaso efectivo. El enemigo está ya a menos de cien metros de distancia. De aquí continúa el pasadizo, cada vez más sinuoso y profundo, y en el cual experimento esa emoción que siempre he experimentado al contacto de la tierra recién removida. La gleba fresca de los trabajos de excavación suscita en mí algo indefinible: es como si las energías de esta tierra desventrada me ganasen y me contasen la historia de la vida.

En estas gargantas trabajan, prolongan y cavan dos o tres zapadores de Ingenieros, vigilados por los alemanes, quienes, aquí y allá, pueden lograr alcanzar puntos insuficientemente protegidos. En esta extremidad es donde el último soldado a pie hace su facción (unos cuarenta metros).

Ya podrás tú sentir el contraste de esta organización militar con la paz que reinaba habitualmente en este lugar mismo. Imagínate el asombro que experimento al pensar que, al nivel de mis ojos, el labrador paseaba su carreta, y que este sol cuya gloria acecho yo, le era a él dispensado sobre esta altura.

Así, cuando, al llegar el crepúsculo, gano la extensión libre,

¡qué embriaguez! No te hablaré de ello, pues quiero callar mis dichas todavía. No hay que exponerlas: son como aves amigas del silencio. Limitémonos, y es ello lo esencial, a hablar de la felicidad que no se espanta y vuela: la de sentirnos de manera análoga los dos preparados a todo.

29 de noviembre, por la mañana,
en el acantonamiento.

Muy querida mamá:

Ayer tarde abandoné la primera línea, con mal tiempo, y por la noche, después de mi llegada aquí, comenzó a llover. Desde mi ventana favorita miro caer la lluvia como una neblina. Si tú quieres, te hablaré de las maravillas entrevistas por mi ayer.

Desde el emplazamiento descrito en mi carta de ayer se distingue, según a menudo te lo he escrito, el horizonte más maravilloso. Bueno; pues ayer, un viento terrible rompía en pedazos un velo de nubes muy bajas que rozaban las cimas. Tal vez el fondo de mi Haheyna te dará débilmente una impresión de lo que yo veía. Pero, ¡cuánto más majestuosa y llena de animación era mi emoción de ayer!

Las colinas y valles pasaban sucesivamente de la sombra a la luz, tan pronto precisas como veladas, según que las brumas las iban descubriendo. En lo alto, grandes trozos de azur, franjeados de luz.

Tal fué la belleza de ayer. ¿Te hablaré de las tardes precedentes, cuando, sobre el camino, la luna me dibujaba los bordados de los árboles; y lo patético de los calvarios, el enternecimiento de las casas en ruinas, que sabe uno que son ruinas pero que la noche hace surgir como una evocación de la paz?

Me alegra el verte amar a Verlaine. Lee el hermoso prólogo de Coppée que va al frente de las obras escogidas, las cuales hallarás en mi biblioteca. El fervor de Verlaine es de una espontaneidad, casi diría de una animalidad que siempre me desorientará un poco, precisamente porque es lo propio del fervor católico cuyo lado figurativo me dejará siempre distante. Pero ¡qué poeta!

Él constituye mi delicia casi cotidiana, en París como aquí;

a menudo vuelven a mi memoria las músicas de sus "Paisajes Tristes" que son la emoción misma de ciertas horas. Su vida es conmovedora como la de una bestia enferma, y es maravilla que indignidad semejante a la suya no haya marchitado las flores exquisitas de su poesía. Su conversión, más bien conversión de artista que de pensador, fué la consecuencia de un trastorno en su existencia, consecuencia éste a su vez de grandes faltas. (Estaba en la cárcel.) En "El Lirio Rojo", bajo el nombre de Choulette, Anatole France ha trazado de él un retrato viviente. Tal vez está ese libro ahí en casa.

Lo que hay de admirable y edificante en la poesía de "Sagesse" es el impulso y la vivacidad de intención, de pesar. Algo así como si el grito de la *Noche de Mayo* repercutiera a lo largo de esa obra.

Nuestros dos mayores temperamentos poéticos del siglo anterior, Musset y Verlaine, fueron dos desventurados sin tutor moral para su floración, magnífica con todo, y que nos embriaga.

Te hastío quizás hablándote de cosas indiferentes, pero es que eso me vuelve a hundir un poco de nuevo en mi vida. Desde que tengo la felicidad de recibir tus cartas, no he anotado nada. No creas que las digresiones me hagan olvidar nuestro deseo y nuestra esperanza; pero creo que todo cuanto constituye el adorno de la vida, es precisamente para nosotros lo que da a ésta valor.

Aguardo cartas tuyas después de la del 22, pero seguramente las recibiré aquí en el acantonamiento. Te doy las gracias por el paquete que me anuncias: ¡Pobres mamás, cómo se ingenian todas!

1º de diciembre, por la mañana,
en el acantonamiento.

Recuerdo la satisfacción que sentía al verme librado por mi dispensa de las obligaciones militares. Me parecía que si, a los veintisiete años, me forzaban a ir al regimiento, mi vida y mi carrera estaban irremediablemente perdidas. Y he aquí que, a los veintiocho años, me veo hundido en pleno ejército, lejos de mis trabajos, de mis cuidados, de mis ambiciones, y nunca me aportó la vida tal abundancia de emociones nobles; nunca, quizás, tuve

al registrarlas, tal frescura de sensibilidad ni tal seguridad de conciencia. He ahí, pues, las gracias de lo que mis razonables previsiones humanas consideraban como un desastre. Aquí continúa la providencial lección que, burlando todas mis aprensiones, pone bondad en cada cambio de situación.

Las dos últimas salidas de sol, la de ayer y la de hoy, fueron admirables...

Tengo ganas de hacer para ti un ligero croquis de la vista que distingo desde mi ventana...

...Lo he hecho de memoria, pero a ello añade en tu imaginación las púrpuras estriadas más dramáticas que puedan pensarse, e imagina después las extensiones infinitas, a izquierda y derecha. He ahí lo que me ha sido dado contemplar varias veces, en estos tiempos. En este instante, el dulce cielo harmoniza los vergeles en que trabajamos. Mi pequeño empleo me dispensa por el momento de cavar. Tales son las venturas que, de lejos, parecen calamidades.

1º de diciembre, 2ª carta.

Acabo de recibir tus cartas del 25, 26 y 27, así como una cara carta de Abuelita tan valiente y llena de corazón, tan lúcida de facultades. Me ha producido mucho placer esta carta, y ella me aporta una amada esperanza cuyo augurio acepto con alegría. Cada una de tus cartas queridas me da también lo que para mí tiene la vida de mejor. Mi primera carta de hoy contesta a lo que tú me dices de la aceptación de las pruebas y de la destrucción de los ídolos.

Verás por ella que pienso absolutamente como tú, y espero que a estas horas no queda ningún ídolo que ocupe demasiado espacio en mi corazón...

Creo que mi plegaria última es, en efecto, muy sencilla. La inspiración del lugar no hubiera podido tolerar una vestidura de arte demasiado cargada. Dios estaba por todas partes, y en todas partes harmonioso: en ese camino nocturno de que con frecuencia te hablo, en el cielo lleno de astros, en el valle lleno del murmurar del agua, en los árboles, los calvarios, las colinas lejanas o pró-

ximas. No hubiera puesto para el artificio. Me es inútil renunciar a ser artista, pues espero ser sincero siempre y no servirme del arte sino para envolver en él una conciencia.

5 de diciembre por la mañana.

Hemos salido de nuestros escondrijos, y a los tres días de enclaustramiento sucede la mañana en la libre extensión.

Es grave la herida de Andrés? Las mamás sufren angustias terribles en esta guerra, pero valor, nada se perderá. En cuanto a mí, voy bien, y soy feliz dentro de lo posible.

Hoy viento terrible, que barría nubes admirables. Aire vivificante y que tonifica los bronquios. Todas estas noches, magníficos claros de luna, tanto más apreciados cuanto que no existía para nosotros el día.

Cara madre, escribo mal hoy porque estamos deslumbrados por la plena luz después de estas largas horas de noche, pero mi corazón se va hacia ti, y se apoya en ti.

...Aportemos a todo un espíritu valeroso: Tengamos siempre, y suceda lo que sucediere, confianza en Dios. ¡Cómo siento, al igual que tú, que no puede adorársele sino en espíritu! y, al igual que tú también, pienso que es preciso evitar todo orgullo, que insultaría la disciplina de los otros. Que nuestro amor sea una unión tendida hacia la Providencia universal. Entreguemos a ella nuestro destino, en una constante oración. Confesémosle humildemente nuestra esperanza humana, tratando de asociar a ella en cada instante la sabiduría eterna. Es esta una tarea cuya dificultad se pone de manifiesto ahora, pero que existe también en lo ordinario de la vida.

Domingo 6 de diciembre.

Me siento contento al verte tan firmemente orientada hacia el valor.

Tenemos necesidad de él—o, más bien, tenemos necesidad de algo que es difícil de obtener, y que no es ni la paciencia, ni la confianza demasiado grande, sino cierta fe en el orden de las cosas—cierto poder decir, de cada prueba, que está bien. Nuestro

instinto de vida nos impulsa a libertarnos de las obligaciones presentes, cuando son demasiado crueles y repetidas; pero según he sabido con tanta alegría, tú has podido ver lo que Spinoza entendía por libertad humana. Ideal inaccesible, hacia el cual hay que tender de todos modos...

...Cara madre, las pruebas que debemos aceptar son largas, y no puede decirse que sean monótonas, hasta tal punto requieren ellas, a pesar de su forma invariable, un valor constantemente renovado. Unámonos para que Dios nos conceda la fuerza y el recurso de aceptarlo todo!...

Tú sabes qué es lo que llamo religión: lo que liga en el hombre todas sus nociones de lo universal y de lo eterno, esas dos formas de Dios. La religión, en el sentido corriente del vocablo, no es más que el lazo de ciertas fórmulas morales y disciplinarias asociadas a la figuración poética admirable de las fuertes filosofías bíblicas y cristianas.

No ataquemos a nadie. Si bien se mira, las fórmulas religiosas, por extrañas que sean a mis postulados intelectuales, me parecen loables y simpáticas en lo que contienen de aspiración a la belleza y a la forma.

Querida madre que amo, esperemos siempre: las pruebas son múltiples, pero toda belleza permanece. Roguemos que nos sea dado contemplarla aún durante largo tiempo...

Lunes 7 de diciembre.

Muy cara madre amada:

Te escribo aun de noche...; por otra parte, la vida militar está en su apogeo a las 6 de la mañana. La vela a cuya luz te escribo está sostenida por una bayoneta, y de vez en cuando, recibo una gota de agua en la nariz.

Mis pobres compañeros tratan de encender un engañoso fuego. La estancia en las trincheras nos convierte en montones de lodo.

El buen humor general es admirable. Por muy deseosos de regresar que estén los camaradas, no por ello aceptan menos heroicamente las vicisitudes del oficio. El valor de ellos precisamente, por ser infinitamente menos literario que el mío, es más práctico y adaptable a todo; pero cada ave posee su grito na-

tural, y el mío no tiene nada del de un ave de guerra. Me siento feliz de haber vibrado a todos los choques, y coloco mi esperanza en el pensamiento de que ellos hayan forjado mi alma. Así, pues, pongo en Dios la confianza de lo que él quiera reservarme.

Me parece que entreveo mi obra. No quiero hacer augurios fundados en tal presentimiento, pues todo artista llevaba en sí la obra que no ha llegado a ver la luz.

Mozart pensaba en tomar vuelo cuando murió, y Beethoven bocetó la 10ª sinfonía sin preocuparse con el plazo demasiado corto que le dejaba el destino.

Es el deber del artista dejar que revienten sus brotes, sin temor a la helada; y acaso permitirá Dios que mi esfuerzo se proyecte en lo porvenir. Mis ensayos, mis tentativas de obras muy homogéneas, presentan todavía, sin embargo, no sé qué de infantil, de balbuceo en el ejecutar, que concuerda mal con la altura real de la intención. Se me figura que mi arte no llegará a su plena expansión sino en la madurez de mi vida. Roguemos a Dios que me deje llegar a alcanzarla...

En lo que a tu corazón respecta, tengo hasta tal punto confianza en tu valor, que a la hora actual esa certidumbre es mi gran consuelo. Sé que mi madre ha alcanzado aquella libertad del alma que permite contemplar el espectáculo universal. Por mí mismo sé lo intermitente que es tal sabiduría, pero el sospecharla es ya poseer a Dios. La seguridad que me inspiran tu alma y tu cariño es lo que me permite pensar en lo porvenir, cualquiera que sea la forma en que éste se presente.

(Continuará)

¿QUÉ ES EL BOLCHEVISMO?


ON este título ha publicado en su número del 1º de septiembre último el *Mercure de France* un interesantísimo y extenso trabajo, traducido aquí en sus partes más importantes. De su autor, el escritor ruso L. Chestoff, la propia revista dice que actualmente es el más conocido filósofo de su país, donde se ha colocado contra el dogmatismo metafísico y la filosofía crítica de los siglos XIX y XX. Sus obras principales son: *Sur Shakespeare; La Philosophie et le Sermon (Tolstoï et Nietzsche); La Philosophie et la Tragédie (Nietzsche et Dostoïevsky).* Agrega que es antikantiano y afirma que domina todo el pensamiento ruso contemporáneo por la originalidad de su método y la claridad, la fuerza y el colorido de su estilo, del cual podrán juzgar los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA al conocer estos párrafos de ese notable trabajo sobre el bolchevismo, cuyo final deja entrever una amenaza para el mundo, y algunos de los cuales hacen reflexionar acerca de lo que puede ocurrir en países donde el único pensamiento parece ser la interrogación que M. Chestoff atribuye a las dos facciones que luchaban en su patria y que produjeron a los actuales bolcheviquis: "¿A quién tocará el poder?"

*

Desde que llegué a Europa, todo el mundo—compatriotas y extranjeros—me hace invariablemente la misma pregunta: "¿Qué es el bolchevismo? ¿Qué ocurre en Rusia? Usted, que ha visto con sus propios ojos, cuente. No sabemos nada; nada comprendemos. Decídnoslo todo, y decidlo, tanto como sea posible, de una manera tranquila e imparcial."

Hablar con calma de lo que pasa en la hora actual en Rusia, es difícil, o aun imposible. En cuanto a hablar imparcialmente, puede ser que lo logre.

Es verdad que, desde hace cinco años, la guerra nos ha habituado a toda clase de horrores; pero lo que pasa en Rusia es peor que la guerra. Allá los hombres matan no solamente a otros hombres, sino a su país, sin sospechar siquiera lo que hacen. Los unos imagínanse llevar a cabo una gran obra y creen que salvan a la humanidad. Los otros no piensan en nada y se adaptan simplemente a las nuevas condiciones de existencia, sin tener en cuenta otra cosa que sus cotidianos intereses. ¿Qué ocurrirá mañana? A estos últimos la pregunta los deja indiferentes. No creen en ese mañana, del mismo modo que no recuerdan lo que ayer hubo. Las gentes de esta clase forman en Rusia, como en todas partes, la aplastante mayoría. Y, por raro que a primera vista parezca, son estos hombres, los hombres que viven al día, completamente absorbidos por sus pequeños intereses, quienes crean la historia. Entre sus manos está el porvenir de Rusia, el porvenir de la humanidad, el porvenir del mundo.

He ahí lo que no comprenden los liders ideólogos del bolchevismo. Parece que los discípulos y partidarios de Marx, quien ha tomado a Hegel su filosofía de la historia, deberían ser más clarividentes, saber que la historia no se hace en los gabinetes de estudio y que no se deja encuadrar como una tela pintada con decretos arbitrarios. Ahora bien: intentad decirlo al ideólogo bolchevista *de ojos azul claro:* ni siquiera llegará a comprender de qué le habláis. Y si por casualidad lo comprende, os responderá exactamente del mismo modo que antes contestaban, bajo el Zar, los redactores del *Novoie Vremia* y otros periódicos que asumían el triste oficio de justificar por ideas el régimen de la servidumbre: "Todo eso es doctrinarismo". La historia, Hegel, la filosofía, la ciencia: el hombre político está libre de todo eso. Este hombre político decide de la suerte del país que le está confiado, según sus propias concepciones.

Se cuenta que Nicolás I, a quien había sido presentado un proyecto de línea de ferrocarril entre Moscú y Petrogrado, sin examinar los planos de los ingenieros trazó sobre el mapa una línea casi recta que unía las dos capitales, y resolvió así el problema de una manera sencilla y rápida. De la misma manera solucionan todos los asuntos los actuales dueños de Rusia. Y si el régimen de Nicolás I, como el de la mayoría de sus predece-

sores y sucesores, merece con toda justicia el nombre de *despotismo ignorante,* con más justicia todavía se puede caracterizar por esta frase el régimen de los bolcheviquis. Es el despotismo, y lo subrayo fuertemente: *el despotismo ignorante.* Los bolcheviquis, exactamente como los hombres políticos de un pasado reciente, no sólo no creen en la virtud (escepticismo que es, como se sabe, admitido en política), sino que tampoco creen más en la ciencia, ni siquiera en la inteligencia. Concienzudos conservadores de las tradiciones políticas más puramente rusas—tradiciones del período de la esclavitud, tan vivas todavía en la memoria de todos—, no creen sino en el palo, en la fuerza física brutal. De igual modo que aun muy próximamente, antes de la guerra, en la Douma, los diputados de la derecha y del tipo de Markoff y Pourichkévitch ridiculizaban *el humanitarismo liberal* respondiendo con amenazas de prisión y de horca a todas las tentativas de la oposición que tendían a hacer salir, por poco que fuera, a nuestros antiguos ministros y hombres de gobierno de su rutina reaccionaria, los comisarios actuales no conocen sino una sola expresión: *tchresvitchaika.* Están convencidos de que toda la profundidad de la sabiduría gubernamental reside en esa palabra. Las libertades, las garantías individuales, etc..., todo eso no son sino invenciones vacías de sentido de los sabios de Europa, de los doctrinarios de Occidente.

....

En las ciudades y en los campos se muere, literalmente, de hambre y de sed. El país agótase no día por día, sino hora por hora. El odio atroz, recíproco y no entre clases como lo querían los bolcheviquis, sino de todos contra todos, crece sin cesar; y, mientras tanto, las plumas de los periodistas-funcionarios continúan trazando en el papel las mismas palabras, convertidas en fastidiosas para todos, sobre el futuro paraíso socialista.

....

Al reemplazar los bolcheviquis al Gobierno Provisional, se hallaron ante el mismo dilema: o métodos zaristas o ausencia de toda autoridad. La ausencia de toda autoridad no podía seducir a los bolcheviquis, porque el ejemplo del Gobierno Provisional había mostrado que esa ausencia estaba muy lejos de ser cosa tan inofensiva como al principio había parecido a más de uno;

pero, en cuanto a hallar algo que les fuese propio, tampoco los bolcheviquis han sabido encontrarlo. Y, con la audacia propia de gentes que no se daban cuenta de todo lo que de gravedad y responsabilidad presentaba la tarea que asumían, los bolcheviquis decidieron permanecer entera y completamente fieles a los procedimientos de la vieja burocracia rusa. Desde este momento, para quienquiera que fuese un poco clarividente, aparecieron de golpe la esencia misma del bolchevismo y su porvenir.

Estaba claro que la revolución había sido aplastada y que el bolchevismo era, esencialmente, un movimiento profundamente reaccionario, constituyendo hasta un paso atrás de Nicolás II, pues con toda rapidez los bolcheviquis comprendieron que los métodos de éste no podían bastarles y que les era preciso adoptar la sabiduría gubernamental de Nicolás I, y aun la de Araktcheieff. La palabra libertad se convirtió para ellos en la palabra más odiosa. Comprendieron rápidamente que no iban a gobernar un país libre; que el país libre no estaría con ellos, como no lo estuvo nunca con Nicolás I, ni con Alejandro III, ni con Nicolás II. Para un francés o un inglés, tal situación parecería de todo punto inadmisible: el francés o el inglés saben qne nada bueno puede haber en un país donde no hay libertad. Pero los bolcheviquis rusos, educados por el régimen zarista de servidumbre, no han hablado de libertad sino en tanto que el poder estaba en manos de sus adversarios. Mas, en cuanto el poder pasó a manos de ellos, sin ninguna lucha de conciencia renunciaron a todas las libertades y declararon, de la manera más desenvuelta, buena para la convertida vieja Europa la idea misma de la libertad burguesa, pero que no tenía valor alguno para Rusia. Un gobierno, un poder fuerte, es lo que hace falta a un pueblo para su bien; y mientras menos se consulte al pueblo, más grande y más sólida será su *felicidad*...

Quien quiera comprender lo que ocurre a la hora actual en Rusia, debe con particular atención examinar los primeros fenómenos de creación gubernamental de los bolcheviquis. Todo lo que han hecho más tarde, encuéntrase muy estrechamente ligado a sus primeros actos.

Aquí en Europa, y a veces en Rusia misma, algunos se han inclinado a pensar que el bolchevismo constituye cierta novedad,

hasta una novedad de importancia enorme. Es un error: el bolcheviquismo no ha sabido crear nada, ni nada crea... El bolchevismo no crea: vive de lo que ha sido antes que él... Trata de sembrar la discordia entre los estados de la Europa occidental, de entablar simultáneamente negociaciones con Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, descontando la muy grande diversidad y aun la oposición de sus intereses, y espera que en fin de cuentas, si se logra lanzarlos unos contra otros, se podrá sacar de sus conflictos un provecho más o menos grande.

....

Repito que el bolchevismo es reaccionario; es impotente para crear nada; toma lo que encuentra a mano, lo que otros han hecho sin él. En una palabra: los bolcheviquis son parásitos, en su esencia misma. Sin embargo, ellos no se dan cuenta ni lo comprenden. Y aun si lo comprendieran, es poco probable que consintiesen en confesarlo abiertamente. Pero, en todos los dominios en que han ejercido su actividad, ha aparecido su particularidad esencial. Formulan ellos mismos la obra que han de llevar a cabo, diciendo que primero es preciso destruirlo todo y no empezar a crear sino después de haber destruído. Si los bolcheviquis ideólogos *de ojos azul claro* fuesen capaces de pesar un momento sus palabras, quedarían aterrados. No hablo sino del hecho de que tal fórmula es netamente contradictoria de la enseñanza fundamental del socialismo. Dicho se está que Marx no reconocería a sus discípulos ni a sus partidarios en los hombres que han formulado tal programa... El socialismo no solamente no suponía la destrucción de la organización económica burguesa, sino que contaba, por el contrario, con su conservación íntegra, guardando intacto todo lo que había sido creado por el régimen precedente. La obra del socialismo aparecía, por consecuencia, a Marx como una obra constructiva. Transformar la organización burguesa en una organización socialista, quería decir pasar a una organización superior, y mejorada, de producción; quería decir no destruir, sino aumentar las fuerzas productivas del país. Esto era una obra positiva. A ella es a la que los bolcheviquis han renunciado de golpe, sobre todo, sin duda, porque no tenían ninguna posibilidad de crear. Y era mucho más sencillo, más fácil y menos

penoso vivir a expensas de lo que había sido hecho anteriormente.

....

Nicolás I era *primus inter pares* entre sus funcionarios. Cada funcionario estaba convencido de que la población, los habitantes—Rusia no ha amado nunca, ni admitido, la palabra ciudadano—no eran sino objeto de mando. La población debía sentirse feliz con tener dueños que se encarnaban en el dueño supremo: el Zar. Los extranjeros conciben sin duda difícilmente tal estado de cosas; pero mientras no lo hayan comprendido, nada comprenderán del bolchevismo.

....

El parasitismo era característico de las altas clases sociales anteriores a la revolución; pero los nuevos nobles, es decir, aquellos que se han adherido al gobierno actual, han sobrepasado en mucho a los antiguos; de manera que ni aun desde este último punto de vista es original el bolchevismo. Los bolcheviquis han hecho cuanto han podido para poner obstáculos a la revolución en su obra fundamental: la manumisión del pueblo ruso.

....

Hasta ahora, jamás en Rusia la burocracia había pululado con tal rapidez; ¡y qué burocracia ociosa, despreciable! Hay en cada servicio diez veces más empleados que los necesarios, y en cada servicio apenas si se encuentra uno solo que sirva para algo. Todo el mundo, hombres, mujeres, jóvenes y viejos, es funcionario. Los bolcheviquis están convencidos de que quien no sea funcionario es peligroso para el Estado, y persiguen por todos los medios a los que no están a su servicio: se les abruma con contribuciones, se les priva de tarjetas de alimentación, se les moviliza para el ejército, etc.... Y entonces uno se hace funcionario, tanto más cuanto que las personas instruídas están completamente privadas de toda especie de sostén, fuera del sueldo de empleado del Estado. Un obrero, o, de un modo general, un hombre vigoroso, puede todavía ir al campo, donde podrá encontrar trabajo, y con él un techo y un pedazo de pan. Pero un hombre instruído—un maestro, un médico, un ingeniero, un escritor, un sabio—está condenado a morir de hombre si no consiente en aumentar las hordas, ya innumerables, de los funcionarios parásitos.

Y la burguesía, se me preguntará, ¿ha sido destruída? De

ningún modo. Son los antiguos burgueses los que han sido destruídos. Los fabricantes, los negociantes y sus colaboradores principales, han perecido en su mayor parte, o han huído. Pero la burguesía es más fuerte en Rusia, más numerosa, *mucho más numerosa* que lo era anteriormente. En la actualidad, casi todos los campesinos de Rusia son burgueses. Guardan, escondidos en la tierra, centenas de miles y aun millones de rublos emitidos bajo el Zar, bajo Kerenski, bajo los Soviets, rublos ukranianos y otros valores, y nosotros no llegamos a arrancarles sus riquezas. Con todo eso, la nueva burguesía no tiene ninguna de las tradiciones que, en cierta medida, refrenaban los apetitos de la antigua.

....

En los Soviets había lucha entre los socialistas-revolucionarios de una parte, y los bolcheviquis de otra. Los dos partidos en pugna acudían al pueblo. Ahora bien: el pueblo, durante muchos meses, permaneció silencioso. Aguardaba. Esperaba que el gobierno encontraría un medio de reconstruir el país de acuerdo con ese ideal de derecho que vivía en el alma popular. Pero gobierno, no lo había. No había sino partidos en lucha, que para la acción gubernativa estaban tan poco preparados como es posible. El pueblo, sus necesidades, nadie reconocía ni el uno ni las otras; nadie quería conocerlos. No había preocupación sino por una cosa: ¿a quién tocaría el poder? Y como, sin embargo, suponíase que el gobierno pertenecería a aquel que supiera ganar las simpatías de la mayor parte de la población, era una emulación de orden especial la que comenzaba a nacer entre los partidos: cuál de los dos lograría más pronto hacer más promesas al pueblo. Y hacíanse infinidad de promesas. Tan pronto se autorizaba al pueblo a apoderarse de las tierras, como de los bienes muebles, etc., etc. "¡Todo os pertenece! ¡Tomad!" Tal era la última palabra de los representantes de los partidos. Y poco a poco el pueblo llegó a la conclusión de que todos sus ideales y todas sus concepciones de derecho no valían un clavo. Era así antes, y ahora era igual: tenía razón aquel que tuviera garras, que supiera usarlas antes que los otros y más ricamente. En tanto que los dueños estuvieran en el poder, eran ellos quienes tenían razón. Ahora los señores habían sido expulsados, y quien tomara su sitio se convertiría él mismo en señor y noble. Así los socialistas de

todas las escuelas, en el fuego de la lucha intestina, no habían notado, y parece que no han notado hasta el presente, que hacían exactamente lo contrario de lo que habían querido hacer. Su obra consistía en llevar al espíritu del pueblo la idea de una verdad social superior, y han logrado echar del alma popular toda noción de verdad.

....

Puede ser que después de esta digresión se comprenda mejor porqué he llamado parásitos a los bolcheviquis. Por su esencia misma, no pueden crear ni crearán jamás nada. Los liders ideólogos del bolchevismo pueden, tanto como les plazca, declinar y conjugar las palabras *creación* y *crear:* son completamente incapaces de una creación positiva. Porque el espíritu de servidumbre de que está imbuída toda su actividad, y aun toda su ideología simplificada, mata en su germen toda creación. He ahí lo que no comprendían los hombres políticos del régimen zarista, y he ahí lo que no comprenden tampoco los bolcheviquis, aunque en tanto tiempo como estuvieron en la oposición hayan disertado mucho sobre este asunto, así en la Douma como en sus publicaciones clandestinas. Pero todas estas disertaciones están olvidadas, como si nunca hubieran existido. En el momento actual no hay en Rusia sino periódicos gubernamentales y oradores gubernamentales. Sólo puede escribir y hablar quien glorifica la actividad de las clases dirigentes. Es un error creer que los campesinos y los obreros, a nombre de los cuales gobiernan los bolcheviquis, poseen, a este respecto, la menor ventaja sobre las otras clases. No son privilegiados, como por otra parte lo eran bajo el antiguo régimen, sino los elementos *bien pensantes,* es decir, aquellos que, sin murmurar y aun algo más, obedecen las órdenes del gobierno; pero los que protestan, los que osan tener una opinión personal, para éstos no hay ahora sitio en Rusia, y mucho menos ahora, infinitamente menos ahora que bajo el régimen de los zares. Bajo los zares, uno se expresaba en lo que llamamos la lengua de Esopo; pero se podía, sin embargo, hablar sin riesgo de la libertad o de la vida. En cuanto a callarse, no estaba prohibido a nadie. Ahora está prohibido hasta el callarse. Si se quiere vivir, es preciso expresar su simpatía por el gobierno, es preciso cubrirlo de flores. Se ve a qué

resultado lleva tal estado de cosas: una enorme cantidad de hombres incapaces y sin conciencia, a quienes es perfectamente indiferente loar no importa a quién y decir no importa qué, ha subido a la superficie de la vida política.

....

[Aquí relata el autor una anécdota de sus relaciones con los bolcheviquis: Recibió cierto día en Kieff un gran sobre gris donde leyó: *"Al camarada Chestoff".* Le invitaban a una reunión en que debía tratarse este tema: *La dictadura del proletariado en el Arte.* Fué; escuchó el primer discurso, fácil y a cargo de un periodista sumamente conocido en el sur de Rusia, quien desde las primeras palabras, sin nombrar a Chestoff, atrajo sobre éste la atención de la concurrencia, evidentemente para obligarlo a hablar. Luego lo hicieron varios escritores y periodistas más. Por fin un individuo de la milicia, cuyas primeras palabras daban ya a entender que era hombre sin instrucción alguna, de esos que "no saben distinguir entre una estatua y un cuadro", y que más que a enseñar parecía que debiera haber concurrido allí a aprender, pronunció entre otros disparates el siguiente: "Con mano de hierro forzaremos a los escritores, a los poetas, a los pintores, etc., a poner toda su capacidad técnica al servicio de las necesidades del proletariado." Le contestaron otros; y al fin el primero que habló volvió a tomar la palabra. Nombró entonces a Chestoff, y refirióse al "huracán de la revolución que había barrido los viejos ideales". En tales condiciones, y una vez su nombre pronunciado, imposible permanecer en silencio. El autor dijo acto continuo, a pesar de su deseo de no hablar, las siguientes palabras:]

"Es evidente que, aunque aquí se habla de la dictadura del proletariado, lo que se busca establecer, en este dominio como en otros, no es sino una dictadura sobre el proletariado. Ni siquiera se pregunta a los proletarios lo que quieren. Se les ordena, simplemente, servirse de yo no sé qué *tecnicidad* que se pretende poder arrancar a los artistas. Pero si es verdad que el proletariado se ha emancipado, no os obedecerá y de ninguna manera correrá tras la *tecnicidad.* Querrá, lo mismo que vosotros, disfrutar del inapreciable tesoro de los grandes creadores en el dominio del arte, de la ciencia, de la filosofía y de la religión. El huracán de que se ha hablado aquí, puede ser que haya barrido y enterrado bajo la arena muchas cosas; puede ser que también hasta el siglo V de la cultura helénica; pero ha habido en la historia otros huracanes que han barrido y enterrado

en la arena ese propio siglo V, y aun de un modo más completo. Y tras ellos han venido luego hombres que han excavado esa arena y han buscado las menores trazas del arte helénico conservadas bajo las ruinas."

....

Los bolcheviquis, como nuestros viejos *krépostniki* (partidarios de la servidumbre), sueñan con apoderarse de la *técnica* europea, pero libre de todo contenido de ideas. Contenido de ideas, nuestros *tchninovniks* zaristas y bolcheviquis tienen de sobra. "No nos falta sino la *técnica,* y esa la adquiriremos por la fuerza. Los pintores, los poetas y los sabios, después de haber conocido los horrores del hambre, se pondrán a crear según nuestra voluntad. Nuestras ideas y su talento: ¡he ahí el sueño!"

Difícil es concebir algo más absurdo. Pero de esta manera las cosas han pasado en la Rusia de los siglos XVIII y XIX, y de esta manera pasan ahora las cosas. Gentes sin instrucción, incapaces y obtusas, han amontonado las sombras sobre el gobierno bolchevista, y transforman ya en caricatura lo que tenían de mejor y de más digno. Retumbantes bocas de los bajos fondos vociferan en todas las encrucijadas palabras absurdas y vulgares, y los ideólogos bolcheviquis de ojos azul claro se extrañan de lo que ocurre y se afligen preguntándose cómo es que todo lo que había en Rusia de gentes sin vergüenza, todo lo que había de más vil y más grosero se ha puesto de su lado, y porqué tienen con ellos tan pocos hombres de valer.

Es el mismo asombro que manifestaba Nicolás I viendo la representación del *Revisor,* de Gogol. Pero se dice que Nicolás I, sin embargo, se daba cuenta de sus faltas. Terminado el espectáculo, dijo: "Para una comedia, es una buena comedia. Todo el mundo ha tomado alguna cosa, y yo más que todo el mundo."

Se cuenta, es verdad, que Lenine también declaró públicamente que los bolcheviquis habían hecho una *revolución de sucios.* Pero, ¿es exacto? ¿Verdaderamente ha pronunciado él tales palabras? No he podido comprobarlo. En todo caso, *se non è vero è ben trovato:* toda la actividad de la burocracia bolchevista lleva la marca de la vulgaridad servil.

....

Puedo afirmarlo con certeza: la fecha del 7 de noviembre de

1917 debe ser considerada como la del hundimiento de la revolución rusa. Los bolcheviquis no han salvado, sino traicionado a la población obrera y campesina. Las más sonoras frases quedan como frases, y la realidad sigue siendo realidad. Lo que ante todo faltaba al obrero y al campesino rusos, y aun al intelectual ruso, era obtener el título de ciudadano. Hacía falta inspirarle la conciencia de que no era un esclavo, befado por cualquiera en el poder, sino que tenía derechos, derechos sagrados, derechos que llevaban consigo el deber de defenderlos él mismo y que todos estaban obligados a defender. Esto es lo que proclamó, como todo el mundo sabe, el Gobierno Provisional durante los primeros días de su existencia. Pero los derechos del hombre y del ciudadano, los derechos a que durante siglos y siglos había aspirado el desdichado país, no han quedado inscritos sino en el papel. En realidad, varios meses después comenzóse a restablecer el antiguo absolutismo. Los decretos y las numerosas proclamas bolchevistas con que se ha inundado a Rusia, han sido comprendidos e interpretados por el pueblo como un llamamiento a la usurpación y al pillaje: "Coge lo que puedas y tanto como puedas. Después, será demasiado tarde."

Difícil es describir la fiebre de pillaje que ha sacudido a toda la Rusia del frente: los soldados, a centenares de miles, volvían a sus casas con sacos de botín. Se huía tan rápidamente como era posible, para no dejar pasar el momento. Las grandes palabras sobre la solidaridad, sobre los problemas internacionales, con que los bolcheviquis llenaron abundantemente sus publicaciones, jamás han sido escuchadas por nadie. El pueblo se ha convencido de que, *hoy como ayer*, lo que existe no es el derecho, sino la fuerza. Poseerá quien haya cogido, y se cogía sin el menor miramiento. Al pillaje seguían asesinatos y suplicios. Pocos pensaban en el trabajo. ¿Por qué entregarse a un trabajo penoso, cuando es tan fácil enriquecerse sin dificultades? En la atmósfera de ferocidad recíproca y de guerra civil extinguíanse los últimos destellos de fe en la posibilidad de realizar "la verdad sobre la tierra", aunque esta verdad fuera imaginaria. En las pequeñas poblaciones y en los campos, el poder caía en manos de criminales y miserables que ocultaban sus apetitos de lobo bajo frases llamando al pueblo a la destrucción de los burgueses.

En Petrogrado y en Moscú, donde, al lado de bandidos y rateros, había sin embargo quienes creyeran sinceramente en la omnipotencia del verbo, las gentes se entregaban a palabrerías interminables sobre el paraíso futuro. Este paraíso reculaba evidentemente más y más en el nimbo del porvenir. Lo que al presente hay, es hambre, frío, epidemias; en fin, el odio recíproco siempre creciente. Y ya no más clase poseyente o no poseyente. El obrero hambriento aborrece igualmente al *burgués* y a su propio camarada que ha sabido o que ha tenido la oportunidad de procurarse un pedazo de pan más, o de leña, para su familia que tiene hambre y frío.

Pero donde el odio se ha manifestado con una intensidad muy singular es entre la ciudad y el campo. El campo se ha *atrincherado;* ha rehusado *tenazmente* dar la menor cosa a la ciudad hambrienta. El gobierno de obreros y campesinos ha hecho desesperados esfuerzos por hallar cualquier *modus vivendi* para los obreros y los campesinos. Para arrancar el pan a un campesino era preciso enviar a los campos expediciones militares de represalias, que frecuentemente volvían no sólo con las manos vacías, sino habiendo perdido la mitad, cuando no las tres cuartas partes de sus efectivos. Quienquiera que haya observado aunque no sea sino la prensa bolchevista, sabe que en realidad los bolcheviquis no han dominado jamás en Rusia. Lo que les estaba sometido era las grandes ciudades en que la población, aterrada por represalias sangrientas, soportaba su suerte más o menos silenciosamente; pero el campo, es decir, las nueve décimas partes de Rusia, nunca ha estado bajo el poder de los bolcheviquis. Vivía de su propia vida, al día sin duda; pero sin ninguna autoridad central. El mejor testimonio de hasta qué punto la autoridad del gobierno bolchevista se extendía poco en el campo, se encuentra en los artículos publicados en los periódicos de Kieff por el comisario ukraniano de avituallamiento, Schlechter, muy adicto a las ideas comunistas, aunque, preciso es declararlo también, hombre sumamente obtuso e incapaz. Sus artículos, muy largos y muy circunstanciados, publicáronse durante dos meses, casi todos los días, en la prensa local. Este hombre no escribía: vociferaba. Y vociferaba siempre la misma cosa: "El campo no entrega pan, ni da tampoco leña ni granos. ¡No da nada! ¡Obreros: si no

quereis morir de hambre y de frío, armaos e id a hacer la guerra al campo! ¡Nada obtendréis de otro modo!"

....

Según los informes que nos llegan hoy de Rusia, se ha establecido allí el trabajo obligatorio de diez y doce horas, el salario por piezas o partes del trabajo hecho, la supervisión militar de los obreros, etc.... ¡Es completamente natural! El obrero no quiere dar su trabajo, ni el campesino su pan. Ahora bien: hay necesidad de mucho más pan y de mucho más trabajo; y no queda, pues, sino una sola salida: debe haber, de una parte, clases privilegiadas que no trabajan y obligan a las otras, con medidas terribles, despiadadas, a trabajar más allá de sus fuerzas; y de otra, hombres sin privilegios, sin derechos, que, sin conservar su salud y ni aun su vida, deben dar su trabajo en provecho del *todo*.

He ahí lo que ha traído el bolchevismo, que tanto prometió a los obreros y a los campesinos. En cuanto a lo que ha traído a Rusia, no hablaré de ello: todo el mundo lo sabe.

Los ideólogos bolcheviquis tienen todavía un argumento: el último. "Sí, dicen; nada hemos podido dar a los obreros y campesinos rusos, y hemos arruinado a Rusia. Pero no podía ser de otro modo. Rusia es un país demasiado atrasado, los rusos son demasiado incultos para adoptar nuestras ideas. Pero no se trata ni de Rusia ni de los rusos. Nuestra obra es más amplia: debemos *hacer saltar* el Occidente, destruir el *estrecho espíritu burgués* de Europa y de América, y mantendremos el incendio en Rusia hasta el momento en que el fuego haya incluído a nuestros vecinos y de allí se haya extendido sobre el universo entero. Ese es nuestro más alto empeño, ese es nuestro sueño supremo. Daremos ideas a Europa. Europa nos dará su *técnica,* su habilidad, su don de organización, etc..."

Tal es la *ultima ratio* de los bolcheviquis. ¿Qué vale?

....

Durante mi larga estancia en las regiones que están en poder de los bolcheviquis, noté un hecho curioso: que los muy jóvenes, y también las gentes no muy inteligentes, eran quienes adivinaban y preveían mejor los sucesos. Por el contrario, los que tenían un poco más de edad o eran un poco más inteligentes, siempre se equivocaban en sus previsiones. Creían que Rusia no perma-

necería mucho tiempo bajo la dominación de los bolcheviquis, que el pueblo se sublevaría, que a la primera aparición de un ejército más o menos organizado, los ejércitos bolcheviquis desharíanse como la nieve al sol. La realidad ha desmentido las previsiones de los hombres inteligentes y experimentados... Son los jóvenes y los hombres no muy inteligentes quienes hanse revelado buenos profetas. Y ahora, cuando se trata de entrever lo por venir, uno se pregunta: A quién creer, ¿a los inteligentes o a los que no lo son? Los hombres inteligentes parten del punto de vista que les parece la evidencia misma: que los hombres y los pueblos son guiados en sus actos por sus intereses vitales y sienten instintivamente lo que les es útil y lo que les es dañino. Para ellos estaba claro que el bolchevismo era pernicioso, que terminaría en desastres, el hambre, el frío, la miseria, la esclavitud, etc... Por consecuencia, decían, no puede durar largo tiempo. Se sostendrá semanas, puede ser que meses, y perecerá por sí mismo. Pero han transcurrido ya más de dos años, pronto hará tres, y el bolchevismo subsiste. Subsiste, aunque el hambre, el frío y las epidemias causan estragos. ¿No es entonces el buen sentido el que dirige a los hombres? Y nuestro poeta, que se afligía porque el Zar no hubiera sido definitivamente arrojado de la cabeza de los rusos, ¿engañábase también?

Pero, se dirá: los rusos pueden acostumbrarse a la miseria, a lo arbitrario, a todo lo que se quiera. En Rusia son los hombres jóvenes y no muy inteligentes quienes ven con exactitud. En Europa es distinto.

¿En verdad es distinto? A mi vez, no me arriesgaré a profetizar. Vivimos ahora en una época en que no es ni siquiera posible razonar teniendo sólo por guía el buen sentido. Yo no puedo justificar el bolchevismo ruso. He dicho ya, y estoy presto a repetirlo aún, que el bolchevismo ha traicionado y perdido a la revolución rusa, y sin darse cuenta ha hecho el juego a la más grosera, a la más repugnante de las reacciones...

....

Los zares estaban todavía sólidamente asentados en sus tronos; pero en un instante, por un golpe de varita mágica, fueron arrojados de la cabeza de los hombres. Sé que explicaciones de esta clase no están muy de moda en la hora actual, que la filosofía

bíblica de la historia no dice gran cosa al espíritu moderno. Así, no insistiré mucho acerca del valor científico de la explicación que propongo... Que no se la acepte, si se quiere, sino como símbolo. Pero este símbolo en nada cambia el asunto. Ante nosotros hay un hecho incontestable, esto es: que en 1914 los hombres perdieron la razón. Puede ser que el Señor, encolerizado, *confundiese las lenguas;* puede ser que tuviera causas *naturales;* pero, de una manera o de otra, los hombres, los hombres cultivados del siglo XX, han atraído sobre ellos, sin ningún motivo, calamidades inauditas. Los monarcas han matado la monarquía; los demócratas han matado la democracia. En Rusia, socialistas y revolucionarios matan, han casi matado ya, el socialismo y la revolución. ¿Qué sucederá más tarde? ¿Ha cesado el período de ceguera? ¿El enfurecido Señor ha dejado de maleficiar a los hombres? ¿O bien tendremos que vivir aún mucho tiempo en la desavenencia recíproca y continuar la espantosa obra de autodestrucción?

Cuando yo estaba en Rusia no cesaba de hacerme estas preguntas, y no sabía contestarme. En Rusia ni siquiera veíamos los periódicos extranjeros; en cuanto a los rusos, fuera de los rumores y noticias sensacionales, de ninguna manera confirmados y de ningún modo fundados, nada contenían. Pero nuestra impresión general era la de que Europa llegaría por fin a vencer su situación difícil, y que de ella posiblemente saldría con ventaja, para honor suyo. En otros términos: me parecía que en Rusia el Señor había logrado, como en los lejanos tiempos de la Biblia, *confundir las lenguas* y llevar a los hombres al completo estado de salvajismo; mientras que en Europa los hombres habíanse detenido a tiempo, habían reflexionado y, chasqueando al Señor, habían vuelto a ponerse a construir la Torre. O, para expresarme no por símbolos, sino con palabras sencillas y claras: que todos los sueños de los rusos, verdaderamente rusos, de hacer saltar a Europa, se estrellarían contra sus tradiciones, su firmeza sana y sólida, política, económica y social.

¿Tenía yo razón?

Después de mi corta estancia en Occidente, no estoy suficientemente orientado para asentar mi juicio. Pero la cuestión está planteada, me parece, como es preciso plantearla. Paréceme

cierto que el bolchevismo, que los socialistas rusos consideran como su propia obra, es la obra de las fuerzas hostiles a todas las ideas de progreso y organización social. El bolchevismo ha comenzado por la destrucción, y es incapaz de ninguna otra cosa que no sea la destrucción. Si Lénine y aquellos de sus camaradas cuya conciencia y cuyo desinterés están fuera de toda sospecha, fuesen lo bastante clarividentes para comprender que se han convertido en juguete entre las manos de la historia, que con los brazos de ellos mismos realiza planes directamente contrarios no sólo al socialismo y al comunismo, sino a toda posibilidad, por muchas decenas de años, de mejorar de alguna manera la situación de las clases oprimidas, maldecirían el día en que el destino burlón les dió el poder de gobernar a Rusia. Y, bien entendido, comprenderían también que su sueño de hacer saltar a Europa—si en algún tiempo debían realizarlo—significaría no el triunfo, sino la ruina del socialismo, y conduciría a los más grandes desastres a los pueblos agotados por el sufrimiento.

Pero, evidentemente no es dado a Lénine ver eso. El destino sabe admirablemente disimular sus intenciones a quienes no tienen por qué conocerlas. Ha engañado a los monarcas, a las clases dirigentes de Europa, a los socialistas rusos que nada conocen de los asuntos gubernativos. ¿Está en los destinos de Occidente el ser víctima de sus ilusiones y sufrir la suerte de Rusia, o bien el destino se ha saciado ya de los males humanos?

Sólo el porvenir puede responder a esta pregunta; y puede ser que un porvenir no muy lejano...

L. CHESTOFF.
(Trad. Carlos de Velasco.)

BIBLIOGRAFIA (*)

Florencio Villanova y Pío Rosado. 1854-1880. Notas históricas rápidas. Por Emilio Bacardí Moreau. Correspondiente de las Academias de la Historia y de la Nacional de Artes y Letras. La Habana. Imprenta «El Siglo XX». Teniente Rey 27. 1920. 8º, 164 p.

A las muchas obras que ha escrito este buen ciudadano para honrar a su pueblo, hay que agregar ahora este homenaje a dos cubanos heroicos, sencillos, de talento y de patriotismo, que ofrendaron su vida en plena juventud ante el altar de la Patria. Pío Rosado y Florencio Villanova, desde su bulliciosa adolescencia, se distinguieron por su rebeldía contra los dominadores de Cuba· En la revolución de 1868 cumplieron con su deber, que les mandaba luchar por la libertad de su tierra. Murieron en aquella década en que tantos próceres perdieron la existencia. Uno y otro realizaron hazañas dignas de su nombre y de su amor a Cuba. De su vida, de sus actos, de su labor, es una detallada reseña este libro del insigne hombre público que no siente desmayos ante las realidades tristes del presente y continúa su iniciado camino de propaganda y rememoración de las personalidades y los hechos de nuestra historia.

Biblioteca Latino-Americana. Dirigida por Hugo D. Barbagelata. Rodó y sus críticos... [París, 1920]. 8º, 352 p.

Prueba de que cada día es mayor el culto que se tiene por la personalidad de Rodó, es el libro que acaba de publicar la Biblioteca Latino-Americana que dirige en París el escritor uruguayo Hugo D. Barbagelata.

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

Toda la gran labor del maestro está aquí estudiada, al través de temperamentos distintos y de muy diversas concepciones de escritores de diferentes latitudes. Desde las entusiastas loas de Barbagelata, Pérez Petit, María Eugenia Vaz Ferreira, F. García Calderón, Ricardo Rojas, Gómez Restrepo, Pedro Prado, Alfonso Reyes, hasta las comprensivas de Jesús Castellanos, Max Henríquez Ureña, Gonzalo Zaldumbide, y las serenas de Juan Valera, *Clarín,* Unamuno, Darío, Francis de Miomandre, Camilo Le Senne y Cristóbal de Castro.

Cada país latino ha dado su contribución a este libro, por conducto de alguno de sus escritores caracterizados. Es la mejor ofrenda que se puede hacer a la memoria del que llegó a director espiritual de todo un grupo de naciones hermanas y fué apóstol del ideal hermoso de la Magna Patria. "Patria es para los hispanoamericanos la América española", dijo él siempre. Las fronteras convencionales nada significan ante la comunidad del origen, del idioma, de la tradición, de las costumbres, de las instituciones, de los intereses, de los destinos históricos, y la contigüidad geográfica. Y ahora todos sus discípulos y admiradores del continente, los que fueron para él objeto de predilección o de atención reflexiva, se encuentran en este volumen de homenaje al pensador, que es como un compendio de mucho de lo bueno escrito en América acerca del autor de *Ariel,* y en que además se inserta lo mejor que se ha dicho en Francia y en España del artista y del literato.

Luis G. Costi. POR EL IDIOMA ESPAÑOL. Carta exposición, y artículos de contrarréplica al Comité de la Fundación Travers-Borgstroem, en la Universidad de Berna. Prólogo por el doctor Servando Pérez de Villa-Amil. Cienfuegos (Cuba) 1919. Talleres tipográficos de "La Correspondencia". 8º, 200 p.

En su labor justificada de desfacer el entuerto que a la lengua española se hizo por el Comité de la Fundación Travers-Borgstroem, el señor Costi ha publicado un bien documentado libro en que defiende los derechos de nuestro idioma a figurar en el concurso internacional, encargado a la Universidad de Berna, relativo a la nacionalización del crédito. Pide el fundador que los trabajos sean presentados únicamente en francés, inglés, alemán o italiano. Los ochenta millones de individuos que hablan español no tienen importancia para el Sr. Travers-Borgstroem y para el comité de personalidades que adjudicará los premios, quienes, por no saber nuestra rica habla, la excluyeron del certamen. El Sr. Costi replica victoriosamente al Comité de la Fundación, y aunque nada ha logrado, quiere seguir su propaganda para que en próximas ocasiones se tenga en cuenta la importancia de una lengua hablada en más de veinte pueblos, por muchos millones de personas

y en una extensión fabulosa de tierras destinadas a ser dueñas del porvenir.

NYDIA Y FIDEL. Novela cubana. Por Simeón Poveda Ferrer. 1920. Imp. "La Prueba". Obrapía 99. Habana. 8º, 276 p.

Este volumen tiene interés para los que amen el pasado de Cuba, y especialmente de la región oriental, y para los que se preocupen por los problemas étnicos en nuestra Patria. Nydia y Fidel, que para amarse habían tenido que resignarse a vivir lejos del terruño, encuentran en París la tranquilidad y la dicha que merecen por su bondad y por su amor. El Sr. Poveda sitúa a los protagonistas, la linda muchacha blanca y el joven de piel bronceada, en la que se nota la influencia de razas oscuras, en otra época apegada a los prejuicios y engreída con la pureza de la sangre. Lo que entonces fué conflicto hoy no pasaría de pequeño incidente motivo de murmuraciones aldeanas. Aprovecha el Sr. Poveda su obra para describir múltiples aspectos de la vida de Santiago de Cuba en los tiempos de Nydia y de Fidel.

Noelle Roger. MÉDICO DE NIÑOS. Notas de la doctora Francisca. Traducción del Dr. Gonzalo Aróstegui... Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1920. 4º, 76 p.

El marco: una clínica de niños en donde la doctora Francisca, sacerdotisa del deber, consagra todo su cariño maternal y su ciencia a un grupo de pequeños anormales; el drama: un gran amor sacrificado, una pasión de esas que sólo pueden sentir los espíritus excelsos. La doctora, después de algunos años de continua dedicación al cuidado de sus infantiles enfermos, encuentra al Amor. Miguelito, Odeta y las demás criaturas son ya episodios insignificantes de su vida. Todo es para ella aquel Andrés joven, abnegado, solícito, que sabe comprender tan bien porque había sufrido mucho. Y son desechados ese ideal, esa ilusión: la servidora de la ciencia advierte que ya es muy tarde para trocar su existir monótono y altruista por el disfrute de un sentimiento tan exclusivo como el amor. Seguirá atendiendo a sus desgraciados enfermitos.

La autora ha puesto en estas páginas sencillas una fuerte emoción, una realidad tan exacta, que el lector sufre con el dolor de los protagonistas. Y el doctor Aróstegui ha sabido traducir correctamente la novela, en un castellano flúido y terso, como habrán podido juzgarlo los lectores de CUBA CONTEMPORÁNEA, donde apareció primero.

Gustavo Sánchez Galarraga. EL ARTE TEATRAL EN CUBA. Conferencia. Leída por su autor, en el Ateneo de la Habana, el 9 de Enero de 1916. La Habana. 1918. 4º, 22 p.

Tenemos autores, actores, teatros, empresarios, pero nos falta el ambiente propicio para el afianzamiento del arte teatral en Cuba. "Para que la existencia del teatro cubano sea un hecho positivo y cierto, una institución que viva no con vida artificial y falsa, de planta en invernáculo, sostenida por una pensión gubernamental, sino con vida lozana y próspera, ha de reformarse el medio social, refinándose, intelectualizándose y espiritualizándose." Tal es el programa que fija Sánchez Galarraga a la sociedad cubana y a los mantenedores del ideal de fomentar un teatro nuestro.

Triunfarán los abnegados paladines del Teatro Cubano. Fracasarán una y otra vez más, pero la victoria ha de ser el premio. Tienen la perseverancia y el talento de los Dres. Cuevas Zequeira, Salvador Salazar, de Ramón S. Varona, de Sánchez Galarraga y de tantos como han laborado por el brillo del arte nacional.

PARNASO CUBANO. Selectas composiciones poéticas coleccionadas por Adrián del Valle. Con un prólogo del mismo... Casa editorial Maucci... Calle de Mallorca, 166. Barcelona. 1920. 8º, 288 p.

Es una segunda edición del libro que esa misma casa editora publicó en 1906. Casi recién terminada la guerra entre España y Cuba, estaban los cubanos haciendo sus primeros ensayos de gobierno bajo su propia bandera, y no debía resultar mal negocio la recopilación de algunas poesías de autores de esta Isla para lanzarlas a la voracidad lectora con el título atrayente de *Parnaso cubano.* El Sr· Adrián del Valle hizo una incompleta colección, que ahora ha procurado aumentar. Y es lástima que no haya incluído composiciones definitivas de algunos de nuestros poetas y que haya olvidado a muchos bardos de la presente generación, que pueden figurar entre los mejores de Cuba. Sería tarea enojosa, por lo larga, la cita de omisiones, pero no puedo dejar de hacer notar la falta del poema *Martí,* de Agustín Acosta, maravillosa poesía, y la exclusión de María Villar Buceta.

Miguel de Cervantes Saavedra. NOVELAS EJEMPLARES. El casamiento engañoso. El coloquio de los perros. El licenciado Vidriera. "Cultura". México. Tomo XII-N 1. 1920. 8º, 184 p.

La obra cultural de don Miguel Obregón. [Luis Felipe González. San José de Costa Rica. 1919]. 4º, 48 p.

Biblioteca del "Jadran". Los filibusteros de Fiume. Por Leptir... Buenos Aires. Edición de la Defensa Nacional Yugoslava. Centro Atlántico Sur. 1919. 4º, 32 p.

Guerra del Paraguay. La conspiración contra S. E. el Presidente de la República Mariscal Don Francisco Solano López. Por el Dr. A. Rebaudi. Buenos Aires. Imprenta "Constancia". Tucumán 1736. 1917. 162 p.

Enrique Gay Calbó.

La Habana, septiembre, 1920.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

COMPAÑIA DE SEGUROS "CUBA"

(A PRIMA FIJA)

CAPITAL: $1.200,000
DEPOSITO: $ 200,000

EDIFICIO DEL BANCO NACIONAL DE CUBA

DEPARTAMENTO NUM. 316, LA HABANA
CENTRO PRIVADO: TELEFONOS A-0439, A-0440, A-1055

Accidentes del Trabajo, Vida e Incendio

Primas Módicas. Despacho Rápido.

La probada solvencia de esta Compañía es garantía para patronos y obreros.

Presidente: *José López Rodríguez*; Vicepresidente: *Agustín García Osuna;* Letrado Consultor: *Lcdo. Vidal Morales;* Consejeros: *Regino Truffin, José M. Tarafa, Saturnino Parajón;* Director General: *Julián Linares;* Subdirector General: *Manuel I. Calvet;* Médico Director: *Dr. Julio Ortiz Cano;* Secretario: *Ramón G. Osuna;* Tesorero: *César Azpeitia;* Inspector General: *Dr. José M. de Larrazabal.*

LA SOCIEDAD

OBISPO, 65,

es la única concesionaria en Cuba de la famosa muselina lavable

TROPICAL

Tela ideal para TRAJES de Verano.

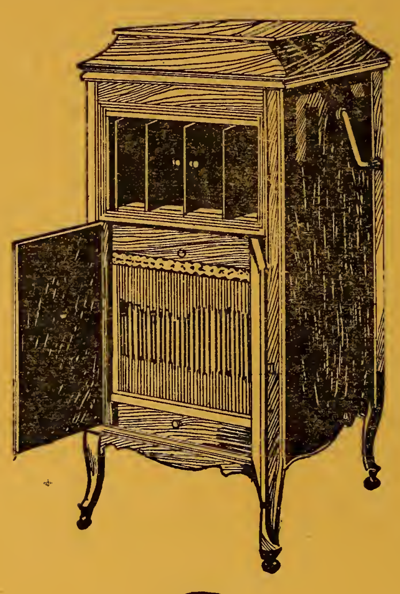
HAGA ECONOMIAS



CAJA DE AHORROS
DEL
BANCO INTERNACIONAL DE CUBA

CENTRAL:
MERCADERES Y TENIENTE REY
SUCURSALES EN TODA LA NACION






Columbia
Columbia
Records
Grafonola

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:

CARLOS DE VELASCO

AÑO VIII

TOMO XXIV. DICIEMBRE, 1920 NUM. 96.

SUMARIO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
O'REILLY, 11.
LA HABANA
CUBA

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la oficina de Correos de La Habana.

Cuba Contemporánea

REVSTA MENSUAL

Fundada el 1º de enero de 1913.

Premiada con Medalla de Oro en la Exposición Internacional de San Francisco, 1915.

FUNDADORES:

Cárlos de Velasco (Director).

Julio Villoldo (Administrador).

Mario Guiral Moreno. Max. Henríquez Ureña.

José S. de Sola. († el 6 febrero 1916). Ricardo Sarabasa.

Leopoldo F. de Sola.

Dirección y Administración: O'Reilly, 11. Deptos. 208-10.

TELEFONO M-2724

Jefe del Departamento de Propaganda y Anuncios: Eliseo Bertrán.— *O'Reilly, 11, Departamentos 208-10, La Habana.*

CONDICIONES

Cuba Contemporánea ve la luz pública el día 1º de cada mes, en números de 96 a 136 páginas. Al año forma tres magníficos tomos de más de 350 páginas cada uno.

Esta revista cuenta con la colaboración de renombrados escritores de Cuba y del resto de América, en todos los órdenes. La responsabilidad de las opiniones emitidas en los trabajos aquí publicados será siempre de los firmantes de los mismos.

Ningún original será devuelto; y para dar cuenta de los libros recién publicados es menester que se reciban dos ejemplares.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION (FRANQUEO INCLUIDO):

En Cuba, el año: $ 4.00 oro cubano o de los EE. UU.
En el extranjero: $ 5.00 oro de los EE. UU.
Número corriente, $ 0.40, y atrasado $0.50 en igual moneda.
Cada colección de años anteriores: $8.00 en Cuba y $10.00 en el extranjero.

De venta en las principales librerías.

ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES

Toda la correspondencia y el canje, al Director: calle de O'Reilly, 11.— O Apartado 1909.—La Habana, Cuba.

Imp. "El Siglo XX" de la Soc. Edit. Cuba Contemporánea, Teniente Rey, 27. La Habana.

A LOS LECTORES

Según avisamos en nuestro número de junio de este año, a causa del alza incesante de los jornales, del costo increíble del papel y de otras diversas circunstancias que nos impiden mantener los precios de subscripción establecidos desde 1913, advertimos de nuevo a nuestros favorecedores que desde el año 1921 la subscripción a CUBA CONTEMPORÁNEA cuesta *cinco pesos anuales* en nuestro país, Estados Unidos y México, y *seis pesos* en los demás países extranjeros pertenecientes a la Unión Postal Universal.

A quienes deseen seguir sosteniendo con sus cuotas esta publicación en 1921, les rogamos se sirvan remitir por correo certificado el importe de sus abonos *(cinco pesos* en Cuba, Estados Unidos y México, y *seis pesos* para los demás países), al Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA, apartado 1909, o al Depto. 208 de la casa calle de O'Reilly núm. 11, La Habana.



Cuba Contemporánea

AÑO VIII

Tomo XXIV. La Habana, diciembre 1920. Núm. 96

EL PROBLEMA DE LA EDUCACION NACIONAL (*)



L solo enunciado del título que ha de encabezar esta conferencia, sugiere inmediatamente una interrogación: ¿Tenemos en Cuba un problema de educación nacional?

La verdad es que, no solamente en Cuba, sino en todos los países civilizados del mundo, los sistemas de educación han estado en constante crisis durante todo el transcurso del siglo XIX y los años ya sucedidos del presente.

La inestabilidad de las ideas, característica de la época contemporánea, la rápida transformación de las instituciones sociales y políticas y el enorme desarrollo económico y científico que en los últimos cien años ha presenciado el mundo, han mantenido a los estadistas y a los pedagogos de cada país en preocupación incesante para organizar las instituciones docentes en adecuada adaptación a las necesidades crecientes de cada sociedad civilizada.

En Cuba, las mismas causas han actuado con más o menos energía, pero las circunstancias especiales de su desarrollo histórico han tendido siempre a desviar los impulsos de su conciencia colectiva hacia problemas de otra índole; durante la segunda mitad del siglo XIX, la tensión de sus fuerzas sociales estuvo orientada siempre en torno del grave problema político que conturbaba

(*) Conferencia pronunciada en el teatro Terry, de Cienfuegos, en la noche del 17 de agosto de 1920.

su vida; en los años transcurridos del siglo XX, después que el país cubano alcanzó, con su independencia política, la responsabilidad de su propia administración, ha sido demasiado absorbente el trabajo agitado y profundo de reestratificación social, que no ha terminado todavía de cumplirse entre los elementos de su población nativa, al quedar ésta, toda revuelta, en el mismo plano de indigencia económica, cuando terminaron las contiendas armadas encaminadas a conquistar la vida independiente.

De modo que, sin la influencia de la nación norteamericana, que durante su intervención reorganizó todas nuestras instituciones pedagógicas, lo probable es que ellas se encontraran en un estado de desarrollo estructural en extremo rudimentario, quizás no mucho más adelantado que el que llegaron a tener durante la administración española.

Ya entonces nuestra organización docente ofrecía, en sus líneas generales, una disposición semejante a la que después le fué dada por el gobierno de los Estados Unidos durante su intervención.

Constaba, en primer término, de un sistema de escuelas elementales destinadas a cumplir el propósito de la educación popular; después, los mismos seis Institutos Provinciales que ahora tenemos, y la Universidad.

La administración norteamericana amplió el número de las escuelas primarias, hasta alcanzar el número suficiente para que en ellas encontraran cabida todos los niños cubanos, hasta los domiciliados en los lugares más remotos y alejados de todo centro de población; transformó el sistema de administración escolar, democratizándolo, y modificó los planes de estudios, según las más adelantadas inspiraciones pedagógicas.

Del mismo modo, modificó así la organización como el espíritu de la enseñanza en los centros secundarios, haciendo penetrar en ellos las simientes vivificadoras del pensamiento científico contemporáneo.

Pero, en cuanto este mecanismo escolar fué puesto en nuestras manos, al igual que todas las demás instituciones públicas, en mayo de 1902, todo aquel vivo impulso de progreso quedó paralizado, y no había transcurrido mucho tiempo cuando ya era notorio un acentuado proceso de desorganización y decadencia.

Este reconocimiento ha de ser por necesidad en extremo doloroso para nuestro amor propio nacional, pero si aspiramos a que surja en nuestra conciencia colectiva la representación de nuestros grandes males públicos, con suficiente energía para movernos a procurar sin dilaciones su remedio, necesario es que nos saturemos de sinceridad y nos dispongamos a separar, como en la parábola bíblica, el grano de la paja, sin consentir que nuestra vista sea turbada por espejismos o ilusiones de ninguna clase.

Lo cierto es que toda nuestra enseñanza ha decaído, que no cumple con la eficacia debida la misión social que le está encomendada, y que cada día, aunque todavía en movimientos esporádicos tan sólo, la opinión pública advierte diversos aspectos de nuestra vida colectiva en desequilibrio con las exigencias del nivel de civilización que aspiramos a mantener en nuestro país y con las condiciones de la situación internacional en que nuestra posición histórica y geográfica nos tiene colocados; desequilibrios que tan sólo pueden desaparecer logrando que la acción educativa que sobre la población cubana están llamadas a ejercer nuestras instituciones escolares, alcance su máxima eficacia por la disposición adecuada en todos los detalles de su organización y por la acertada dirección de todo su funcionamiento.

Por diversos medios, por la prensa unas veces, en discursos y conferencias otras, se han dirigido censuras a las instituciones públicas de enseñanza, achacando a los defectos de su acción diversas anomalías de carácter social que se manifiestan entre nosotros; y aunque por lo general tales censuras y observaciones han adolecido de una gran desorientación, lo sensible es que no hayan sido más frecuentes y enérgicas, lo bastante por lo menos para haber promovido un gran movimiento de opinión que hubiera obligado ya a los poderes del Estado a poner su atención en asunto de tanta trascendencia.

Tomando de estas observaciones aquellas que parecen más fundadas y cuya existencia puede atribuirse, siquiera sea con relativa exactitud, a la defectuosa influencia de la educación que la juventud recibe en los centros públicos de enseñanza, pueden formularse las siguientes:

1ª—La escasa instrucción y la defectuosa educación de nuestras clases populares.

2ª—Nuestra deficiente aptitud colectiva para la actividad económica.

3ª—Las frecuentes perturbaciones políticas que hemos sufrido en nuestro régimen de vida independiente.

4ª—La evidente depresión de los sentimientos patrióticos en porciones muy considerables de nuestra población.

En rigor, lo que haya de cierto en la primera observación es tan sólo lo que puede corresponder a la deficiente acción de nuestro sistema de enseñanza primaria.

Y, precisamente, cada vez que algún observador ha expresado su pensamiento acerca de nuestros males públicos, por una inexcusable precipitación de juicio ha incurrido en el error de achacarlos todos a esta causa.

En los veinte años que nuestro actual sistema escolar ha funcionado, se ha logrado extirpar casi totalmente el analfabetismo en la población cubana, en la que al principio de esta era apenas llegaba a un 20 o 25% el número de personas que sabían leer y escribir.

La escuela pública cubana puede presentar en su haber, con satisfacción justificada, este notable resultado.

En cambio, forzoso es reconocer que su influencia, aparte de esta mencionada, en la elevación del nivel de cultura de la población, está siendo muy escasa.

La misma mayoría de los niños que concurren a las escuelas públicas sale de ellas sin haber aprendido otra cosa que a leer y escribir.

Nuestras propias estadísticas escolares nos han puesto en evidencia que más de un 80% de los alumnos de estas escuelas se encuentran en los dos primeros grados, durante los cuales la mayor cantidad del esfuerzo didáctico se emplea en vencer las dificultades de aquellas enseñanzas.

Es decir que, aproximadamente, de cada cien niños que concurren a las escuelas públicas, sólo doce o catorce alcanzan un grado superior al segundo y empieza, por consiguiente, a adquirir alguna elevación su nivel de cultura.

Por mucha que sea la benevolencia con que se juzgue este resultado, hay que reconocer su extremada exigüidad, y admitir,

en consecuencia, que nuestra escuela pública primaria no cumple adecuadamente su misión.

De su influencia educadora no pueden recogerse impresiones muy halagüeñas; aunque es muy difícil juzgar con verdadera exactitud acerca de asunto tan poco susceptible de ser apreciado con métodos de rigor científico.

Los hábitos populares no parecen muy modificados en los veinte años que lleva funcionando nuestro sistema escolar.

En mi opinión, los principales defectos de conducta, relacionados tan sólo con la vida individual, que se muestran al observador en nuestro pueblo, pueden ser reducidos a los siguientes:

(a): La imprevisión económica, demostrada en la propensión al derroche, característica de la población cubana, casi exenta de la preocupación del porvenir.

(b): La excesiva afición a los juegos de azar, sobre todo extendida en las clases de posición humilde.

(c): La propensión supersticiosa, especialmente entre la población femenina.

(d): La tosquedad y grosería del lenguaje, manifestada principalmente entre la juventud masculina.

Un estudio de la extensión y de los aspectos de estas lacras populares no cabe en este trabajo. Pero sí puede advertirse, sin que sea preciso demostrarlo, que la acción profiláctica conveniente para combatirlas tan sólo puede ser desarrollada por la escuela.

Y, en este punto, tampoco podemos sentir gran satisfacción. Ellas se mantienen adheridas al espíritu popular con persistencia inconmovible, aunque, en verdad, no pueda determinarse exactamente si su extensión permanece invariable en el núcleo social o si la acción de la escuela pública se va traduciendo en una reducción lenta de su alcance.

La acción de la escuela primaria, además, está contrarrestada por otra circunstancia importantísima.

Los niños de las clases pobres que a ellas concurren la abandonan a los catorce años o antes, es decir, en el inicio mismo de la adolescencia, época precisa en que los elementos psíquicos constitutivos de la personalidad humana se remueven profundamente, para renovarse casi siempre, estratificándose después hasta dejar constituída la organización peculiar que, así el carácter

como la disposición mental en su conjunto, adopta en cada individuo.

Y he aquí que en toda esta época de renovación psicológica, durante la cual las adquisiciones morales infantiles, si no son sostenidas y reforzadas convenientemente, desaparecen casi por completo, estos jóvenes diseminados por las calles o en los talleres a donde acuden en busca del aprendizaje de un oficio, están totalmente sustraídos a toda influencia educativa, o mejor dicho, están totalmente sometidos a influencias y ejemplos generalmente perniciosos y perturbadores.

En consecuencia, no puede hacerse estrictamente responsable a la escuela pública primaria de perturbaciones morales cuyo remedio no puede aplicar en la oportuniad debida.

Pero, de todos modos, no es posible desconocer que la influencia de nuestro sistema escolar, dedicado a la educación de las clases populares, es en extremo deficiente y que es preciso buscar las causas de esta deficiencia en los defectos de su organización, a fin de llegar a determinar, con algún acierto, los remedios convenientes.

De las demás circunstancias señaladas al principio: nuestra poca aptitud colectiva para la vida económica, las perturbaciones políticas que nos agitan frecuentemente y la depresión del sentimiento patriótico en núcleos considerables de la población cubana, no es posible hacer responsable a la escuela elemental.

La preparación para la actividad económica no es función que le compete; ella debe estar encomendada a escuelas especiales, profesionales, industriales, comerciales, y, en general, técnicas, de que nosotros carecemos casi por completo.

Y como las escuelas de este tipo se han extendido considerablemente en los últimos treinta años, en casi todos los países adelantados del mundo, nos encontramos ante el hecho de que muchos profesionales y artesanos extranjeros vienen todos los días a establecerse en Cuba y aquí se afianzan y prosperan, haciendo a sus colegas cubanos una competencia que casi siempre es desfavorable para éstos.

No hay envuelto en estas palabras el más leve sentimiento de hostilidad para estos hombres emprendedores que vienen a enriquecer con su presencia y su acción el caudal de nuestra ac-

tividad económica colectiva; hay en ellas solamente la expresión de la pena producida por el hecho mencionado y el deseo vehemente de que las instituciones escolares cubanas lleguen a adquirir la extensión y la eficiencia convenientes para que los profesionales, artesanos y obreros preparados en ellas no tengan nada que envidiar a sus colegas de los pueblos más adelantados y puedan afrontar, en todos los casos, sin temor a consecuencias desfavorables, las más rudas competencias.

Nuestras perturbaciones políticas no son producidas por la iniciativa de las clases populares; de ellas son responsables sus directores políticos, personas casi siempre de relativa ilustración, educadas en otros centros de enseñanza, a los que hay que achacar la indigencia moral que aquéllas demuestran en su ciega conducta.

La educación de las clases directoras de la población cubana no es obra de la escuela pública; ninguna familia pudiente envía sus hijos a ella; en la niñez, son confiados a las escuelas privadas, casi todas en manos de corporaciones religiosas; y en la adolescencia ingresan en los centros superiores de enseñanza: las mismas escuelas privadas en muchos casos, los Institutos de Segunda Enseñanza y, al fin, la Universidad.

A estos centros es a quienes hay que pedir cuenta de los defectos que en su educación presentan estas clases, para buscar en ellos los errores de organización o las deficiencias de funcionamiento que puedan haberlos producido.

Queda por considerar la última de la circunstancias mencionadas: la depresión del patriotismo en grandes núcleos de la población cubana.

En verdad que desearía sinceramente hallarme equivocado en esta apreciación, dada su enorme gravedad, pues para pocos pueblos del mundo es tan necesario mantener vivos y ardientes los sentimientos patrióticos como para el nuestro.

En las condiciones históricas por que atraviesan las sociedades civilizadas en el instante actual, el proceso de la formación y consolidación política de las nacionalidades no está cumplido todavía.

Quizás se encuentra ya en la proximidad del porvenir el instante en que los grandes estados logren suprimir las causas que

los mantienen en antagonismo vigilante y suspicaz, y la evolución futura de todos los grupos humanos se deslice en lo sucesivo bajo las normas de una completa armonía y de la voluntaria cooperación.

Pero, en la actualidad, todavía cada gran estado político tiene que confiar a la fuerza la garantía de su estabilidad independiente; y los pequeños estados, como el nuestro, a la permanencia del equilibrio internacional e interno bajo cuyas condiciones surgieron a la vida.

Para los cubanos estas condiciones pueden sintetizarse en dos fundamentales: la paz interior y la honradez administrativa, precisamente aquellas que han sido más repetidamente quebrantadas en los diez y ocho años que llevamos de vida independiente.

De modo que, en la actualidad, tan sólo por una prodigiosa concurrencia de circunstancias favorables ha podido mantenerse nuestro *status* político, aun cuando hayamos llegado, como en verdad hemos llegado, a momentos críticos improrrogables, en los cuales tan sólo la poderosa voz de un previsor patriotismo puede sobreponerse a las irreflexivas impulsiones de los enconos encendidos y de las concupiscencias irrefrenadas que han estado tantas veces a punto de precipitarnos en el abismo de la esclavitud política, del que tantos esfuerzos costó a la población cubana salir, y en el que parece que estamos empeñados en caer de nuevo, aun a sabiendas de que ésta pudiera ser una caída definitivamente irremediable.

Quisiera equivocarme, repito, y que esta apreciación mía se encontrara fundada tan sólo en un estado pesimista de mi ánimo y no en condiciones objetivas de evidente realidad.

Pero, por desgracia, es probable que no suceda así y que el fenómeno a que hago referencia tenga un fundamento real, exterior y no en una mera impresión de carácter subjetivo.

Por lo menos, yo encuentro tres manifestaciones sociales que constituyen otros tantos indicios de evidencia, que llevan al ánimo la triste presunción de que el patriotismo de los cubanos hace tiempo que se encuentra atravesando, y atraviesa en estos instantes, por un trance de profunda depresión.

Estas tres manifestaciones a que hago referencia son las siguientes:

1ª—El retraimiento electoral y la indiferencia política.

2ª—La venta, en gran escala, de tierras y grandes empresas industriales, a los extranjeros.

3ª—Las solicitaciones de supervisión extranjera hechas por entidades cubanas en diversas ocasiones.

Responsables de estos hechos son los elementos directores de la política cubana, o las clases ricas, poseyentes, de la población, por acción indirecta en el primero y bien directamente en los dos últimos.

Ellos son los que han matado la fe del pueblo en la acción electoral, con sus inmundas combinaciones y sus mistificaciones descaradas.

Ellos son los que han provocado, con su despreocupación de los más vitales problemas del país, el divorcio que ha llegado a establecerse entre las clases populares y el Estado.

Ellos son quienes han hecho perder a la mayoría de la población cubana la confianza en los poderes nacionales, con los escandalosos ejemplos de perfidia política y de corrupción administrativa que han ofrecido cuando se han hallado en el poder, por el que han pasado ya las dos grandes agrupaciones políticas que entre nosotros existen.

En cuanto a las solicitaciones de supervisión extranjera, la más vergonzosa declaración de incapacidad que los cubanos podíamos ofrecer al mundo, han partido siempre de las más altas esferas políticas o gubernamentales.

En realidad, lo que ostensiblemente se muestra es que la depresión patriótica de que estoy haciendo mención se ha manifestado originalmente en los elementos directores de la política en nuestro país, aun cuando de allí haya partido el contagio hasta invadir el ánimo del pueblo, irritado y decepcionado por los ejemplos disolventes de aquéllos.

De modo que los aspectos más graves de nuestra crisis nacional dimanan del mal comportamiento de las clases pseudoilustradas y dirigentes, cuya educación es obra de los centros superiores de enseñanza: las escuelas privadas, los Institutos Provinciales y la Univercidad.

Así, pues, al deplorar nuestros males sociales y al tratar de buscar el remedio en una reforma de la educación pública, no solamente deben ser tenidos en cuenta los defectos del sistema

de escuelas primarias, sino los de los grandes centros de cultura donde se educan o deben educarse las clases ilustradas de la sociedad.

La opinión pública debe conocerlos todos y reaccionar contra todos, a fin de que las reformas que se emprendan, si al cabo nuestra conciencia nacional se siente conmovida, sean verdaderamente eficaces, y que sea atacado el mal en sus manantiales mismos, sin detenerse ante la resistencia que intenten ofrecer los intereses personales creados y los privilegios establecidos, cuyos disfrutadores es posible que juzguen de mayor importancia el mantenimiento y la seguridad de sus particulares conveniencias, que el mismo porvenir de la República.

*

Nuestro actual sistema de instrucción primaria fué organizado durante la primera intervención (ocupación) norteamericana.

En su origen, su estructura estuvo integrada por los siguientes organismos:

La Secretaría de Instrucción Pública.

La Junta de Superintendentes.

El Comisionado de Escuelas.

Las Juntas de Educación.

Los Maestros.

En su conjunto, esta organización era tan buena como podía serlo entonces organización alguna, de tal modo que resultaba superior a la de los mismos Estados Unidos.

En este país cada Estado tiene la dirección y administración de sus organismos escolares, sin un centro nacional encargado de la coordinación y unificación de la acción didáctica de todas las escuelas.

Esta función quedaba encomendada en Cuba a las tres primeras entidades: La Secretaría de Instrucción Pública, la Junta de Superintendentes y el Comisionado de Escuelas.

La Secretaría de Instrucción Pública debía constituir el centro superior bajo cuya supervisión debían quedar no tan sólo el sistema de instrucción primaria, sino todas las instituciones de carácter superior.

El Comisionado de Escuelas debía ser como el delegado del

gobierno para dirigir las actividades administrativas de todas las dependencias de la instrucción primaria (Juntas de Educación, escuelas públicas, maestros, etc.)

La Junta de Superintendentes constituía una corporación facultativa, encargada de la dirección técnica de las escuelas. Estaba formada por un Superintendente General, Presidente de la Junta, y seis Superintendentes, uno por cada provincia.

La Junta debía celebrar, por lo menos, dos sesiones al año, para decidir, en ellas, acerca de los métodos y planes de enseñanza y escoger los libros de texto que debían ser usados en las escuelas.

Cada superintendente, en su provincia, debía ser a la vez el jefe técnico y administrativo de las escuelas.

Las Juntas de Educación fueron desde un principio corporaciones elegidas por el sufragio popular, con la misión de dirigir y administrar las escuelas de cada municipio y elegir los maestros para ellas.

El cuerpo de maestros fué casi totalmente improvisado; más de tres mil escuelas fueron creadas en aquella época, a cuyo frente hubo que colocar provisionalmente a toda persona que, demostrando la posesión de alguna cultura, solicitó ser empleada con dicho objeto.

Pero inmediatamente se adoptaron las medidas necesarias para regular el ejercicio de la profesión del magisterio y para mejorar las condiciones profesionales de los maestros.

Al efecto se establecieron los exámenes anuales, a los que tuvieron que someterse todos los maestros nombrados y los que aspiraron a serlo en lo sucesivo, por un sistema de renovación de certificados, en virtud del cual cada maestro debía sufrir nuevos exámenes en períodos determinados de tiempo, sin que nunca pudiera considerarse en posesión de un certificado definitivo, y exento, por lo tanto, de la necesidad de estudiar.

Además, se organizaron las Escuelas Normales de Verano, a las cuales todos debían concurrir durante las vacaciones, para presenciar las clases prácticas y escuchar las lecciones que les eran ofrecidas por profesores acreditados, nombrados por el Secretario de Instrucción Pública.

En 1902 fué creada la Escuela Normal de Kindergarten; en

1909, el cuerpo de Inspectores Escolares, y en 1915 las Escuelas Normales, destinadas a preparar los maestros de enseñanza común.

Todo aquel mecanismo, excelente en su conjunto, dadas las circunstancias, fué puesto en manos de la administración cubana en mayo de 1902.

Desde un principio empezaron a notarse ciertos defectos en su organización o en la interpretación de sus funciones por nuestra idiosincrasia peculiar.

Pero, cosa sorprendente, lejos de aplicarse nuestros organismos públicos, y sobre todo el Ejecutivo Nacional, a remediar estos defectos y a corregir errores de interpretación a fin de ir encauzando la acción de las nuevas instituciones hasta lograr que cumplieran su misión de educar a las nuevas generaciones cubanas tan eficazmente como fuera posible y era necesario, parecieron empeñados en desarticular sus engranajes y en manejarlos de la peor manera.

Por penoso que sea reconocerlo, lo cierto es que desde entonces, en vez de perfeccionarse el sistema, todo él ha decaído en nuestras manos, de modo que, en la actualidad, aun contando con la influencia de las instituciones creadas posteriormente, su acción educadora no ha continuado desenvolviéndose con la eficacia brillante que caracterizó sus comienzos.

La Secretaría de Instrucción Pública es tan sólo un centro burocrático y escasamente administrativo; en algunas ocasiones se ha convertido en un centro político de intensa actividad. Pero el hálito de las grandes inspiraciones pedagógicas nunca ha caldeado su recinto.

Los Secretarios de este Departamento han sido por lo general personas de gran honorabilidad y de cierto barniz exterior de prestigio político o académico; pero ignorantes casi siempre de los problemas administrativos y didácticos de la enseñanza.

Esta circunstancia los ha colocado constantemente en manos de consejeros irresponsables, a quienes se han visto en la precisión de consultar hasta las más pequeñas cuestiones antes de resolverlas, y quienes les han aconsejado con el acierto que su capacidad o su rectitud moral les ha permitido, precipitándolos más de una vez en decisiones arbitrarias o absurdas, en consonancia con la exigua comprensión de su mentalidad oficinesca,

o la pasión o el interés que ha logrado ganarlos en cada circunstancia.

Desde un principio el cargo de Comisionado de Escuelas dejó de cubrirse, y a los pocos meses de hallarse funcionando la administración cubana fué suprimido el cargo de Superintendente General, refundiéndose las atribuciones de estos funcionarios en el Secretario de Instrucción Pública.

Los Secretarios que sucesivamente han cruzado por el Departamento han encontrado muy halagadora para su amor propio, y muy propicia para su ambición, la situación creada por el primer gobierno, y ninguno ha tenido el desinterés suficiente para desprenderse de las atribuciones que ilegal y dañinamente pesan sobre ellos, y a las que no pueden dar ajustado desempeño por carecer de la actividad y de la preparación técnica indispensable para ello.

Aquellos cargos, absolutamente necesarios para el acertado desenvolvimiento de las instituciones escolares, dejaron de existir desde entonces, pero la eficacia pedagógica de la enseñanza sufrió las consecuencias y miles de niños cubanos han pagado con las deficiencias de su educación, resultado de los desaciertos administrativos y de la desorientación pedagógica del Departamento de Instrucción Pública, la satisfacción egoísta (y quizás alguna vez resultados más positivos) de los señores Secretarios, ávidos de autoridad, al verse árbitros absolutos en todos los problemas administrativos o didácticos planteados en su Departamento: nombramientos de personal, compra de materiales, aprobación de textos, y otros no menos fecundos en halagos para la vanidad o en otras consecuencias de mayor sustancia.

Por efecto de la falta de estos funcionarios, la actividad de los mismos Superintendentes Provinciales, que debiera ser predominantemente técnica, fué degenerando también hasta el extremo de que han llegado a convertirse en simples agentes administrativos, sin más función definida que la de tramitar o informar la correspondencia y los expedientes de cualquier clase entre la Secretaría del ramo y las Juntas de Educación y los maestros.

Por su parte, las Juntas de Educación tampoco han interpretado debidamente la función para la cual fueron creadas.

El pensamiento del Gobierno Interventor fué el de colocar en

manos del pueblo mismo el manejo de sus escuelas y el nombramiento de sus maestros, a fin de estimularlo a interesarse por las cuestiones de la enseñanza, preocupándose por el magno problema de la educación de sus hijos.

Por desgracia estas responsabilidades caían sobre una población que poseía un concepto imperfecto y confuso de los asuntos de esta índole; población que no había sido a su vez educada, no comprendía bien la significación de la enseñanza, ni por su valor individual ni por su trascendencia colectiva.

Los miembros para formar estas Juntas eran designados por los partidos políticos y, al ocupar sus cargos, generalmente se creyeron obligados a servir los intereses circunstanciales de sus agrupaciones respectivas, y éstas a su vez entendieron que tales entidades eran, ante todo, posiciones conquistadas que debían cooperar a los restantes propósitos político-electorales que ellas formulaban en el seno de sus asambleas.

En seguida que aquellos organismos tuvieron en sus manos la facultad de nombrar a los maestros, empezaron a usarla para encumbrar a los afiliados al partido que en ellos predominaba y para perseguir a aquellos otros de filiación contraria.

Según la ley, el nombramiento de los maestros se hacía solamente por un año, al finalizar el cual las Juntas quedaban en libertad para volverlos a nombrar o para nombrar a otros.

Es claro que la ley pretendía asegurar a estas corporaciones la libertad de desprenderse de aquellos maestros que durante el año transcurrido hubieran evidenciado su incapacidad para la enseñanza; pero he aquí que muchas utilizaban esta atribución para premiar a sus favorecidos y para decretar la cesantía de aquellos que no llegaban a prestarse a servir de instrumentos políticos tan dóciles como ellas deseaban, y no faltaban casos en que móviles más indignos todavía determinaron aquellas resoluciones.

Así presenció el país el espectáculo desconcertador de aquellos grupos de maestros, errantes al final de cada curso, solicitando de Junta en Junta el ser contratados para el año siguiente, como jornaleros vacantes por la terminación de una zafra, hasta encontrar, por la afinidad política o por la sumisión de sus escrúpulos, alguna

colocación estable que les permitiera dedicarse con tranquilidad de ánimo al ejercicio de su profesión.

Esta situación provocó tantas protestas, que al fin fué remediada por el Congreso en la Ley de 18 de julio de 1909, en la que se aseguró la estabilidad de los maestros después de dos años de ejercicio con resultado favorable, mediante el trámite de la ratificación.

Por esta misma Ley se organizó el cuerpo de inspectores escolares, cuya necesidad había sido ya señalada insistentemente por la opinión ilustrada del país.

La acción de estos inspectores ha sido juzgada muy desfavorablemente en diversos casos, hasta por personas de muy alta autoridad pedagógica.

Cierto es que, en un principio, el nombramiento de los primeros fué hecho a base, casi exclusivamente, de recomendaciones políticas; y durante mucho tiempo ellos fueron considerados y frecuentemente empleados por las mismas autoridades superiores, como simples agentes políticos al servicio de la situación dominante.

Sin embargo, la disposición legal que los obligaba al estudio de algunas asignaturas en la Escuela de Pedagogía de la Universidad, empezó a encaminar su pensamiento hacia los aspectos científicos de la enseñanza, cuya existencia ni siquiera sospechaban muchos de ellos, transformando poco a poco su comprensión pedagógica y su misma actitud en frente de los problemas escolares.

En definitiva, mi opinión personal es que su influencia ha sido más bien beneficiosa para la enseñanza, y si conjuntamente con su actuación se ha podido observar un movimiento de precipitación en el proceso de decadencia que desde mucho antes se había iniciado en nuestros organismos escolares, ello ha sido debido a un fenómeno casual de aparición simultánea de las verdaderas causas que han determinado aquel proceso de postración.

Porque la organización del cuerpo de inspectores coincidió con el comienzo de la época más desastrosa por que han atravesado las instituciones pedagógicas cubanas.

Durante aquella administración el Departamento de Instruc-

ción Pública se convirtió en uno de los más activos e influyentes centros políticos del país.

Todos sus empleados técnicos y administrativos, maestros, inspectores y empleados de las oficinas, se vieron lanzados por el ejemplo perturbador y el estímulo directo de los jefes superiores, en la vorágine política. Se recargaron las nóminas del Departamento con empleados inútiles, no adscritos a ninguna función determinada; multitud de maestros fueron sacados de sus aulas y dedicados a comisiones imaginarias, sin otra misión real que la de cooperar a los planes políticos de sus jefes; lejos de crearse todas las aulas que el crecimiento de la población demanda cada año, se cerraron muchas para cubrir con su dotación los gastos originados por las anteriores medidas; no se distribuyó apenas material escolar a los maestros; no se compraron pupitres, ni libros útiles, y casi toda la actividad de los empleados de las oficinas era aplicada en redactar artículos encomiásticos para el Jefe del Departamento, a fin de encubrir los clamores de aquella parte de la opinión directamente informada del desastre a que eran llevadas por tales rumbos nuestras instituciones escolares.

La Junta de Superintendentes se vió envuelta también en aquella corriente de desmoralización; se aprobaron y compraron en aquella época multitud de libros inútiles para los niños, en tanto que las escuelas carecían de aquellos más estrictamente necesarios.

Los exámenes de maestros alcanzaron también un grado de corrupción inconcebible; multitud de personas casi analfabetas fueron provistas de certificados; los maestros habilitados en aquellos exámenes se colocaron todos después; algunos progresaron aplicándose al estudio; pero otros nunca han llegado a comprender el verdadero sentido de su misión, que han interpretado en su significación estrictamente burocrática, entendiendo que las mismas influencias políticas que les sirvieron para ser habilitados y colocarse, les servirán para mantenerse siempre en los puestos adquiridos. Y, para que toda posibilidad de regeneración quedara desvanecida, las Escuelas Normales de Verano habían sido suprimidas poco antes, sin ser sustituídas con ninguna otra medida encaminada a elevar el nivel cultural y profesional de los maestros.

Los escándalos producidos en torno de aquellos exámenes y la evidencia de los grandes daños que debía sufrir la enseñanza con la habilitación inconveniente de tantas personas desprovistas de toda capacidad y vocación para el ejercicio de la enseñanza, llegaron a impresionar vivamente la opinión pública, hasta que, al fin, el Congreso, en 1915, se decidió a poner radical remedio a semejante situación con la creación de las primeras Escuelas Normales.

Más tarde, el mismo Congreso, cuya acción incoherente produce verdadero asombro, aprobó otra ley equiparando los sueldos de todos los maestros y, asimismo, los de todos los inspectores, medida que, por circunstancias especiales, pudo ser considerada necesaria en un momento dado, pero cuyo mantenimiento ha sido grandemente dañino, matando en los maestros todo estímulo y desterrando de su pensamiento toda preocupación de progreso profesional.

Y como si esto no fuera suficiente, en otra ley posterior cambió las condiciones para el nombramiento de los Inspectores Escolares, suprimiendo aquella que exigía cinco años de ejercicio en el magisterio público en los aspirantes a estos cargos, con lo que se han dado casos de estar desempeñando plazas de Inspectores personas que nunca habían ejercido en una escuela pública.

Todas estas circunstancias eran más que suficientes para haber llevado al último grado de postración y descrédito a nuestras instituciones escolares; y, en verdad, si esto no ha sucedido así totalmente, se debe a la acción abnegada y sostenida de muchos maestros e inspectores que han sabido sobreponerse a tantas influencias desmoralizadoras como los han solicitado hacia el decaimiento y la inacción, manteniendo viva en su pensamiento la fe en su misión educadora y firme en su ánimo la decisión de trabajar sin tregua por la elevación intelectual y moral de la niñez cubana.

La urgencia de sacar nuestra enseñanza primaria de tal estado de postración debe ser evidente para todas las personas en quienes no se haya apagado por completo la preocupación del porvenir.

En mi opinión, las medidas indispensables que es preciso disponer para lograr este resultado, deben ser, por lo menos, las siguientes:

Restablecer los cargos de Superintendente General y Comisionado de Escuelas.

Adscribir a este último la sección de Instrucción Primaria que actualmente existe en la Secretaría de Instrucción Pública, de modo que su jefe despache siempre con el Comisionado.

Crear en la misma Secretaría una Sección Técnica de Instrucción Primaria, cuyo jefe despache con el Superintendente General.

Quitar a los Superintendentes Provinciales el trabajo administrativo que sobre ellos pesa, de modo que todos los asuntos de esta clase sean tramitados directamente entre el Comisionado y las Juntas de Educación, a fin de que aquellos funcionarios puedan dedicar su actividad entera a la dirección pedagógica de los inspectores y maestros de su provincia, de modo que ellos sean los verdaderos jefes técnicos y directamente responsables ante el Superintendente General de la marcha de la enseñanza en sus demarcaciones respectivas.

Prohibir a los Superintendentes y a los Inspectores (por razón de la autoridad que ejercen sobre el personal subalterno) tomar parte activa en la política, circunscribiendo esta prohibición a la realización de actos públicos, como tomar participación en los mítines de propaganda, formar parte de comités o asambleas, aceptar delegaciones, etc.

Desligar la elección de los miembros de las Juntas de Educación del resto de la actividad política, separando las fechas de las elecciones y exigiendo, para la presentación de los candidatos, la organización circunstancial de núcleos de ciudadanos, aparte de las asambleas de los partidos.

Restablecer, con organización adecuada, las antiguas Escuelas Normales de Verano, y organizar durante el curso, de manera prudencial, reuniones periódicas de los maestros en las que se les ofrezcan conferencias y clases prácticas que contribuyan a mejorar su condición profesional.

Reformar la ley que fija los sueldos, estableciendo escalas, no por distritos como las establecidas antiguamente, sino por antigüedad y por méritos en la labor, de modo que en cualquier distrito y en cualquiera escuela pueda llegar un maestro a ganar

el sueldo máximo señalado por la ley. También deben diferenciarse, con criterio parecido, los sueldos de los inspectores.

Restablecer la antigua condición que exigía cinco años de ejercicio en las escuelas públicas a las personas que sean nombradas para ejercer la inspección de ellas en cualquiera de sus formas. Además, exigir el título de Doctor en Pedagogía para desempeñar dicho cargo, concediendo a los inspectores actuales, que no lo posean, un tiempo prudencial para adquirirlo.

Y, por último (por mucho que esta aspiración parezca de muy difícil cumplimiento), que los ciudadanos que en lo futuro sean elevados por la designación popular a la Presidencia de la República, tengan en cuenta que la dirección superior de la enseñanza pública requiere, en quien la tenga a su cargo, además de la honorabilidad indispensable, de la cultura general y de la adhesión a la situación política dominante—circunstancias únicas que hasta ahora han sido tenidas en cuenta para la designación de los Secretarios de Instrucción Pública—, un profundo conocimiento de las instituciones docentes cubanas, con todas sus peculiaridades, completo dominio de todos los problemas generales y técnicos de la enseñanza y, sobre todo, un espíritu caldeado por elevados y fecundos ideales nacionales y pedagógicos.

*

Nuestras instituciones de enseñanza secundaria son muy reducidas en número; en conjunto tenemos las siguientes:

Una Escuela de Artes y Oficios en La Habana.

Las Granjas Agrícolas.

La Escuela del Hogar situada en La Habana.

La Escuela Normal de Kindergarten.

Las Escuelas Normales para maestros de enseñanza común.

Los Institutos Provinciales de segunda enseñanza.

La Escuela de Artes y Oficios, las Granjas Agrícolas y la Escuela del Hogar, constituyen el tipo de la red de instituciones similares que, convenientemente modificadas y diversificadas debieran extenderse por todo el país, ofreciendo la oportunidad de ampliar la instrucción primaria y de adquirir una profesión a toda la juventud cubana que no ingrese en las demás instituciones de carácter secundario.

No tenemos organizada todavía la escuela intermedia, de carácter vocacional, ni escuelas profesionales, industriales y técnicas, del tipo de la de Artes y Oficios, la del Hogar y la Escuela de Comercio adscrita al Instituto de La Habana, en suficiente número y con el carácter evidentemente práctico que deben tener estas instituciones para ofrecer alicientes adecuados a la juventud.

Antes de la guerra europea, en Alemania, después de extender las escuelas de esta índole por todo el país, fué promulgada una ley haciendo obligatoria la enseñanza hasta la edad de diez y ocho años.

Poco después de empezada la guerra, Inglaterra y Francia se apresuraron a imitar este ejemplo, con el propósito de prolongar la influencia de las instituciones docentes nacionales sobre toda la población adolescente, en tanto se aprovechan estos años para adiestrar a los jóvenes en la práctica de una profesión o de un oficio manual que les evite la necesidad del aprendizaje en los talleres y en las fábricas.

En los Estados Unidos no se ha impuesto la obligación legal por innecesaria, pues la juventud de este país se muestra constantemente ávida de utilizar todas las oportunidades puestas a su alcance para ampliar su cultura y adquirir una aptitud profesional.

Este problema debe ser abordado decididamente por nuestros poderes públicos, disponiendo la extensión de escuelas del tipo de las mencionadas, aumentando las secciones de las Escuelas de Artes y Oficios a fin de ofrecer preparación para todas las actividades económicas propias de nuestro medio social, introduciendo en las Granjas Agrícolas que, dicho sea de pasada, deben depender del Departamento de Instrucción Pública, el estudio práctico de nuestras industrias rurales existentes y posibles y convirtiendo las Escuelas del Hogar que se crearan, en Escuelas de Artes y Oficios para la mujer.

Ciertamente que el cumplimiento de estos propósitos exigiría gastos muy crecidos y un aumento considerable del presupuesto de Instrucción Pública; pero el Estado Cubano no debe vacilar ante este obstáculo, en tanto tenga a su disposición el caudal fabuloso de nuestra riqueza pública y las enormes y fabulosas

fortunas privadas que en Cuba existen, las cuales, en la actualidad, están casi exentas de tributación.

La Escuela Normal de Kindergarten requiere una reforma radical en la disposición de sus planes de estudios, en los métodos usados en ella y en la designación del profesorado.

Los estudios de esta Escuela duran dos años, tiempo a todas luces insuficiente para que una persona pueda prepararse para la profesión de la enseñanza.

Los estudios que allí se realizan son en extremo incompletos y han de efectuarse necesariamente, dada la brevedad del tiempo, de manera precipitada y con arreglo a métodos inconvenientes.

A su profesorado, como al de todas las Escuelas de carácter secundario, de las mencionadas anteriormente, también debe exigírsele alguna cultura universitaria, pudiendo concederse a los profesores actuales un plazo prudencial y oportunidad adecuada para adquirirla.

Las Escuelas Normales para maestros de enseñanza común, creadas recientemente, poseen, por esto mismo, una organización más adecuada.

No obstante, en el tiempo en que han funcionado se han advertido inconvenientes en su disposición que es preciso corregir, a fin de que puedan cumplir su cometido con la eficacia debida.

Por dos veces, en cinco años, sus profesores han obtenido del Congreso leyes modificadoras de la disposición primitiva; pero en ambas, el Poder Ejecutivo, mal aconsejado, ha impedido la promulgación de la ley, consintiendo, por escrúpulos relativos a pequeños detalles, que males mayores permanezcan con daño evidente de la enseñanza.

Pero, de todos los centros de carácter secundario, aquellos que adolecen de más graves defectos son los Institutos de Segunda Enseñanza.

En diversas ocasiones se han producido clamores en la opinión pública con motivo de la desorganización y la indisciplina que reinan en estos centros docentes.

Entre los estudiantes es costumbre establecida el trasladarse de unas provincias a otras, buscando, en cada caso, la mayor lenidad de los tribunales de examen.

Motivo de fundadas censuras ha sido también, en más de una ocasión, el sistema establecido para examinar a los alumnos de las escuelas privadas, en virtud del cual los profesores del Instituto se trasladan al local de dichas escuelas, recibiendo en cambio una gratificación de los directores de las mismas.

El plan de enseñanza de nuestros Institutos es bastante adecuado, pero sus profesores carecen, por lo general, de experiencia pedagógica para desenvolverlo.

En torno de este plan se han promovido algunas veces discusiones en las que algunos profesores han indicado la conveniencia de modificarlo, sustituyéndolo por otro semejante al de las antiguas escuelas bifurcadas de Francia, esto es, separando los estudios del bachillerato en dos ciclos diferentes: los de estudios de Leyes y los de Ciencias, de modo que cada alumno pueda seguir uno u otro nada más, según su propósito sea estudiar después una carrera de carácter literario o científico.

Pero esta reforma no está justificada por ninguna conveniencia demostrada.

En la actualidad existen cuatro tipos fundamentales de escuelas secundarias, de enseñanza preuniversitaria:

Las escuelas libres de Inglaterra.

Las escuelas paralelas de Alemania.

La escuela cíclica de Francia, resultado de la modificación de la antigua escuela bifurcada.

Y la escuela única de los Estados Unidos, España y casi todas las repúblicas de América.

Los sistemas de Inglaterra y Alemania obedecen a un desenvolvimiento histórico especial y no son fácilmente adaptables a otros países.

En Inglaterra, las escuelas secundarias, que son instituciones de carácter privado, preparan a los jóvenes independientemente del propósito de ingresar en las Universidades; aquellos que quieren realizar este propósito, deben rendir el examen a que estas instituciones someten a los que aspiran a ingresar en ellas. No existe, como entre nosotros, el título o diploma que por sí mismo capacita para el ingreso en la Universidad, sin demostrar ante ella que se posee la capacidad precisa.

Las escuelas paralelas de Alemania obedecen a las oscilaciones

que la opinión pública ha sufrido durante el siglo pasado entre la instrucción clásico-literaria y la científica.

Existen allí tres tipos principales de escuelas secundarias: Los *Gimnasium,* donde predominan los antiguos estudios clásicos; fueron las primeras escuelas secundarias, preparatorias para el ingreso en la Universidad. Las *Realschulen,* escuelas secundarias de carácter general, donde predomina el estudio de las ciencias y de los idiomas modernos, cuyo estudio no basta para el ingreso en la Universidad. Y las *Realgimnasium,* que representan una fusión de los principios en que se inspiran las anteriores y cuyos estudios son válidos para el ingreso en la Universidad.

Hasta hace algún tiempo prevaleció en Francia el tipo de la escuela bifurcada; es decir, como dos bachilleratos diferentes: el de Letras y el de Ciencias, los cuales habilitaban tan sólo para el ingreso en las Facultades universitarias de carácter similar. De tantas críticas fué objeto este sistema, que al fin fué modificado en 1891, estableciéndose un solo título de bachiller, válido para ingresar en cualquiera facultad universitaria, pero organizando los estudios de tal modo que cada alumno puede dar preferencia a estudios especiales de letras o de ciencias, sin desatender ninguno de los dos aspectos, según sean sus propósitos para el futuro.

El tipo de escuela única es el que se halla establecido en nuestros institutos: todos los jóvenes deben realizar idénticos estudios, entre los que están representadas, en proporciones debidas, las materias científicas y las literarias. Supera nuestro sistema al español, del que se deriva, en la supresión del latín, reforma llevada a cabo en 1900 por el Dr. E. J. Varona, y en la introducción de otras asignaturas de carácter científico y práctico, como la Agricultura y la Instrucción Cívica.

Este tipo de enseñanza es el que en la actualidad se considera más conveniente. La instrucción secundaria debe ser general, a no ser que ella tenga ya un propósito profesional definido.

En la edad en que los jóvenes comienzan a recibirla no pueden tener su vocación precisada, y es bueno que realicen una variedad de estudios a fin de que ella reciba estímulos adecuados para despertarse, aplazando hasta una edad de mayor discernimiento la elección definitiva de la carrera que ha de seguir.

No es, pues, en este aspecto por donde hay que buscar los inconvenientes de nuestras instituciones de enseñanzas secundarias.

Ellos están, por un lado, en su desorganización interior, que provoca a su vez la indescriptible indisciplina en que sus alumnos viven; y, por otro, en la falta de preparación pedagógica de sus profesores, que condena a la esterilidad sus mejores esfuerzos.

La desorganización interior de los Institutos se debe, en primer término, a la aglomeración de los alumnos. Nuestra población escolar crece todos los años considerablemente y la organización de estos centros apenas ha variado desde 1900; se ha creado en cada uno algunas plazas de Auxiliares, para dividir las clases, pero en número insuficiente para lograr una distribución adecuada.

Un profesor no debe tener a su cargo más allá de 30 o 35 alumnos, si se desea que pueda trabajar debidamente; en casi todos los Institutos hay profesores que tienen a su cargo 80, 100 o más alumnos.

Pero, la causa principal de donde dimanan casi todos los males de la enseñanza secundaria se encuentra en la falta de preparación pedagógica de los profesores, que desconocen, por esto, las peculiaridades psíquicas de sus alumnos, la metodología de las materias que deben enseñar y la técnica de la organización.

Por esto su enseñanza tiene que ser en extremo defectuosa, y así es, generalmente, demasiado verbalista y casi siempre desproporcionada, puesto que sus profesores, excelentes especialistas en sus materias, tienden a desenvolver en sus explicaciones, en proporción exagerada, el contenido de sus asignaturas, sin tener en cuenta la relativa capacidad mental de sus alumnos. Inconveniente que se une a la ineficacia educativa de estos centros, cuya influencia es, cuando no dañina en lugar de beneficiosa, por lo menos nula por completo a causa de la desorganización y de la indisciplina que caracterizan su régimen interior.

Las reformas necesarias para remediar estos males, me parecen las más urgentes en la enseñanza secundaria.

No tan sólo es preciso dividir las clases, hasta donde sea necesario, para evitar que los profesores tengan a su cargo excesivo número de alumnos, sino que el crecimiento del país ya reclama la creación, así de Institutos como de las demás instituciones

mencionadas anteriormente, en diversas poblaciones diferentes de las capitales de provincia, que por su población ofrezcan fundamento suficiente.

Y, por sobre todas las cosas, es preciso reformar los planes de estudio de las Escuelas pertenecientes a la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad, que son las destinadas a la prepaación del pofesorado secundario, a fin de que en todas realicen los futuros profesores aquellos estudios pedagógicos que son indispensables para ejercer con éxito la profesión de la enseñanza.

Como este aspecto de la cuestión se relaciona con los problemas propios de la enseñanza universitaria, al hablar de ella habré de tratarlo con mayor extensión.

*

En un análisis de aquellos factores que influyen en nuestra educación pública y en los que es preciso vincular los varios aspectos de las anormalidades y los desequilibrios de nuestra vida colectiva, no es posible dejar de incluir las escuelas privadas, instituciones en las cuales se educa la mayor parte de la juventud cubana, que continúa después los estudios universitarios y viene a formar por esto la clase ilustrada y, en consecuencia, dirigente del país.

Hace algunos años el Dr. Ismael Clark, Inspector entonces de Instrucción Primaria, quien, por virtud de su cargo, debía ejercer la inspección de las escuelas privadas, publicó una serie de artículos denunciando ante el país la acción nociva de estos centros docentes en la educación de la juventud cubana.

Estos artículos, que conmovieron con mucha fuerza la opinión, determinaron la intervención de una agrupación existente entonces con el nombre de Fundación Luz Caballero, la cual, en una de sus sesiones celebrada en la casa del Dr. Enrique J. Varona, designó una comisión formada por los señores Ismael Clark, Eusebio A. Hernández, Salvador Salazar, Carlos de Velasco y Arturo Montori, encargada de estudiar todo lo concerniente al peligro nacional señalado por el Dr. Ismael Clark e informar acerca de su verdadero alcance y de las medidas que fuera preciso adoptar para conjurarlo.

Esta comisión, después de varias reuniones, acordó encomen-

darme la redacción de una ponencia donde quedaran expresadas las opiniones sostenidas por los señores comisionados y las conclusiones por ellos adoptadas.

Esta ponencia fué redactada, presentada a Fundación Luz Caballero, discutida en varias sesiones y aprobada.

El país tuvo oportunidad de conocer entonces el asunto tratado con toda su amplitud, pues la mencionada ponencia fué publicada en el número correspondiente al mes de julio de 1917 de la revista CUBA CONTEMPORÁNEA y además editada en folleto aparte que circuló profusamente.

En el análisis que hizo el Dr. Clark de las deficiencias y de los inconvenientes más generalizados en estas escuelas, señaló como los más graves los siguientes:

1º: Descuido de las condiciones higiénicas.

2º: Desorientación pedagógica.

3º: Educación antipatriótica o indiferente al sentimiento nacional.

De las dos primeras circunstancias no es posible hacer cargos definitivos contra una institución de carácter privado, en tanto los establecimientos públicos de enseñanza las presenten también, a veces con gravedad mayor.

No obstante, la vigilancia del Estado debe tender a evitar que estos defectos alcancen proporciones extremadas, como ocurre en la realidad en muchas de estas escuelas, sobre todo en aquellas de condición más pobre, las conocidas vulgarmente con el nombre de *escuelitas,* donde las condiciones higiénicas son verdaderamente abominables y la ignorancia de los maestros rayana en el analfabetismo.

Pero el gran peligro de la influencia ejercida por estos establecimientos se encuentra en la tercera de las circunstancias señaladas, la que se refiere a la educación antipatriótica.

Acerca de este asunto decía el Dr. Clark entonces:

En la escuela privada, en general, pero especialmente en las religiosas, no se le habla al niño de la Patria, de Cuba; no se le dice el lugar que en su tierra ocupa, ni cuál es su misión relativamente a esa tierra. Nunca se le dice de un papel que le corresponde aceptar en el procomún nacional; no se le instruye en la cívica aplicada a su país; no se le muestra ningún símbolo de nuestra soberanía, acostum-

brándolo a las manifestaciones externas de respeto y adhesión a la bandera nacional; no se le muestran los hechos y ejemplos de nuestros patricios, ni se le exponen los de nuestra historia, la que enseña y demuestra a grandes y chicos—si se enseña bien, para darle valor educacional moral—lo que ayer procuró la patria, por comparación lo que hoy tiene, y por deducción lo que mañana hay que conseguir. Se usan textos impresos en el extranjero, en los que las materias expuestas no están tratadas en correspondencia a la verdad científica ni respondiendo a un plan pedagógico, o en los que se omite a Cuba, cuando no se la calumnia.

Y, comentando estos hechos, escribía el autor de la ponencia:

La sociedad cubana no puede tolerar con indiferencia esta indigna labor de zapa que, en sus entrañas mismas, están realizando gentes extrañas, a las que ingenuamente abrió los brazos.

El *antinacionalismo* pedagógico debe ser perseguido sin contemplaciones de ningún género; un solo hecho, bien comprobado, semejante a los relatados por el Dr. Clark, debe ser suficiente para clausurar el establecimiento donde haya tenido lugar y para la inhabilitación perpetua, para la enseñanza, del profesor que lo haya realizado.

A las demás escuelas que, por descuido o por malicia, omiten en sus prácticas y enseñanzas todo lo que se refiere a Cuba, a su condición de pueblo independiente y a los derechos y deberes cívicos de sus ciudadanos, debe hacérseles abandonar esta actitud, igualmente dañina, obligándolos a cooperar a la educación patriótica que debe recibir toda la niñez cubana.

En conclusión, el ponente sostenía entonces que:

El Estado cubano debe intervenir resueltamente para poner término a tan desastrosos procesos de perturbación que en la sociedad por él representada se están desarrollando.

La condición democrática y republicana de nuestras instituciones no puede ser invocada para realizar a su amparo una obra disolvente, que atenta a los fundamentos mismos de nuestra sociedad, envenenando el ánimo de la niñez cubana.

Esta misma opinión, decidida por la fiscalización de la enseñanza privada por el Estado, ya fué sostenida en época muy anterior a la actual por el ilustre escritor cubano José A. Saco, cuando escribía:

La educación de la juventud es un ministerio muy delicado, y un maestro puede ser: O un bienhechor de la humanidad o un azote de

ella. Un maestro puede faltar a su deber, o descuidando la instrucción de sus alumnos o infundiéndoles ideas perniciosas. De estos males, el primero es menos grave, pues se reduce a que ellos pierdan el tiempo y se queden ignorantes; pero el segundo es de una trascendencia mucho más funesta a la sociedad.

....

Cuida la autoridad de que el alimento material de los hombres no comprometa su salud; ¿y se dejará enteramente abandonado a los cálculos del interés y al capricho de las ideas y pasiones, el alimento intelectual y moral que es infinitamente superior y de más trascendencia que el primero?

Aquella agitación de la opinión pública, que se mantuvo por espacio de más de dos años, en favor de la reglamentación de las escuelas privadas, no tuvo ninguna consecuencia de carácter legal, aunque quizás la acción disolvente de aquellos planteles de enseñanza, puesta en evidencia ante el país, haya sido en parte contenida, si no por el reconocimiento de la mala obra realizada, por el temor de las consecuencias.

De todos modos la necesidad social de la intervención del Estado permanece la misma, y una reforma que pretendiera atacar en su conjunto todos los males de nuestra enseñanza nacional, no podría prescindir de esta condición.

Tanto más urgente de cumplir cuanto que con toda evidencia aparece, ante el pensamiento de toda persona reflexiva, que aquella disolución del sentimiento patriótico señalada al principio, y de que son estrictamente responsables las clases ilustradas y políticamente directoras del país, tiene su principal origen en la educación perniciosa que estas clases han recibido en las instituciones privadas, que educaron su juventud en la indiferencia patriótica, cuando no depositaron en ella, subrepticiamente, un disimulado sentimiento de menosprecio hacia las necesidades de nuestra nacionalidad.

*

Y hemos de considerar ahora el valor pedagógico del más alto centro cultural del país, aquel de donde deben dimanar las principales corrientes científicas y éticas destinadas a orientar la vida espiritual de la Nación y cuya influencia en la dirección intelectual, política y moral de la sociedad debe ser preponderante: la Universidad.

Para encaminar este aspecto del problema, de acuerdo con la importancia excepcional que entraña, es preciso fijar de antemano los fines o aspiraciones que en una sociedad debe cumplir la enseñanza universitaria, a fin de comprobar si ellos son satisfechos por la nuestra con la eficacia debida.

En mi opinión, condensando, cuanto me parece posible, los fines que debe perseguir la enseñanza universitaria y prescindiendo de cuantas aspiraciones puedan estimarse secundarias, juzgo como primordiales y de todo punto imprescindibles, las siguientes:

(a): Un fin profesional o instructivo. Mediante la preparación de la juventud para el desempeño de aquellas profesiones cuyo ejercicio exige la posesión de una alta cultura.

(b): Un fin educativo. Cooperando con las demás instituciones docentes por las cuales han cruzado los jóvenes que en la Universidad ingresan, a su desenvolvimiento físico y mental en el más amplio sentido de esta expresión; al desenvolvimiento físico, por medio de un sistema adecuado de ejercicios, juegos y deportes, que no deben estar abandonados al azar o a la elección desordenada de los alumnos, sino sistemáticamente dirigidos por profesores debidamente capacitados; al desenvolvimiento intelectual, por la acertada organización de los estudios, no tan sólo desde el punto de vista de la preparación profesional, sino atendiendo también a las leyes del desarrollo de la inteligencia; y al desarrollo del carácter y a la disciplina de la voluntad por la buena organización interior de toda la vida universitaria, en la que todos los actos deben estar inspirados en elevados ideales y ofrecer modelos de orden y motivos de ejercitación disciplinaria que vayan encauzando el natural desorden tumultuoso de los impulsos juveniles y el carácter se vaya modelando y fortaleciendo, de modo que, al terminar sus carreras, los jóvenes se encuentren no tan sólo en posesión de un título, sino de un desarrollo orgánico e intelectual completo, de hábitos canalizadores de su conducta firmemente arraigados y de un carácter modelado por la inspiración de altos ejemplos y de propósitos siempre nobles y fecundos.

(c): Un fin de cultura social. Toda Universidad debe ser un centro de condensación, acrecentamiento y difusión de todo el caudal de cultura que la humanidad ha logrado atesorar en el transcurso de su existencia.

De condensación, porque cada uno de sus profesores debe esforzarse por alcanzar la posesión de toda la cultura que en las materias de su especialidad han desarrollado sus predecesores. De acrecentamiento, porque todo profesor universitario debe ser un trabajador, un investigador, que ya en las bibliotecas, ya en los laboratorios o en la naturaleza misma, se esfuerce constantemente por ensanchar los horizontes científicos de aquella rama de los conocimientos humanos a cuyo estudio se ha consagrado. De difusión, que debe ser realizada primeramente en sus alumnos, según los puntos de vista expresados en los párrafos anteriores, y después en el resto de la población por medio de obras de propagación extrauniversitaria (conferencias, publicación de revistas, folletos, etc.).

De modo que la universidad venga a ser el más alto centro cultural de un país; el gran foco generador de donde partan las corrientes ideológicas que sirvan de orientación espiritual a cada generación, obra que debe realizar, ya por sí directamente, ya por medio de la juventud que en ella se ha formado, la cual, al salir a la vida social, debe ir preparada para constituir una especie de *élite* intelectual capaz de ejercer no tan sólo sus profesiones con toda eficiencia, sino también de cooperar con la universidad en esta obra de nutrir de inspiraciones e ideales a todo el resto de la sociedad.

(d): Un fin nacionalista o patriótico. De modo que en el espíritu de la juventud, que en su día ha de constituir la clase directora de la población, quede firmemente vinculado el amor a la nacionalidad y la decisión de unir todo el resto de su existencia a las vicisitudes presentes y futuras de su patria. Este fin ha de entenderse también en el sentido de que los problemas de carácter nacional deben encontrar acogida y ser objeto de estudio en la Universidad, pues cada uno de ellos de algún modo se relaciona con las disciplinas científicas que en ella se cultivan; puesto que todo problema surgido en una colectividad humana, ha de ser ya científico, ya literario, moral, económico, político, social, etc.

Ahora bien, ¿son cumplidos estos propósitos, de manera suficiente, por nuestra Universidad?

Según mi modo de ver, la Universidad de La Habana escasamente cumple, y esto de una manera bien deficiente, con el

primero de los fines expuestos. Todos los demás quedan desatendidos.

Los profesores universitarios han reducido siempre el campo de sus aspiraciones al cumplimiento del primer fin. En su entender, la Universidad no tiene otra misión que proveer a la sociedad de ciertas categorías de profesionales.

Si he dicho que aun este propósito está deficientemente cumplido, lo he dicho fundándome en tres circunstancias principales:

1ª: La escasa preparación con que los profesionales capacitados en nuestra Universidad se inician en el ejercicio de sus carreras; 2ª: La necesidad que sienten aquellos de espíritu más emprendedor y progresivo, de acudir a otras universidades extranjeras con objeto de completar en ellas sus estudios o sus prácticas científicas; 3ª: La facilidad con que entre nosotros se afianzan profesionales extranjeros, capacitados en otros centros universitarios, haciendo competencia, muy efectiva casi siempre, a los profesionales cubanos.

En mi entender, según lo que conozco de la vida universitaria, los jóvenes que se someten a su influencia, más bien que una acción favorable, sufren una acción dañina en su desenvolvimiento físico-mental.

La educación física no existe en la Universidad.

La educación intelectual no está tenida en cuenta, pues los planes de estudios están dispuestos atendiendo al punto de vista de la preparación profesional, con omisión completa de toda disposición inspirada en la necesidad de estimular el desenvolvimiento natural de la inteligencia, o siquiera de apoyarse en él.

La influencia moral de la vida universitaria es disolvente.

La indisciplina más completa regula las relaciones del estudiante con la cátedra, y no son pocos los casos en que el mismo principio regulador inspira las relaciones de la cátedra con el estudiante.

Cuando, en 1900, el Dr. E. J. Varona llevó a cabo la reorganización de los estudios universitarios, publicó un folleto titulado *Las reformas de la enseñanza superior,* en el que explicaba así el fundamento como el alcance de sus reformas.

Entre las causas que la hacían necesaria, explicaba las siguientes:

La disciplina escolar correspondía en un todo al medio ambiente. Los alumnos se concedían vacantes a su antojo; el año académico era de ocho meses, ellos lo hacían de siete, sin perjuicio de alargar a su guisa las vacaciones de Navidad y decretar cualesquiera otras fiestas. Catedráticos numerarios había que se hacían suplir todo el año por auxiliares, se estaban en sus casas y cobraban su sueldo íntegro. Según la frase corriente, allí se vivía en familia. Nuestra Universidad era la ideal abadía de Telemo.

Esto es lo que ocurría hace veinte años; si un observador quisiera describir fielmente la actual vida universitaria, no tan sólo se vería obligado a repetir esta descripción, sino que necesitaría, para ser verídico, enumerar algunas circunstancias nuevas, producidas por una especie de desenvolvimiento evolutivo de la indisciplina que ha tomado ya carta de naturaleza en nuestra Universidad y ha crecido en cuerpo y vida, como un verdadero organismo que se desarrolla y multiplica por la compenetración armónica entre su funcionalismo biológico y el medio ambiente en que vive.

Cosas parecidas pueden decirse en relación con el tercero de los fines mencionados. Tan sólo la Facultad de Letras y Ciencias atiende a aquel de sus aspectos que se refiere a la difusión de la cultura por medio de la publicación de una revista y de la organización de una serie de conferencias de extensión universitaria que dispone todos los años. Aun en esta forma de su actividad, es de advertir que dicha revista está casi exclusivamente nutrida con trabajos de tesis de los alumnos que se gradúan, y muy raramente con trabajos originales de los profesores.

Por lo demás, nuestra Universidad parece apartada de todo propósito de proyección social: No mantiene relaciones regularizadas de ninguna clase con sus ex alumnos. No se preocupa por difundir en la sociedad corrientes ideológicas, inspiraciones o ideales sobre los más apremiantes problemas humanos, apreciados según los puntos de vista de la ciencia y de la más alta cultura. No ha logrado crear en nuestra sociedad una *élite* directora, creadora y propulsora, que marche a la cabeza del movimiento literario, científico, político y social, después de veinte años de funcionamiento, contando sólo desde su reorganización y en el ambiente propicio y sediento de un pueblo que en aquellos mismos instantes se hacía dueño de sus destinos.

En cuanto al fin nacionalista, está igualmente desatendido, como todos los demás. Nada hace la Universidad por afianzar en el corazón de la juventud cubana el amor a la Nacionalidad, ni en sus estudios tienen la menor cabida nuestros problemas peculiares. Aquella influencia perniciosa de las escuelas privadas, señalada anteriormente, queda incólume en el corazón de la juventud en su paso por la Universidad, no por acción maliciosa, como en aquellos centros, pues de los sentimientos patrióticos personales de los profesores universitarios no es posible dudar, sino por despreocupación indiferente, y quizás por una interpretación errónea de los fines propios de la educación universitaria.

Para que consecuencias tan deplorables sean producidas, preciso es que causas muy poderosas actúen en el régimen interno del alto centro de enseñanza al que estas palabras se refieren.

A juicio mío, por lo que mi defectuosa experiencia en los problemas de la Universidad me sugiere, las principales causas que determinan esta pobreza de su acción pueden hallarse en las cuatro circunstancias siguientes:

1ª—La deficiente disposición de sus planes de estudio.

2ª—La desorientación pedagógica de su enseñanza.

3ª—La falta de preparación profesional en su profesorado.

4ª—La indisciplina interior.

(1ª): No conozco con la precisión debida, que sólo da la experiencia directa, los planes de estudios de todas las Escuelas de la Universidad para referirme a ellos. Sí conozco, con respecto de algunas de ellas, las tentativas que en diversas ocasiones han realizado para reformarlos, como ha sucedido recientemente con las de Medicina y Derecho, así como el hecho bien conocido de la apreciación poco favorable que de los estudios que se realizan en la Universidad de La Habana hacen algunas instituciones docentes extranjeras (1).

---

(1) Con fecha posterior a aquella en que esta conferencia fué pronunciada, se ha publicado en la *Revista de Instrucción Pública* un informe presentado al Sr. Secretario de este Departamento por el Dr. C. E. Finlay, sobre Universidades Americanas, el cual advierte que en la Universidad del Estado de New York, a los graduados en la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana se les acreditan tan sólo tres años de estudio cuando solicitan la incorporación de un título para poder ejercer la medicina en aquel Estado; y por lo tanto, para conseguir este propósito, deben estudiar dos años más en aquella institución. *(N. del A.)*

No he tenido relaciones docentes más que con las tres Escuelas de la Facultad de Letras y Ciencias de nuestra Universidad, y solamente a ellas puedo referirme con conocimiento directo de las circunstancias.

En mi opinión, las tres Escuelas de esta Facultad necesitan reformar sus planes de estudios.

Las Escuelas de Letras y Ciencias proveen de profesores a sí mismas, a los Institutos de Segunda Enseñanza y a las Escuelas Normales. Y en sus planes no aparece absolutamente ninguna materia de carácter pedagógico.

Así, los profesores que en ellas se forman van a desempeñar sus cátedras sin el debido conocimiento de los problemas relacionados con la psicología de los adolescentes, con la metodología de las materias que deben enseñar y con la organización y disciplina de sus alumnos.

La reforma más urgente que estas Escuelas necesitan es la de introducir en sus planes de estudios aquellas de carácter pedagógico más indispensables; por lo menos, en opinión mía, las contenidas en las siguientes asignaturas:

1.—Psicología general (en la de Ciencias).

2.—Psicología de la adolescencia.

3.—Metodología general y la especial de las materias a cuya enseñanza ha de dedicarse el futuro profesor.

4.—Higiene escolar.

5.—Historia de la Pedagogía.

6.—Organización escolar y en especial de las escuelas secundarias.

Creo que ambas Escuelas han redactado ya planes de reforma en que, además de tener en cuenta este aspecto pedagógico, aunque de manera insuficiente, según mis impresiones, han atendido también a la necesidad de modernizar el estudio de los asuntos que les son especiales.

Estos proyectos de reforma debieran ser puestos en práctica cuanto antes, pues en este punto mi opinión es que las Escuelas Universitarias deben poseer autonomía completa, sin más limitaciones que aquellas de carácter económico que puedan ser opuestas por la administración central de la Universidad o por el Estado.

Asimismo creo necesaria la reforma de los estudios que se llevan a cabo en la Escuela de Pedagogía, por los grandes progresos que las ciencias pedagógicas han realizado en los veinte años últimos, después que el plan de estudios de esta Escuela fué organizado y, sobre todo, atendiendo a que ella es una de las que proveen de profesores a las Escuelas Normales, instituciones de reciente creación en la República y cuyo principal inconveniente, aparte de lo dicho cuando de ellas hice especial referencia, se encuentra en la defectuosa preparación de su profesorado, procedente casi todo de la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad.

En lo esencial, esta reforma debe consistir en una subdivisión de la Escuela en secciones con estudios distintos en cada una, según la especialidad a que en lo futuro pretenda dedicarse el aspirante a profesor.

También debe tenerse en cuenta, al disponer esta reforma, que esta Escuela es la indicada por la Ley para capacitar a diversos funcionarios técnicos del Departamento de Instrucción Pública, a los cuales debe proporcionarse estudios diferentes de aquellos destinados a los que aspiran a seguir la carrera del profesorado.

Consecuencia de estas reformas debe ser una de carácter administrativo: los profesores preparados en las secciones de Letras, Ciencias, Educación Física, Dibujo, etc., de la Escuela de Pedagogía, deberán considerarse capacitados para el desempeño de las cátedras correspondientes en los Institutos y en la misma Universidad, como lo están actualmente los graduados de las Escuelas de Letras y Ciencias para optar a las cátedras de las Escuelas Normales.

Esta competencia entre diversas Escuelas sería grandemente beneficiosa, pues cada una se esforzaría en dar a sus alumnos la máxima preparación posible para las futuras contiendas.

Otra dirección podría darse a esta reforma, relacionando los estudios de las tres Escuelas de modo que los estudiantes que aspiran a seguir la carrera del profesorado estudiaran en cada una las materias necesarias, según la especialidad a que desearan dedicarse; es decir, relacionar sus planes de estudio para que las tres Escuelas trabajaran, no en competencia, sino en cooperación,

sin perjuicio de la autonomía que cada Escuela debe mantener dentro de la Universidad.

(2ª): En cuanto a la desorientación pedagógica de la enseñanza universitaria, según mi impresión, depende de tres defectos principales de que adolece: es verbalista, memorística y abstracta.

Es verbalista y memorística, porque casi todos sus profesores han adoptado el procedimiento de desarrollar sus lecciones por medio de explicaciones verbales, encomendando a los alumnos la tarea de recoger por escrito las explicaciones y estudiarlas de memoria.

Es abstracta, porque, según este procedimiento, cada profesor se cree obligado a desenvolver en sus explicaciones, punto por punto, lo que cree esencial en el contenido de su materia, con lo que se ve en la necesidad de explicar de manera insuficiente y genérica cada cuestión, prescindiendo de las demostraciones prácticas necesarias, o de las aclaraciones debidas, o de las especificaciones indispensables para el cabal conocimiento del asunto.

Este procedimiento no tan sólo es de muy pobres resultados instructivos, sino perturbador desde el punto de vista educativo.

Con respecto del profesor, lo hace caer en la rutina, puesto que la explicación dada en un año queda ya como la más propicia para ser repetida en el siguiente. Con respecto de los alumnos, los convierte en máquinas de tomar notas y los hace caer en el abismo, tantas veces señalado por la pedagogía, del estudio verbalista y memorístico.

En mi opinión, el trabajo en una cátedra universitaria debe ser de constante investigación, experimentación y comprobación. El profesor debe proponer a sus alumnos los asuntos que han de investigar, indicándoles los medios adecuados para ello, según la cuestión de que se trate, sea con indicaciones bibliográficas o demostraciones del trabajo experimental que debe realizarse, o ilustraciones sobre los procedimientos de investigación, etc.

En las clases, además de este trabajo, debe llevarse a cabo la exposición y crítica de los resultados de la labor de los alumnos.

Puede objetarse, contra este método didáctico, la necesidad que existe de dar a conocer a los estudiantes lo esencial del contenido de cada asignatura.

Pero este es un trabajo que debe encomendarse al esfuerzo

particular de cada uno, formulando el profesor, desde el principio del curso, el programa de las materias que ellos deben estudiar por su cuenta, con las indicaciones bibliográficas precisas.

Para facilitar esta tarea a los estudiantes, el profesor puede disponer sus trabajos prácticos del curso, en relación con el orden de aquel programa, de modo que los alumnos encuentren en los trabajos de investigación y experimentación que realicen un foco de luz que les ayude a penetrar el sentido y el valor de los asuntos que han de estudiar por su cuenta.

En último término, entre el conocimiento superficial, memorístico y genérico de cada materia que actualmente obtienen los estudiantes al final de cada curso, y el que pudieran obtener con los procedimientos indicados, aun reducido al dominio de la técnica de la investigación y de cuatro o cinco puntos de cada materia profundamente dominados en virtud del trabajo práctico cumplido, es infinitamente preferible el segundo.

Una observación personal realizada por un estudiante, un juicio propio formulado ante documentos de primera mano o de fenómenos directos de la naturaleza, o de aparatos en función, y una conclusión obtenida o un descubrimiento realizado por el esfuerzo propio, valen infinitamente más que una docena de páginas de un libro o del cuaderno de notas, aprendidas de memoria.

En el fondo, este es el mismo pensamiento que formuló hace ya veinte años el Dr. E. J. Varona, en el folleto antes mencionado sobre la reforma de la enseñanza superior, cuando escribía:

> He pensado que nuestros profesores debían ser solamente profesores y serlo en el sentido moderno: hombres dedicados a enseñar cómo se aprende, cómo se consulta, cómo se investiga; hombres que provoquen el trabajo del estudiante; no hombres que den recetas y fórmulas al que quiere aprender en el menor tiempo la menor cantidad de ciencia, con tal que sea la más aparatosa.
>
> Hoy un colegio, un instituto, una universidad deben ser talleres donde se trabaja, no teatros donde se declama.

(3ª): No se me oculta que la aplicación de estas ideas encontraría actualmente dificultades enormes; creo que las más importantes serían dos: la falta de preparación de los profesores para un trabajo de esta índole y, del mismo modo, la falta de preparación de los estudiantes, que llegan a la Universidad con hábitos mentales en extremo deficientes.

El inconveniente más grave con que hoy lucha, a juicio mío, nuestro desenvolvimiento pedagógico, en todos sus aspectos, desde el aula de Kindergarten hasta la cátedra universitaria, está en la defectuosa preparación del profesorado.

En lo que a los profesores universitarios se refiere, no sólo en Cuba, sino en otros países de mayor progreso pedagógico, se cree innecesaria su preparación profesional.

En mi entender esto es un error. Tan necesaria es la preparación pedagógica al catedrático de la Universidad como a la maestra de Kindergarten.

Trasmitir un saber y educar una aptitud son funciones que pueden ser bien o mal cumplidas; y semejantes, ya se trate de parvulitos de cinco años o de jóvenes de veinte.

En esta edad, como en aquélla, como en todas, la inteligencia tiene su mecanismo peculiar, con arreglo al cual funciona; y el proceso de la formación del carácter y de toda la vida espiritual se desenvuelve, en uno y otro caso, con arreglo a leyes determinadas que el profesor debe conocer.

Es decir, que si en las aulas de enseñanza primaria hay problemas didácticos, de organización y disciplina, también los hay en las aulas de un Instituto, de una Escuela Normal, y, aunque sea usual creer lo contrario, en las cátedras de la Universidad misma.

De consiguiente, si se advierte que un profesor de enseñanza elemental o secundaria necesita una preparación pedagógica, forzoso es admitir también que le es necesaria a un profesor universitario.

Además, el profesor universitario, como todos los demás profesores, debe ser un hombre totalmente consagrado a su cátedra; una autoridad, desde luego, en las materias propias de su especialidad, pero, sobre todo, en la *enseñanza* de estas materias, aspiración ya formulada por el Dr. Varona en su folleto ya mencionado varias veces, primero, en el párrafo transcripto anteriormente, donde dice:

He pensado que nuestros profesores debían ser *solamente* profesores...

Pensamiento que desenvuelve en la página siguiente, diciendo:

Entre nosotros lo general ha sido que el profesor de Instituto o Universidad considere su cátedra como un accesorio de su profesión principal.

Era un médico o un abogado que dedicaba una hora diaria o una hora cada dos días a enseñar una asignatura. Con este sistema se pueden tener excelentes conferencistas sobre una materia, pero no verdaderos profesores como los demanda la enseñanza actual.

Era, decía hace veinte años el eximio pensador cubano.

Es, tenemos que decir actualmente, con toda la pena que el reconocimiento de circunstancias de tan dolorosa trascendencia debe producir en toda persona sinceramente preocupada por el porvenir de la sociedad cubana, al fijar el pensamiento en los defectos pedagógicos de que adolece la enseñanza de nuestra Universidad.

(4ª) : Respecto de la indisciplina que caracteriza a la vida interior universitaria, nada necesito agregar a lo ya dicho al principio.

Tan sólo quiero hacer notar aquí los grandes daños con que esta circunstancia aumenta los producidos por las anteriores, ya que la principal influencia educadora de una institución docente, aquella que mayor virtualidad alcanza en el desarrollo de la personalidad de sus alumnos y en la consolidación de su carácter, se deriva de la organización de su vida interior y de la acción disciplinaria de los hábitos y de los impulsos que su régimen íntimo puede ejercer.

En esta circunstancia pienso yo que es preciso colocar la causa principal de la mayor parte de nuestros desequilibrios sociales, de nuestros trastornos públicos, de nuestra corrupción política y administrativa, debidos, sin duda alguna, a la pésima educación de nuestras clases ilustradas (producto de la escuela privada y de la Universidad), a su desorganización, a su indisciplina, a su ciega ambición, a su carencia de ideales y a su incapacidad para dirigir la vida espiritual y política de la Nación.

En resumen, llegamos a la conclusión de que nuestra Universidad es tan sólo un centro de preparación profesional, y aun esto, de mediana eficiencia; pero de influencia educadora nula y quizás contraproducente. No influye de manera favorable en la formación del espíritu de sus alumnos, que ya llevan a ella los hábitos de indisciplina y desorden contraídos en las escuelas oficiales secundarias y el resquebrajamiento de los sentimientos patrióticos producido en las escuelas privadas.

De modo que, al cabo de veinte años, funcionando con su nuevo régimen, no ha logrado crear una *élite* directora que inspire el movimiento científico y literario y la vida política, en el alto sentido ideológico, de nuestro país.

Científica y literariamente nos alimentamos de importaciones extranjeras. Especialmente, en lo que al movimiento literario se refiere, es muy penoso lo que sucede en Cuba.

Las casas editoras francesas y españolas nos inundan con sus ediciones, ahogando la escasa producción nacional.

Menos mal cuando estas ediciones son de autores selectos, como los grandes novelistas, líricos o dramaturgos y comediógrafos del siglo XIX: Alarcón, Pereda, Palacio Valdés, Espronceda, Núñez de Arce, Campoamor, Benavente, Galdós, etc.; pero al mismo tiempo nos envían cientos de libros, si son de origen francés, pésimamente traducidos, o bien de autores contemporáneos anónimos y casi todos deleznables; cuando no descaradamente pornográficos, insignificantes por completo.

Lo mismo sucede en la escena, donde no hemos podido crear un teatro nacional suficiente para contrarrestar la influencia de las menguadas producciones del género ínfimo que nos vienen de fuera y llenan nuestros espectáculos teatrales.

Y esta situación es principalmente debida a la falta de repercusión simpática que en nuestras clases intelectuales y pudientes tienen nuestras propias producciones, por su falta de preparación para apreciarlas debidamente y para comprender la necesidad que en Cuba existe de alentar y favorecer el desarrollo de un movimiento literario nacional.

En lo político, creo que el espectáculo que se ofrece en nuestro país es de todo punto condenable. Nuestros partidos carecen de altos propósitos sociales y no son más que asociaciones de aspirantes a cargos públicos.

Cuando se han hallado en el poder, casi todos sus hombres no han atendido más que a fomentar sus fortunas personales, bien a expensas, directamente, del tesoro público, bien utilizando en sus negocios la influencia que la autoridad oficial proporciona; y su actuación política, antes que a la administración adecuada del país, se ha encaminado principalmente a poner en juego los re-

sortes oficiales de soborno y corrupción para desenvolver planes políticos de bajo vuelo.

Todos estos fenómenos son debidos a la carencia en nuestra sociedad de un grupo de hombres de alta capacidad intelectual, energética y moral, producto de una eficiente educación universitaria; por lo que la dirección de las agrupaciones políticas ha caído en manos de gentes incapacitadas y audaces, de incultura pavorosa, tan desprovistas, por lo general, de sentido moral y de preocupación por el porvenir, como saturadas hasta el exceso de ambición y de sentido práctico para sacar adelante sus propósitos toscamente utilitarios, en medio de las condiciones perturbadas de nuestra vida colectiva.

Este es el espectáculo social que las instituciones pedagógicas cubanas tienen en frente y a cuyo remedio están en la obligación de acudir con su influencia educadora.

La Universidad, como todos los demás centros docentes que poseemos, necesita reformas urgentes y cambios de orientación que le devuelvan la eficacia de que en la actualidad carece.

Pero los males que conturban su vida son tan graves y profundos, que, en mi opinión, ni pueden remediarse inmediatamente, ni ser modificados por la aplicación de remedios directos.

Creo que en esta situación, lo más acertado que podría intentarse sería tratar de salvar siquiera el porvenir, atendiendo a la causa principal de donde dimanan casi todos nuestros inconvenientes pedagógicos: la deficiente preparación del profesorado.

Circunstancia que para ser modificada radicalmente requeriría la aplicación de una medida asimismo radical: la creación, fuera de la Universidad, a fin de que pudiera organizarse con entera independencia y nuevo espíritu, de un Instituto Nacional Superior o Escuela Normal Superior, que el nombre no hace al caso (este último es el que tiene la institución semejante que existe en París, creada, por cierto, en circunstancias de crisis parecidas a las nuestras), destinada a la formación del futuro profesorado secundario y universitario.

La creación de este Instituto o Escuela Normal no debería estimarse como un motivo para desistir de la reorganización de las Escuelas universitarias, según lo dicho anteriormente: ellas deben reorganizarse según sus propios planes, y seguir trabajando

en su labor de formar profesores de enseñanza secundaria, pues precisamente en la acción compulsora de la competencia ante una institución ajena dedicada a sus mismos fines, es donde habría que colocar las esperanzas de regeneración futura.

En definitiva, además de esta mencionada, creo que las otras medidas que de algún modo pueden influir en la normalización hacia la eficiencia de la enseñanza universitaria, podrían ser las siguientes:

1ª—Autonomía de la Universidad y de cada Escuela dentro de ella (adviértase que digo Escuela y no Facultad) para disponer sus planes de estudio, manejar su dotación económica y nombrar sus profesores, sin más limitaciones que las de carácter económico que puedan ser opuestas por el Estado.

2ª—Reforma urgente de los planes de estudio en todas aquellas Escuelas que así lo estimen necesario, especialmente en las de Pedagogía, Letras y Ciencias, destinadas a la formación del profesorado secundario, función actualmente cumplida con extremada deficiencia.

3ª—Modificación de los métodos y procedimientos inconvenientes de enseñanza, en el sentido expresado por el Dr. Varona en el párrafo mencionado antes, tomado de su folleto publicado en 1900, sobre la reforma de la enseñanza superior.

4ª—Transformación, así de la enseñanza como de la organización, la disciplina y la vida entera de la Universidad, con objeto de que su acción responda a los altos fines propios de la enseñanza universitaria.

5ª—Organización general de la carrera del profesorado, conforme al pensamiento expuesto por el Dr. Varona, exigiendo a todo profesor la preparación pedagógica necesaria y persiguiendo el propósito de que el profesor de una institución docente sea un hombre consagrado a su cátedra, libre de otra clase de preocupaciones profesionales y, como es consiguiente, debidamente remunerado, a fin de que pueda sostener su vida con la comodidad y el prestigio correspondientes a su alta cultura, a la posición que él podría crearse si dedicara su empeño a otra profesión y a la gran trascendencia social de sus funciones.

El Estado en este punto no debe ser tacaño, pues la sociedad

recibiría beneficios en proporción centuplicada a los sacrificios pecuniarios que realizara en este sentido.

*

En conclusión, estamos ante la evidencia de que nuestro país se encuentra en frente de un problema pedagógico de extremada gravedad y que reclama la atención urgente de la opinión pública y de los poderes del Estado.

Todas nuestras instituciones docentes, desde la escuela primaria hasta la Universidad, adolecen de graves defectos en su estructura y funcionan en la actualidad tan flojamente, que de ningún modo justifican sus resultados las crecidas cantidades que en su dotación se emplean.

Este es un problema, en parte, de reorganización estructural, según he ido exponiendo en el curso de esta conferencia; en gran parte también de dotación económica, pero, sobre todo, dependiente de la disposición y la capacidad de los altos directores de nuestra instrucción pública, a cuya incuria unas veces, y a cuya falta de preparación adecuada casi siempre, se deben muchos de los males de que hoy adolece la enseñanza en Cuba.

La opinión pública debiera tomar este empeño por cuenta propia, hasta producir en el país la agitación necesaria para compeler a los Poderes Públicos a poner mano en este problema, que es, en los momentos actuales, el de mayor importancia entre cuantos afectan a nuestra vida nacional.

Ni los gastos ni las decisiones enérgicas deben ser escatimados en una cuestión en que va envuelto el porvenir de la República y aun la existencia misma de las generaciones que han de sucedernos en la vida, las cuales no constituyen, por cierto, una abstracción, sino que por el contrario encarnan ya una realidad viviente, puesto que han de estar formadas por nuestros propios hijos; y no sé que pueda haber para un padre una preocupación mayor que la producida por los problemas relacionados con el porvenir y con la educación de sus hijos.

He hablado de gastos y decisiones de energía, pues en verdad unos y otras necesitan ser prodigados, dadas las grandes deficiencias de organización y extensión que son propias de nuestras

instituciones de enseñanza y la enorme suma de intereses creados que gravita sobre la desorganización existente.

Es urgente y necesaria, según hemos visto, la reforma de nuestro sistema de instrucción primaria, a fin de hacerlo tan eficiente como es preciso que sea, para elevar cuanto sea posible la cultura de nuestras clases populares y dotarlas de la capacidad indispensable que les permita desenvolver con éxito su actividad económica; y para afianzar en ellas el sentimiento nacionalista y la aptitud para cumplir sus deberes cívicos.

Pero es más necesaria y urgente la reforma de los centros superiores de enseñanza, destinados a educar aquella parte de la juventud obligada, por la posesión de una alta cultura y por la elevación ético-patriótica de sus sentimientos, a dirigir la vida espiritual de la Nación; por cuanto de la defectuosa educación que esta clase social recibe ahora, dimanan, en verdad, casi todos los grandes males colectivos que nuestra sociedad padece.

ARTURO MONTORI.

LECTOR: *Si has llegado hasta aquí en una cuidadosa y atenta lectura de estas páginas, reflexiona acerca de lo que en ellas se denuncia con energía y valor, sin ira ni odio, con doloroso y verídico acento. Reflexiona, y actúa; agita la opinión, mueve otras voluntades soñolientas o despiertas como la tuya, y logremos todos la total modificación de las deplorables condiciones del problema educativo en Cuba. Es asunto de vida o muerte.*

Y si no has leído estas páginas, no pases adelante sin hacerlo. Vuelve al comienzo de este número de CUBA CONTEMPORÁNEA, *empieza la lectura de este valioso trabajo, y llegarás sin esfuerzo, con angustia y sobresalto que pueden provocar en ti la reacción salvadora, hasta el final de cuanto aquí se dice con la mente y el corazón puestos en el porvenir de Cuba.*—(N. de C. C.)

JOSE EUSTACIO RIVERA

POETA COLOMBIANO

S tarea inútil explicar a un poeta? Parece que aquellos cuya conformación de alma les hará gustar de él no necesitan que se lo expliquen; de otro lado, a quienes no llevan en las reconditeces de su espíritu el diapasón que vibre al unísono con la lira del poeta, éste nunca dirá nada. Quizás tenía razón Gaston Paris cuando insinuó que de un poeta sólo se debe hablar para decir: leedle. Pero la interpretación que se le hace de una obra poética cualquiera ¿qué es sino una invitación a leerla? ¿A qué conduce sino a que quienes conozcan esa interpretación se interesen por el poeta, presientan las bellezas de su obra y quieran saborearlas?

Analicemos, pues, expliquemos, interpretemos los poetas. Digamos qué es lo que hallamos en ellos, por qué nos conmueven, qué eco despiertan en nuestra mente.

José Eustacio Rivera es el poeta más colombiano de cuantos florecen al presente en el país. Hay algunos dotados de rara habilidad para cincelar estrofas; poseen otros una riqueza verbal nada común; campea en muchos la más pura inspiración. Ninguno, empero, tiene ese acentuado sabor de terruño que caracteriza a Rivera. Otros son eruditos; muchos tienen exotismo y refinamiento; él ha sabido penetrar más hondo en el alma del panorama colombiano.

Ninguno de nuestros actuales poetas toca como Rivera en el lector ese fondo del espíritu donde reside el vínculo de unión entre el individuo y su tierra. Henchido de savia colombiana, Rivera agita todo lo que en nosotros ha depositado la tierra na-

tiva y robustece el lazo que acerca y funde a los hombres cuando sienten la presión del suelo nutricio.

Aunque ha bebido su inspiración en comarcas donde es perenne el derroche de galas de la naturaleza ecuatorial, no rebusca imágenes aplastantes ni amontona frondosidades que hostigan. Retrata cosas humildes y cosas majestuosas dentro de un escenario que es siempre grandioso, y lo hace con una pulcritud y una medida tales que bastan ellas solas para hacer apreciar lo aquilatado de su gusto y la solidez de su cultura. Cierto que la descripción de la vida y del paisaje calentanos induce a entregarse a todos los caprichos de la versificación y a dar rienda suelta a la fantasía, y lleva de la mano a la gárrula y plebeya declamación tropical; pero Rivera salva el peligro y triunfa en su empeño de ser sobrio, con sobriedad imponente.

Se le ha querido englobar en determinada escuela. No sólo han indicado algunos la existencia de coincidencias más o menos remotas en la tendencia y la manera de nuestro poeta con las de excelsos poetas de otras lenguas y de otras latitudes, sino que abiertamente tienden a señalarle maestros y a colocarlo en posición de mero secuaz. Grave yerro, en nuestro sentir, aunque no yerro insólito. Eso de buscarle maestros y enrolarlo por fuerza en determinada escuela está muy de acuerdo con las direcciones predominantes de la mentalidad colombiana. En todos los órdenes de la cultura nos mueve un reaccionarismo crudo, queremos ponerle andaderas a todo el mundo y juramos que aquí nadie podrá nunca caminar sino con muletas. ¿Qué de extraño, pues, que nos empeñemos en agregar toda obra nueva, por lozana que venga, a la lista de las obras viejas? Aun admitiendo que realmente haya en Rivera reminiscencias de otros poetas, es evidente que ellas no alcanzarán a mermar su originalidad vigorosa. Todo lo que hay en Rivera es suyo, muy suyo, y de formación castiza que no puede revocarse a duda.

Rivera es nuevo en Colombia porque es el primero que ha incorporado a nuestro tesoro poético cosas de la naturaleza que nos rodea; da forma y expresión artística a lo que nos acompaña desde la niñez; comprende y traduce escenas y rincones que aunque parezcan demasiado rudos o humildes en extremo para ser trasladados a un verso hermoso, están hechidos de sublime poesía.

Lo que se suele desdeñar por encontrarlo siempre al paso en nuestras campiñas, él lo ha mirado con simpatía y con cariño, se ha dejado ganar por su hechizo y lo ha hecho parte de nuestro patrimonio literario.

En último análisis Rivera es un poeta regional. Es el poeta de la región tolimense. En manera alguna se le infiere a él agravio con decir esto, ni habrá quien crea que tal concepto limita su significación dentro del movimiento de la literatura patria. Punto más, detalle menos, salvando las propísimas peculiaridades de cada comarca, todo lo tolimense es propio de las regiones cálidas de Colombia; Rivera viene a ser, por tanto, el poeta de toda la tierra baja colombiana. Es esta tierra baja lo que él hace comprender y amar. Sus poesías descriptivas son tolimenses porque forzosamente habían de tener un matiz especial, ya que "las creaciones artísticas necesitan suelo y ambiente"; y son colombianas al propio tiempo porque en cada una de ellas el poeta da perdurable forma artística a pedazos de la inmensidad colombiana. No está todo dicho con aseverar que son colombianas. Tales obras de arte rebasan los límites de una región y comprenden algo más que lo encerrado dentro de los términos fronterizos de un país; ellas abarcan ampliamente el conjunto de las vírgenes tierras del Nuevo Mundo ecuatorial.

En sus versos pictóricos palpitan las dos cosas esenciales de nuestras tierras bajas: el llano y el río. Los nativos de esas tierras queremos como un dije caprichoso y diminuto las pequeñas corrientes de agua que descienden de las sierras, juguetonas, cristalinas, presurosas, protegidas por espesa y fragante bóveda de árboles; y amamos, con el amor que se tiene a las cosas grandes, aquellas otras corrientes, vastas y caudalosas, casi siempre rubias, que con poco ruido o del todo calladas hacen continuamente su viaje hacia corrientes mayores o en busca de la esmeralda inconmensurable, al través de comarcas de las cuales son vida y centro. Rendimos asimismo el culto de grandes cariños deleitosos a la llanura; donde se dilatan los pajonales y los potreros extienden su mancha verde-amarilla, allí están nuestros ojos en su elemento, ahí se funde nuestra alma con la tierra materna y viene a visitarnos el espíritu de los antepasados. Hay una envidiable beatitud en las gentes que moran en medio de estas llanuras abrasadas y

en las márgenes de los ríos. En sus almas toscas está hondamente arraigado el sentimiento de la belleza de que son dueños. Algo los encadena a la llanada y a la tórrida ribera; y ese algo misterioso los sacude cuando en las mañanas claras o a la luz languideciente de los crepúsculos se extasían mirando correr el agua, o siguiendo con la vista la estampida de la planada, que se desenvuelve ante sus ojos absortos, enviando sus pliegues a ignorados confines.

El llano y el río forman parte de nuestra vida, son dos porciones de nuestro sér. Llano y río palpitan en los versos de Rivera. La llanura indeficiente, inmutable—eterna inmensidad de abajo cobijada por la soberana inmensidad de arriba—junto al agua que huye; al lado de lo fugaz, de lo que nunca está quieto, de lo que cambia y pasa, una imponente afirmación de estabilidad.

El que oyó en nuestras soledades el arrullo de la torcaz saboreará siempre con deleite aquel soneto en que Rivera nos la muestra picoteando arrayanas y acongojando las selvas con su quejumbre, o viendo al atardecer, desde la copa de un guáymaro, cómo se van llenando las lomas de paz y silencio. En las puestas de sol, orillas de un río que se va a vadear o a la vera de un camino por el cual se ha fatigado el viajero todo el día, el arrullo de la torcaz es una melodía que llena el alma. Ave cantora de la soledad, su canto es melancólico; mejor dicho, no es canto, sino quejido suave de corazón sin amores, de noches solas, de existencia sin alma. Ningún corazón huérfano ha sentido tan hondamente su desamparo, ningún espíritu recogido ha experimentado la pesadumbre del anhelo insaciable como el que andando al ocaso por los pastales retostados, al pasar por un montículo nemoroso destacado en mitad de la llanura o enclavado en una cañada, sin más ruido que el del paso cansino de la cabalgadura, oye que de entre el follaje se levanta el trino débil de la torcaz.

Junto con este cuadro hermosísimo nos ha dado Rivera muchos más, que resumen y contienen todo el espíritu de la llanura. Ora ensordece un tropel de potros indómitos que en galope triunfal hacen silbar "los huracanes de su crin revuelta"; ora vemos volar entre el celaje la grulla migratoria, que, perdida de sus errantes compañeras,

sin rumbo, ya cansada, prolonga todavía
sus gritos melancólicos en el hostil paisaje,
y luego, por las ráfagas vencido su plumaje,
desciende a las llanuras donde se apaga el día,

para dormir, arropada con sus alas, en un cámbulo de la vega. Ya se presenta a nuestros ojos una torva silueta que avanza por las sabanas mientras sobre las sienes del palmar lejano titilan las Pléyades: es que

Lóbrego, en alta noche, a paso lento,
regresa un toro por la pampa umbría,
y husmeando el mustio pajonal confía
vagos mugidos al medroso viento.

Ya nos penetra la desolación del cementerio rural, descrito con rasgos soberanos:

Escueto y solo donde el llano empieza
se tiende el cementerio campesino,
y en la santa penumbra, el vespertino
viento suspira y la colmena reza.

Nadie viola su mística tristeza.
Nadie. Y en el invierno peregrino
se dobla alguna cruz ante el camino
y amanece llorando la maleza.

Ya de noche, unas vacas compasivas,
haciendo misteriosas rogativas,
se echan por calentar las sepulturas.

Y convirtiendo al cielo sus ojazos
ven una cruz de estrellas, cuyos brazos
se abren sobre las huérfanas llanuras.

La exactitud del detalle, sencilla y grande, corre aquí parejas con la fuerza sugestiva del conjunto. Aquel eximio colombiano (1) que expresó alguna vez, de manera tan cálida y delicada, su anhelo de dormir el sueño último bajo una cruz rústica plantada en las soledades donde ama sestear el ganado, ¡qué inefables emociones

---

(1) D. Salvador Camacho Roldán.

habría experimentado, qué cosas exquisitas habría dicho si hubiera conocido este soneto de Rivera!

Unas veces tenemos delante al tigre que encarado con el arquero reta a éste con gruñido enigmático y bruto y al fin cae herido por certero flechazo,

y se muere, y al verlo que yacente se orea,
baja el sol, como un biutre, de las altas montañas.

Otras vemos pasar la jauría pertinaz que persigue las dantas al través de zanjones, faldas y raudales; otras contemplamos la agonía de la corza que, asaetada o abaleada en el desierto, se desmadeja con púdico temblor y antes de que la muerte aduerma su cabeza virginal, entreabre los ojos y llora por la serranía nativa.

No son menos vigorosos ni de menor belleza los rasgos con que ha compuesto el poema de los ríos de tierra caliente. Una evocación maravillosa hace él de las noches de viaje en embarcación menor, río abajo, por entre desamparados peñascales, o ante playas abiertas, o a lo largo del bosque tranquilo:

Esta noche el paisaje soñador se niquela
con la blanda caricia de la lumbre lunar;
en el monte hay cocuyos, y mi balsa que riela
va borrando luceros sobre el agua estelar.

El fogón de la prora con su alegre candela
me enciende en oro trémulo como a un dios tutelar,
y unos indios desnudos, con furtiva cautela,
van corriendo en la playa para verme pasar.

Apoyado en el remo avizoro el vacío
y la luna prolonga mi silueta en el río;
me contemplan los cielos, y del agua al rumor

alzo tristes cantares en la noche perpleja,
y a la voz del bambuco que en la sombra se aleja,
la montaña responde con un vago clamor.

Recordémoslo. La balsa rueda al amor del agua; a veces el canalete golpea la corriente; el canto del viajero y el del boga se alzan trémulos en la noche serena; y la balsa corre, corre río abajo, acariciada por la claridad lunar. Un grupo de pescadores

prorrumpe en estridentes voces de saludo, que el eco prolonga por la cuenca del río. A lo lejos, el bronco sonido de la sirena de un barco, que se aventura de noche por las peligrosas aguas. El viajero y el boga cantan; la balsa sigue deslizándose río abajo.

Para el que ha gozado la delicia de una noche de pesca en nuestros ríos, tienen inapreciable valor estas otras estrofas, en las cuales está retratada una de las escenas más bellas que nos es dado contemplar desde las apacibles márgenes de los ríos calentanos:

Pescadora de estrellas, una nutria recata
en la noche sus ojos de fulgente berilo;
y al bucear en el cauce de recóndito asilo,
suena el agua profunda que los cielos retrata.

Bajo círculos lentos, la furtiva pirata
se sumerge en las grutas con nervioso sigilo,
y al instante, robado del espejo tranquilo,
un lucero diluye sus temblores de plata.

Cuando al brillo del Orto se encarmina la estela,
hiende líquidas franjas en la débil penumbra
con su fino peluche de color de canela;

y encendiendo matices sobre el tumbo sonoro,
un lingote de nácar en su boca relumbra
como lánguida estrella de zafir y de oro.

Y para los que han viajado por nuestros caminos fluviales es familiar el espectáculo, presentado por Rivera en otro soneto primoroso, de los bogas que después de amarrar la embarcación se agrupan en torno de la fogata que arde sobre la arena del cauce explayado, esperando que se cueza la frugal comida; entre tanto al borde de la selva, cuya raya azul confina con el bruñido arenal, se alza un cantar al astro melancólico de la noche:

Mientras la linfa su rumor serena,
al par que el astro, la canción desmaya,
y dulcemente en la brumosa playa
se inunda el aire de ignorada pena.

Junto al reflejo que la hoguera enciende
están los bogas con atento oído.
Nadie escuchó lo que la noche entiende!

Nótese que Rivera es un enamorado de las horas nocturnas; el misterio de la noche, que tan rico encanto da a nuestros paisajes, lo subyuga a menudo y él sí ha escuchado muchas de las cosas solemnes, elevadas, trasportadoras que la noche entiende.

Finalmente, el poeta deja la llanura y el río y asciende al pardo cerro tutelar.

De pie, sobre la cúpula del farallón lejano,
mi espíritu con toda la inmensidad confina:
y abriendo al infinito su clámide argentina
la inspiración se tiende sobre la luz del llano

Y avanza, y a los giros del vuelo soberano
del horizonte surgen en serie paulatina
palmeras y vacadas, el río, la colina,
y sigue ante mis ojos creciendo el meridiano.

Todo lo ví, y entonces el pensamiento mio,
estrecha halló la atmósfera y al ámbito sombrío.
Mas en el propio instante que mi rebelde anhelo

soñó violar los soles silentes de otro mundo,
desde la pampa intérmina vino un viento iracundo
y elevó, con gran ruido, mis dos alas al cielo.

Mas lo que con mayor deleite leemos entre los sonetos consagrados por Rivera a la tierra tolimense, es aquel en que hace el elogio de la calentana. Hallamos en éste, divinamente expresada, la mejor porción del alma de nuestro terruño.

La gentil calentana, vibradora y sumisa,
de cabellos que huelen a florido arrayán,
cuando danza bambucos entristece la risa,
y se alegra el susurro de su falda de holán.

Es más clara que el agua, más sutil que la brisa,
el ensueño la llena de romántico afán,
y en los llanos inmensos, a la luz imprecisa,
tras las garzas viajeras sus miradas se van.

Siempre el sol la persigue, la sonroja y la besa;
con el alma del río educó su tristeza,
al teñir los palmares el postrer arrebol.

Oh, daré mis caricias a su boca sonriente
y también los rubores borrarán de su frente
esa pálida huella de los besos del sol...

Esa pálida huella de los besos del sol... Deliciosa sugestión la de esta frase! La pálida huella que los besos del sol han estampado en la frente de nuestras mujeres, cuántas cosas significa, cuántas cosas encierra! Es ella el encanto todo de la calentana. Su esbeltez, su arrogancia, su ternura unas veces lánguida y otras quemadora, sus afanes solícitos cuando ama, su risa franca, sus ademanes desenvueltos, todo ello está realzado por esa palidez morena que es la huella de los besos del sol. El alma del río ha educado ciertamente la tristeza de la calentana. Tiene ella predilección por las corrientes de agua. Las márgenes de los ríos y de las quebradas son sus sitios preferidos y es allí donde suele dar libre expresión a sus sentimientos en cantares, viejos o nuevos, siempre impregnados de melancolía. Es evidente que hay en la mujer calentana un fondo de inagotable tristeza. La soledad, el aislamiento, el ambiente espiritual han saturado de tristeza su alma cálida. ¿No habéis visto subir toda esa melancolía a los ojos de la que, al morir las tardes, desde la calle arenosa de un poblado o desde los corredores de una hacienda, interroga al sol que se va, a los palmares lejanos, al llano, al cerro desnudo? ¿No la habéis descubierto en el rostro de la que, al abrigo de la cabaña plantada en mitad de la llanura, en la falda de una loma o en la húmeda orilla del río, se entristece al crepúsculo vespertino y pasea incansable su vista por las campiñas, como dejando vagar por ellas inmensos anhelos de su alma sencilla, rústica, medio montaraz? La vida de la calentana es una constante acumulación de tristeza para las generaciones siguientes.

Antes de Rivera algún poeta tolimense, hombre fuerte en quien el guerrero y el político vinieron a predominar, había ensayado, en forma distinta, el elogio de la calentana; y hay algunos cantares de autor que no se conoce, repetidos por las humildes gentes de los campos, en los cuales palpita la emoción de la tierruca. Esos cantares, y con ellos el sentimiento del encanto del suelo nativo, se están perdiendo. Los vemos irse; algo del alma de nuestro pueblo muere con ellos.

En sus comienzos vióse a Rivera buscar su camino con alguna

vacilación, que fué breve. Ensayó un género de poesía oratorio y grandioso, del cual son una muestra los primeros versos que dió a la estampa, en 1907, a los 18 años de edad; se titulan *Aguila Andina* y fueron presentados al público por D. Adolfo León Gómez. Luego empezó a hacer conocer sus sonetos de *Tierra de Promisión*—esos mismos a que nos hemos venido refiriendo, fuertes como la llanura, arrulladores como nuestros ríos, llenos de abundante y acendrado jugo como la vegetación de los tórridos campos natales—que encierran en un ritmo poderoso y vasto el panorama y el alma toda de nuestra tierra. Entre esos sonetos, a los directamente inspirados por el suelo tolimense han venido a juntarse algunos que son visiones de las soledosas llanuras orientales, donde el poeta disfruta ahora el goce de vivir peligrosamente.

Hace poco se nos reveló un nuevo aspecto de la lira de Rivera. Su *Canto de Nupcias* nos dejó ver cuán hondamente siente la voluptuosidad amorosa. Allí se nos aparece como un sensual "pagano más que obsceno", ebrio de las delicias de la carne joven y fresca, embargado por el frenesí de las hembras núbiles y paladeando el dejo amargo y salobre del desenfreno. Avido de infinito, ha buscado satisfacer su aspiración enorme en las exaltaciones del placer sensual;

Y quién que lleva el fuego de la altura
no se pervierte de rencor, si en vano
buscó la eterna fuente de ventura,
y en la vida, en la fe y en la hermosura
vió la mueca burlona del arcano?

A la crédula virgen que le ofrece su candor florido, le habla de esta manera:

No te acerques a mí, que el desencanto
vibra tras de mi beso su saeta,
y al sacrílego influjo de mi canto
en muchos ojos, túrbidos de llanto,
vaga cual mala sombra mi silueta.

En las caricias de la virgen no hallaría el fuerte sabor pecaminoso que ha encontrado en la pérfida delicia del beso meretricio; quiere ensalzar, con cántico blasfemo, la carne de las víctimas in-

moladas a los éxtasis del orgasmo y acaba por decir a la inocente criatura:

Mas, si hoy que todo esplende, me abandona
la juventud, y mi humillado empeño
a tu frágil hechizo se eslabona;
si sólo el azahar de tu corona
me ofrece el mundo a cambio de mi ensueño,
....
....
...A tus brazos iré cuando tu armiño
ilusione mis órbitas mundanas
que entonces, con el rostro en tu corpiño,
imploraré, llorando como un niño,
la piadosa blancura de las canas!

La exaltación del placer retiembla en esas robustas estrofas, y gime allí también el impuro dolor hijo de la liviandad.

Con el acre sabor de este canto, con el penetrante olor que despide, sabor y olor que desaforan y entristecen, contrastan el tono dulce y el contenido espiritual de este soneto, posterior al *Canto de Nupcias,* que acaso marque en el poeta una concepción menos cruda del amor, un nuevo sentido de la sensualidad amorosa y un rumbo diferente en busca de calmantes para su sed de infinito:

Oculto en el ensueño de mi Numen te vigila,
y en encantados mundos te ciñes mi cendal;
soy el presentimiento que en tu ilusión vacila,
y el ansia que conturba tu seno virginal.

Con otro nombre, acaso, me llamas intranquila
queriendo hallarme, sólo me ves en tu ideal;
y toda mi tristeza se azula en tu pupila,
y ya tu rostro luce la palidez nupcial.

Aunque no me conoces, en tus sueños conspiro;
mi espíritu distante provoca tu suspiro;
de mí te llega el hálito confuso del amor.

Al verte, un gozo tímido mi triste labio sella,
y mientras todos laudan tu excelsitud de estrella,
mudo, como una cumbre, me enciendo en tu fulgor.

La fuerza inviolada que se desprende de nuestro suelo y caracteriza a nuestra raza muéstrase en Rivera en toda su plenitud. Hay en él algo agreste, algo libre, algo salvaje. Puede que eso no guste a cierto género de refinados exóticos; pero las almas sanas y castizas encontrarán en esa áspera fragancia campesina un encanto más. No queremos decir que Rivera sea tosco ni poco culto de cultura general; es un espíritu ricamente cultivado, y quien lee sus versos encuentra cierta elevada distinción que se trasparenta hasta en los más pequeños detalles de la técnica del arte. Sus producciones son flores de nuestras campiñas presentadas en búcaros de estrofas labradas con primor. Rivera es un maestro de versificación; cada verso suyo es un golpe de cincel dado por mano experta en un bloque virgen. Pero no es solamente un artífice del verso, ni la fuerza apaga en él la llama lírica. En sus estrofas aletea una sublime inquietud, clama una incontenible aspiración hacia celestes ideales. Sus versos, acuñados como medallones, dejan ver dentro de ellos algo etéreo. "Algo espera mi alma sin saber lo que espera" dice cuando enmudecen las cigarras a la proximidad del invierno; "algo desconocido del horizonte espero", exclama cuando se borra la franja carmesí del Poniente y la tierra suspira bajo el primer lucero; y esa comezón de los horizontes, esa emoción que le duele cuando la noche extiende sobre el paisaje su tapiz de ensueños, ¿qué es sino el ímpetu divino, la alta melancolía humana que hacen al poeta y lo diferencian del mero versificador?

Leer sus poesías es entrarse por un jardín donde las ramas mueven cariciosos rumores; música letificante a veces, o de intensos sonidos melancólicos cuando no descubre "ni siquiera un celaje sobre el páramo eterno" y "las mudas neblinas encanecen los montes." Ya hemos ponderado la sobriedad de Rivera; repitamos que su lirismo nada tiene de intemperante o barroco; es la interpretación viva del paisaje, llena de lo inefable de las alusiones eternas.

Rivera recibe la impresión de las cosas exteriores y les da en su interior forma poética, silenciosamente. Luego los versos quedan ocultos, y sólo pasan al papel cuando el apremio de una voz amiga los saca de su escondite para llevarlos a la publicidad.

La gloria, que lo llamó claramente desde sus primeros pasos,

lo ha regalado con esplendidez. El no le ha tenido miedo; la ha esperado tranquilamente y ha recibido sus favores en actitud sencilla. En dura brega con la vida hízose primero institutor y conquistó luego el diploma de jurisconsulto. Vencedor, loado, agasajado, pero siempre insaciable, sacudido siempre por ansias infinitas, tuvo entonces un momento en que parecía proclamar la suprema vanidad de la vida y lanzó un grito lleno de amargura:

Loco, gasté mi juventud lozana
en subir a la cumbre prometida;
y hoy que llego diviso la salida
del sol, en otra cumbre más lejana.

Aquí donde la gloria se engalana
hallo sólo una bruma desteñida;
y me siento a llorar, porque mi vida
ni del pasado fué ni del mañana.

No haber amado! Coronar la altura
y ver que se engañaba mi locura!
El verde gajo que laurel se nombra,

ya de mis sienes abatidas rueda;
y aunque el sol busco aún, sólo me queda
tiempo para bajar hacia la sombra.

El sol busco aún... Todavía le encuentra a la existencia un motivo, un fin. El pesimismo letal no lo gana por completo. Buscar el sol, siempre; correr de cumbre en cumbre para verlo lucir más y más allá, siempre lejano, inasible; y perseguirlo sin tregua, aunque parezca que no nos queda ya tiempo de contemplarlo desde más altas y remotas cimas: bella lección la del poeta. La huída de la juventud le arranca más de una vez voces de dolor, pero no lo descorazona por completo y la solemne tristeza de la edad madura está lejos de ser en él congelante turbión de granizo que lo paralice para la acción y la emoción.

Rivera ha enseñado a nuestro pensamiento y a nuestras emociones caminos imprevistos. En él estamos aprendiendo a sentir, a saborear y gozar la íntima poesía de nuestro suelo; con él vamos descubriendo la belleza del paisaje colombiano, sorprendiendo los encantos de cada rincón de nuestros valles y adueñándonos de

ellos. La tierra va a ser nuestra no sólo en lo material, sino también en los puros dominios del espíritu.

La obra de Rivera se incorporará consustancialmente a las categorías intelectuales de nuestro pueblo. Tanto ha ahondado en los misterios del paisaje nativo, que ha hecho su nombre inseparable de él. Será punto menos que imposible traducir las impresiones y sensaciones recibidas directamente del prodigio tropical, sin hacer referencia a las sensaciones y emociones de los versos de Rivera; sus estrofas tendrán un indestructible valor de evocación y él vivirá consustantivado con nuestro espíritu.

GONZALO PARÍS.

Bogotá, oct. 1920.

ISADORA DUNCAN

UANDO se habla de una artista en la que se fijan todas las miradas, y de un arte que ha sido objeto de múltiples estudios, es dificilísimo no repetir lo que han dicho ya otros muchos. Entre los que han aplaudido a Isadora Duncan, ya fuesen profanos, artistas, poetas o escritores, unos la han exaltado a capricho de sus sueños (pleitesía merece por haberles inspirado haciendo nacer así otras impresiones de belleza); otros discuten el valor mismo de la persona tanto como el de su arte, que tiene sus debilidades; algunos van hasta atacarla por hallar improcedente esta interpretación de la música por la danza, y no faltan, en fin, quienes se constituyen en adversarios declarados por rivalidad artística o por simple resolución arbitraria.

Las transformaciones sufridas por las diversas artes dieron siempre lugar a polémicas, sin que por eso los iniciadores de ellas vieran aumentar o disminuir su valor. Con el tiempo, una obra verdadera se justifica casi sola. En su cuadro especial la de Isadora Duncan es considerable, porque esta gran artista ha devuelto la vida a la danza restituyéndole el lugar que parecía haber perdido y ha abierto la vía a la evolución que parece prometerle a este arte un renacimiento verdadero o completo.

Después de resplandecer gloriosamente, el arte de Isadora Duncan alcanzó su punto culminante y parece actualmente en su declinar, ya que sin dejar de renovarse se copia a sí mismo.

Más plástico que musical, como todo el mundo sabe, ese arte ha tenido una influencia notable sobre todas las demás artes plásticas de nuestro tiempo.

Isadora Duncan evoca, por otra parte, ante nosotros, las diferentes artes plásticas y da vida a verdaderas composiciones, variando los planes con tanta habilidad que parece llenar la escena por sí sola.

Y si echamos una ojeada retrospectiva a la carrera de Isadora Duncan, nos quedamos sorprendidos al advertir hasta qué punto recuerdan las transformaciones de su arte, de una manera continua, las que la escultura ha sufrido desde hace tantos siglos.

En efecto, sabemos que semejante a las otras artes que tienen un origen religioso, la escultura ha nacido de un acto de fe. El viajero, en la antigüedad, elevaba a su paso monolitos que consagraba al dios Hermes para obtener su protección. Esas piedras fueron talladas y se acercaron así a la forma humana. Tal fué, por ejemplo, el origen de la escultura en Grecia.

A la investigación puramente simbólica se substituyó pronto la que tendía verdaderamente a la imitación de la realidad, y los escultores se inspiraban en la naturaleza y representaban los hermosos cuerpos de los atletas y sus gestos en los gimnasios. Los frisos en donde se desarrollan los juegos ritmados y las danzas orquésticas nos han traducido, sobre todo con esos movimientos, el gozo y los sentimientos dichosos de la vida, así como el entusiasmo ritual manifestado en honor de los dioses.

Al perfeccionarse, la estatuaria se convierte cada vez más en la expresión de la religión helénica, sin dejar de guardar su fin esencial, es decir, la manifestación visible del alma y la expresión de toda su belleza. La escultura alcanzó de este modo su más alta perfección con la escuela ática de Fidias, a quien se debe el Partenon, gloria inmortal del arte griego.

Tras un eclipse de diez siglos, la escultura, intérprete de la vida, resucita con el Renacimiento italiano y vuelve de nuevo a su apogeo con Miguel Angel. Sin dejar de fundar su arte en el mismo principio que la escultura griega, principio que consiste en revelarnos el alma del modelo, el genio de Miguel Angel tiene un ideal opuesto. Acorde con su espíritu inquieto, que lleva como el reflejo de la revolución social de su época, el gran artista nos pinta en todas sus obras la desesperación de un alma generosa ante la injusticia y la corrupción universal.

Desde el Renacimiento florentino la escultura alcanzó gloriosos

apogeos y conoció también épocas de decadencia. Así llega ese arte, en fin, a nuestros días, a la escuela moderna de Rodin, en donde el genio del gran artista excede a veces las proporciones humanas y se eleva por encima de las reglas gráficas, inspirándose en ocasiones en visiones dolorosas, evocadas si es preciso en la fealdad de la realidad, a fin de podernos dar una inspiración más fuerte de la vida y del pensamiento.

Se comprenderá sin esfuerzo por qué acabamos de seguir sucintamente las evoluciones de la escultura desde la cuna helénica, si se tiene en cuenta que el arte de Isadora Duncan parece haber seguido esas mismas evoluciones.

La gran artista ha seguido también las huellas de los escultores antiguos o modernos inspirándose en la naturaleza; esto es lo que ha hecho, o lo que parece, después de ver encarnar a Mounét-Sully, *Edipo Rey.* Ella comprendió que los gestos del gran trágico concurrían en gran parte a la expresión del pensamiento y supo hasta qué punto pueden servir los movimientos del cuerpo para interpretar nuestros sentimientos. Puede decirse que interpretó los suyos bailándolos.

El arte plástico griego, que con una especie de gozo desbordante interpretó la naturaleza y representó los juegos y danzas populares, era el más apropiado para expresar las pasiones de la juventud.

Dándonos la ilusión de que se desarrollan ante nosotros los frisos de los templos griegos, Isadora Duncan ha encarnado todos los tipos de humanidad que les animan y ha evocado los sentimientos que inspiraron las danzas representadas por los Panateneos y tantos otros de esos frisos.

Ella ha expresado sus sentimientos íntimos, sentimientos individuales de gozo o de dolor, y también sentimientos guerreros, sin apegarse más que a lo que tenían de hermoso y de heroico. Después, inspirándose en el papel moralizador del coro en la tragedia antigua, ha traducido todos los sentimientos generosos que pertenecen a la humanidad entera: la piedad, la prudencia, la resignación. Ha comprendido, además, el sentimiento eurítmico de los griegos, armonizando perfectamente el ritmo de los movimientos del cuerpo con el de los sentimientos que los han provocado. Esta correlación instintiva entre los gestos y el pensamiento le ha de-

vuelto a la danza la naturalidad de que carecía ya, naturalidad que ha contribuído a hacer visible la simplicidad de los trajes.

Sin dejar de guardar su personalidad, Isadora Duncan ha dado en cierto modo la reproducción de una danza griega que hubiera conservado su expresión y toda su belleza plástica, pero de la que la artista ha reducido el cuadro modificando su carácter, esencialmente colectivo y hasta popular.

Aunque la Duncan formó gran número de alumnas, como esas bailarinas no interpretaban un papel individual, no constituían en sus bailes más que una especie de acompañamiento que servía a la artista a modo de gracioso decorado que arrobaba la vista. Esas bailarinas no daban la impresión de tomar parte en esa sinfonía bailada, animada por un sentimiento único, el de Isadora Duncan, sentimiento parecido a una plegaria, a una elevación del alma demasiado individual para ser expresada al mismo tiempo por otras.

Nos hubiera complacido ver formar a la artista una verdadera combinación orquestal griega que ejecutara danzas de carácter que expresaran un sentimiento colectivo y dejaran a la vez a los ejecutantes la libertad de expresar sentimientos individuales. El conjunto de sus gestos, al quedar libres, se hubiera equilibrado por el ritmo, como en la antigüedad.

La enseñanza del ritmo y el desarrollo del instinto rítmico quizá nos permitan gozar un día de semejante espectáculo, que sin duda sería tan completo como emocionante. La obra comenzada por Isadora Duncan se vería así acabada.

Después de haber dado el primer paso en esta obra, la artista se ha consagrado sobre todo a su arte propio, haciéndolo evolucionar con su edad y según sus medios, especializándose cada vez más en la plástica de una estatuaria animada en la que se muestra absolutamente incomparable y en ocasiones genial.

Esa exteriorización no expresa por el entusiasmo, como en la danza ordinaria, sentimientos que se hallan acentuados y en cierto modo prolongados o realzados por contrastes, sino que se manifiesta por la ejecución de movimientos sosegados y sucesivos, que parecen nacer unos de otros, y en los que las señales—los jalones—, que son como la puntuación de una frase plástica, constituyen actitudes.

Esas "poses", bastante lentas para que el cuerpo parezca casi inmóvil, van hasta a producir la impresión de volumen y de pesantez que da la estatuaria, y nos traducen así los sentimientos de la escultura griega de la gran época, no ya el gozo, sino la voluntad triunfadora del dolor, la nobleza, la serenidad del alma.

Sobrevino la guerra y, al romper esa serenidad, nos deparó un tercer aspecto del arte de la Duncan.

¡Cuántos artistas se creyeron obligados como ella a evocar sin cesar el recuerdo del gran drama que tan acerbamente vivimos, en aquella época en que unos instantes de belleza y de calma nos habrían procurado tan noble quietud en la espantosa tormenta que abrumaba siempre nuestros espíritus!

Esa nueva manifestación de vida en el arte de Isadora Duncan nos hace experimentar todo el horror de la guerra y sus leyes opresoras.

La artista ya no nos transporta a Grecia, pero nos comunica las tormentas expresadas en las artes plásticas del Renacimiento italiano. Las visiones que nos ofrece nos recuerdan las de Miguel Angel o las actitudes de ciertas pinturas de Guido Reni.

¿La intérprete de plástica animada nos reservará en la evolución de su arte otras sorpresas que vendrían, por decirlo así, a formar y a seguir como una línea paralela a la evolución del arte puramente plástico?

Para eso necesitaría la cordura y el ánimo de no imitar a Rodin en el ocaso de su carrera, porque en esa época nuestro gran maestro, abusando de sus medios y quizá también un poco arrebatado por los elogios de sus admiradores, quiso alcanzar el cielo, del que tuvo la concepción sin duda, pero a veces se detuvo en las nubes.

Sean cualesquiera las fases del arte de la Duncan, su manifestación de vida es sobre todo subjetiva y conmueve por el verismo y la naturalidad: en eso reside toda su belleza. Por eso la notable mima de sentimientos no gana nada, por otra parte, en atraer con artificios o en prolongar sus sesiones con composiciones a las que se añaden elementos extraños y decoraciones exteriores que disminuyen el lado efectivo, es decir la vida misma de esta danza.

En efecto, los sentimientos así expresados están a tal punto

acentuados e individualizados, que se bastarían a sí mismos si la danza y la plástica animada no hubiesen—¡ay!—perdido su propio ritmo y no debieran recurrir a la música para tomarle ese ritmo que ellas mismas le habían dado.

Debilitada así la danza, se eleva por la música, pero ésta en cambio se ha convertido cada vez más en un arte esencialmente del espíritu que casi siempre encierra todo en sí mismo (como la música de Wagner, por ejemplo, cuyo nombre figura frecuentemente en los programas actuales de Isadora Duncan) y no gana siempre con que la materialicen. Una manifestación concreta, aun cuando haya nacido de una concepción del espíritu, se convierte entonces para el oyente en un obstáculo al libre vuelo de su imaginación y a la expansión de los sentimientos que le inspira esta música. El auditor se ve, pues, obligado a abandonar la parte melódica si desea seguir los sentimientos que la música ha podido inspirar a la artista que baila.

El abandono de una de esas dos partes, la música o la danza, parece probar que no hay aún sincronismo absoluto entre esta danza expresiva y la música.

Isadora Duncan ha añadido al papel de acompañante concedido a la música, el de inspiradora; pero no habrá verdadera interpretación musical por la danza hasta el día en que la música se haya enriquecido con ritmos más apropiados a los ritmos del cuerpo humano; cuando el compositor, más iniciado en las aptitudes musculares y en los medios expresivos de ese cuerpo, haya creado una música capaz de ser plasmada y de tener como "colaboradores" los movimientos humanos (1).

Nos parece igualmente que así como para el canto, en que la música debe adaptarse a la letra, en la unión de la danza y de la música hay una colaboración más estrecha y más exacta cuando la música está compuesta para la danza y expresa a su vez los sentimientos de ésta o interpreta la acción que la misma representa. Esta feliz evolución se acentúa actualmente cada vez más en la composición de algunas raras y hermosas obras musicales creadas para la danza activa de "ballets". La danza podría, además, elevarse en la composición de las óperas, y no desempeñar,

---

(1) Ver *Le danseur et la musique,* por J. Dalcroze.

como generalmente lo hace ahora, un papel de intermedio, sino tomar parte en la acción misma y traducir en ella, como en la antigüedad, el sentimiento de orden musical.

JULIA MESTRE.

París, 1920.

La señorita Mestre, a quien conocimos ha poco en París y que ahora cumple su ofrecimiento de colaborar en CUBA CONTEMPORÁNEA, nos envía desde aquella capital este interesante artículo sobre el arte de Isadora Duncan. Debía ir acompañado de varios grabados cuya remisión por correo nos anuncia su gentil autora; pero el correo aún no nos ha entregado los paquetes, a pesar de haber sido depositados en la capital de Francia el 16 de agosto de 1920. La joven señorita Mestre, culta, inteligente, estudiosa, de una inquietud mental sugestiva y atrayente, es hija del Dr. Arístides Mestre, Catedrático de la Universidad de La Habana, y reside desde hace varios años en París. Le damos mil gracias por su estimada colaboración.

CARTAS DESDE LAS TRINCHERAS (*)

POR

EUGENIO MANUEL LEMERCIER

PRÓLOGO DE ANDRÉ CHÉVRILLON.

TRADUCCIÓN Y EPÍLOGO DE LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL.

(Finaliza)

14 de marzo, domingo por la mañana,
en la paz dominical.

Cara madre queridísima: Tus buenas y vivificantes cartas me llegan por fin, después de esta privación, pago forzado de la dicha muy real que he sentido al reposarme así. La linda aldea se despierta entre las brumas del Mosa; el arroyo corre con prisa sobre los guijarros lavados. Todo tiene ese aspecto precioso y moderado, *amenuisé,* que es la característica de esta región.

...Leo un poco; pero estoy tan fatigado por el desgaste físico a que se nos somete, que casi en seguida me quedo dormido. Nos hacen cavar numerosas trincheras.

Querida mamá, volviendo a aquellos instantes extraordinarios de fines de febrero, te repetiré que conservo el recuerdo de ellos como si fuese el recuerdo de una experiencia científica. Yo había concebido la violencia bajo una fórmula teórica y había adivinado el papel de ella en el Universo. Pero no me había sido dado ver el efecto práctico de ella a no ser por ejemplos infinitamente reducidos.

(*) Véanse los núms. 93, 94 y 95 (sept., oct. y nov. 1920) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Esta vez, la manifestación de la violencia tomaba una amplitud en presencia de la cual mis facultades receptivas tenían empleo total. Pues bien, era una cosa interesante; y debo decirte que durante aquellos momentos, ni por un segundo dejé de poseer un espíritu de observación fría e impersonal. Lo que en mí persistía de individual, era cierta sensibilidad óptica que me hacía registrar determinados cuadros cuya fuerza dramática se componía espontáneamente de manera tan "artística" como cualquier combinación humana. Pero en los más de aquellos minutos, no abandoné la intención de "ver cómo era aquello."

Me da un gran gozo el comprobar que la embriaguez de la carnicería no ejerció imperio ninguno sobre mí. Y deseo que así continúe siendo. Por desgracia, este contacto con la raza alemana ha echado a perder para siempre la opinión que de ella me forjaba. Claro está que no he de dedicarme a la tarea de ahogar en mí una sensibilidad y un humanitarismo que están fuera de lugar cuando, como es el caso aquí, me hacen víctima de un enemigo solapado; pero sí llego a tolerar lo que anteriormente hubiese considerado como la abominación y la negación de la vida.

He visto pelear al francés. Es terrible en la acción y magnánimo después de ella: he ahí una frase, un grandísimo lugar común alrededor del cual se han debatido desde nuestros mayores escritores hasta el más humilde de nuestros niños de escuela: mi ex intelectualismo decadente no encuentra ninguna otra cosa que expresar ante el espectáculo ofrecido por el alma francesa.

14 de marzo de 1915,
a Madame de L...

Mi madre me ha dicho la nueva prueba por que acaba de pasar usted; en verdad, la vida abruma pesadamente a ciertas almas. Yo conozco la fuerza de usted, y sé que demasiado tiene usted adquirido el hábito de padecer; pero ¡cuánto hubiese deseado que le fuese ahorrado este dolor! Bien me anunciaba mi madre la falta de noticias del coronel B... y bien se inquietaba...

Para nosotros, el dolor de los nuestros constituye la única aprensión. Pero en el espectáculo del soldado que cae hay una enseñanza de grandeza y eternidad que nos acoraza, y cuyo pro-

vecho quisiéramos ver con nosotros compartir a los que nos son caros. Esté usted segura de que el ejemplo dado por el coronel producirá frutos magníficos. Yo conozco, por haberlo visto, el heroísmo que transfigura al soldado que ha perdido a su jefe.

Para mí estos tiempos han sido fértiles en acontecimientos trágicos. He vivido horas violentas durante las cuales he tratado de cumplir mi deber.

He visto morir a todos mis jefes, y mi regimiento diezmado. Para quien está aquí, no puede ya tratarse de espera alguna humana. Me entrego a Dios pidiéndole tan sólo que me mantenga en un estado de espíritu y de corazón tal, que me sea permitido gustar en su creación todo aquello que el hombre no ha podido afear ni violar.

El resto pierde toda proporción.

15 de marzo (postal).

Querida madre amada: Supongo que ya sabes ahora la gracia que me fué acordada al formar parte de este pelotón. Sea lo que fuere lo que Dios me reserva para después, este alto me habrá permitido reponerme, volver a hallarme a mi mismo y prepararme a toda aceptación. Te envío mi amor y nuestra unión frente al Destino.

17 de marzo.

Mañana encantadora. Sol blanco envuelto en neblinas, siluetas de árboles en las alturas, y el vasto espacio sumergido en la luz. Período privilegiado. El otro día, leyendo una vieja *Revista de Ambos Mundos* de 1880, entré en un bello artículo como se entra en un noble palacio de bóvedas suntuosas, de paredes ricamente decoradas. El artículo trataba de Egipto y estaba firmado por Jorge Perrot.

Ayer, mi batallón abandonó su acantonamiento. Yo estoy obligado a permanecer aquí para realizar mi instrucción de sargento. ¡Cuán reconocido estoy por este respiro—laborioso por otra parte—que me deja volver a hallar aquello en que mayor interés tengo, es decir, un espíritu lúcido y un corazón abierto a la Naturaleza.

Olvidé decirte que, la vez anterior, durante el temporal, vi a las grullas volver por la noche. Un momento de calma permitía oir sus gritos. Decir que hace ya tanto tiempo que las vi marcharse. Recuerdo su partida al comenzar del invierno, y después que ellas se fueron fué mayor la tristeza. Esta vez eran ellas para mí como las palomas del Arca, no porque me disimulase yo los peligros que aún faltan; pero estos embajadores de los aires me traían la seguridad, más visible, de la calma universal ante nuestras agitaciones.

Ayer, eran los gansos salvajes que despuntaban por el Norte. Tomaban en el cielo numerosas formas, trazando así figuras regulares; desaparecieron en el horizonte como una cinta flotante.

Soy extremadamente sensible a la apreciación de Monsieur B. Siempre he tenido afición a las letras, aun de niño, y lamento que la educación descosida que yo mismo me he dado, presente tantas lagunas; pero, al través de todas las vicisitudes, conservo la facultad de recoger a izquierda y derecha las espigas caídas. Naturalmente, como no cuento para nada con el porvenir, no hablo del deseo de ser presentado al señor B. en tiempos mejores—eso, por el instante no es de nuestra incumbencia.

He escrito a la señora de L... Es el último golpe para ella. Hay ciertos destinos que son como medallas donde se imprimen todos los signos del dolor. La adversidad los ha golpeado de tal suerte que no les queda nada donde pueda inscribirse una alegría.

Pero imagino que la orientación tan completa de una vida hacia la tristeza no deja de tener la secreta compensación de sentir uno que agota toda la desventura; marcar el límite de la desgracia es en sí algo. Esos destinos me producen el efecto de centinelas que defienden a los demás contra las acometidas de un destino contrario.

...Todos los días veo una nueva cruz en el pequeño cementerio militar. Y la triunfante primavera por sobre todo ello...

20 de marzo.

Nuestras vacaciones están para concluir, en medio de la dulzura, en tanto que no lejos de nosotros todo es ruido y matanza. Creo que el regimiento se ha vuelto a portar bien.

20 de marzo.

Cara madre querida:

Después de tantas gracias recibidas debiera yo tener más confianza y quiero hacer esfuerzos por abandonarme a Dios, pero los tiempos son duros. Me entero de la muerte (entre muchas otras) de un amigo con quien compartía una cama en el acantonamiento. Acababa ese amigo de ser nombrado subteniente.

Querida madre: amor. Es el único sentimiento humano que sea permitido conservar.

21 de marzo.

Querida abuela: Como los tiempos de prueba se anuncian, quiero enviarte todo mi amor—es lo único que puedo hacer.—La situación exige probablemente sacrificios ante los cuales no debemos pensar ya en nada de lo que queremos.

Oremos tan sólo para que la certidumbre de lo Bello y del Bien no nos abandone en medio de los padecimientos.

21 de marzo, domingo,
en medio del más hermoso sol.

Querida madre bien amada:

Creo que se trata de mantenernos aquí un día más y que no partiremos hasta el martes. Ignoro en dónde me reuniré a mi batallón, y en qué estado lo encontraré, pues la acción parece ser de las más violentas, y se prolonga. Los rumores son muy contradictorios en cuanto a las ganancias. En cuanto al número de las víctimas, todos concuerdan en que es considerable. Oimos un cañoneo violentísimo, y el tiempo hermoso debe de inclinar al alto mando de una y otra parte a precipitar el movimiento.

Quisiera decirte muchas cosas de esta noble naturaleza que me envuelve en su gloria, pero verdaderamente, el pensamiento se me va hacia allí cerca, donde el sol no reúne a los hombres en su culto, ni alumbra otra cosa que el odio, donde la noche no trae sino angustia y astucia. El otro día, sobre la noble extensión de esta tierra que se ofrecía a la primavera, recuerdo el gozo que tuve de ser un hombre. Y ahora, ser un hombre...

Nuestro regimiento vecino, el de R. L... ha vuelto con compañías reducidas a cuarenta hombres.

No oso ya hablar de esperanza... Lo que puede pedirse como gracia, es poder agotar cuanto el instante puede ofrecer de bello.

He ahí una nueva manera de "vivir su propia vida" que la literatura no había previsto.

Querida abuela, cómo me ha sostenido tu ternura en medio de estas pruebas!

22 de marzo.

Sol abrasador ante el cual se asombra uno de saber que estamos en guerra. La primavera ha venido triunfalmente. Ha sorprendido a los hombres en pleno odio, en pleno ultraje a la creación. Los comunicados oficiales callan lo que ocurre, felizmente.

Hallándome como me hallo a la hora actual lejos del frente desde hace veintiún días, me cuesta trabajo hacerme de nuevo a la monstruosa visión de allí. En fin, querida madre, yo sé que mi vida, y tu vida, no han tenido más que un objeto, y que, aun en estos últimos tiempos, hemos tratado de acercarnos a él.

Puede ser, pues, que nuestras vidas no hayan sido inútiles. Al presente el único consuelo, para un alma ambiciosa, consiste en presentir en qué sentido repercutirá su acción.

Yo creo que, si me hubiese sido concedido vivir más largo tiempo, jamás hubiese interrumpido mi esfuerzo. Pero no teniendo otra certidumbre que la del presente, he tratado de utilizar en él lo mejor de mí mismo.

25 de marzo.

Cara madre querida:

Aquí me tienes de nuevo en la existencia subterránea. He vuelto al mismo lugar que abandoné el mes anterior. Durante mi ausencia, nada se ha hecho: por nuestra parte se tentó un ataque formidable, pero sin resultado. Se lanzaron regimientos que no tienen ni nuestra acometividad, ni nuestra bella actitud bajo el

fuego. No lograron otra cosa que hacerse diezmar, y atraernos el más abominable de los bombardeos. Parece ser que el precedente combate no fué nada al lado de este último. Mi compañía ha perdido mucha gente por causa del bombardeo aéreo. Son proyectiles de un metro de alto y de 27 centímetros de diámetro, que siguen una trayectoria extremadamente elevada, y luego caen verticalmente. Así es que vivimos a varios metros bajo tierra. Tiempo clemente. Salimos de noche para realizar trabajos.

Madre querida, hubiera querido decirte un montón de cosas referente a más de una dicha, pero ya te he escrito sobre ello, y hay dichas de tal naturaleza que no se las debe despertar con palabras. La pesada alegría humana les daría miedo y les repugnaría. Y correrían un riesgo aun mayor de desvanecerse.

Prosigo mi carta después de haber echado un sueño. En nuestras casamatas dormimos tanto como podemos.

He tenido una multitud de pensamientos que la fatiga me impide formular, pero me acuerdo de haber evocado a Beethoven. Tengo exactamente la edad que él tenía cuando lo alcanzó el dolor, y yo pensaba en el ejemplo admirable de tales energías empleadas a pesar de los obstáculos. El obstáculo debió de parecerle a él tan definitivo, como nos parece a nosotros el de ahora. Pero él venció. Para mí Beethoven fué la más magnífica traducción humana del poder creador.

Te escribo mal porque duermo todavía...

Qué fácil fué todo en mi regreso, y qué endulzado por la bondad! Abandoné solo la casa en que habitaba y, al pasar por delante de una batería de artillería, fuí objeto, por parte de los suboficiales, de la hospitalidad más fraternal. La artillería ama, por otra parte, el regimiento 106 que la defiende, y de manera general, inspiramos una viva piedad a esas gentes que no están expuestas ni siquiera a la lluvia.

Termino, y te amo por tu valor que me sostiene. Suceda lo que quiera, he vuelto a hallar la alegría. Fué tan bella, ante todo, la noche de llegada!

26 de marzo.

Cara madre querida:

Nada de nuevo en nuestra altura que seguimos organizando. Trabajo interesante, aunque ofrece dificultades. El tiempo hermoso nos facilita la tarea. De tiempo en tiempo la pala encuentra a un pobre muerto a quien la guerra viene a atormentar hasta en la tierra.

28 de marzo, en las alturas: tiempo gris de domingo, sacudido por el bombardeo de ayer.

Estamos de nuevo en plena guerra. Un formidable ataque nuestro acaba de repetir las matanzas de la última semana. A decir verdad, mi compañía, que había sido diezmada en el asalto precedente, se ha visto esta vez respetada; no tuvimos más que ocupar un sector de defensa. No recibimos, pues, sino las salpicaduras del combate.

He asistido, ayer, en ese hermosísimo sábado de primavera, al espectáculo lejano de la lucha, y he visto a un batallón, semejante a una bestia rampante, avanzar y retorcerse bajo la humareda de los obuses. Eran los cazadores de infantería, que atacaban, a pesar de las ametralladoras y del bombardeo, tanto francés como alemán. Esos bravos cumplieron su misión, y compensaron así el fracaso de la otra semana, en que nuestro ataque resultó estéril.

Desde el mes pasado, me es dado el vivir las litografías de Raffet, con la diferencia de que, en tiempos de Raffet, se podía ser impunemente testigo ocular a la misma distancia que lo he sido yo, pues los fusiles tenían menos alcance. Pero se veían verdaderamente cosas hermosas, por ejemplo, esta llanura inmensa, en la cual se hunden las alturas que ocupamos nosotros. La llanura brillaba con el fulgor de cien mil fuegos que estallaban en ella. Y delante, los cazadores continuaban subiendo...

Domingo 28 de marzo.
2ª carta.

Querida mamá:

Tiempo radioso desde esta mañana. He recorrido nuestro sector hasta bastante lejos, y a la hora actual vuelve el bombardeo a comenzar progresivamente.

Yo tengo mi alma hacia la esperanza no obstante. En todo caso, pido la sapiencia para ti y para mí.

Madre querida, en algunos instantes siento cuán fácil me sería el tornarme de nuevo hacia las ocupaciones que eran el encanto y el interés de mi vida. Por instantes, en medio de esta hermosa primavera, me sorprendo a mí mismo tan orientado hacia la pintura, que me sería bien triste no volver a pintar. Pero también me esfuerzo en dirigir y mantener mis recursos anímicos y mi voluntad dentro del dique estrecho y difícil de esta existencia.

1º de abril.

Sol que desvela la juventud de la primavera. El Mosa, riachuelo corriendo en la gracia de una aldea opulenta, a donde los ecos del cañoneo no llegan más que como un choque sordo, y pierden su significación.

Hemos cambiado de acantonamiento pues los refuerzos llegan en abundancia tal aquí que hemos de dejar el puesto a otros, y se hace desalojar constantemente a nuestro regimiento.

Pero todo es hoy luz y frescura. La gran llanura envuelve sus lontananzas en una plata tierna.

Estoy contento con la carta de Gabriela que muestra lo que conservará de estos acontecimientos el alma francesa. León no ha pasado todavía por el golpe duro (1). Conmovedora carta de Pedro, reformado al fin (2) después de su terrible herida. Admirable carta de abuelita. ¡Cuánto desea que volvamos a reunirnos! No hablemos de eso...

....

(1) El subteniente León Auzende había muerto gloriosamente el 15 de marzo.—(Nota de la edición francesa.)

(2) Librado del servicio militar.—(N. del T.)

Termino esta carta a orillas del agua, evocando voluptuosamente los gozos que me dió el pintar. Tengo ante mí los más lindos chispazos de la primavera.

3 de abril (postal).

Sólo unas palabras desde la segunda línea. Estancia en los bosques primaverales. Sol y lluvia jugando en el cielo. Valor a pesar de todo.

3 de abril, 2ª carta.

Quisiera haberte escrito mejor en estos días pasados, cuando cada minuto era para mí dulce, aún en primera línea. Pero confieso que me he contentado con dejarme vivir en la belleza de los días serenos, a pesar del rugir de la guerra. No sabemos lo que va a ocurrir. Las idas y venidas se multiplican. Seremos otra vez nosotros lo que habremos de soportar el choque?

Imagínate que durante nuestra anterior estancia en primera línea, teníamos que pasar los días en las casamatas que el odioso bombardeo nos obliga a cavar en el flanco de la colina hasta la profundidad de diez metros. Allí, en la más completa oscuridad, aguardábamos a que fuese de noche para poder salir. Pero he aquí que mis camaradas los otros suboficiales y yo, hicimos revivir allí el estremecimiento de las nueve sinfonías de Beethoven. No sé qué vibraciones nos animaban. La música ponía un fuego artificial dentro de aquella cueva. Olvidábamos nuestro suplicio chino de no estar ni sentados, ni acostados, ni en pie.

La vida de un sargento en el acantonamiento es muy agradable. Pero yo no usurpo nada. En cuanto al frente, espero que la Providencia me dará la fuerza de alma de cumplir en él mi deber hasta el fin. Un buen amigo mío, que era el jefe de sección, ha sido nombrado Ayundante de compañía.

Todo esto son bagatelas, pero, querida mamá, me hallo un poco débil estos días, pues estuve muy mal después de los acontecimientos del mes anterior. Así es que me dejo deslizar por las dulces rampas de la vida. Tanto peor si se va por ellas costeando un precipicio. Quiera la Providencia apartarnos de él!

4 de abril.

Cara queridísima mamá:

Período de expectación ansiosa y cargada de amenazas cercanas. Pero entre tanto calma y ociosidad. No puedo pensar, y me entrego al destino. Cara madre, no me tomes a mal el que, desde hace un mes, sea muy inferior. Amame, y di a nuestros amigos que me amen.

Recibiste mi fotografía?... Fué hecha en la época feliz de la guerra de posiciones, cuando vivíamos días apacibles, teniendo por solos enemigos los rigores de la temperatura. Pocos días después me hacían cabo y comenzaba para mí una vida muy dura, llena de labores ingratas. Después, el huracán, cuyos fulgores al menos alumbran mi vida.

4 de abril, por la noche.
Domingo de Pascuas.

Querida madre: Aquí estamos de nuevo, bajo la guardia de Dios. A las dos salimos hacia la tempestad. Pienso en ti, pienso en vosotros. Os amo y nos confío, los tres, a la Providencia. Que todo acontecimiento nos halle prontos! En plena fuerza de alma, tal es mi oración, por vosotros lo mismo que por mí. Esperanza de todos modos, pero, ante todo, sabiduría y amor.

Os abrazo, sin formular nada más. Todo mi pensamiento se concentra hacia un laborioso deber.

5 de abril, 1 de la mañana.

Querida madre y querida abuela:

Salimos. Valor. Amor y sabiduría. Tal vez todo esto esté escrito, para el mayor bien de todos. No puedo hacer otra cosa que enviaros todo mi cariño; mi vida no subsiste ya sino en vosotras.

5 de abril, hacia el mediodía.

Henos aquí a la prueba. Hasta el presente, nada indica el abandono de la gracia. A nosotros toca el esforzarnos siempre

por merecerla. Esta tarde tendremos necesidad de toda nuestra voluntad, y de apelar a la sabiduría suprema.

Querida madre queridísima y querida abuela, que pueda yo tener aún la alegría de vuestras cartas. Oremos porque sigamos siendo sostenidos en medio de todo esto!

Querida, queridísima madre, una vez más todo mi amor para vosotras dos.

Vuestro hijo.

6 de abril, a las doce del día.

Querida madre bien amada: Estamos en la extrema posición de espera. Te envío todo mi amor. Ocurra lo que ocurra, la vida habrá tenido belleza (1).

EPILOGO

En el prólogo a las extraordinarias cartas que acaban de leerse, pregunta el notable prologuista: "Habrá que hablar de él (el autor) en presente o en pasado?" Y contesta, con angustiosa incertidumbre: "No lo sabemos"... Después de publicadas las cartas en francés, y de concluída la guerra, el enigma que las palabras antes citadas evocan parece haber entregado su secreto terrible: cuanto humanamente era posible hacer ha sido hecho para hallar al autor de las epístolas admirables, y todo ha sido hecho en vano. Los parientes y amigos de aquél acaban de dar a luz, con prefacio de M. André Michel, un álbum de reproducciones de cuadros y estudios del joven pintor, que tan alta y seguramente prometía. Y hoy, por último, conocemos, por el propio M. André Michel, el nombre que el prologuista, por delicado y natural escrúpulo, mientras duró la guerra, reservara. Hoy podemos decir sin escrúpulo alguno que la personalidad de artista exquisito, de alta mente y conciencia, de sensibilidad estremecida, en la cual habitó, durante su breve estancia en este mundo, quien escribió las cartas cuya traducción al castellano se publica ahora, llevó el nombre de Eugenio Manuel Lemercier.

(1) Nota de la edición francesa:
En el combate de aquel mismo día, 6 de abril, desapareció el autor de estas cartas.

"Hacia los veinte años—dice de él M. André Michel (1)—atravesó una crisis intelectual y moral acerca de cuya naturaleza y matices no osaré arriesgar comentario alguno, ni ninguna hipótesis... pero cuanto podemos saber según sus notas personales, como según la orientación del las obras que preparaba... permite afirmar que todo para él iba a dar regiones superiores de la vida espiritual y moral."

Espiritual tal vez sobre todo. No es común, en efecto, el hallar un caso, en nuestro Occidente, de espiritualidad tan profunda y triunfante, en una naturaleza de artista. Este raro muchacho era, por lo demás, mucho más que un artista, y muchísimo más que un puro intelectual. Su estado, como dice muy bien en su prólogo M. Chévrillon, "participaba de la santidad." Era Lemercier un intuitivo, y un vidente. Basta, para justificar lo dicho, leer lo que escribía, *el 11 de enero de 1915,* desde la primera línea de batalla (2):

"Del mismo modo que, a la hora actual, el problema individual es infinitamente sobrepasado por el problema nacional, quisiera yo que al través de esta nube de sangre se viese otro problema plantearse: el de la vitalidad europea con respecto a otras civilizaciones."

"Esta vitalidad demanda para su conservación una organización que ninguna nación sospecha y de que todas serán tributarias." Y, más adelante: "Es, pues, fatal que este choque odioso del que nada resultará desde el punto de vista nacional conduzca al examen profundo de la cuestión socio-internacional... Yo ignoro por completo los medios que serán empleados, mas predigo que todo será puesto en práctica en un porvenir muy próximo." Esto era escrito antes de la entrada en guerra de los Estados Unidos, antes de la revolución rusa y cuando casi nadie en este mundo creía que era otra cosa que un ensueño vano, una necedad o una locura la Sociedad o Liga, que este soldado predice serenamente, frente al enemigo, de los pueblos del mundo...

Como todos los poetas verdaderos, fué profeta y vidente; y, como a todos los grandes y genuinos poetas y soñadores, los hechos

(1) Citado en un bello artículo acerca del autor y sus cartas, por M. Paul Seippel.

(2) La carta citada no figura en este volumen; fué publicada por primera vez en el *Journal de Genève,* núm. del 24 de febrero de 1919.

le dieron razón. Pero más admirable aún es en esta grande alma la alteza y hondura espirituales, fuentes, por otra parte, de sus dones de adivinación como de creación. Pudiera de él decirse lo que, hablando de Juana de Arco, escribe Michelet y reproduce Romain Rolland en *Juan Cristóbal:* "A la guerra, ese triunfo del diablo, él aportó el espíritu de Dios." "Ser bueno, permanecer bueno entre las injusticias de los hombres y la serenidad de la suerte... Atravesar la experiencia sin permitirle tocar a ese tesoro interior"...

En vano se buscaría, en estas cartas de un soldado que dió su vida por su ilustre patria, una frase de odio. Lemercier era francés, profunda y tiernamente; era artista, concienzudamente—era hombre más aún, y en el sentido más trascendental—. Maravilla el saber que le fué poco menos que ignota la filosofía por excelencia, la más antigua y sublime que haya nunca existido en la tierra: la filosofía de la India. De ella parece como impregnado, dijérase que de nacimiento, quien escribió estas cartas. Su temperamento artístico, las ideas adquiridas, también, probablemente, le hacen quizás atribuir una importancia exagerada a la belleza sensible de las cosas; las propias causas dichas le conducen a veces, contra su naturaleza más profunda, a un aparente, delicado y refinado epicurismo mezclado de grave estoicismo, y bien, y bien bellamente, francés: "Lo que puede pedirse como gracia es lo que el instante puede ofrecer de hermoso." (Carta de 21 de marzo.) Mas al otro día mismo escribe lo siguiente, por donde se muestra cómo, con qué naturalidad y como fatalidad se espiritualiza en él este sentimiento elevado sin duda pero relativo y tan frágil, de la belleza objetiva: "La primavera ha llegado triunfalmente. *Ha sorprendido a los hombres en pleno odio, en pleno ultraje a la creación*"...

Escribe "a la creación". Se siente que podría escribir "al Espíritu". Su alma, que ignora o ha olvidado el Oriente, es más oriental que occidental. M. Chévrillon, en su brillante prólogo, cita el *Bhagavad Gîta.* Y afirma que el pensamiento de la India, "mostrando al hombre su persona separada *y después todo el Universo,* le enseña a decir de la una: *yo no soy esto,* y del otro: *eso soy yo.*" Peligroso y muy funesto error, error capital el contenido en la segunda parte de esta afirmación, cuya primera parte

es en absoluto exacta—error cuya amplitud verá instantáneamente todo aquel que posea una noción más o menos clara y recta del pensamiento hindú.—El libertador "*Tat tivam asi*, "eso eres tú", no se refiere, *no puede referirse* al Universo material y visible, ni a parte alguna de él. Tal idea sería la negación misma del pensamiento y el espíritu de todas las religiones indias, pensamiento y espíritu para los cuales, precisamente, lo que llamamos "Universo" es un mal sueño, una fantasmagoría dolorosa o sencillamente una ilusión dañina. "Lo que no conoce ni el nacimiento ni la muerte" no es, no puede ser el Universo formal y aparente; lo "no nacido, indestructible, lo que no es matado, cuando es matado este cuerpo", no es con toda certidumbre y evidencia, no es "el Universo." Más adelante lo llama M. Chévrillon "la vida eterna". Llamémoslo, pues, la vida eterna,—a condición, no obstante, si queremos ser fieles al pensamiento venerable e inmortal que evocamos, de no entender por ello ninguna suerte de vida *sensible,* ni aun concebible por nuestro intelecto, en modo alguno.

Abrase cualquiera de los libros donde palpita el pensamiento indio, traducido a nuestros idiomas de Occidente. Abrase, por ejemplo, el ortodoxo *Astavakra Gîtã:* desde el primer capítulo, casi desde las primeras líneas hallaremos: *Sloka* o versículo 3: ..."Ni tierra, ni agua, ni fuego, ni aire, ni éter eres tú"... versículo 18: "Conoce todo lo que tiene forma como falso"... Capítulo 2º, versículo 16:..."realización (o comprensión) de la irrealidad de lo visible"... Capítulo 3º, versículo 13: "El hombre de mente fuerte que sabe que lo visible es en su naturaleza meramente nada *(a mere nothing)*"...(1) En su admirable obra acerca de *Las Flosofías y Religiones de la India* explica asimismo desde el comienzo el Yogui Ramacharaka: "Si el Uno es indivisible e incapaz de separación... *de ello se sigue que toda manifestación ha de ser ilusoria,* y nada más que un reflejo o una apariencia"(2). Podrían multiplicarse las citas casi *ad infinitum,* casi monótonas en su uniformidad fundamental. Y, exprofeso, no se menciona aquí en esta ocasión el budismo, religión esencialmente india de espíritu y de origen, pero considerada hoy allí como heterodoxa y enor-

(1) *Astavakra Gita,* traducción al inglés de Lala Baijnath, B. A. 1904.
(2) *The Philosophies and Religions of India,* by Yogi Ramacharaka, Chicago, 1908.

memente más extendida—a semejanza de lo ocurrido con el cristianismo—en otros países que en el país de su nacimiento, donde cuenta aún ahora, sin embargo, con unos diez millones de adherentes. Se habla aquí de las religiones indias ortodoxas... Y como el muy distinguido prologuista se refiere en particular al *Bhagavad Gîta,* bueno será citar el *Bhagavad Gîta.* Abrámoslo, pues, a su vez. He aquí el Discurso V: "Aquel cuyo corazón no está apegado a las experiencias externas... experimenta aquella alegría que vive en el alma." "Los placeres que nacen de los sentidos son siempre las fuentes del dolor; vienen y van..." Discurso VIII: "Todo este mundo, ilusionado por estas tres condiciones consistentes en cualidades, no me conoce a Mí que estoy por encima de ellas, (que soy) Inmutable" (3).

Ha parecido conveniente al que estas líneas traza el poner bien en claro, en todo caso, el error—por lo demás harto frecuente en nuestro mundo occidental, desdeñoso en gran parte, por indiferencia, pereza, ignorancia, tradición u orgullo, del tesoro más incalculable que la Humanidad toda posee—cometido por el ilustre y culto prologuista de este libro, porque aquel error era, como va dicho ya, capital en importancia y, por consecuencia, de importancia capital también el rectificarlo plenamente.—Pero quien esto escribe se complace en proclamar que en este caso el error cometido no lo fué evidentemente por ninguna de las causas arriba enunciadas, y que es relativamente fácil, aun a elevadas inteligencias como la del prologuista, caer en él—y acaso más fácil a un alto intelectual, cuyos hábitos de pensar y sentir están por fuerza a menudo tan lejos de los hábitos orientales.

Lemercier ignoraba por desgracia aquel pensamiento supremo—mas no el espíritu, que estaba en él, y que es con mucho lo que más importa.—Ya desde el 13 de septiembre escribe: "Nos quedará de esta tormenta una inmensa aspiración hacia la piedad, la fraternidad y la bondad,"—sin pensar un segundo en los propios peligros y sacrificios.—El 1º de octubre, en vísperas de un primer ataque: "Resulta de todo esto que nuestro padecer debe ser considerado, en cada uno de sus instantes, como la más maravillosa fuente de emoción, y de formación para la conciencia."

---

(3) *The Bhagavad Gîta,* translated by Pramada Dasa Mitra. New York.

El 14 de octubre: "...que todas estas agitaciones y todos estos delirios humanos *no son nada en comparación con la parte de eternidad que cada uno de nosotros lleva en sí*"...(1) (Creeríase escuchar aquí al alma llameante e iluminada de Santa Teresa.) El 15: "Para quien sabe leer en la vida, los actuales acontecimientos han desgarrado todos los hábitos mentales, pero dejan entrever mejor que nunca la belleza y el orden eternos"... Y, sobre todo, el 14 de febrero: "Ahora sé lo que es la vida. *Es el instrumento que le va abriendo al alma el camino hacia lo absoluto*"...(1).

¿Para qué citar más? El traductor ha creído hacer obra trascendentalmente útil traduciendo este libro, que es en sí mismo una buena acción, una acción bienhechora. No lamentemos demasiado la suerte del autor. Podría ser presunción de nuestra parte el lamentarla como el celebrarla. Cada uno de nosotros lleva en sí el enigma de su propio destino, y se marcha con él. Esta alta personalidad hubiese dado sin duda frutos bellos. El más bello que dió en su breve paso por la tierra fueron estas cartas, surgidas *de profundis*, de lo hondo de su conciencia y de su hermoso corazón. Ellas bastan a revelarla, y a nuestra edificación y reconocimiento. Son ellas en verdad *edificantes*, como dijo Leopoldo Alas de una grande obra literaria, *Resurrección*, de Tolstoï. Esta no es una obra literaria, no es, en el sentido material, una obra: es la expresión de un ánimo desnudo en su casta y recóndita hermosura, casi inconsciente. Espectáculo eminente, bienhechor. Como ha escrito recientemente un crítico, Charly Clerc, "se aproxima la hora en que el público se cansará de narraciones de la guerra... Pero, aquellos al menos que no tomaron parte en ella, harán bien en instruirse aún con el espectáculo de la batalla y la cautividad... No se trata ya de alimentar la curiosidad..., *sino de saber mejor lo que han experimentado las almas en medio a lo más inmenso de la miseria humana.*"

He aquí, pues, el testamento, involuntario, y por ello más sagrado y precioso, de un alma superior. Esta alma, "en medio a lo más inmenso de la miseria humana," creció como una flor, y

(1) Subrayado por el traductor.

del fango y la sangre ambiente se alimentó, como una flor, para alzar su corola hacia el cielo. De millones de otras que pasaron por análogas pruebas nada hemos de saber jamás por ellas mismas. Se marcharon, con su misterio cada una, o continúan en esta vida, ignorante quizá de su propio misterio. Ellas hablan, sin embargo, más o menos confusamente, en rarísimos libros hasta ahora;—y el más poderoso acaso de ellos, en su dolor exasperado y su casi inaudita audacia, es *Clarté,* de Barbusse. En estas cartas un ser de *élite* y de excepción nos da, sin haberlo querido ni pensado, lo mejor de ella misma, y su ejemplo; y así, con mostrarse tan sólo, sin haberlo pensado ni querido, nos conforta y eleva a la vista de su vertiginosa altura, de su renuncia fuerte, de su clara y comunicativa belleza espiritual.

LUIS RODRÍGUEZ-ÉMBIL.

LOS EVANGELIOS

ANOTADOS POR LUIS ESTÉVEZ Y ROMERO

EL SANTO EVANGELIO (a)

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN S. MATEO (b)

CAPITULO I

1. Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.
2. Abraham engendró a Isaac. Isaac engendró a Jacob. Jacob engendró a Judas, y a sus hermanos.
3. Judas engendró a Thamar, a Phares, y a Zara. Phares engendró a Esron. Esron engendró a Aram.
4. Aram engendró a Aminadab. Aminadab engendró a Naason. Naason engendró a Salmón.
5. Salmón engendró de Rahab a Booz. Booz engendró de Ruth a Obed. Obed engendró a Jessé. Jessé engendró al rey David (1).
6. El rey David engendró a Salomón de la que fué *mujer* de Urias.
7. Salomón engendró a Roboam. Roboam engendró a Abias. Abias engendró a Asá.
8. Asá engendró a Josafat. Josafat engendró a Joram. Joram engendró a Ozias..(c)
9. Ozias engendró a Joatham. Joatham engendró a Achaz. Achaz engendró a Ezechías.
10. Ezechías engendró a Manases. Manases engendró a Amon. Amon engendró a Josías.
11. Josías engendró a Jechonias (d) y a sus hermanos cerca del tiempo de la transportación *de los judíos* a Babilonia.
12. Y después que fueron trasportados a Babilonia, Jechonias engendró a Salathiel. Salathiel engendró a Zorobabel.(e)

---

(1) Jessé no fué hijo de Obed: lo fué Isai. C. II v. 12, I de las Crónicas.

13. Zorobabel engendró a Abiud (f). Abiud engendró a Eliacim. Eliacim engendró a Azor.
14. Azor engendró a Sadoc. Sadoc engendró a Achim. Achim engendró a Eliud.
15. Eliud engendró a Mathan. Mathan engendró a Jacob.(g)
16. Y Jacob engendró a Joseph (h), el esposo de María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo. (véase este signo †)
17. Así son 14 todas las generaciones desde Abraham hasta David: y las de David hasta la trasportación *de los judíos* a Babilonia catorce generaciones: y también catorce las generaciones desde la trasportación a Babilonia hasta Cristo.(i)
18. Pero el nacimiento de Cristo fué de esta manera: Estando desposada su madre María con José, sin que antes hubieran estado juntos, se halló que había concebido en su seno *por obra* del Espíritu Santo.(j)
19. Mas José su esposo, siendo, como era, justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente.(k)
20. Estando él en este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José hijo de David, no tengas recelo en recibir a María tu esposa: porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo.(l)
21. Así que parirá un hijo a quien pondrás por nombre *Jesús:* pues él es el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados.(ll)
22. Todo lo cual se hizo en cumplimiento de lo que pronunció el Señor por el Profeta (m) que dice:
23. Sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo: a quien pondrán por nombre Emmanuel,(n) que traducido significa Dios con nosotros.(ñ)
24. Con eso Josef al despertarse, hizo lo que le mandó el Angel del Señor, y recibió a su esposa.(o)
25. Y no la conoció hasta que parió (p) su hijo primogénito:(q) y le puso el nombre de Jesús.(r) (s)

(a) Evangelio quiere decir "Buena Nueva", de modo que traducido este título en lenguaje vulgar se dirá "La santa y nueva doctrina de nuestro señor Jesucristo."

(b) La autenticidad de los Evangelios ha sido y es una cuestión muy debatida. Fausto, uno de los hombres más sabios del siglo III, decía: "Todo el mundo sabe que los Evangelios no han "sido escritos ni por Jesucristo ni por sus apóstoles, sino mucho "tiempo después por algunos desconocidos que, juzgando con ra- "zón no serían creídos narrando cosas que no habían visto, pu- "sieron al frente de sus narraciones nombres de apóstoles o de "hombres apostólicos contemporáneos." Burgny en su *Histoire*

des Apologistes de la religion chrétienne, Mosheim, *de Rebus christianorum;* Toland, *Nazarenus;* Beausobre, *Hist. du Manicheisme,* prueban que el origen preciso y terminante del cristianismo no es conocido y que los pretendidos testimonios de Flavio Josefo (Antig. jud. lib. 18 cap. 3) y de Tácito (Anales lib. 15 cap. 44) fueron interpolados por los tiempos del concilio de Nicea. Mr. Strauss en su *Vida de Jesús* pone también en duda su autenticidad. Prudhom dice *(Evangiles annotés)* que de muchas palabras puestas en boca de Jesús y de muchas partes de los evangelios se saca en consecuencia que éstos han sido hechos por lo menos medio siglo después de la muerte de Cristo y no en la fecha que se les supone. Renán cree que por el año 100, todos los libros del Nuevo Testamento estaban fijados casi en la forma en que hoy los leemos. Lardner sostiene que la redacción de los evangelios no baja del año 64.

No puede dudarse que en el I y II siglos muchos fueron los Evangelios que inundaron la iglesia y que casi ninguno concordaba con los demás, pues los heresiarcas Ebim (si es que existió), Cerintio, Marcion y Valentin fundaron su herejías en un evangelio cada uno; el primero en el que se decía era de S. Mateo, el segundo en el de S. Marcos, el tercero en el de S. Lucas y el cuarto en el de S. Juan: tampoco puede ponerse en duda que estos evangelios a su vez diferían de los que tenían los que se decían verdaderos cristianos, pues así lo atestiguan S. Ireneo y S. Jerónimo: es indudable también que hasta el concilio de Nicea en 325 no se decretaron como únicos Evangelios inspirados por el Espíritu Santo los cuatro que hoy poseemos y que para que así sucediera se recurrió a pedirle a Dios que practicase el milagro de hacer subir sobre el altar, mientras los padres del concilio oraban, los verdaderos evangelios entre los cincuenta poco más o menos que estaban en el suelo, lo que sucedió real y efectivamente. En vista de estos hechos puede asegurarse 1º que la autenticidad de los evangelios, desde el siglo I y principios del II, no es cosa probada: 2º que la diferencia entre el *Evangelio según S. Mateo* que seguía Ebim y el *Evangelio según S. Mateo* que seguían Ireneo, Jerónimo, etc., la que existía entre el de S. Marcos, seguido por Cerintio y el del mismo seguido por Ireneo, etc., la que existía entre el de S. Lucas seguido por Marción y el que se-

guían los primeros padres, y la que había entre el de S. Juan en que se apoyaba Valentín y el que seguían los Santos Padres de entonces, parecen demostrar que había evangelios de cuatro clases por lo menos, que estas cuatro clases eran según lo que habían dicho (o le atribuían haber dicho), Mateo, Marcos (o Pedro), Lucas y Juan: 3º que si estos mismos fueran los verdaderos autores no hubieran podido nacer las herejías citadas porque uno solo hubiera sido el manuscrito de su puño y letra, como uno solo es el Ramayana, el Zend-Avesta, el Mahabharatta, el Pentateuco, el Korán: Y 4º que si no hay más prueba para asegurar que los cuatro evangelios que poseemos son los *verdaderos inspirados por el Espíritu Santo,* que la del milagro verificado en el concilio de Nicea, nadie que esté en su cabal juicio le dará más crédito que a los milagros de Mahoma.

Que el nombre de evangelista que se le da a los cuatro santos precitados no prueba nada, porque según Act. XXI, 8, Efesos, IV, 11 y 2ª a Tim. IV, 5, eran evangelistas *todos los que predicaban la* vida, muerte y resurrección de Jesús. Que así como se dice evangelio de Mateo, de Marcos, etc., San Pablo (Ep. 2ª a Tim. II, 8) dice también *mi evangelio* (v. también 1ª, a Corintios, c. XV. 1). No hay que dudar de las cuatro clases de evangelios porque había ya al principio de la predicación de Pablo, discípulos de Pablo, de Apolo, de Cefas, de Cristo.

(c) Joram engendró a Ochozias: Ochozias fué padre de Joas: éste lo fué de Amasias y Amasias tuvo por hijo a Ozias o Azarias. Cap. III v. 11 y 12, I de las Crónicas. Se conoce que no conocía mucho la Biblia quien fabricó esta genealogía.

(d) Josías engendró a Joacim y éste a Jechonias. Cap. III v. 15 y 16, I de las Crónicas.

(e) Jechonias engendró a Asir y éste a Salatiel. I Cron. Cap. III v. 17.

(f) Los hijos de Zorobabel fueron Mosollan, Hananías, Salomith, Hasaba, Ohol, Barachias, Hasadias y Josabhesed. Abind no está citado. I Crónicas Cap. III v. 19-20.

(g) Desde Abind no se hallan en las Crónicas. I, Cap. III v. 19 y siguientes.

† Cristo es la palabra griega Χριστὸς que es la traducción de la voz hebrea Maschiah (Mesías) que significa *enviado;* por

tanto siendo en este capítulo donde únicamente se llama así a Jesús puede inferirse que, a excepción tal vez de la genealogía, es de una mano extraña, pues difícilmente Mateo pudo darle a su maestro el nombre de Cristo, cuando en vida nunca le llamaron así: y cuando terminantemente él se lo prohibió.

(h) El evangelista ha colocado aquí una genealogía fraguada a su antojo como la verdadera de Jesús, sin acordarse de que debió haber hecho la de María y no la de José para ser consecuente con lo que dice en seguida (v. 18) que José no fué padre de Jesús. El afán con que los discípulos y sectarios de Jesús quisieron aplicarle todas las profecías referentes al Mesías, con el objeto de quitarle al pueblo judío la esperanza del restaurador tan deseado, haciendo creer que Jesús lo había sido, hizo que se compusieran ésta y otra genealogía (la que pone S. Lucas, cap. III v. 23 y siguientes que es completamente distinta) para probar que descendía de David y que las Escrituras se habían cumplido. Pero admitamos que esta genealogía es de José, lo que es mucho para un oscuro carpintero, más aún: que es de Jesús, y ¿qué llegaría a probarse? Que él no llenó su cometido, que no cumplió sus deberes de Mesías, pues éste fué anunciado por los profetas y esperado por todo judío, como lo esperan hoy día, para restaurar la extinguida monarquía judaica y formar una gran nación como en los tiempos de David y no para destruir las antiguas preocupaciones y enseñar la verdad, que según el mismo Jesús (S. Juan, cap. XVIII v. 37) fué la misma que él se impuso. En el transcurso de estas notas se irá viendo que todas las profecías de los profetas no son más que las manifestaciones patrióticas y exaltadas de hombres, algunos de corazón y genio, otros de lo primero solamente, que esperan y prometen un porvenir sereno y feliz para la patria, tan cruelmente tratada como corrompida en sus sentimientos y costumbres, bajo el cetro de un noble rey imagen de su mejor y más querido soberano, David. Véanse cap. II y III del II Paralip. y c. III v. 23 y siguientes del evangelio de Lucas.

(i) El evangelista dice que desde Abraham a Jesús hubo 42 generaciones y S. Lucas cita 53. El libro II Paralipómenos (Crónicas) expresa (Cap. I v. 34. Cap. II v. 1 y siguientes hasta el 15 y Cap. III v. 1 hasta 16) que desde Abraham a Jechonias sola-

mente hubo 47. Las contradicciones son palpables: prueba evidente de la falsedad de las genealogías. Durante los tres primeros siglos, los Elionitas, Hebreos, Nazarenos, Taziano, Marcion desecharon las genealogías.

(j) De este versículo deducen Shœbel y algunos otros que María estaba encinta cuando se casó con José, y que así consta en el proceso de la muerte de Jesús, que fué enviado a Roma: Ananías (por sobrenombre Jesús) hijo de Pantes, soldado de una legión romana. Por mi parte considero que tal suposición no es admisible. Jesús fué hijo de María y de José y esta concepción por obra y gracia del Espíritu Santo fué creada, así como su resurrección, con las miras de hacer de él un ser divino o sobrenatural: opinión que empezó a cundir mucho tiempo después de su muerte, pues jamás sus discípulos lo juzgaron otra cosa que un hombre (Juan VIII-40 Act. cap. II ver. 22) como ellos, pero de inteligencia infinitamente superior a la suya, e inspirado por Dios. María se había casado con José y dice el evangelista que nunca habían estado juntos carnalmente, lo cual no es admisible porque cuando dos se casan su unión carnal es consecuencia lógica. La leyenda hubiera sido mucho mejor fraguada si se hubiera supuesto a María soltera, porque así todas las gentes se hubieran espantado más del milagro. Si Dios iba a nacer de una virgen, a qué buscar una mujer casada? Véase Mateo XIII, 55: XII, 46-50. Marcos VI, 3: Lucas II, 27, 33, 41, 43, 48: III, 23: IV, 22. Juan VI, 42.

(k) S. Lucas dice que María había sido advertida por Gabriel (Cap. I v. 26-38) de que iba a tener ese hijo del Espíritu Santo; ¿porqué José quiso repudiarla sabiendo que era obra de Dios y no de hombre?

(l) Si realmente José hubiera desconfiado de la virtud de su esposa ¿se hubiera conformado porque soñó que no le había sido infiel? Tal desconfianza no debió existir porque bien seguro estaba él de que el hijo que su mujer llevaba en sus entrañas era suyo. Si la aparición del ángel no hubiera sido en sueños sino real y efectivamente, hubiera podido tal vez pasar.

(ll) ¿Un niño así nacido y anunciado hubiera sido despreciado y juzgado por loco por su misma familia? (Marcos III ver. 21).

(m) Este profeta fué Isaías. Reinando Acaz en Judea, Razin

rey de Siria y Faceo rey de Israel se coligaron contra el primero, atacaron a Jerusalem, pero no pudieron tomarla. El pueblo estaba sobrecogido: entonces Isaías va a presencia de Acaz y le dice que no tema, que Dios está con él y que para confirmar sus palabras *antes que el niño que concebirá y parirá una virgen que llamarán Emmanuel* esté en edad de distinguir lo bueno de lo malo sus dos enemigos habrán muerto. Este dicho de Isaías, puramente de circunstancias, ha pasado a ser la profecía relativa al nacimiento de Jesús, sin fundamento de ninguna especie. El objeto de Isaías no fué otro que ponerle a Acaz un plazo a partir del día en que le habló y a terminar antes del día en que tuviese la edad del discernimiento un niño que hubiera nacido el mismo día en que fijó el plazo. El embozo y el doble sentido es carácter esencial de todas las profecías de los profetas de todos los países y tiempos. Dícenlo los oráculos de Grecia que jamás se equivocaban. Por lo demás nada sobrenatural dijo Isaías si consideramos que toda *mujer virgen puede concebir y parir un hijo;* lo difícil es quedar virgen después de la concepción y del parto: e Isaías no dijo tal cosa, sino sólo que toda virgen puede concebir y parir.

(n) Jesús nunca se llamó Emmanuel. Su nombre no fué otro que Jesús, que es una alteración de Josué muy común entonces.

(ñ) Isaías, cap. 7 ver. 14. Véase nota (m).

(o) Esta recepción de María por José se destruye por sí misma, pues hace suponer que hasta entonces ella no había estado en casa de su esposo, lo cual según el ver. 18 no es cierto.

(p) Los textos católicos traducen estas palabras de un modo completamente distinto al original hebreo: ellos ponen "Y sin haberla conocido dió a luz su hijo primogénito" con el objeto de hacer ver que José no conoció a María nunca. Bien claro se desprende del verdadero sentido de las palabras del original que *después de nacido Jesús, su padre siguió conociendo a su madre.* En el transcurso de estas notas se verá el número tan crecido de veces en que se dice terminantemente que Jesús tuvo hermanos y hermanas. En cuanto a suponer que José se casó con María y que vivía con ella al lado, solamente para contemplarla y no llenar los deberes de marido, es cosa que sólo la obcecación puede admitir. Ver Mat. XII, 46-50: XIII, 55-56. Marc. III, 31-35:

VI, 3. Luc. II, 7: VIII, 19-21. Juan II, 12: VII, 3. 5. 10. Act. I, 14 Gal. I, 19-1. Cor. IX, 51.

(q) La palabra primogénito arguye hijos posteriores. S. Lucas (cap. II v. 7) dice también que Jesús fué el primogénito de sus hermanos. A pesar de esto algunos dicen que los hebreos usaban de la palabra primogénito para significar también un unigénito, pero semejante opinión es muy pobre porque las palabras *unigénito* y *único hijo* las usan los evangelistas un crecido número de veces. (Véase Marcos, XII, 6, Lucas VII, 12: IX, 38. Juan I, 14-18: III, 16-18.)

(r) A ser cierto el cumplimiento de la profecía, José le hubiera puesto a Jesús el nombre que el profeta dijo, Emmanuel.

(s) No cabe la menor duda que este capítulo ha sido intercalado, menos la genealogía. En efecto desde el versículo 18 hasta el último se nota la obra de otra mano, pues todo su contenido está en contradicción notoria con la opinión del primitivo autor del Evangelio que cree simplemente que Jesús es hijo de José en el versículo 16 (Véase también cap. XIII ver. 55) y por tanto no pensó en hacerlo aparecer hijo del Espíritu Santo, esto es, sin padre.

CAPITULO II

1. Habiendo pues nacido Jesús en Bethlehem de Judá,(t) reinando Herodes, he aquí que unos magos vinieron de Oriente a Jerusalem,

2. preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? porque nosotros vemos en Oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle.

3. Oyendo esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalem.

4. Y convocando a todos los príncipes de los sacerdotes, y a los Escribas del pueblo, les preguntaban en dónde había de nacer el Cristo.

5. A lo cual ellos respondieron: en Bethlehem de Judá: Que así está escrito (u) en el Profeta.

6. Y tú Bethlehem, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las ciudades principales de Judá: porque de ti es de donde ha de salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel.

7. Entonces Herodes llamando en secreto a los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció:

8. Y encaminándolos a Bethlehem les dijo: Id, e informaos puntualmente de lo que hay de ese niño: y en habiéndolo hallado, dadme aviso, para ir yo también a adorarlo.

9. Luego que oyeron esto al rey, partieron: y he aquí que la estrella, que habían visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando sobre el sitio en que estaba el niño, se paró.

10. A la vista de la estrella se regocijaron por extremo.

11. Y entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrándose le adoraron, y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra.

12. Y habiendo recibido en sueños un aviso para que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino.

13. Después que ellos partieron, un ángel del Señor apareció en sueños a José diciéndole: Levántate, toma al niño, y a su madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise. Porque Herodes ha de buscar al niño para matarle.

14. Levantándose José tomó al niño y a su madre de noche: y se retiró a Egipto,

15. donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes: de suerte que se cumplió lo que dijo el Señor por boca del Profeta: Yo llamé de Egipto a mi hijo.(v)

16. Entretanto Herodes viéndose burlado de los magos, se irritó sobremanera, y mandó matar a todos los niños que había en Bethlehem, y en toda su comarca, de dos años abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los magos.

17. Vióse cumplido entonces lo que predijo el profeta Jeremías diciendo:

18. Hasta en Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: Es Raquel que llora sus hijos. Sin querer consolarse, porque ya no existen.(w)

19. Luego después de la muerte de Herodes, un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto,

20. diciéndole: Levántate y toma al niño, y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque han muerto los que atentaban a la vida del niño.

21. José levantándose tomó al niño y a su madre y vino a tierra de Israel.

22. Mas oyendo que Arquilao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá: y avisado entre sueños retiróse a tierra de Galilea.

23. Y vino a morar en una ciudad llamada Nazareth: cumpliéndose de este modo el dicho de los profetas: Será llamado Nazareno.(x)

(t) Eso no es cierto: la patria de Jesús es Nazareth. Bien terminante lo dice el primitivo autor en el cap. XIII ver. 54 y 57, lo cual hace suponer que todo este capítulo es una interpolación posterior a la obra primitiva, pues sólo así se explica una contradicción tan abierta. La idea de aplicarle a Jesús todos

los dichos de los profetas referentes al Mesías, (Ver Mat. XXI, 11: XXVI, 69. 71. 73. Mar. I, 24: VI, 1. 4: X, 47: XIV, 67. 70: XVI, 6. Luc. IV, 23, 24. 34: XXIV, 19. Juan I, 45. 46: VII, 27. 28. 41. 42. 52: XVIII, 5. 7: XIX, 18. Actas II, 22: III, 6: IV, 10: VI, 14: X, 38: XXII, 8: XXVI, 9: XXIV, 5, Luc. c. 18 v. 37: c. 22 v. 59 y c. 23 v. 6 y 7.) hizo, como ya hemos dicho, que poco a poco fueran acomodándolas cuantos se interesaban por hacerlo el Cristo o Mesías. Lo que destruye más por completo el viaje de José y María a Bethlehem es el empadronamiento ordenado por Quirino, pues éste tuvo lugar después de la disposición de Arquilao, esto es, diez años después de la muerte de Herodes, (Josefo, Ant. XVII, 13, 5: XVIII, I, 1: II, 1) con que así malamente pudo ser el nacimiento de Jesús en tiempo del empadronamiento de Quirino, pues ya tendría él 12 o más años.

(u) Micheas, cap. V, ver. 2. Miqueas, profeta de los tiempos de Joatan, Acaz y Ezequías, se lamenta como todos de las desgracias de la patria pero entrevé días felices tras tantos quebrantos y sufrimientos; así que esperanzado le dice a Jerusalem que no desespere por no tener rey digno, que confíe en Jehová pues *así como Bethlehem produjo a David, puede también salir de ella un nuevo David cuyos actos no desmerezcan en nada de los del gran rey, y que ese elegido* (mesías) *regirá a Israel entero y se sentará en el trono de sus antecesores.* Fácilmente se deduce de este como de todos los demás dichos de profetas que ninguno fué expresado sino en el sentido de que el Mesías había de ser un rey político, como lo entienden y esperan los judíos que viven hoy. Suponer lo contrario es controvertir el sentido de las palabras y atribuirles a los profetas, patriotas de corazón y mártires a veces por el amor a la patria y a sus antiguas glorias, ideas que ellos jamás concibieron ni podían concebir.

(v) Oseas cap. XI ver. 1.—Oseas existió en los tiempos de Ozias, Joatan, Acaz, Ezequías reyes de Judá, y en días de Jeroboam II rey de Israel. Su profecía no es más que una patética lamentación del inicuo comportamiento de Israel desde que se separó de Judá y así hace ver todos los favores y las gracias que Jehová otorgó al primero (unido al segundo) principiando por *su salida de Egipto a un llamamiento suyo* y concluye pidiéndole que se arrepienta y busque a Jehová.

(w) Jeremías, cap. XXXI ver. 15. Jeremías, el más patético lamentador de las desgracias de su pueblo, durante el cautiverio de Babilonia, escribió sus quejas y lamentaciones. Contemplando el estado de sus compatriotas dice que *Dios ha oído el llanto y los lloros de Rachel* (esposa de Jacob) *al ver el destino de sus hijos; pero que Jehová le dice que enjugue su llanto y que sus descendientes saldrán del poder de sus enemigos y volverán a su patria.* La cita de la profecía no es igual a como está el versículo de la Biblia que dice así: "Así dijo Jehová: voz fué oída en lo alto, "llanto o lloro de amarguras: Rachel que lamenta por sus hijos, "no quiso ser consolada de sus hijos porque perecieron." Como se ve no dice nada de "hasta en Rama se oyeron" y bien puede decirse que ni aun los que formaron los evangelios tenían certeza de lo que estaba en las Escrituras.

(x) Todo este capítulo es una pura leyenda cuyo valor histórico es de todo punto inadmisible, pues 1º hemos dicho ya que Jesús nació en Nazaret, Nota t del Cap. II (XIII, 54-58. Marc. VI, 1-6. Lucas IV, 23-24. Juan I, 45-46. VII, 27, 28, 41, 42). 2º los tres reyes Magos no pudieron venir de Oriente guiados por una estrella, porque ni los soles ni los planetas se pueden mover fuera de su órbita, 3º Herodes no pudo turbarse ni Jerusalem tampoco, puesto que ni un solo habitante ni un enviado suyo salió a ver al rey recienacido. 4º si Herodes se hubiera turbado, si Jerusalem se pasmó, si los príncipes de los sacerdotes y los escribas se reunieron en consejo ¿cómo después de este suceso en las permanencias de Jesús en Jerusalem nadie cita todo ese grandioso acontecimiento de magos, ángeles, pastores etc., y aseguran que Jesús es Galileo y lo creen impostor y lo crucifican? 5º Herodes siendo rey no hubiera necesitado de los magos para apoderarse de Jesús, ni los magos de Herodes por ir a Belén porque la estrella era el mejor guía. 6º Teniendo el rey bajo su mando guardias, soldados etc., con haber mandado tres o cuatro conseguía el niño rey. 7º La presencia de tres reyes extranjeros en Bethlehem hubiera hecho que todo el pueblo acudiese a ver a Jesús y quién sabe lo que hubiera hecho de él siendo su rey futuro tan anhelado. 8º La matanza de los inocentes no la refiere ningún historiador, ni el verídico e ilustrado Flavio Josefo. 9º Esta matanza la contradice la narración de Lucas (cap. II ver. 21, 22 y sigtes.)

en que dice que Jesús fué circuncidado al *octavo día* de su nacimiento y que su madre a los cuarenta días va a *Jerusalem a purificarse y a presentar su hijo al Señor en el templo,* con lo que se demuestra que ni Herodes se enfureció, ni Jerusalem se pasmó, ni hubo tal matanza de inocentes, ni hubo quien se ocupara del niño, ni la huída a Egipto se verificó tampoco. En cuanto a esto último, S. Lucas que es el evangelista que más habla sobre los primeros años de Jesús, no dice una sola palabra, antes al contrario, refiere que *después de la presentación del niño en el templo, María y José se vuelven con él a Nazaret donde crecía y se fortalecía; que todos los años sus padres bajaban a Jerusalem a celebrar la Pascua llevándolo con ellos, y que pasados los días de fiesta volvían a Nazaret:* lo que prueba terminantemente que la leyenda toda del capítulo 2º o no existía cuando Lucas escribió su evangelio (que la destruye por completo) o él la consideró absurda y sin fundamento y por tanto impropia de transcribirla.

CAPITULO III

1. En aquella temporada se dejó ver Juan Bautista (y) predicando en el desierto de Judea,

2. y diciendo: Haced penitencia: porque está cerca el reino de los cielos.

3. Este es aquel de quien se dijo por el profeta Isaías:(z) *Es* la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del señor: haced derechas sus sendas.

4. Traía Juan un vestido de pelos de camello, y un cinto de cuero a sus lomos: y la comida suya eran langostas y miel silvestre.(a)

5. Iban pues a encontrarle las gentes de Jerusalém, y de toda la Judea, y de toda la ribera del Jordán; (b)

6. y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados.(c)

7. Pero como viese venir a su bautismo muchos de los fariseos y saduceos,(d), díjoles: Oh! raza de víboras, ¿quién os ha enseñado huir de la ira que os amenaza?

8. Haced pues frutos dignos de penitencia.

9. Y dejaos de decir interiormente: Tenemos por padre a Abraham, porque yo os digo que poderoso el Dios para hacer que nazcan de estas mismas piedras hijos de Abraham.(e)

10. Mirad que ya la segur está aplicada a la raíz de los árboles. Y todo árbol que no produce buen fruto será cortado y echado al fuego.

11. Yo a la verdad os bautizo con agua para *moveros* a la penitencia; pero el que ha de venir después de mí, es más poderoso que yo, y yo no soy digno de llevarle las sandalias: él es quien ha de bautizaros en el Espíritu Santo y en el fuego.(f)

12. El tiene en sus manos el bieldo: y limpiará perfectamente su era: y su trigo le meterá en el granero, mas las pajas quemarálas en un fuego inextinguible.(g)

13. Por este tiempo vino Jesús de Galilea al Jordán en busca de Juan, para ser de él bautizado.(h)

14. Juan empero se resistía a ello, diciendo: ¿Yo debo ser bautizado de ti y tú vienes a mí?

15. A lo cual respondió Jesús, diciendo: Déjame hacer ahora; que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia. Juan entonces condescendió con él.(i)

16. Bautizado pues Jesús al instante que salió del agua, se le abrieron los cielos, y vió bajar el Espíritu de Dios a manera de paloma y posarse sobre él.

17. Y oyóse una voz del cielo que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia.(j)

(y) Juan Bautista ¿era o no pariente de Jesús? Si hemos de creer a S. Lucas (cap. I ver. 36) sí lo era; pero fácilmente se demuestra la falsedad de su opinión observando que siendo Zacarías, el padre de Juan, sacerdote, pertenecía a la tribu de Leví, de modo que ni él ni su mujer Isabel podían ser parientes de María que el mismo evangelista considera de la tribu de Judá (I, 27: II, 4). Pocas noticias tenemos acerca de la vida de este anacoreta; todo lo que se puede asegurar de él es que era *nazir,* esto es, que había hecho voto de abstinencia, que tomó por modelo a Elías, que esperaba el día anunciado por los profetas en que había de llegar el *reino de los cielos,* entendiendo por esta frase el *reinado del Mesías rey de Israel;* que incitaba a todos los que le oían a que hiciesen penitencia, confesaran sus pecados y se bautizasen (siguiendo en esto último la costumbre establecida en Oriente mucho tiempo antes de Moisés y que tomó grande impulso así que el *babismo* apareció) para ser acreedor a gozar de los bienes eternos que traía consigo la restauración definitiva de Israel bajo el cetro del último descendiente de David; que

llegó a adquirir una gran reputación por toda la Palestina, al nivel de la de los antiguos profetas, y que adquirió un crecido número de discípulos o sectarios cuyos restos subsisten aún hoy día con el nombre de *cristianos de San Juan* en la secta de los Mendaistas.

(z) Esta profecía que es la 6ª que cita el evangelista está algo adulterada, pues en el libro de Isaías cap. XL ver. 3 se lee así: "Voz que clama en el desierto: Barred camino a Jehová, enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios." Isaías, el más exaltado de todos los profetas o videntes, manifiesta con la mayor amargura los crímenes y las desgracias de su patria bajo Ozías, Joatán, Acaz y Ezequías y animado del ardiente deseo de ver el arrepentimiento en todos los corazones dice que "Dios está dispuesto a perdonar, que su voz clama barred, enderezad, y su gloria se manifestará así que todos anden por buen camino barrido y enderezado."

(a) Cualidades de asceta y *nazir,* opuestas a las de Jesús.

(b) Prueba de la fama que adquiría Juan: fama que llegó muy bien hasta Jesús.

(c) Las abluciones eran familiares a los judíos (Marc. VII, 3-4) y el bautismo se practicaba de tiempo atrás en los prosélitos que ingresaban en la religión judía. (Misehna, Beachin, VIII, 8).

(d) Los fariseos eran la secta más numerosa entre los judíos: toda la aristocracia pertenecía a ella. Representaban el verdadero judaísmo, el judaísmo ortodoxo, y eran por tanto los más estrictos observadores y fanáticos sostenedores de la Ley antigua, esto es del Pentateuco. La representación genuina de este partido se hallaba en Jerusalem. Los Saduceos, que negaban la resurrección y consideraban dañino a los dogmas el espíritu conservador de los fariseos, eran la secta que se levantaba por su importancia frente a frente de la anterior.

(e) Los fariseos por ser judíos puros como Abraham se imaginaban ser los más gratos a Dios; pero Juan los desengaña y les dice que el ser hijo de Abraham tan sólo no basta, que es necesario observen lo que él predica.

(f) Juan, siguiendo la corriente de las ideas de aquella época, se imaginaba que el advenimiento del Mesías no se haría esperar, que su reinado iba a comenzar presto; pero que, como antes de comenzar éste se procedería a juzgar quiénes eran y

quiénes no, los que merecían formar parte del reino, exhortaba a todos a que hiciesen penitencia, se arrepintiesen de sus pecados y practicasen el bien a fin de ganar méritos a los ojos de Dios y del rey que éste iba a enviar, y gozar así de la eterna bienaventuranza de un reino tan delicioso, cuyo nombre adecuado era *reino de los cielos*. Conviene de paso advertir que esta expresión hacía mucho tiempo que era familiar entre los judíos bajo la significación que acabamos de decir la entendía Juan. Para cerciorarse sobre este punto, basta leer todos los profetas. Véase además Luc. XXIV, 20-21: Juan VI, 14-15. id. I, 32, 68-75: II, 25-38. id. I, 49.

(g) Se imaginaba Juan el advenimiento del Mesías como el día del juicio final, en que los justos (el trigo) gozarían de vida y felicidad eternas y los pecadores (las pajas) serían condenados a las torturas mayores por no haberse arrepentido aun después de haber oído sus exhortaciones. Para Juan después del Mesías nadie cometería pecado, porque ya el pecado no existiría: el Mesías reinaría eternamente sobre hombres impecables y serían tan puros como que habrían de recibir de manos de su Mesías mismo un bautismo más eficaz que el suyo, con fuego y con espíritu de santidad perfecta.

(h) Este viaje lo hizo Jesús antes de darse a conocer, seguramente con el objeto de ver y oir a un hombre de tanta reputación y comparar sus ideas con las suyas propias para asociarse a él en el caso de que éstas fuesen idénticas. Siendo ya Jesús un hombre de treinta años es incuestionable que toda su doctrina que luego enseñó, la tenía ya arraigada en su alma de tal modo que ni Juan ni nadie hubieran podido arrancárselas. Este viaje para ver a Juan lo hizo solo tal vez y nada nuevo aprendió del Bautista, a no ser practicar el bautismo lo mismo que él, porque en nada influía un acto tan sencillo en el ánimo de los que pudieran aprovechar su palabra.

(i) No es cierto que Juan conociera a Jesús ni que sus predicciones se refirieran a éste, pues su mensaje dubitativo cuando a sus oídos llegaron los hechos de Jesús, demuestra claramente que no le conocía ni creía que éste pudiera ser el Mesías que se había él imaginado. Véase el cap. XI ver. 2 y 3 de este Evangelio y el cap. VII ver. 18, 19 y 20 de Lucas.

(j) Se comprende fácilmente que un suceso de esta naturaleza, capaz de pasmar al Universo entero, cual es 1º: el que los cielos existían visiblemente, 2º que se abran, 3º que Dios se convierta en paloma, 4º que se pose sobre un hombre aquí en la tierra, 5º que Dios tenga voz y 6º que hable anunciando *su hijo,* se comprende, repito, que pueda suceder salvo sus *pequeños* inconvenientes; pero lo que no se comprende es que Juan y *todo el concurso* que le rodeaba permaneciesen impasibles y que *nadie absolutamente nadie* refiriese semejante acontecimiento con el cual hubiera bastado para adorar a Jesús, espantar a toda la especie humana, derribar instantáneamente el paganismo y asentar la divinidad del artesano de Nazaret. S. Juan en su evangelio no dice tanto y asegura que *el Bautista "dijo" que él vió el prodigio* (cap. I, 32, 33.)

CAPITULO IV

1. En aquella sazón Jesús fué conducido del Espíritu *de Dios* al desierto para que fuese tentado por el diablo.

2. Y después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, tuvo hambre.

3. Entonces acercándose el tentador le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes.

4. Mas Jesús le respondió: Escrito está: No de sólo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

5. Después de esto le trasportó el diablo a la santa ciudad y le puso sobre lo alto del templo.

6. Y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Pues está escrito: Que te ha encomendado a sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos, para que tus pies no tropiecen contra alguna piedra.

7. Replicóle Jesús: También está escrito: No tentarás a Señor tu Dios.

8. Todavía le subió el Diablo a un monte muy encumbrado: y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos,

9. y le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorares.

10. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí Satanás: Porque escrito está: Adorarás al Señor Dios tuyo y a él solo servirás.

11. Con eso le dejó el Diablo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían. (k)

12. Oyendo después Jesús que Juan había sido encarcelado, retiróse a Galilea:

13. y dejando la ciudad de Nazareth, fué a morar en Cafarnaum, ciudad marítima, en los confines de Zabulón y Neftalí:

14. con que vino a cumplirse lo que dijo el profeta Isaías:

15. El país de Zabulón y el país de Neftalí, por donde se va al mar a la otra parte del Jordán, la Galilea de los gentiles,

16. este pueblo que yacía en las tinieblas, ha visto una luz grande: luz que ha venido a iluminar a los que habitaban en la región de las sombras de la muerte.(l)

17. Desde entonces empezó a predicar y decir: Haced penitencia: porque está cerca el reino de los cielos.(ll)

18. Caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando la red en el mar, (pues eran pescadores) (m)

19. y les dijo: Seguidme a mi y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres.

20. Al instante los dos, dejadas las redes le siguieron.

21. Pasando más adelante vió a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo y Juan su hermano recomponiendo sus redes en la barca con Zebedeo su padre: y los llamó.

22. Ellos también al punto dejadas las redes y a su padre, le siguieron.

23. E iba Jesús recorriendo toda la Galilea,(n) enseñando en sus sinagogas, y predicando el evangelio del reino *de los cielos:* y sanando toda dolencia y toda enfermedad en los del pueblo.

24. Por lo que corrió su fama por toda la Siria, y presentábanle todos los que estaban enfermos, y acosados de varios males y dolores, los endemoniados, los lunáticos, los paralíticos y los curaba:

25. e íbale siguiendo una gran muchedumbre de gentes de Galilea y Decápolis, y Jerusalem, y Judea, y de la otra parte del Jordán.

(k) En la época de la redacción de los Evangelios era fácil creer 1º en que una persona esté cuarenta días sin comer nada en uso de todas sus facultades, y en estado de salud perfecta, 2º que el diablo existía, 3º que baje a la Tierra, 4º que hable, 5º que conduzca a un hombre por los aires a una inmensa distancia sin ser vistos de nadie, 6º que lo sitúe en un monte desde cuya altura se divisen todos los reinos de la Tierra, 7º que los ángeles existan, 8º que tomen figura corporal, 9º que bajen a la Tierra y 10 que el diablo y los ángeles, concluídas sus tareas respectivas, se vuelvan el primero a su infierno y los segundos a los cielos.

Es de notar que S. Juan en su Evangelio contradice a los tres evangelistas sinópticos que refieren el suceso de la tentación, pues dice que a los *dos días* de haber dado Juan Bautista su testimonio, Jesús partió para Galilea. Podía objetarse que ya antes del testimonio ya Jesús había estado en el desierto o había sido tentado; pero los tres sinópticos convienen en que el bautismo y el testimonio fueron primero, después la tentación y pasada ésta partió Jesús a Galilea sin ver a Juan más veces.

(l) Esta profecía está algo adulterada, pues en el lib. de Isaías cap. IX ver. 1 y 2 se lee así: "1. Aunque no será esta "oscuridad semejante a la aflicción que le vino en el tiempo que "livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a "la tierra de Neftalí: ni después cuando agravaron por la vía del "mar de esa parte del Jordán en Galilea de las naciones. 2. Pue-"blo que andaba en tinieblas vió gran luz: los que moraban en "tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos." Isaías previene al pueblo (en tiempos de Acaz) que los enemigos vendrán y reducirán la tierra a desolación y así él (el pueblo) no verá más que tribulaciones y oscuridad, oscuridad que "no será "semejante a la aflicción que se produjo cuando los límites del "territorio se extendieron por vez primera hacia nuevas regiones "convirtiendo en luz lo que era tinieblas, pues no se consiguió "la alegría a pesar del aumento de la nación." (Ver. 1-2. 3.)

(ll) La predicación de Jesús comienza a partir de esta fecha: hasta entonces no había manifestado públicamente sus ideas según se colige de la conformidad sobre este punto de los tres evangelios sinópticos. No es cierto que él dijera "haced penitencia" en el sentido que Juan le daba a esta expresión. Para Jesús equivaldría a "reflexionad, entrad en razón, oid mi buena nueva." (V. Marcos cap. I, 15.)

(m) S. Juan dice (cap. I, 37, 38, 39, 40) que Andrés era discípulo del Bautista y que Jesús lo conoció y tomó por discípulo a orillas del Jordán cuando fué a recibir el bautismo de Juan y que Andrés allí mismo encontró a su hermano Simón Pedro (ver. 41 y 42) y se lo presentó a Jesús quien le puso el sobrenombre de Piedra (Cefas). De creer es que estos datos sean erróneos, pues más verosímil parece lo que dicen los dos primeros evangelistas porque se hace muy duro de creer que Marcos, que escribía

según lo que Pedro le decía, no supiera con certeza dónde éste siguió a Jesús. Semejante contradicción viene a dar un apoyo a la opinión de que el Evangelio de S. Juan no es de éste, pues si como dicen Mateo y Marcos, Jesús encontró a Pedro y Andrés pescando en el lago Tiberiades y un poco más adelante a Juan con su padre, hermano y jornaleros, es imposible creer que el mismo Juan hubiera escrito después una cosa tan distinta.

(n) La esfera de acción de Jesús fué siempre Galilea y sólo se dirigió a Jerusalem en épocas de sus fiestas, permaneciendo corto tiempo en ella y regresando a Galilea donde la escasez de fariseos, saduceos, doctores de la ley y demás enemigos suyos le permitía verificar su enseñanza tranquilamente y con un éxito mucho mayor que en Judea, foco del Mosaísmo y de oposición a todo lo que no fuera lo antiguo.

CAPITULO V

1. Mas viendo Jesús a todo este gentío,(ñ) se subió a un monte, donde habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos,

2. y abriendo su boca los adoctrinaba diciendo:

3. Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.

4. Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra.

5. Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados.

6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados.

7. Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.

8. Bienaventurados los que tienen limpio su corazón: porque ellos verán a Dios.

9. Bienaventurados los pacíficos: porque ellos serán llamados hijos de Dios.

10. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.

11. Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros.

12. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos: del mismo modo persiguieron a los profetas que ha habido antes de vosotros.

13. Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida ¿con qué se le volverá el sabor? para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada de las gentes.

14. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte:

15. ni se enciende la luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa.

16. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean nuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro padre que está en los cielos.

17. No penséis que yo he venido a destruir la ley, ni los profetas: no he venido a destruirla sino a darle su cumplimiento:

18. Que con toda verdad os digo que antes faltarán el cielo y la tierra, que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley hasta una sola jota o ápice de ella.

19. Y así el que violare uno de estos mandamientos por mínimos que parezcan, y enseñare a los hombres a hacer lo mismo, será tenido por el más pequeño en el reino de los cielos: pero el que los guardare y enseñare, ese será tenido por grande en el reino de los cielos..

20. Porque yo os digo que si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

21. Habéis oído que fué dicho a vuestros mayores: No matarás: y quien matare será condenado en juicio.

22. Yo os digo más: quien quiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare raca:(N) merecerá que le condene el concilio. Mas quien le llamare fatuo *(impío)*: será reo del infierno.

23. Por tanto si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti,

24. Deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano: y después volverás a presentar tu ofrenda.

25. Componte luego con tu contrario, mientras estás con él todavía en el camino; no sea que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue a las del alguacil; y te metan en la cárcel.

26. Asegúrote de cierto, que de allí no saldrás hasta que pagues el último maravedí.

27. Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No cometerás adulterio.

(N) Raca es la palabra hebrea |... (rik) cuya significación viene a corresponder en castellano con las palabras *vano, vacío, sin juicio.*

28. Yo os digo más: cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.

29. Que si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti; pues mejor te está el perder uno de tus miembros que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.

30. Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala, y tírala lejos de ti; pues mejor te está que perezca uno de tus miembros, que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno.

31. Hase dicho: Cualquiera que despidiere a su mujer, déle libelo de repudio.

32. Pero yo os digo: que cualquiera que despidiere a su mujer, si no es por causa de adulterio, la expone a ser adúltera; y el que se casare con la repudiada, es asimismo adúltero.

33. También habéis oído que se dijo a vuestros mayores: No jurarás en falso: antes bien cumplirás los juramentos hechos al Señor.

34. Yo os digo más, que de ningún modo juréis ni por el cielo, pues es el trono de Dios:

35. ni por la tierra, pues es la peana de sus pies, ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran rey:

36. ni tampoco juraréis por vuestra cabeza, pues no está en vuestra mano el hacer blanco o negro un solo cabello.

37. Sea, pues, vuestro modo de hablar, sí, sí: no, no: que lo que pasa de esto de mal principio proviene.

38. Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, y diente por diente.

39. Yo empero os digo que no hagáis resistencia al agravio: antes si alguno te hiere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra:

40. Y al que te quiere armar pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa:

41. y a quien te forzare a ir cargado mil pasos, ve con él otros dos.

42. Al que te pide, dale: y no tuerzas tu rostro al que pretende de ti algún préstamo.

43. Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo y tendrás odio a tu enemigo:

44. Yo os digo más: Amad a vuestros enemigos: haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian.

45. para que seáis hijos de vuestro padre celestial: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos: y llover sobre justos y pecadores.

46. Que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿no lo hacen así aun los publicanos?

47. Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos ¿qué tiene eso de particular? por ventura no hacen también esto los paganos?

48. Sed pues vosotros perfectos así como vuestro padre celestial es perfecto. (o)

(ñ) La palabra *gentío* debe tomarse en un sentido no tan lato como lo da a entender el último versículo del capítulo anterior, pues además de ser poco probable que al comenzar Jesús su predicación tuviera tal fama que ya venían muchedumbres de toda Galilea (Superior e Inferior) de toda la Perea y de toda la Judea (incluso de Jerusalem) para oirle, no se concibe que la policía de Herodes, con los recuerdos muy vivos aún de la sedición de Judas Ganlonita, permitiese andar de aquí para allá a más de tres, cuatro, seis, ocho o nueve mil personas en seguimiento de un hombre.

(o) Este capítulo, así como los dos siguientes forman un bellísimo poema que puede asegurarse que contiene las mismas palabras que pronunciara Jesús, pues a no dudarlo el mismo Mateo fué, como dice Papías, el que recopiló cuanto pudo de los discursos que oyó de boca de su maestro. La naturalidad y sencillez con que está escrito prueban patentemente que así mismo hablaría Jesús al pueblo y que frescas aún sus palabras en la mente de Mateo pudo éste legarnos los verdaderos sermones del Maestro nazareno, tan distintos por todos conceptos a los que cita el Evangelio de S. Juan, que no son otra cosa que lecciones de metafísica en que es perenne la argumentación, en que Jesús no hace más que hablar de sí y en que se deja traslucir más que nada el espíritu dominante de la época en que fué redactado, época que estaba echando los cimientos del gnosticismo. En breves palabras resumiremos las ideas contenidas en este capítulo. Para Jesús el reino de los cielos era muy distinto de lo que todos creían y esperaban: el reino de los cielos, según él, no era más que el estado social por excelencia, la unión de toda la humanidad por el solo vínculo del amor; todo hombre tiene en su mano el poder entrar en el reino de los cielos, basta que llene su alma de caridad: hagan todos los hombres esto y no hay necesidad de Mesías, ni de restauración de Israel: todos los hombres que amen con toda su alma son hijos de Dios: Dios es la bondad, es Padre de todos los que sean buenos: para ser Hijo de Dios basta amarle y el que ama a Dios no puede practicar otra cosa que no sea lo que la razón aconseja: el que no tenga vanidad, el que tenga mansedumbre, el que sufra, el que sea justo y equitativo, el que tenga misericordia, el puro de corazón, el amante de paz, el que es per-

seguido por ser justo, todos éstos forman parte del reino de los cielos y son por tanto hijos de Dios: cuando uno es maldito y perseguido por los que no quieren entrar en el reino de los cielos, confíe en que si perece, su padre Dios sabrá premiarlo en la otra vida. La humanidad es lo esencial, el todo de este mundo que habita, si no camina por la senda del bien ¿para qué sirve? Es la luz, es lo que vivifica este suelo ¿quién no sabe que la luz no se ha hecho para ocultarla e impedirle que brille, sino para que alumbre y esparza su esplendor por todos lados? Mi objeto no es destruir la ley existente ni quitaros las esperanzas que los profetas os han dado: mi doctrina corrobora la ley; pero la suple en muchos casos que ella no expresó. Yo no puedo oponerme a la ley ni a los profetas porque se cifran en lo mismo que yo (cap. VII ver. 12; cap. XII ver. 37-40): en el *amor a Dios y al prójimo:* no hay que esperar más día anunciado por los profetas que el día en que todos los hombres sin excepción amen a Dios y al prójimo como a sí mismos. En esto consiste mi buena nueva, la nueva creencia que quiero inculcar. Quien no hiciere observancia de este precepto e impidiese que otros lo observen no puede ser del reino de los cielos, quien lo practicare e hiciese practicar será hijo de Dios, porque es miembro del reino de los cielos. Los escribas y fariseos ¿son justos? no, porque bajo la salvaguardia de su nombre y de sus prácticas ridículas en que ostentan una devoción que están muy lejos de tener, cometen pecados y se hacen pasar por impecables. Pues los escribas y fariseos y los que los imiten no pueden formar parte del reino de los cielos. La ley dice: No matarás, y yo digo más: no tendrás ni siquiera ojeriza a nadie y primero es reconciliarse con el contrario que presentar una ofrenda en el altar. La ley dice: No cometerás adulterio, y yo digo: ni miréis a una mujer con mal deseo siquiera. La ley dice: El que repudie a su mujer déle libelo de repudio: yo digo: sólo por causa de adulterio puede uno repudiar a su mujer. La ley dice: No jurarás en falso, cumple los juramentos hechos al Señor: yo digo: no juréis nunca ni por el cielo que es el trono de Dios, ni por la tierra (que es el asiento de sus pies, ni por Jerusalem porque allí tiene su templo (cap. XXIII ver. 21) ni por vuestra cabeza que no es obra vuestra; decid solamente *si* o *no*. Se dijo en lo antiguo: ojo por ojo y diente por diente; yo

digo: al que te hiere una mejilla ponle la otra, al que te pide, dale. Se dijo también a vuestros mayores: Ama a tu prójimo, odia a tu enemigo: yo digo, ama a tu enemigo, haz bien al que te aborrece y reza por el que te persigue y calumnia y serás digno hijo de Dios el cual ha creado el sol para todos, aun para los malos. No tiene gracia amar al que ama y saludar al hermano, sino amar al que nos ama y saludar al que no nos saluda y entonces serás perfecto como tu padre Dios es perfecto.

CAPITULO VI

1. Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean: de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro padre (p) que está en los cielos.

2. Y así cuando das limosna, no quieras publicarla a son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles a fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

3. Mas tú cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha:

4. para que tu limosna quede oculta, y tu padre(p) que ve lo oculto, te recompensará.

5. Asimismo cuando oréis no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres: en verdad os digo, que ya recibieron su recompensa.

6. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar, entra en tu aposento y cerrada la puerta, ora en secreto a tu padre, y tu padre que ve lo secreto te premiará.

7. En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles: que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras.

8. No queráis pues imitarlos: que bien sabe vuestro padre lo que habéis menester antes de pedírselo.

9. Ved pues como habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu nombre.

10. Venga a nos tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.

11. El pan nuestro de cada día dánosle hoy.

12. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

13. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amén.

14. Porque si perdonais a los hombres las ofensas que cometen: también vuestro padre celestial os perdonará vuestros pecados.

15. Pero si no perdonáis a los hombres: tampoco vuestro padre os perdonará los pecados.

16. Cuando ayunéis, no os pongáis caritriste, como los hipócritas: que desfiguran sus rostros, para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo que ya recibieron su galardón.

17. Tú, al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu cara,

18. para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu padre, que está presente a todo lo que hay de secreto: y tu padre que ve en secreto te dará por ello la recompensa.

19. No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra: donde el orín y la polilla los consumen: y donde los ladrones los desentierran y roban.

20. Atesorad más bien para vosotros en el cielo: donde no hay orín ni polilla que los consuma: ni tampoco ladrones que los desentierren y roben.

21. Porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón.

22. Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado.

23. Mas si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará oscurecido. Que si lo que debe ser luz en ti es tinieblas: las mismas tinieblas ¿cuán grandes serán?

24. Ninguno puede servir a dos señores: porque obtendrá aversión al uno y amor al otro: o si se sujeta al primero mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

25. En razón de esto os digo, no os acongojéis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida, o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. Qué ¿no vale más la vida que el alimento; y el cuerpo que el vestido?

26. Mirad las aves del cielo, cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros: y vuestro padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas?

27. Y ¿quién de vosotros a fuerza de discursos puede añadir un codo a su estatura?

28. Y acerca del vestido ¿a qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo como crecen: ellos no labran ni tampoco hilan.

29. Sin embargo yo os digo que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió como uno de estos lirios.

30. Pues si una yerba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

31. Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos que comer y beber? ¿Dónde con qué vestirnos?

32. Como hacen los paganos los cuales andan tras todas estas cosas; que bien sabe vuestro padre la necesidad que de ellas tenéis.

33. Así que buscad primero el reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

34. No andéis, pues, acongojados por el día de mañana, que el día de mañana harto cuidado traerá por sí: bástele y a cada día su propio afán.(q)

(p) Justo es advertir desde ahora que Jesús llama a Dios *padre de todas las criaturas* tantas veces casi cuantas se ofrece hablar de él, y así no debe extrañarse que otras le llame *mi padre,* puesto que él participa también de ese derecho como todos los demás hombres. El nombre de *Dios* simplemente se oye de su boca un número de veces mucho mayor. A menudo emplea como sinónimo de *reino de los cielos* la expresión *reino de Dios.*

(q) Decía Jesús: no hagáis ostentación de practicar el bien, porque no cumplís más que con vuestro deber: las limosnas, hazlas a ocultas: cuando reces, hazlo donde nadie te vea, no tienes necesidad de sinagogas para rezar: basta para ello tu misma casa, tu rezo ha de ser sencillo y lo necesario nada más: dile a Dios esto: "Padre, bendito sea tu nombre, hazme merecedor del reino "de los cielos, impere eternamente tu voluntad, dame sustento "para hoy, perdóname que yo perdonaré y líbrame de hacer mal."

Al que perdona, Dios le perdonará, pero al que no perdona ¿cómo quiere que Dios le perdone? Practicad el ayuno sin informar a nadie ni darlo a entender, basta que lo sepa vuestro Padre, que es el único que debe saberlo: no os apeguéis al dinero, sed desprendidos ¿qué sacáis con amontonar y nada más que amontonar riquezas? Nada; exponeros a que os la quiten o la veáis consumir y olvidar todos vuestros más sagrados deberes sólo por ese afán que os ciega. ¡Cuánto mejor no haréis si vuestro primer deseo es siempre practicar el bien para agradar a Dios y no ocuparos en tener riquezas sin pensar en hacer el bien! No hay mejor tesoro que un corazón lleno de caridad. Tened presente que uno no puede dedicarse esclusivamente a dos cosas, porque lo que resulta es o que gusta hacer una y no la otra, o que si hace la primera descuida y abandona la segunda: así pues, nadie que ama a las riquezas puede dedicarse a amar a Dios como es debido. El excesivo amor a Dios y al bien no es defecto: el amor al oro es la negra avaricia. No andéis afanosos por el porvenir, ocupaos del presente y estaréis tranquilos: buscad ante

todo el modo de impregnar vuestra alma de caridad y justicia y todo lo demás es accesorio a esto. ¿No veis como los pájaros no siembran, ni siegan ni tienen graneros y sin embargo Dios ha puesto la yerba, los árboles, la tierra para que cuando los necesiten vayan a buscar en ellos su alimento? Pues bien, otro tanto ha hecho Dios con vosotros: os ha puesto a vuestro alcance eternamente medios para que vayáis y busquéis lo necesario para cada día, así es que no tenéis razón en andar quejumbrosos por el mañana. ¿No veis como los lirios no hilan y sin embargo nadie puede ostentar vestido más lindo que el suyo? Pues bien, Dios asimismo ha puesto a nuestro alcance todos los medios para que podáis vestir sin necesidad de tener preocupada la imaginación en lo que habéis de poneros en el porvenir, sino en buscar lo suficiente para el presente y así no sufriréis congojas y pesares.

CAPITULO VII

1. No juzguéis a los demás si queréis no ser juzgados.
2. Porque con el mismo juicio que juzgaréis, habéis de ser juzgados: y con la medida que midiereis, seréis medidos vosotros.
3. Mas tú ¿con qué cara te pones a mirar la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?
4. O ¿cómo dices a tu hermano: Deja que yo saque esa pajita de tu ojo: mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo?
5. Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás como has de sacar la mota del ojo de tu hermano.
6. No deis a los perros las cosas santas ni echéis vuestras perlas a los cerdos, no sean que las huellen con sus pies y se vuelvan contra vosotros y os despedacen.
7. Pedid y se os dará: buscad y hallaréis: llamad y os abrirán.
8. Porque todo el que pide recibe: el que busca halla, y al que llama se le abrirá.
9. ¿Hay por ventura alguno de vosotros que, pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra?
10. O que si le pide un pez le dé una culebra?
11. Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar buenas cosas a vuestros hijos. ¿Cuánto más vuestro padre celestial dará buenas cosas a los que se las pidan?
12. Y así haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros. Porque esta es la ley y los Profetas.
13. Entrad por la puerta angosta; porque la puerta ancha y el ca-

mino espacioso son los que conducen a la perdición y son muchos los que entran por él.

14. Oh! qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida; y qué pocos son los que atinan con ella.

15. Guardaos de los falsos Profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces:

16. por sus frutos lo conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos, o higos de las zarzas?

17. Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos; y todo árbol malo da malos frutos.

18. Un árbol bueno no puede dar malos frutos: ni un árbol malo darlos buenos.

19. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego.

20. Por sus frutos pues, los podéis conocer.

21. No todo aquel que me dice: Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

22. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor! ¿pues no hemos nosotros profetizado en tu nombre y lanzado en tu nombre los demonios y hecho muchos milagros en tu nombre?

23. Mas yo entonces los protestaré: Jamás os he conocido: apartaos de mí operarios de la maldad.

24. Por tanto cualquiera que escucha estas mis instrucciones y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra,

25. y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la casa, mas no fué destruída; porque estaba fundada sobre piedra.

26. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy, y no las pone por obra, será semejante a un hombre loco que fabricó su casa sobre arena:

27. cayeron las lluvias y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fué grande.

28. Al fin, habiendo Jesús concluído este razonamiento, los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina.

29. Porque su modo de instruirlos era con cierta autoridad, y no a la manera de sus escribas y fariseos.(r)

(r) Decía Jesús: No juzgues los actos de los demás si no quieres que juzguen los tuyos, y si los juzgas a tu modo, soporta que el juzgado haga otro tanto: Si quieres reprender sé irrepensible: aquello que más queráis no lo expongáis a que os lo profanen: si queréis que os den, pedid primero; si queréis encon-

trar, buscad primero: si queréis que os acojan, llamad primero: ¿alguno de vosotros es capaz de dar una piedra al hijo que le pide pan? Pues si vosotros que sois nada comparados a Dios dais cuando os piden los necesitados, con cuanta más razón vuestro Padre os dará cuanto le pidáis lo necesario? Haced a los demás lo que quisierais que hiciesen con vosotros y así cumpliréis con la ley y los Profetas que en suma no dijeron otra cosa. El camino del bien es angosto, id por él y no por el del mal que es espacioso, como que brinda los mayores deleites y aparta de la mente todas las ideas de caridad y justicia y hace que uno ni se acuerde de ellas si sólo piensa en gozar por todos los medios posibles. Precaveos de las doctrinas y opiniones de ciertos hipócritas que blasonan de mansos y humildes; no hagáis lo que os digan. Observadlos atentamente y veréis que sus obras no son buenas porque ellos no lo son; así como las zarzas no producen higos, ellos no pueden enseñar nada bueno. Después de todo esto que os he dicho réstame advertiros que para formar parte del reino de los cielos, para ser un hijo verdadero de Dios, para adquirir el nombre de caritativo, no bastan palabras, no; es preciso hechos, obras conformes al deseo de vuestro Padre. Así el día de la resurrección de todos, como yo también estaré presente serán escogidos los que oyeron y practicaron, pero no los que oyeron y no practicaron. Los que ponen en práctica mis instrucciones llenarán su alma de caridad y nunca podrán ser malos; pero los que no lo ponen en planta tendrán su alma vacía e imposible será que practiquen la virtud. Fácilmente se comprenderá que un pueblo ignorante y abyecto al oir un discurso cuyas ideas democráticas trazan el ideal más perfecto del hombre y equiparan los pequeños a los grandes, no hallase palabra con que alabar y admirar la doctrina de un hombre que apartándose del orden de cosas existentes la enseñaba sin otra autoridad que la suya propia y no como los Escribas y Fariseos que no consideraban que uno pudiese pensar por sí sino que era preciso seguir la ley de Moisés sin intentar (ay! del que lo intentase) modificarla ni un ápice ni pensar nada nuevo, sino sólo lo dicho por Moisés.

CAPITULO VIII

1. Habiendo bajado Jesús del monte, le fué siguiendo una gran muchedumbre de gentes:

2. en esto, viniendo a él un leproso, le adoraba, diciendo: Señor, si tú quieres puedes limpiarme.

3. Jesús extendiendo la mano le tocó, diciendo: Quiero. Queda limpio. Y al instante quedó curado de su lepra.

4. Y Jesús le dijo: Mira que no lo digas a nadie; pero ve a presentarte al sacerdote, y ofrece el don que Moisés ordenó, para que les sirva de testimonio.(s)

5. Y al entrar en Cafarnaum le salió al encuentro un centurión y le rogaba,

6. diciendo: Señor, un criado mío está postrado en mi casa paralítico, y padece muchísimo.

7. Dícele Jesús: Yo iré y le curaré.

8. Y le replicó el centurión: Señor, no soy yo digno de que tú entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra, y quedará curado mi criado.

9. Pues aun yo que no soy más que un hombre sujeto a otros, como tengo soldados a mi mando, digo al uno: Marcha, y él marcha: y al otro: Ven y viene, y a mi criado haz esto y lo hace.

10. Al oir esto Jesús mostró grande admiración, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que ni aun en medio de Israel he hallado fe tan grande.

11. Así yo os lo declaro, que vendrán muchos del Oriente y del Occidente y estarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos:

12. mientras que los hijos del reino serán echados fuera a las tinieblas: allí será el llanto y el crugir de dientes (t)

13. Después dijo al centurión: vete, y sucédate conforme has creído. Y en aquella misma hora quedó sano el criado.(u)

14. Habiendo después Jesús ido a casa de Pedro, vió a la suegra de éste en cama, con calentura:

15. y tocándole la mano, se le quitó la calentura: con eso se levantó luego de la cama y se puso a servirles.(v)

16. Venida la tarde, le trajeron muchos espirituados; y con su palabra echaba los espíritus; y curó a todos los dolientes:

17. Verificándose con eso lo que predijo el profeta Isaías, diciendo: Él mismo ha cargado con nuestras dolencias; y ha tomado sobre sí nuestras enfermedades.(w)

18. Viéndose Jesús cercado de mucha gente, dispuso pasar a la ribera opuesta del lago *Genezaret.*

19. Y arrimándosele cierto escriba, le dijo: Maestro,(x) yo te seguiré adonde quiera que fueres.

20. Y Jesús le respondió: Las raposas tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza.(y)

21. Otro de sus discípulos le dijo: Señor permíteme que antes vaya a dar sepultura a mi padre.

22. Mas Jesús le respondió: Sígueme tú y deja que los muertos entierren a sus muertos.(z)

23. Entró pues en una barca acompañado de sus discípulos:

24. y he aquí que se levantó un tempestad tan recia en el mar, que las ondas cubrían la barca, mas Jesús estaba durmiendo.

25. Y acercándose a él sus discípulos le despertaron diciendo: Señor, sálvanos que perecemos.(a)

26. Díceles Jesús: ¿De qué teméis, oh! hombres de poca fe? Entonces puesto en pie mandó a los vientos y al mar (b) y siguióse una gran bonanza.(c)

27. De lo cual asombrados todos los que estaban allí, se decían: ¿Quién es éste que los vientos y el mar le obedecen?

28. Desembarcado en la otra ribera del lago en el país de los Geresanos, fueron al encuentro de él, saliendo de los sepulcros, dos endemoniados tan furiosos que nadie osaba transitar por aquel camino.(d)

29. Y luego empezaron a gritar diciendo: ¿Qué tenemos que ver contigo, oh! Jesús Hijo de Dios? ¿Has venido acá con el fin de atormentarnos antes de tiempo?

30. Estaba no lejos de allí una gran piara de cerdos paciendo.

31. Y los demonios le rogaban de esta manera: Si nos echas de aquí envíanos a esa piara de cerdos.

32. Y él les dijo: Id. Y habiendo ellos salido entraron en los cerdos; y he aquí que toda la piara corrió impetuosamente a despeñarse por un derrumbadero en el mar; y quedaron ahogados en las aguas.

33. Los porqueros echaron a huir; y llegados a la ciudad lo contaron todo y en particular lo de los endemoniados.

34. Al punto toda la ciudad salió en busca de Jesús, y al verle, le suplicaron que se retirase de su país.(e)

(s) El evangelista en todo el curso de su evangelio no cita más que dos milagros hechos por Cristo en presencia del pueblo, que no fueron curas de enfermos (las dos reparticiones de unos pocos panes entre miles de personas). Aunque también cita algunos otros milagros y prodigios atribuídos a Jesús, fueron hechos *solamente en presencia de los discípulos.* Los milagros de Jesús son milagros porque así han querido hacerlo sus biógrafos y los entusiastas que así lo juzgaban: lo que Jesús hacía no era nada sobrenatural, era simplemente lo natural. Este leproso que a él

acude lleno de fe, le pide que lo cure: Jesús le da una esperanza de que pronto sanará, le dice que tal o cual cosa lo curará, le habla con dulzura y bondad y ya este hombre cree no estar enfermo o que al menos su curación es segura. Si así no fuese no es concebible que todo el pueblo que seguía y veía a Jesús necesitase más prueba para asentar *unánimemente* su poder divino que tal como lo dice el evangelista hubiera sucedido la cura del leproso. Llegar éste, decirle a Jesús que lo cure y por una palabra suya quedar a los dos segundos el leproso sin la menor huella de lepra. ¿Se necesita más para dar por sentado la divinidad de un hombre? Sea quien fuere el que presencie un hecho de esta especie ¿no quedará pasmado y proclamará ante el mundo entero el poder divino del hombre que ha obrado el milagro?

(t) ¿Diría estos dos versículos Jesús? ¿Están acordes con las ideas que él tenía del *reino de los cielos?* No. Parece probable que el autor haya encajado aquí su propia opinión, que era la general, la que todos tenían.

(u) La misma explicación que dimos a la cura del leproso damos aquí. El centurión da por cierto que su criado sanará porque Jesús le diría que confiase, que no desesperase, que creyese, y se retira con esa convicción. El evangelista participó de esa misma.

(v) Jesús teniendo ya intimidad con la familia de Pedro y conociendo ella su inmensa bondad ¿no era natural que aun su presencia bastase para ocasionar alivio a una mujer del pueblo no acostumbrada a oir la dulzura de la palabra de Jesús en nadie más que en él?

(w) Isaías en el capítulo LII se dirige a Jerusalem dándole esperanzas de que nunca más se verá hollada por enemigos: después en el capítulo siguiente la personifica y la llama *siervo de Jehová* y le dice que ella (como la capital que es) ha sufrido siempre por todo el reino de Judá: ella es la que ha pagado siempre y ha cargado siempre con la culpa de todos sus habitantes. Así es que en uno de los versículos (4) le dice: "Ciertamente "nuestras enfermedades él las llevó y él sufrió nuestros dolores: "y nosotros le tuvimos a él por azotado, herido y abatido de Dios." La cita del evangelista, como se ve, discorda algo.

(x) Los escribas, fariseos, saduceos y demás personas que no eran de las filas del pueblo llamaban a Jesús *Maestro* y él gustaba que lo llamasen así más que de cualquier otro modo.

(y) Jesús, cuya doctrina hería de frente a los fariseos, no quiere tener por compañero uno de ellos, cuyas intenciones, de presumir era, no fuesen las mejores al querer participar de la confianza de su más abierto opositor.

(z) Si es verdad que esto lo dijo Jesús y no es obra del evangelista o de algún glosador, no puede negarse que lo diría en un momento de exaltación y en que no pensaba más que en ver a su alrededor el mayor número posible de adeptos a su doctrina.

(a) No se concibe que durante una tempestad tan furiosa en que el agua empapaba toda la barca, pudiera estar Jesús durmiendo *a popa sobre un catezal* (Marc. IV, 38.)

(b) ¿Era propio del carácter dulce y melancólico de Jesús hacer la más insignificante demostración de encantador o hechicero? Puede asegurarse sin temor de equivocación que no. No debe uno olvidar por un momento que la biografía y hechos de Jesús los debemos a gentes pobres, oscuras, sin letras e ignorantes en sumo grado; por tanto se comprenderá fácilmente que las dos terceras partes de los actos y rasgos del carácter de Jesús los trazan los primitivos biógrafos tal como su escasa imaginación los podía concebir y explicar. Así no es de extrañar que imaginándose ellos a Jesús un mágico, exorcista y curandero, con la mejor buena fe desfigurasen el original que debió ser biografiado, para nuestra mayor fortuna, por una pluma digna y competente.

(c) Jesús al ver el temor de los que le acompañaban, con esa serenidad y presencia de ánimo de que tantas pruebas dió después, les haría cobrar ánimo, les observaría que todo pasaría pronto, que el remolino del viento no duraría mucho; y al ver los discípulos que sus predicciones salieron ciertas y creídos de llevar consigo un mágico o encantador, no creen en otra cosa sino que cuanto hace Jesús es milagro, aun aquello que en otras circunstancias les pareciera lo más natural del mundo. ¿No sucede hoy otro tanto entre el vulgo de todos los países?

(d) El evangelio de Marcos que con toda probabilidad está escrito según los recuerdos de Pedro, no dice sino que había allí

un solo endemoniado. Debemos por tanto dar más crédito a lo que dice éste, tanto porque según confesión del mismo Mateo aún no había sido llamado por Jesús al apostolado (V. capítulo siguiente ver. 9) y por consiguiente él no estuvo presente y sí Pedro, como porque es el evangelista que más se complace en multiplicar los milagros y en presentarlos con mayores proporciones, como más adelante veremos.

(e) Era entonces creencia general que las personas que padecían de accidentes nerviosos, ataques catalépticos, etc., tenían un demonio dentro del cuerpo y las dejaban vagar por los campos llegando la mayor parte de ellas a perder, las más de las veces, el juicio. No es de extrañar, porque hoy sucede así, que Jesús acercándose a ellos y hablándoles con su natural bondad y dulzura consiguiera siempre o casi siembre calmar a los atacados y reducir por medio de suaves razones a que dejasen esa vida errante y miserable a los monomaníacos, hipocondríacos y lunáticos que tan abundantes eran entonces en todo el país y que infundían un horror extraordinario. Es por tanto fácil de creer que Jesús tuviese el don especial, (por su palabra, su semblante, sus razonamientos) de apaciguar y reducir a esos desgraciados que todo el mundo miraba como bestias salvajes y de cuya presencia casi todos huían. Por lo que toca a los cerdos, si es verdad que los había allí a pesar de ser cosa inmunda para los judíos, puede suponerse que si huyeron y cayeron en el lago fué porque él o los *endemoniados,* haciendo lo que acostumbra toda persona cuyo juicio está dislocado, los ahuyentaron y persiguieron; y así supondrían los compañeros de Jesús que los demonios se habían apoderado de los cerdos y dejado a los hombres. Dando por sentado que Jesús hubiera sido tal que se creyese a sí mismo con el don de ahuyentar y cambiar de residencia a los demonios ¿era creíble en él un acto de crueldad tan grande como fué el de ahogar a inofensivos animales? De suponer era que los habitantes de Gadara, que habían seguramente oído ya la fama de mágico que el vulgo daba a Jesús, y al oir a los porqueros que daban por seguro que éste había hecho que los puercos se ahogasen, no gustasen tener en su territorio un brujo de esa especie.

CAPITULO IX

1. Y subiendo en la barca, repasó el lago y vino a la ciudad de su residencia *(Cafarnaum)*.

2. Cuando he aquí que le presentaron un paralítico postrado en un lecho. Y al ver Jesús su fe, dijo al tullido: Ten confianza hijo, que perdonados te son tus pecados.

3. A lo que ciertos escribas dijeron luego para consigo: Este blasfema.

4. Mas Jesús viendo sus pensamientos dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?

5. Que cosa es más fácil, el decir: Se te perdonan tus pecados; o el decir: Levántate y anda?

6. Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados, levántate: dijo al mismo tiempo al paralítico: toma tu lecho y vete a tu casa.

7. Y levantóse y fuese a su casa.(f)

8. Lo cual viendo las gentes quedaron poseídas de temor, y dieron gloria a Dios, por haber dado tal potestad a los hombres.(g)

9. Partido de aquí Jesús, vió a un hombre sentado al banco *de los tributos,* llamado Mateo. Y le dijo: sígueme. Y él levantándose le siguió.

10. Y sucedió que estando Jesús a la mesa en la casa, vinieron muchos publicanos y gentes de mala vida, que se pusieron a la mesa a comer con él y con sus discípulos.(h)

11. Y al verlo los Fariseos, decían a sus discípulos: ¿Cómo es que vuestro Maestro come con publicanos y pecadores?

12. Mas Jesús oyéndolo les dijo: No son los que están sanos, sino los enfermos los que necesitan de médico.

13. Id pues a aprender lo que significa: Más estimo la misericordia que el sacrificio: Porque los pecadores son, y no los justos a quienes he venido yo a llamar.(i)

14. Entonces se presentaron a Jesús los discípulos de Juan y le dijeron: ¿Cuál es el motivo por qué ayunando frecuentemente nosotros y los Fariseos tus discípulos no ayunan?(j)

15. Respondióles Jesús: ¿Acaso los amigos del esposo pueden andar afligidos mientras el esposo está con ellos? Ya vendrá el tiempo en que les será arrebatado el esposo, y entonces ayunarán.(k)

16. Nadie echa un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo: de otra suerte rasga lo nuevo parte de lo viejo y se hace mayor la rotura.

17. Ni tampoco echan el vino nuevo en pellejos viejos: porque si esto se hace revienta el pellejo y el vino se derrama y piérdense los cueros. Pero el vino nuevo échanlo en pellejos nuevos y así se conserva lo uno y lo otro.(l)

18. En esta conversación estaba, cuando llegó un hombre principal y

adorándole le dijo: Señor, una hija mía está a punto de morir; pero ven impón tu mano sobre ella y vivirá.

19. Levantándose Jesús le iba siguiendo con sus discípulos.

20. Cuando he aquí que una mujer, que hacía ya doce años que padecía un flujo, flujo de sangre, vino por detrás y tocó el ruedo de su vestido.

21. Porque decía ella entre sí: Con que pueda solamente tocar su vestido me veré curada.

22. Mas volviéndose Jesús y mirándola dijo: Hija ten confianza, tu fe te ha curado. En efecto, desde aquel punto quedó curada la mujer.(ll)

23. Venido Jesús a la casa de aquel hombre principal, y viendo a los tañedores de flautas y el alboroto de las gentes decía:

24. retiraos: pues no está muerta sino dormida. Y hacían burla de él.(m)

25. Mas echada fuera la gente, entró y la tomó de la mano. Y la niña se levantó.

26. Y divulgóse el suceso por todo aquel país.(n)

27. Partiendo Jesús de aquel lugar, le siguieron dos ciegos (ñ) gritando y diciendo: hijo de David, ten compasión de nosotros.

28. Luego que llegó a casa, se le presentaron los ciegos. Y Jesús les dijo: ¿Creéis que yo pueda hacer eso que me pedís? Dícenle: sí, Señor.

29. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Según vuestra fe así os sea hecho.

30. Y se les abrieron los ojos: mas Jesús los conminó diciendo: mirad que nadie lo sepa.(o)

31. Ellos sin embargo al salir de allí lo publicaron por toda la comarca.(p)

32. Salidos éstos le presentaron un mudo endemoniado.

33. Y arrojado el demonio, habló el mudo, y las gentes se llenaron de admiración y decían: Jamás se ha visto cosa semejante en Israel.(q)

34. Los fariseos al contrario decían: Por arte del príncipe de los demonios, expele los demonios.(r)

35. Y Jesús iba recorriendo todas las ciudades y villas enseñando en sus sinagogas y predicando el evangelio del reino *de los cielos,* y curando toda dolencia y toda enfermedad.

36. Y al ver aquellas gentes se compadecía entrañablemente de ellas, porque estaban mal paradas y tendidas como ovejas sin pastor.(s)

27. Sobre lo cual dijo a sus discípulos: La mies es verdaderamente mucha; mas los obreros pocos.

38. Rogad pues al dueño de la mies que envíe a su mies operarios.(t)

(f) Si tal como aquí se cuenta pasó la cura del paralítico ¿qué más se necesitaba para asegurar que Jesús era un ser so-

brenatural? ¿el concurso de personas que le rodeaban juzgaban lo más natural del mundo un hecho tan pasmoso?

(g) Vuelvo a repetir con particular insistencia que si aquellas gentes no veían más que un hombre en el autor de éste y los anteriores prodigios que narra el evangelista; es incompatible semejante incredulidad entre personas que creían en demonios, ángeles, fantasmas y en el inmenso catálogo de milagros que leían en el Antiguo Testamento. Si hoy en pleno siglo XIX sucediera que un hombre hiciera levantar a un verdadero paralítico de su lecho, sin tocarlo siquiera, verificado el hecho ante todas las Academias de sabios del Universo, todas, a pesar de la incredulidad que hoy reina, convendrían en que el autor es un ente sobrenatural.

(h) La casa de Mateo estaría en Cafarnaum según se deduce de la lectura de los tres sinópticos. Mateo o Leví, hijo de Alfeo era publicano, esto es, cobrador de impuestos o contribuciones y tanto él como todos los de igual oficio eran mirados con repugnancia y hasta con desprecio, porque entre los hebreos el impuesto era un crimen. Tan era así que cuando Judas Gaulonita se levantó algunos años antes de entrar Jesús en su vida pública, su levantamiento no tuvo otra causa, pues, decía él, que no habiendo más amo que Dios, sólo a éste y a nadie más se le debía diezmos. No es de extrañar por tanto, que los publicanos y cuantos a ellos se reuniesen fueran llamados *gentes de mal vivir.*

(i) Esta respuesta de Jesús es magnífica. Dijo él: "Me uno con estos hombres porque a ellos es a quienes tengo que instruir y hacer buenos y no a los justos que no lo necesitan: los justos están ya dentro del reino de los cielos, ya lo poseen y en cuanto a la costumbre establecida de que nadie debe juntarse ni comer con publicanos, sabed que vale más el tener misericordia y amar a todos igualmente que regirse por preocupaciones sin fundamento; en mi opinión vale más un acto de misericordia, que un sacrificio en el altar."

(j) Jesús, como se ve, disentía de Juan en el apego que éste les tenía a los ritos y demás actos del culto interior de la ley Mosaica.

(k) La respuesta de Jesús se explica fácilmente. "Acaso oyendo los que me escuchan están en ayunas? no se hartan de

mis palabras? Yo no estoy por el ayuno como ustedes lo practican: mis discípulos ayunarán el día que yo les falte, puesto que no oirán mi voz y a la fuerza tendrán que ayunar de palabras mías.

(l) En estos dos versículos publica Jesús que siendo *nueva* su doctrina no podía enseñarla a los que observaban rígidamente las antiguas tradiciones, y de ahí que él buscase hombres sencillos, sin principios arraigados y fáciles de seguir sus ideas que eran una protesta a las existentes entre los ilustrados de entonces.

(ll) Otro milagro. No insistiremos ya más en explicar por qué estos hechos que en sí serían los más naturales han pasado a ser sobrenaturales. La cura de la mujer no fué más que la creencia suya de que sanaría tirando el vestido de un hombre que el pueblo suponía brujo. Si así no hubiera sido, aquel pueblo con pruebas tan palpables del poder divino de Jesús ¿por qué no creyó?

(m) Ni el escéptico más refinado de este siglo XIX es semejante a aquel populacho que rodeaba a Jesús. ¡Burlarse después de la cura portentosa o milagrosa de la mujer, que acababa de verificarse con sólo tocar la orla del vestido de Jesús!

(n) Para explicar este hecho debe tenerse presente que según el versículo 18 la niña no estaba muerta. Sentado esto se comprenderá fácilmente que Jesús sobresaliendo en demasía sobre la generalidad de sus compatriotas podía muy bien haber observado y estudiado el tratamiento y curación de ciertas enfermedades, tanto por el deseo de ser útil a sus semejantes como obedeciendo a un vivo deseo de saber todo cuanto pudiera para enseñar a aquel pueblo tan ignorante y abyecto. Conviene además saber que la medicina estaba entonces en Oriente puede decirse que en pañales, pues los que curaban no eran más que curanderos y eso muy rudimentarios. Aun hoy los médicos en Oriente no son hombres de ciencia sino *practicones* que ejercen la profesión como un oficio al cual han saludado apenas. ¿Es pues de extrañar que Jesús supiera curar ciertas enfermedades de los ojos, oídos, etc., con asombro de aquella turba que ni pensar sabía?

(ñ) Mateo en su empeño de multiplicar los hechos milagrosos de Jesús pone aquí dos ciegos, lo mismo que en el cap. VIII ver. 28 pone dos endemoniados y en el XX ver. 30 cita también

dos ciegos cuando Marcos en los capítulos V ver. 2, VIII ver. 22, X ver. 46 habla de un solo individuo. Lucas sigue a Marcos. Cap. VIII ver. 27 y X ver. 35.

(o) ¿Quién no sabe que los ciegos pueden estarlo por muchas causas y que algunas de éstas son curables? Debe comprenderse, desde luego, que el hecho pasaría con proporciones naturales y no como lo escribió el evangelista.

(p) El empeño con que Jesús aquí y en otras ocasiones (véase por ejemplo C. VIII ver. 4 y Marcos, cap. V, 13: VII, 36: VIII, 26.) prohibe a los que cura que lo digan y publiquen, demuestra patentemente que sólo hacía esas curas por practicar el bien y no para que creyesen que él era un ente sobrenatural ni para apoyar la doctrina que él enseñaba. Jesús se condolía de que lo tomasen por mago o hechicero. Véase si no cap. XVIII, 16 y en Marcos cap. I, 45.

(q) Es de creer que el mutismo del hombre sería o voluntario por una monomanía, o fácil de corregir por consistir en una ligera imperfección de la lengua tal vez. De uno y otro modo ¿no era fácil a Jesús hacer hablar a aquel desgraciado?

(r) El fariseo consideraba fuerte argumento contra Jesús, que tan abierta oposición le hacía, decir que por tener *pacto* con el demonio hacía las curas que practicaba. Tal vez lo creía así de buena fe, toda vez que no podía suponer de parte de Dios al que trataba de combatir su ley contenida en el Antiguo Testamento.

(s) El alma amante de Jesús no podía menos que entristecerse al dirigir la vista por todos lados en su pobre Galilea y no hallar más que ignorancia, fanatismo, abyección.

(t) Y tenía sobrada razón. El pueblo era mucho, él solo o cuando más sus apóstoles eran los que enseñaban, y por eso exclamaba: ¡Quiera Dios que muchos abracen mi doctrina para que haya mayor número de enseñadores!

CAPITULO X

1. Después de esto, habiendo convocado a sus doce discípulos, les dió potestad para lanzar los espíritus inmundos y curar toda especie de dolencias y enfermedades. (u)

2. Los nombres de los doce Apóstoles son éstos: El primero Simón, por sobrenombre Pedro, y Andrés su hermano,

3. Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano, Santiago hijo de Alfeo, y Tadeo,

4. Simón el Cananeo, y Judas Iscariote el mismo que lo vendió.(v)

5. A estos doce envió Jesús, dándoles las siguientes instrucciones: No vayáis a tierra de gentiles, ni tampoco entréis en poblaciones de Samaritanos:(w)

6. mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel.

7. Id pues y predicad diciendo: que se acerca el reino de los cielos.

8. Y curad enfermos, resucitad muertos,(x) limpiad leprosos, lanzad demonios: dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido.

9. No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos:

10. ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, ni tampoco palo: porque el que trabaja merece que le sustenten.

11. En que cualquiera ciudad o aldea en que entraréis, informaos quién hay en ella que sea digno de alojaros: y permaneced en su casa hasta vuestra partida.

12. Al entrar en la casa la salutación ha de ser: La paz sea en esta casa.

13. Que si la casa lo merece vendrá vuestra paz a ella; mas si no la merece vuestra paz se volverá con vosotros.

14. Caso que no quieran recibiros, ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de tal casa o ciudad sacudid el polvo de vuestros pies.

15. En verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio que no la tal ciudad.

16. Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por lo tanto habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

17. Recataos empero de los hombres. Pues os delatarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas:

18. y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio de mí a ellos y a las naciones.(y)

19. Si bien cuando os hicieren comparecer no os dé cuidado el cómo o lo que habéis de hablar; porque os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir:

20. puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro padre, el cual habla por vosotros.

21. Entonces un hermano entregará a su hermano a la muerte, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir:

22. y vosotros vendréis a ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien persevere hasta el fin ese se salvará.(z)

23. Entretanto cuando en una ciudad os persigan huid a otra. En verdad os digo que no acabaréis *de convertir* a las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre.(a)

24. No es el discípulo más que el maestro ni el siervo más que su amo:
25. baste al discípulo el ser como su maestro; y al criado como su amo. Si al padre de familias le han llamado Belzebúb: ¿cuánto más a sus domésticos?
26. Pero por eso no les tengáis miedo. Porque nada está encubierto que no se haya de descubrir; ni oculto que no se haya de saber.(+)
27. Lo que os digo de noche, decidlo a la luz del día; y lo que os digo al oído predicadlo desde los terrados.(b)
28. Nada temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma: temed al que puede arrojar el alma y el cuerpo al infierno.(c)
29. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto; y no obstante ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro padre?
30. Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.
31. No tenéis pues que temer: valéis vosotros más que muchos pájaros.(d)
32. En suma: a todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi padre que está en los cielos:
33. mas a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi padre que está en los cielos:(e)
34. No tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz, a la tierra no he venido a traer la paz, sino la guerra;
35. Pues he venido a separar el hijo de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra:
36. y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa.
37. Quien ama al padre o a la madre más que a mí no merece ser mío; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, tampoco merece ser mío.(f)
38. Y quien no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí.
39. Quien conserva su vida la perderá; y quien perdiere su vida por amor mío la volverá a hallar.
40. Quien a vosotros recibe a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a aquel que me ha enviado.
41. El que hospeda a un profeta en atención a que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda a un justo en atención a que es justo, tendrá galardón de justo.
42. Y cualquiera que diese de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra, no perderá su recompensa.

(+) La palabra *Cristo* está aquí empleada por única vez desde el cap. 2º

(u) El haber transmitido esta potestad Jesús a sus discípulos revela que les enseñó de qué modo habrían de tratar los enfermos nerviosos, etc. y que no era propio suyo el curar, pues cualquiera podía hacer otro tanto que él.

(v) Los nombres de los apóstoles comparando los cuatro evangelistas son los siguientes: Simón (por sobrenombre Pedro), su hermano Andrés, Santiago y Juan hijos de Zebedeo, Felipe, Nataniel Bar-Tolmai (hijo de Tolmai o Tolomeo), Tomás, Mateo o Leví, hijo de Alfeo, Santiago y Judas Tadeo, hijos de Alfeo, Simón el Cananeo y Judas, natural de Kerioth (Iscariote) hijo de Simón. Todos ellos menos este último eran galileos. Kerioth estaba en la tribu de Judá cerca de Hebron: hoy se llama Kuryetein o Kereitein.

(w) Si Jesús dijo esto no parece probable que se contradijera tan abiertamente en el cap. 28 ver. 19. Es lo más cierto creer que el evangelista puso aquello que no dijo Jesús para apoyar la opinión de que Jesús había venido sólo para los judíos, opinión que algún tiempo después de la muerte de él, motivó una profunda división entre sus sectarios (v. Act. cap. XI, XV y XXI) y que era defendida con tesón por los nacidos en Judea y Galilea. No es creíble que Jesús, que nos dejó la bellísima parábola del Samaritano (Luc. cap. X ver. 30 y sigs.) pensase nunca en dejar de enseñar a todos los hombres igualmente. Marcos VI, 7 y sigs. y Lucas IX, 3 y sigs. y X, 2 y sigs. no dicen nada de lo que expresa Mateo sobre esta prohibición.

(x) El evangelista lleva el poder milagroso de Jesús hasta el extremo de trasmitirles a sus discípulos la potestad de resucitar muertos, lo cual no dicen ni Marcos, ni Lucas ni Juan. Este afán del autor es excesivo, pues en la enumeración de los milagros de Jesús, deja muy atrás a los otros evangelistas. Por lo demás, no se comprende que teniendo los apóstoles la facultad de *resucitar muertos* no pudieren cierta ocasión, como lo dice el mismo autor en el cap. XVII ver. 15 curar un *endemoniado.*

(y) Si Jesús dijo esto no pudo decir lo que contiene el ver. 5.

(z) El entusiasmo de Jesús por ver realizada su idea rayaba en frenesí de tal suerte que, sosteniendo el principio de que *el fin justifica los medios,* disculpa todo, absolutamente todo, hasta la

muerte de un padre, una madre, con tal de que sea por sostener y perseverar en las creencias que él esparcía.

(a) La fe que Jesús tenía en la pronta realización de su obra le hace decir esto al comenzar su tarea; pero lastimosamente se engañaba y en los últimos meses de su vida, el desengaño, el desaliento, la tristeza, el pesar es lo que revela su alma a cada paso, como observaremos más adelante. Jesús, como todo idealista e innovador veía su plan bajo un prisma tan solamente cual era su bondad; pero no alcazaba a ver los obstáculos tremendos que tenía en contra suya, cuales eran toda la humanidad y las leyes inquebrantables de su desenvolvimiento pasado y armónico.

(b) Si Jesús dijo esto no se concibe que para transfigurarse se ocultara y amenazase terminantemente que dijesen que él era el Cristo o Mesías. Consecuencia de esto es (como lo probaremos) que Jesús no se transfiguró y que al prohibir a sus discípulos que dijeran que él era el Mesías lo hacía porque ni creía en el Mesías ni podía consentir que hicieran de él un jefe de partido, sedicioso o rebelde que alborotaba al pueblo para hacerse rey, pues Mesías y rey de los judíos eran expresiones sinónimas.

(c) Entre obedecer a los malos y a Dios ¿quién no se decide por éste?

(d) Si Dios tiene cuenta hasta de los cabellos vuestros ¿no estará al tanto de lo que hacéis por servirle y no os premiará debidamente?

(e) Es incuestionable que Jesús se creía, como todos los profetas sus antecesores, con una misión que cumplir dada por Dios, y por tanto pensaba que él lo distinguía como a aquellos y que no podía menos que hacerle el primero de todos los que comprendiesen la verdadera caridad, según él la comprendía y enseñaba. Para probar esto, basta leer Lucas IV ver. 18, 19, 20 y 21, Juan c. VIII ver. 40, Act. II, 22: X, 38: Romanos VIII, 11, 14. 28, 29. 30.

(f) No hay que poner en duda que los largos razonamientos de Jesús según este evangelista, son la mayor de las veces retazos añadidos, pues basta leer los otros dos sinópticos y se notarán esparcidas en distintos capítulos las piezas que constituyen estas instrucciones, por ejemplo. Así estos tres versículos lo mismo que los 21 y 22 no fueron dichos seguramente en esta ocasión

sino mucho después cuando el desengaño y el desaliento se apoderaron de Jesús. V. Marcos XIII, 12 y 13: Luc. XXI, 16 y 17.

CAPITULO XI

1. Como hubiese acabado de dar estas instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en las ciudades de ellos. (g)

2. Pero Juan habiendo en la prisión oído las obras de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle:

3. Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro? (h)

4. A lo que Jesús le respondió: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto.

5. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, (i) se anuncia el evangelio a los pobres:

6. bienaventurado aquel que no tomare en mí ocasión del escándalo. (j)

7. Luego que se fueron éstos empezó Jesús a hablar de Juan y dijo al pueblo: ¿Qué es lo que salisteis a ver en el desierto? ¿Alguna caña que a todo viento se mueve?

8. Decidme si no ¿qué salisteis a ver? ¿a un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que visten así en palacios de reyes están.

9. En fin ¿qué salisteis a ver? ¿a algún profeta? Eso sí, yo os lo aseguro y aun mucho más que profeta.

10. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envío mi ángel ante tu presencia el cual irá delante de ti disponiéndote el camino. (k)

11. En verdad os digo que no ha salido a luz entre los hijos de las mujeres alguno mayor que Juan Bautista: si bien el que es menor en el reino de los cielos es superior a él. (l)

12. Y desde el tiempo de Juan hasta el presente el reino de los cielos se hace fuerza: y los valientes son los que le arrebatan.

13. Porque todos los profetas y la ley hasta Juan pronunciaron lo porvenir; (m)

14. y si queréis entenderlo él mismo es aquel Elías que había de venir. (n)

15. El que tiene oído para entender, entiéndalo. (ñ)

16. Mas, ¿a quién compararé yo esta raza de hombres? Es semejante a los muchachos sentados en la plaza que dando voces a sus compañeros

17. dicen: Os hemos entonado cantares alegres y no habéis bailado: cantares lúgubres y no habéis llorado.

18. Así es que vino Juan que no come ni bebe y dicen: Está poseído del demonio.
19. Ha venido el Hijo del Hombre que come y bebe y dicen: He aquí un glotón y un vinoso, amigo de publicanos y gentes de mala vida. Pero queda la sabiduría justificada para con sus hijos.(o)
20. Entonces comenzó a reconvenir a las ciudades donde se habían hecho muchísimos de sus milagros, porque no habían hecho penitencia.(p)
21. Ay de ti Corazain! ay de ti Betsaida! que si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio.
22. Por tanto os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio que vosotras.
23. Y tú Cafarnaum piensas acaso levantarte hasta el cielo? serás, sí, abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en ti, Sodoma quizás subsistiera aún hoy día.
24. Por eso te digo que el país de Sodoma en el día del juicio será con menos rigor que tú castigado.(q)
25. Por aquel tiempo exclamó Jesús diciendo: Yo te glorifico, Padre, Señor de cielo y tierra; porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeñuelos.
26. Sí, Padre, por haber sido de tu agrado que fuese así.
27. Todas las cosas las ha puesto mi padre en mis manos. Pero nadie convenció al hijo, sino al Padre: ni conoció ninguno al Padre sino al Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo.
28. Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré.
29. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis el reposo para vuestras almas.
30. Porque suave es mi yugo y ligero el peso mío.(r)

(g) Las ciudades de los apóstoles eran Cafarnaum, Betsaida y tal vez Corazain. Siguiendo Jesús el viejo refrán de que *nadie es profeta en su patria* envía a sus discípulos a otros pueblos mientras él se queda en sus habituales poblaciones.

(h) Este mensaje de Juan prueba de la manera más evidente que su testimonio asegurando que Jesús era el Mesías en las riberas del Jordán, es una pura invención para darle a éste todos los rasgos mesiánicos. ¿Es creíble que Juan sabiendo de antemano por el mismo Dios que Jesús era el Cristo, habiéndolo anunciado y habiéndolo visto y bautizado fuese a expresar su duda después de todo esto? ¿Cómo es posible creer que Juan habiendo reconocido ya al Mesías tuviese discípulos aparte de los

de Jesús y ni él ni ellos diesen muestra de adoptar las opiniones de éste ni de aceptarlo *ipso facto* como Mesías a partir del día del bautismo?

(i) ¿Diría esto Jesús cuando sólo la hija de Jairo, que se deduce del mismo texto no estaba muerta, hasta entonces había sido la única persona que juzgó el populacho resucitada? ¿Pudo Jesús decir *resucito a los muertos* por un hecho aislado con proporciones de milagroso y que de lo primero que trató al verificarlo fué de que absolutamente a nadie dijeran que él había resucitado a un muerto?

(j) La respuesta que Jesús da a Juan tiene un valor inapreciable. En ella se notan varias cosas, 1º que Jesús no cree en el Mesías ni menos se hace pasar por él, 2ª que es solamente un hombre que hace el bien y que enseña una doctrina nueva a los que están en la pobreza, sobre todo en la de espíritu, y 3ª que será bienaventurado el que acoja su proceder y no se escandalice de él; por tanto Juan Bautista no debe escandalizarse de su proceder aunque él no sea el Mesías según lo esperaban Juan y todos los demás hijos de Israel. Más adelante probaremos todo esto.

(k) Malaquías, cap. III v. 1 dice: "He aquí que yo envío "mi mensajero el cual barrerá el camino delante de mí; y luego "vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis; y el men-"sajero del concierto a quien vosotros deseáis: He aquí que viene, "dijo Jehová de los ejércitos." Malaquías en su profecía se pronuncia terriblemente contra los sacerdotes que se han vuelto impíos a pesar de que Jehová hizo del sacerdote un *mensajero suyo;* pero dice al pueblo Jehová *enviará sacerdotes buenos que preparen como es debido el culto de él, Dios único.*

(l) Basta lo que hemos dicho acerca de las ideas de Juan, para comprender estas palabras de Jesús. Este decía: Juan espera la restauración del antiguo reino de Israel por el Mesías de Dios; yo enseño que no hay que esperar esa utopía sino formar el verdadero estado social modelo; luego el que cree y hace lo que yo, supera a Juan porque no se alimenta de sueños.

(m) Al hablar así Jesús establece una línea de separación excesivamente marcada, entre el tiempo anterior y el posterior a Juan Bautista. Hasta Juan, incluso él, el imperio tejido de la

ley moisaica y de los dichos de los profetas y por tanto el reinado de las antiguas tradiciones, costumbres, ritos, etc y la esperanza en un Mesías: desde Juan, es decir, desde que él, (Jesús) enseña habrá de reinar su doctrina, es decir, la *buena nueva,* antítesis en mucho de las viejas creencias, y nada de esperar un Mesías, porque esto no es más que la revolución social que yo inicio.

(n) Jesús no pudo decir eso. Este versículo es pura obra del autor, que para reunir sobre la persona de Jesús todos los rasgos mesiánicos posibles pone estas palabras en su boca, que claramente no admite Lucas, quien escribía su evangelio teniendo a la vista el de Mateo y muchos otros. V. VII, 24-35 de Lucas.

(ñ) Este versículo es seguramente una especie de paréntesis del autor para llamar la atención sobre lo de que Juan era Elías y viene a corroborar la opinión emitida en la nota anterior. Otro paréntesis de igual género se nota en el cap. XXIV ver. 15.

(o) Jesús en dos palabras dice que no sabe qué cosa quiere el pueblo que lo ha visto nacer. A Juan no lo quiere porque del mismo modo que al ayuno es apegado a lo antiguo, y a él tampoco porque hace lo contrario que Juan. ¡Tristes consideraciones para un hombre que esperaba otro resultado diametralmente opuesto al que veía por todos lados!

(p) Las palabras *no habían hecho penitencia* quieren decir que no habían aceptado la doctrina de Jesús y dejado sus antiguas creencias.

(q) Estas recriminaciones a Corazain, Betsaida y Cafarnaum, las poblaciones donde más moraba Jesús, prueban patentemente las exageraciones del evangelista cada vez que asegura que *los pueblos* creían en Jesús por el solo hecho de sus milagros, pues no tenía Jesús entonces *muchos miles de partidarios* cuando ni en los pueblos de su habitual residencia contaba con un número regular, ni los milagros que el evangelista presenta como tales parecen tener ni aun mediana aceptación por aquellos que los veían hacer y sentían sus efectos.

(r) Estos seis versículos aparecen intercalados aquí, posteriormente, pero desde luego se comprende puedan ser palabras de Jesús, salvo el 27, que tiene un sabor muy marcado del evangelio de Juan. Para probar esto basta tan sólo leer todo el presente

evangelio con detención y se verá que ni una sola vez el autor dice así en sentido absoluto la palabra *Hijo,* sino siempre Hijo del Hombre. Además, este evangelio es el que trata por excelencia de Jesús como un hombre y no se concibe que en este versículo pretendiera por única vez decir algo misterioso sobre la persona de Jesús. Ultimamente el estilo de toda la obra llano, claro y vulgar en extremo, demuestra que los tales versículos son de otra mano y de otra época más posterior a las primitivas opiniones acerca de Jesús.

CAPITULO XII

1. Por aquel tiempo (s) pasando Jesús en el día de sábado por unos sembrados, sus discípulos teniendo hambre empezaron a coger espigas y comer los granos.
2. Y viéndolo los fariseos, le dijeron: Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado.
3. Pero él les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que le acompañaban se vieron acosados del hambre;
4. ¿cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no era lícito comer a él ni a los suyos, sino a sólo los sacerdotes?
5. O no habéis leído en la ley, cómo los sacerdotes, en el templo trabajan en el sábado y con todo eso no pecan?
6. Pues yo os digo, que aquí está uno que es mayor que el templo.
7. Que si vosotros supiérais bien lo que significa: Más quiero la misericordia, que no el sacrificio: jamás hubiérais condenado a los inocentes.
8. Porque el Hijo del Hombre es dueño aún del sábado. (t)
9. Habiendo partido de allí entró en la sinagoga de ellos,
10. donde se hallaba un hombre que tenía seca una mano; y preguntaron a Jesús para acusarle. ¿Si era lícito curar en día de sábado?
11. Mas él les dijo: ¿Qué hombre habrá entre vosotros, que tenga una oveja y si cae ésta en una fosa en día de sábado no la levante y saque fuera?
12. ¿Pues cuánto vale más un hombre que una oveja? Luego es lícito el hacer bien en día de sábado. (u)
13. Entonces dijo al hombre: Extiende esa mano: Extendióla y quedó tan sana como la otra. (v)
14. Mas los fariseos en saliendo, se juntaron para urdir tramas contra él y perderle. (w)
15. Pero Jesús entendiendo esto se retiró: y muchos le siguieron, y a todos ellos los curó:

16. previniéndoles fuertemente que no lo descubriesen.(x)

17. Con lo cual se cumplió la profecía de Isaías, que dice:

18. Ved ahí el siervo mío, a quien yo tengo elegido, el amado mío, en quien mi alma se ha complacido plenamente. Pondré sobre él mi espíritu y anunciará la justicia a las naciones.

19. No contenderá con nadie, no voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas:

20. no quebrará la caña cascada, ni acabará de apagar la mecha que aún humea, hasta que haga triunfar la justicia:

21. y en su nombre pondrán las naciones su esperanza.(y)

22. Fuéle a la sazón traído un endemoniado, ciego, y mudo, y lo curó de modo que comenzó a hablar y ver.

23. Con lo que todo el pueblo quedó asombrado y decía: ¿Es éste tal vez el Hijo de David?(z)

24. Pero los fariseos oyéndolo decían: Este no lanza los demonios sino por obra de Beelzebub príncipe de los demonios.

25. Entonces Jesús penetrando sus pensamientos,(a) díjoles: Todo reino dividido en facciones contrarias, será desolado; y cualquiera ciudad o casa dividida en bandos no subsistirá.

26. Y si Satanás echa fuera a Satanás es contrario a sí mismo.

(s) Manera de ligar los episodios muy común en los cuatro evangelios.

(t) Cada respuesta de Jesús a los fariseos es un golpe mortal a la ley antigua. En la presente respuesta les dice él que si David tuvo derecho para violar un precepto de la ley y si los sacerdotes de esa misma ley la violan igualmente no pecando a pesar de Moisés y de su ley, él, que tiene una doctrina diametralmente opuesta y que la considera inmensamente superior a la de ellos, esclavos del templo, no peca porque proclame en alto que valen más las buenas obras en cualquier circunstancia que todas las ceremonias, solemnidades y preceptos del culto, pues los actos del hombre a impulsos del bien o inocentes de maldad, no deben ser restringidos ni limitados por nada ni por nadie, sea la ley, sea la costumbre quien los restrinja. ¿Un día solemne es impedimento para que el hombre no obedezca los impulsos de su razón?

(u) Otra respuesta que corrobora lo que acabamos de decir en la nota anterior. ¿Se concibe que los fariseos estuvieran tranquilos ante tantos golpes contundentes que recibían?

(v) No debemos insistir más en la explicación de estos he-

chos pintados con todos los colores de un milagro; pero que en realidad no tuvieron más proporciones que las naturales.

(w) La actitud de los fariseos fué lógica consecuencia de la de Jesús. Era imposible que el judaísmo puro a cuya cabeza marchaban los fariseos, tolerase a Jesús y de aquí nació la persecución contra este hombre sublime hasta que concluyó en la cruz. En el transcurso de estas notas se notará el incremento tan rápido de esta persecución al principio insignificante y a la sordina y después terrible y convertida en asunto de lesa-nación.

(y) Isaías, cap. 42 ver. 1, 2, 3 y 4. La cita de este pasaje está algo adulterada. El original dice así: "1. He aquí mi siervo, reclinarme he sobre él: escogido mío en quien mi alma toma contentamiento: puse mi espíritu sobre él, dará juicio a las naciones. 2. No clamará, ni alzará, ni hará oir su voz en las plazas. 3. No quebrará la caña cascada ni apagará el pabilo que humeare, sacará el juicio a la verdad. 4. No se cansará ni desmayará hasta que ponga en la tierra juicio y las islas esperarán su ley." Como se ve, esta profecía lo mismo que todas, está traída por los cabellos, pues a quien se refería Isaías, como puede verlo el más ignorante leyendo ese y el anterior capítulo, era a Ciro, rey de los persas.

(z) Más asombroso aún que el milagro mismo, si fué tal, era que el pueblo se preguntase si ese Jesús era su prometido Mesías, pues debiera haberlo asegurado en vista de tan estupendo prodigio.

(a) Con razón comprendía Jesús los hipócritas designios de los fariseos, quienes no contentos ya con combatirle sus ideas y declararlo violador de la ley, empiezan a publicar que tenía pacto con el demonio para que el supersticioso pueblo huyese de él como de un diablo.

Aunque incompletos estos comentarios, CUBA CONTEMPORÁNEA se honra publicándolos tal como el hijo de su ilustre autor los entregó no hace mucho en París al director de esta revista. El Dr. Luis Estévez y Romero, cubano de ejemplar conducta y de vasto saber, fué el primer Vicepresidente de la República. Sus obras publicadas son: *Tiempos pasados, Desde el Zanjón hasta Baire, Ojeada sobre la dominación española en Europa, El derecho constitucional vigente en Europa y América,* y *Reformas en nuestra legislación civil.* Entre otras inéditas, de diverso carácter, dejó una titulada *Programa de la asignatura "Historia eclesiástica, Concilios y colecciones canónicas".* Fué catedrático en la Universidad de La Habana, y con su esposa, la insigne benefactora Marta Abreu, colaboró eficacísimamente en todos los patrióticos empeños de aquella inolvidable mujer a cuya memoria erigirá en breve una estatua su ciudad natal de Santa Clara.

BIBLIOGRAFIA (*)

Edmond Jaloux. AU-DESSUS DE LA VILLE. Roman. Paris. Renaissance du Livre. 78, Boulevard Saint-Michel, 78. [1920] 8º, 222 p.

Armando Vautier, poeta, escritor de exquisiteces y de ensueños, vive en Granada retraído, oculto, aspirando en el ambiente y bajo el sol de España la salud que en París le abandonaba. En su soledad era alegrado por su hermana Constancia, que le adormecía con las cadencias de su voz al leerle los libros predilectos. Enfermo desde la adolescencia, había vivido entregado a combatir la tisis, y en cada país encontraba un poco de mejoría sin llegar a la curación. En Granada, en una altura, sobre la ciudad, logró serenar su espíritu andariego, aunque no detener la enfermedad. Vautier, jefe de escuela literaria, disfrutaba de la admiración de dos discípulos: Hugo Pradelle y Bergevin, que veían en él un sol. Sintiendo la llegada de la Intrusa, requirió la presencia de Hugo en Granada, al que deseaba nombrar su albacea. Hugo encontró a Constancia trocada en una mujer, con más luz en los ojos y con más vida. Constancia, visitada sólo por los médicos de su hermano, sintió aumentar las simpatías por el amigo. "Tenían una común necesidad de vagar, de luz, de aturdimiento." Y cogidos del brazo recorrían los bosques, la Alhambra, el Generalife, los lugares históricos de Granada. Su intimidad crecía rápidamente. El amor nació pujante.

Armando encontró odioso a su mejor amigo. ¿Y yo?, se preguntaba egoístamente. Casados Constancia y Hugo, quedaría solo, abandonado. Y su labor de zapa se encaminó a conseguir el alejamiento del discípulo. Aceptando aparentemente el sacrificio, opone su actitud estoica a la exclusivista del enamorado, que en su impaciencia ansía

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

realizar sus ilusiones. Y logra separarlos. El drama se ha desarrollado silencioso, en lo alto, sobre la ciudad. Hugo vuelve a París, y se casa con la hermana de su amigo Bergevin, mala mujer de quien se ve obligado a divorciarse. Armando muere y Constancia regresa a París, a Suiza, a los lugares amados. En Lausanne, cinco años después, se encuentran nuevamente. La vida ha pasado, ha destruído los sueños, los castillos ideales, como un huracán. El amor ha huído de ellos.

Hecha la narración sencillamente, con estilo claro y amable, sin enojosas psicologías, el lector llega al final con la emoción de la tragedia callada que se desencadena en las almas de los protagonistas, y con el dolor con que se ve derrumbada una armazón de ilusiones.

Fed. García Godoy. DE LA HISTORIA. 30 de Septiembre de 1920. Imprenta y Linotipo "El Progreso". La Vega, R. D. 8º, 74 p.

Con un prólogo que es una queja y una censura embozada, da el publicista dominicano en este folleto cuatro estudios históricos de su libro inédito *Días sin sol,* que editará únicamente cuando el extranjero devuelva la libertad a la eclipsada República de Santo Domingo.

Núñez de Cáceres, el general Pedro Santana, Ulises F. Espaillat y *Lilís* son los prominentes hombres que estudia el Sr. García Godoy. Las figuras magnas de Espaillat y de Núñez de Cáceres, que influyeron decisivamente en la tradición intelectual del país, y las de Santana y de Heureux, dominadores y violentos, caudillos que tuvieron en sus manos todos el poder y lo ejercitaron sin tasa y sin escrúpulos y contribuyeron a la desgracia de la nacionalidad. Conociendo la conducta de esos despóticos mandatarios, personificaciones de la tiranía, se conoce la de otros muchos que fueron sus imitadores y completaron la obra determinante de los errores que han traído la actual injusta e inconcebible situación de Santo Domingo.

Son verdaderas lecciones sacadas de la Historia las que muestra el Sr. García Godoy; lecciones que acaso no sean bien oídas, pero que han sido dadas con el más noble amor a su patria hoy sojuzgada.

Op. 6. PASA EL IDEAL!... Prólogo y diálogo de José-Fabio Garnier. San José, Costa Rica. 1918. 8º, 32 p.

El ideal pasa por la escena, el ideal no realizado y que es preciso conservar intangible, para decir en los momentos de tribulación: "Acaso la felicidad pudo llegar. ¡Quién sabe!"

Un poco trillado el argumento, pero presentado con novedad. El drama de Leonardo y Elena es el de muchos amores rotos en el período de los sueños, de muchos amores que son en la vida faros de ideal y de recuerdos melancólicos.

Biblioteca Antonio Barreiro y Ramos. ENTRE LOS PASTOS. Novela por Víctor Pérez Petit. (Obra premiada en el concurso literario organizado por "El Plata" y la empresa Barreiro y Cía.)... Montevideo... 1920. 8º, 224 ps.

Entre los pastos, en medio de sencillas gentes, se desliza la vida de los personajes de la novela del Dr. Pérez Petit, compañero de Rodó en la dirección de *La Revista Nacional,* del Uruguay. Entre los pastos siempre, lo mismo en el *pago* de Buena Vista que en las aventuras guerreras de los *blancos* y *colorados,* enconadas y terribles. El odio, convertido en amor no manifestado a tiempo, separa a Baudilia y Juan de Dios y los lanza por senderos distintos. Un incidente entre el prometido de ella y el joven, lleva a Juan de Dios a la penitenciaría de Montevideo por cinco años. La cárcel es una venganza social inconcebible para ciertas personas de primitiva concepción de la existencia. Dirimen sus cuestiones con el puño o con las armas, y si vencen creen que su causa era justa; pero si salen vencidos, no piensan que haya castigo mayor que la derrota. La condena es una arbitrariedad. Juan de Dios sabía que un grupo de hombres lo había sentenciado porque su culpa estaba comprendida en un artículo 326, su culpa de provocar a un hombre para resolver lealmente y con armas iguales una diferencia personal, y de atacar a la fuerza pública que vino a entrometerse y a impedir la contienda. Después de cinco años de encierro, su rencor era aún más grande, y vivía sólo con el incentivo de encontrar en la liberación la venganza. Vuelto a sus *pagos* conoce todo lo ocurrido en su ausencia: Baudilia y el odiado rival se habían casado, y los dos hijos nacidos del matrimonio habían muerto. Ella vivía triste; él, en su trabajo. Se inició la revolución de los *blancos,* una de las más sangrientas del Uruguay, y en ella tomó parte Juan de Dios, que se vió obligado a posponer su desquite. Un salvaje de los que siempre deshonran todas las guerras, dejó viuda a Baudilia. Convencido Juan de Dios de que era inútil esperar de su antigua amada la renovación de sus amores se hizo matar en uno de los encarnizados combates de las postrimerías de la revolución vencida. Y allí, entre los pastos, quedó el labriego tratado cruelmente por la vida, destrozado por las balas y por los cascos de las bestias y los pies de los compañeros que escapaban de la ofensiva incontenible de las tropas.

José Olivares. POESÍAS. García Monge y Cía., Editores. San José, Costa Rica, C. A. 1920. 8º, 80 p.

Ediciones Renovación. Napoleón Pacheco. LAS GUARIAS DEL CREPÚSCULO. Falcó y Borrasé. Editores. 1920. 8º, 64 p.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, noviembre, 1920.

NOTAS EDITORIALES

CUBA EN FRANCIA:
DOS DISCURSOS DEL DR. TORRIENTE

Un compatriota respetado y estimado, el Dr. Cosme de la Torriente, Senador y Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, Presidente del Comité Cubano "France-Amérique", ex Secretario de Estado y ex Ministro de la República en España, acaba de ser objeto de grandes y excepcionales testimonios de simpatía y aprecio en Francia; testimonios que Cuba entera debe considerar como rendidos a ella en la persona de este hijo suyo, que la honra dentro y fuera del país.

Con motivo de su estancia en la capital francesa, y reconociendo los franceses en el Dr. Torriente a uno de los cubanos que particular y oficialmente más se distinguieron por su amor al triunfo de los ideales representados por los pueblos en lucha contra los imperios centrales de Europa, le ofrecieron primero un gran banquete organizado por el Comité "France-Amérique" presidido en París por el ilustre historiador M. Gabriel Hanotaux, miembro de la Academia Francesa, y al cual asistieron sobresalientes representaciones del gobierno, el ejército, la diplomacia, las letras y las artes; y después la Municipalidad de París le hizo el poco prodigado y alto honor de invitarle a firmar, en recepción especial, el "Libro de Oro" de la Ciudad.

En la primera de estas oportunidades, el 6 de octubre último, el Dr. Torriente pronunció el bello discurso que sigue:

Señor Presidente, Señoras y Señores:

La cortesía exquisita que tiene hoy conmigo el Comité France-Amérique ofreciéndome este banquete, y el hermoso discurso que acabáis,

señor Presidente, de pronunciar, en que tan inmerecidamente os habéis referido a mi modesta personalidad, me obligan a incurrir en el atrevimiento de usar de la palabra para expresaros mi profunda devoción y mi agradecimiento sin límites hacia el Comité que presidís, y hacia vos mismo, así como al Presidente del Consejo Municipal y al Ministro de Cuba, y a todos los que me han honrado concurriendo a él.

Deseo declarar primeramente, ante vosotros todos los que asistís a esta fiesta hermosa, y principalmente ante los nobles hijos de la grande y heroica Francia que la han organizado, que si acepté que se me ofreciera fué sólo como un acto de simpatía y confraternidad internacional hacia la República Cubana, hacia la lejana isla antillana en la cual muchos de los hoy aquí reunidos vimos la luz primera, y que si fué la última de las tierras descubiertas por el insigne almirante genovés y colonizadas por la gran nación de Isabel la Católica y Alfonso XIII nacida a la vida de la libertad y de la independencia, fué en cambio la primera de nuestra raza latina que puebla el nuevo Continente—el 7 de abril de 1917, al día siguiente de haberlo hecho nuestra gran amiga los Estados Unidos de América—que declaró por el voto unánime de su Congreso la guerra al Imperio Alemán y unió su suerte a los destinos, entonces inciertos y oscuros, de Francia y las demás Potencias Aliadas contra los Imperios Centrales.

En mostrarse prestos a cooperar con todas sus fuerzas con Francia y sus Aliados, los cubanos todos se igualaron; lo mismo que en la constancia, en la devoción y en la buena voluntad para soportar todos los sacrificios que la guerra pudiera hacer necesarios. Por eso no sería justo, ni aun decoroso, que ningún hijo de Cuba a quien se le haga, o se le quiera hacer, objeto de un homenaje como éste, tan bello, que hoy aquí nos congrega, porque su buena estrella o los mandatos de la Providencia le colocaran en posición desde donde pudiera hacer notar más sus trabajos o servicios en pro de la causa común, del triunfo de la libertad y de la justicia, no declarara en seguida, como yo en estos momentos lo hago, lleno de júbilo y de contento, que si algún afecto y simpatía merece Cuba por su pequeño esfuerzo y cooperación a la gran obra, a todo el pueblo cubano y no a este o al otro de sus hijos es a quien corresponde.

Y tiene esto una explicación por demás sencilla y lógica. En nuestras aspiraciones constantes y en nuestras luchas tenaces por conquistar la libertad y la independencia, que llenaron toda la segunda mitad de la pasada centuria, fueron los ideales y fueron los principios de la Revolución Francesa, juntamente con los ideales y los principios que inspiraron a Washington, a Miranda, a Bolívar, a San Martín, a Hidalgo, a Sucre, a O'Higgins, a Artigas, los que encendieron en el corazón de los grandes héroes y mártires que murieron por Cuba libre, y de los que servimos bajo sus banderas, el fuego sagrado, el amor inextinguible por la libertad, por el derecho, por la justicia.

¿Cómo, pues, cuando el Imperio Alemán se movilizó y se lanzó, violando, con la fe de los Tratados, la neutralidad de Bélgica, sobre Francia, no habían de conmoverse todos los corazones cubanos?

Desde entonces y hasta que salimos de la neutralidad a que nos vimos obligados por las circunstancias, hasta el día para siempre memorable en nuestra historia en que declaramos la guerra, ¡cómo nos alegramos con vuestras victorias y cuánto sufrimos con vuestros desastres! ¡Cuánto nos indignamos ante la iniquidad de que fué objeto el noble pueblo de Alberto y de Isabel, y cómo admiramos el heroísmo con que cumplió su deber y detuvo por algunos días a los invasores! ¡Cuánto temimos y nos angustiamos al saber de la marcha, al parecer triunfante, de los alemanes sobre París, y cómo nos pareció un gran éxito nuestro cada una de las batallas que hicieron vacilar a los invasores, sobre todo aquella gran victoria del Marne, y más tarde la sin par epopeya de Verdún! ¡Cómo, desde entonces, fueron tres héroes más entre los nuestros que más amamos, vuestros tres grandes Mariscales, Joffre, Foch, Petain, y cuánto admiramos a Poincaré, a Millerand, a Clemenceau, a Gallieni, a Manoury, a Nivelle, a Mangin, a Castelnau y a este glorioso mutilado aquí presente, el General Pau!

Y cuando la entrada en la guerra del gran pueblo de Washington, de Roosevelt y de Wilson se hizo necesaria, al convertirnos también nosotros en beligerantes, nuestras pequeñas fuerzas de mar y tierra se movilizaron, se pusieron en pie de guerra, votando el Congreso, y llevándose a cabo para nutrirlas, el servicio militar obligatorio; y si no vinieron a Europa, siquiera para que la bandera cubana se viera flotar en los campos de guerra, fué porque se estimó que no podían ser aquí útiles entonces y en cambio podían serlo en América, en aquellos momentos en que los submarinos enemigos quisieron llevar la guerra a sus costas para evitar el trasporte, entre otros, de los principales productos cubanos que nuestro pueblo acrecentó enormemente para cederlos, al más bajo precio posible, a los Aliados.

Cuando se acercaba el armisticio, al derrumbarse el gran poder militar de los Imperios Centrales, tras los éxitos inolvidables de Foch y de Haig, de Pershing, de Mangin y de Díaz; cuando los ejércitos alemanes comenzaron rápidamente a perder terreno, el entusiasmo en Cuba no tuvo límites; y así, al firmarse aquél, los que presenciamos las manifestaciones populares que por el triunfo aliado se organizaron en toda Cuba, y especialmente en La Habana, podemos afirmar que nunca se vieron otras iguales, como no fueran la del día de la entrada del Ejército Libertador en la Capital, al mando del Generalísimo Máximo Gómez, terminada la guerra de Independencia, y la de aquel otro día, que se recordará mientras un corazón cubano lata en la tierra, en que Cuba tomó asiento en la comunidad internacional, el 20 de Mayo de 1902, y en que la bandera de la estrella solitaria fué izada, para no arriarse jamás, en el Castillo del Morro en La Habana, en pre-

sencia de las representaciones de todas las potencias que acudieron a ese efecto en misión extraordinaria.

Con la vuelta de la paz, con la aprobación, por el Congreso Cubano, del Tratado de Versalles, que se hizo por unanimidad en nuestro Senado, ha llegado la oportunidad para Francia y para Cuba de estrechar aún más sus relaciones de lo que fueron antes y durante la guerra.

Nuestras costumbres, nuestra educación, nuestra cultura científica y literaria, nuestras necesidades y nuestros gustos, tienen tanto de común con los vuestros, que Cuba ha sido y será siempre un mercado abierto y amplio para Francia. De ustedes, en lo adelante, más que de nosotros los cubanos, que tanto os apreciamos, depende que siga aquél acrecentándose, lo mismo para la vida material que para la del espíritu. Todo consiste en que sepan tratarnos, lo mismo como entidad internacional que como productores de algo de lo que ustedes necesitan adquirir en los mercados extranjeros.

Yo tengo para mí que la gran democracia francesa está llamada en esta nueva era, que se ha abierto después de la guerra, para la Humanidad, aún a más grandes destinos en el mundo de los que ya le ha deparado la Providencia en su vieja y gloriosa historia, y que si continúa por la senda, que parece haber emprendido firmemente en su política internacional, de dar toda la importancia que merecen y todo el afecto a que son acreedoras nuestras pequeñas Repúblicas de la América Latina, pequeñas por su población, pero grandes en ideales y en toda clase de nobles y elevados sentimientos, y grandes también en territorio y en inagotables riquezas materiales, muy pronto habrá de ser, sin que nadie pueda disputárselo, la mejor amiga, la hermana mayor y más fuerte—más fuerte no sólo por la fuerza material, sino por el apoyo y afecto de todas—de las democracias de nuestra vieja raza latina.

Y para el logro de esos hermosos fines nunca podrá hacer Francia nada mejor que confiar a sus hombres más capacitados su representación ante nuestros Gobiernos, a diplomáticos como los que hoy aquí se sientan y que tanto hicieron por cultivar y estrechar las buenas relaciones entre Cuba y Francia, nuestros excelentes amigos y antiguos Ministros de la República Francesa en La Habana, los señores Paul Lefebre y Jules de Clercq. Uno de los mayores errores de las grandes potencias de Europa ha sido confiar algunas veces esa representación en nuestra América a personas que no han tenido una clara concepción de todos esos problemas, y que nos vieron como pueblos inferiores, más dignos de ser tratados por la coacción o por la amenaza que por los dictados del afecto y de la inteligencia.

Para trabajar por tan hermosas perspectivas en pro de Francia y de América se creó ha tiempo el Comité "France-Amérique", y la actitud de América hacia Francia durante la guerra demuestra su clari-

videncia. Para laborar por tan bellas finalidades organizamos en La Habana, accediendo a vuestra invitación afectuosa, señor Presidente, el Comité Cubano France-Amérique, que logró reunir en momentos difíciles de nuestra política interior a los más grandes hombres representativos de Cuba, que inmerecidamente me confiaron su Presidencia. A ellos se debe principalmente que hoy me ofrezcáis esta comida, con que por medio de mi persona ofrendáis a Cuba, a todos los cubanos y a nuestro Comité de La Habana.

Mi patria, dentro de unos días, atravesará una vez más por la gran prueba a que periódicamente son sometidas nuestras democracias: la de la renovación de sus poderes constitucionales.

Cuando en paz y en harmonía, aunque en lucha sí reñida y apasionada, cual sucede siempre en los pueblos de nuestra raza ardiente, los cubanos hayan decidido cuál de los dos compatriotas que hoy discuten la Presidencia habrá, en el próximo período, de gobernar la tierra que con su sangre regaron y libertaron Céspedes y Agramonte, Martí y Maceo; cuando el próximo veinte de mayo el héroe de la Independencia que es hoy nuestro Primer Magistrado, transmita sus poderes al nuevo gran mandatario del pueblo cubano, para entonces, pasado el período electoral, señor Presidente del Comité "France-Amérique", yo os prometo que nuestro Comité cubano, de acuerdo con vosotros, hará aún más activa su labor para llevar a feliz éxito todos nuestros planes.

Quiero, antes de terminar, expresar también mi más sincero reconocimiento hacia el señor Presidente del Consejo Municipal de París por las bellas frases que en su brindis ha dedicado a Cuba y por el inmerecido honor de que me ha hecho objeto al anunciarme, en nombre de la Ciudad de París, que seré recibido por el Consejo Municipal para firmar en su "Libro de Oro", distinción que se hace a mi patria en mi persona y que a muy pocos se ha otorgado por los elegidos del pueblo de la Ville Lumière.

Y ahora ruego a los hijos de Francia aquí presentes que me perdonen que me haya expresado en mi propia lengua, y no en aquella de la que dijo un gran poeta, gloria de nuestras dos naciones, José María de Heredia, al ser recibido entre los inmortales de vuestra Academia, que era la más hermosa que después de Homero haya brotado de labios humanos.

¡Brindemos y bebamos, señoras y señores, por la Francia gloriosa y por su ilustre Primer Magistrado Monsieur Millerand, por la Ciudad de París, por el Presidente de su Consejo Municipal, M. Le Corbeiller, por el Comité France-Amérique y por su insigne Presidente señor Hanotaux!

Y el 13 del mismo mes, al visitar el Ayuntamiento de París para firmar su "Libro de Oro", el Dr. Torriente, que con tanto tacto presidió la Comisión Nacional Cubana de Propaganda por

la Guerra y de Auxilio a sus Víctimas, fué recibido por M. Le Corbeiller, Presidente del Consejo Municipal parisiense, y por M. Aubanel, Secretario General de la Prefectura del Sena. Fué llevado—con sus acompañantes la señora Torriente; el Ministro de Cuba en París, Dr. Rafael Martínez Ortiz; el Primer Secretario de la Legación, Lcdo. Manuel Tejedor, el personal de ésta y varios distinguidos miembros de la colonia cubana—al gabinete del Prefecto, donde éste usó de la palabra para expresar al doctor Torriente su agradecimiento por la visita y el reconocimiento de París por la generosidad y el espíritu benefactor de los cubanos, que fueron—dijo—"los más preciosos colaboradores de la caridad en Francia". Agregó que le satisfacía ser el encargado de dar la bienvenida de la Capital al Dr. Torriente, cuya actuación durante la guerra se complació en recordar, al final de sus palabras, en calurosos términos. El Sr. Aubanel se adhirió a lo expuesto por M. Le Corbeiller, y el Dr. Torriente les contestó con el siguiente expresivo discurso que damos junto con el texto francés publicado el día 14 por el *Herald* de Nueva York en su edición de París:

Señor Prefecto del Sena, Señor Presidente del Consejo Municipal de París, Señores Consejeros Municipales:

La Municipalidad de París me ha hecho el honor de invitarme a visitar hoy, acompañado de la señora de Torriente, el edificio del Municipio, para ser recibido por ella y para dejar mi firma en su Libro de Oro.

He aceptado este honor inmerecido, en la inteligencia de que es a Cuba a quien se le hace en mi persona, ya que en mis funciones de Presidente de la Comisión Nacional Cubana de Propaganda por la Guerra y de Auxilio a sus Víctimas, en unión de mis compañeros en ella—miembros del Senado, de la Cámara de Representantes, del Gobierno y del Tribunal Supremo—, no hicimos otra cosa, de acuerdo con el Presidente de la República, el General Menocal, que cumplir los mandatos y los deseos del pueblo cubano, que tanto realizó por cooperar con todos sus modestos recursos y fuerzas al triunfo de los principios de libertad y de justicia por los cuales combatían Francia y sus aliados.

Las simpatías de Cuba por Francia son bien conocidas de todos vosotros, y ya me he referido a ellas en vuestra presencia, Sr. La Corbeiller, en el banquete que el día 6 me ofreció el Comité "France-Amérique", y en el cual, con la amabilidad y cortesía que os caracterizan, me anunciásteis este acto.

Permitidme, pues, que os exprese ahora sólo el amor que todos

los cubanos traemos a París, a esta la más grande y más bella ciudad de nuestra civilización latina, siempre amable y cariñosa con sus visitantes, considerada en todas partes, con razón, como el cerebro y también como el corazón del mundo. Como su cerebro, porque de ella han brotado, para esparcirse por la superficie toda de la tierra, las grandes ideas que han transformado a los pueblos y los han hecho más dueños de sus destinos y más felices! Como su corazón, porque es en su suelo donde siempre han tenido asiento las más altas manifestaciones del arte y de la belleza en todas sus formas, todo aquello que nos conmueve y nos exalta, y todo lo que provoca las más exquisitas sensaciones y las más raras satisfacciones en la vida del espíritu!

Nuestra pequeña civilización antillana, en su amor por lo que es noble, grande y bello, ¿cuánto no ha tomado, cuánto no ha aprendido de esta querida ciudad de París? Todos los cubanos tienen el innato deseo de verla y de conocerla; todos los que han podido hacerlo han venido por lo menos una vez en su vida, y muchos de nuestros compatriotas se han quedado aquí definitivamente establecidos, incapaces, en su entusiasmo por ella, de abandonar su recinto!

A vos, señor Prefecto, que gobernáis esta capital, y a vos, señor La Corbeiller, que como Presidente del Consejo Municipal de París representáis a éste, y por ello al noble, valeroso, inteligente y amable pueblo parisiense, yo, como hijo de Cuba y a nombre de todos los cubanos que hoy os visitan conmigo, os expreso nuestra profunda gratitud y nuestro afecto y simpatía sin límites por el gran honor que la Municipalidad de París nos ha concedido esta tarde.

*

La municipalité parisienne m'a fait l'honneur de m'inviter aujourd'hui à visiter l'Hôtel de Ville, en compagnie de Mme. de La Torriente, pour être reçu par elle et pour déposer ma signature sur son Livre d'Or.

J'ai accepté cet honneur immérité, étant bien entendu qu'il s'adresse en ma personne à Cuba, puisque, de par mes fonctions de président de la Commission Nationale Cubaine de Propagande pour la Guerre et d'aide à ses victimes, en complet accord avec mes collègues de cette Commission, constituée par des membres du Sénat, de la Chambre des Représentants, du Gouvernement et du Tribunal Suprême, nous n'avons fait que remplir, d'accord avec le Président de la République, Monsieur le Général Menocal, les mandats et les désirs du peuple cubain, qui fit tant pour coopérer, avec la plénitude de ses modestes forces et ressources, au triomphe des principes de liberté et de justice pour lesquels la France et ses Alliés combattirent.

Les sympathies de Cuba pour la France sont bien connues de vous tous et j'y ai déjà fait allusion en votre présence, Monsieur Le Corbeiller, au banquet que m'offrit le Comité France-Amérique le six de

ce mois, banquet au cours duquel vous m'avez annoncé, avec votre habituelle amabilité et courtoisie, l'acte que nous accomplissons oujourd'hui.

Perméttez-moi donc que je vous exprime maintenant l'amour que nous tous Cubains portons à Paris, à cette ville la plus grande et la plus belle de notre civilisation latine, toujours aimable et accueillante à l'égard de ses visiteurs, et partout considérée, avec raison, comme le cerveau et aussi comme le cœur du monde. Comme son cerveau, parce que c'est d'elle qu'ont jailli, pour s'épandre sur toute la surface de la terre, les grandes idées qui ont transformé les peuples et les ont faits plus maîtres de leurs destinées et plus heureux! Comme son cœur, parce que c'est sur sol qu'ont toujours tenu leurs assises les plus hautes manifestations de l'art et de la beauté sous toutes ses formes, tout ce qui nous émeut et nous exalte et tout ce qui provoque les sensations les plus exquises et les plus rares satisfactions de la vie de l'esprit!

Notre petite civilisation antillane, dans son amour pour ce qui est noble, grand et beau, combien n'a-t-elle pas emprunté à cette Ville de Paris tant aimée, et combien n'a-t-elle pas appris d'elle? Tous les Cubains ont le désir inné de la voir et de la connaître; tous ceux qui ont pu le faire y sont venus pour le moins une fois dans leur vie, et beaucoup de nos compatriotes y sont demeurés définitivement établis, incapables, dans leur enthousiasme pour elle, de quitter désormais son enceinte!

A vous, Monsieur le Préfet, qui gouvernez cette capitale, et à vous, M. Le Corbeiller, qui, comme président du Conseil Municipal de Paris, avez à représenter cette assemblée, et, par elle, ce noble, valeureux, intelligent et aimable peuple parisien, moi, comme fils de Cuba, au nom de tous les Cubains qui aujourd'hui vous visitent avec moi, je vous exprime notre profonde gratitude, ainsi que notre affection et notre sympathie sans limites, pour le grand honneur que la municipalité de Paris nous accorde en cette journée.

Cuba Contemporánea ha querido dejar en sus páginas el recuerdo de los honrosos agasajos hechos al Dr. Cosme de la Torriente en París, no sólo por lo que significan en sí mismos para un cubano, sino por lo que representan para Cuba. Y, al hacerlo, felicita calurosamente al meritísimo compatriota que creemos es el primero que firma en el "Libro de Oro" de la Ciudad-Luz.

INDICE DEL TOMO VIGESIMOCUARTO

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1920

POR MATERIAS

Págs.

POR AUTORES

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA